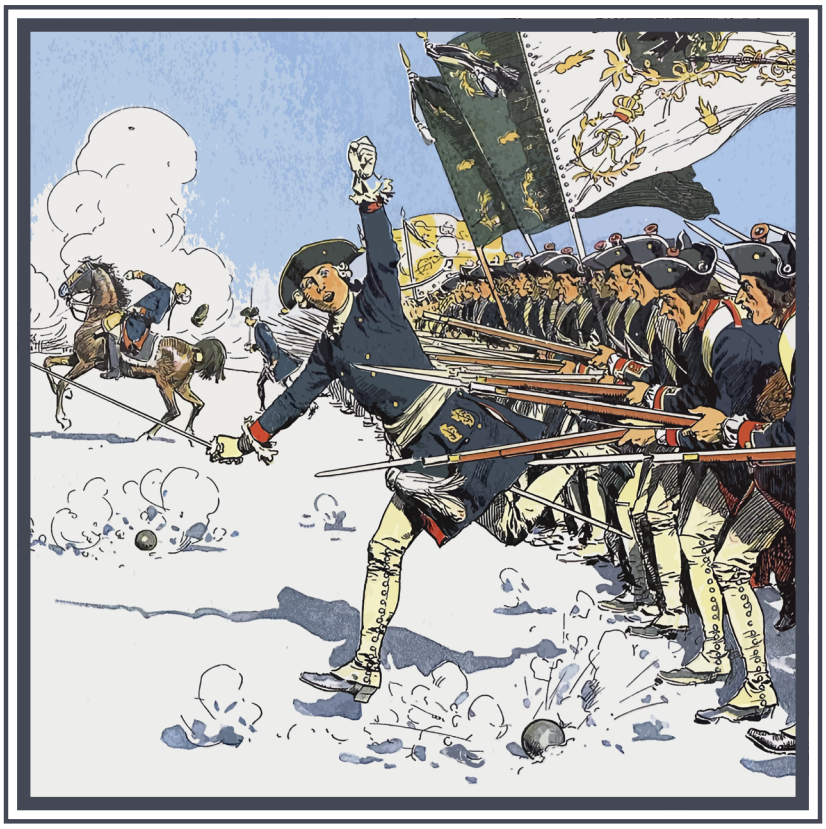
TEMAS MILITARES:

Selección de trabajos 1848-1895

FRIEDRICH ENGELS



TEMAS MILITARES:

Selección de trabajos 1848-1895

FRIEDRICH ENGELS

EDICIONES UNO EN DOS

Este libro no se hizo para languidecer en una estantería o en una carpeta de ordenador. Por ello te animamos a que lo compartas o hagas tu propia versión, y te lo lleves de viaje allá donde desees.

Tercera Edición, 2023. Los trabajos originales, tal como figura al pie de cada uno, fueron escritos en alemán o inglés. La edición en ruso ha sido una Selección tomada de las Obras de Marx-Engels, ed. rusa.

Nombre original en ruso: *F. Engels, Izbrannie. voiennie proizvedenia*.

Traducción al español a cargo de V. V. y cotejada con ediciones en idioma original. Edición al cuidado de Julián Barrios para la Editorial Cartago.

info@unoendos.net

https://unoendos.net

Ahora que está en tus manos, este libro es
instrumento de trabajo para construir tu educación.
Cuídalo, para que sirva también a quienes te sigan.

ÍNDICE

NOTA EDITORIAL 9

PRÓLOGO 10

DEL LIBRO «ANTI-DÜHRING» 15

TEORÍA DE LA VIOLENCIA 15

TEORÍA DE LA VIOLENCIA (Continuación) 21

TEORÍA DE LA VIOLENCIA (Conclusión) 27

LA REVOLUCIÓN DE 1848-1849 36

LA MARCHA DEL MOVIMIENTO EN PARÍS 36

EL 25 DE JUNIO 43

ARTÍCULOS DE LA SERIE «REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCION EN ALEMANIA» 47

XIII. LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE PRUSIANA. LA ASAMBLEA NACIONAL 47

XVII. LA INSURRECCIÓN 50

XVIII. LA PEQUEÑA BURGUESÍA 53

LA GUERRA DE CRIMEA, 1853-1856 58

LA CAMPAÑA EN CRIMEA 58

SOBRE LA ORGANIZACIÓN MILITAR BRITÁNICA 65

ANÁLISIS DE LA ESTRATEGIA FRANCESA 69

LA GUERRA EN ASIA 72

ARTICULOS SOBRE PROBLEMAS MILITARES (1857-1858) GUERRAS COLONIALES DE INGLATERRA. LA SUBLEVACIÓN EN LA INDIA 77

LA GUERRA EN LAS MONTAÑAS ANTES Y DESPUÉS 77

LA GUERRA ITALIANA DE 1859. LA CAMPAÑA DE GARIBALDI EN SICILIA Y EL SUR DE ITALIA (1860) 83

GARIBALDI EN SICILIA 83
EL MOVIMIENTO GARIBALDINO 86
EL AVANCE DE GARIBALDI 89
GARIBALDI EN CALABRIA 92
LA GUERRA CIVIL EN EE. UU. (1861-1865) 96
ENSEÑANZAS DE LA GUERRA NORTEAMERICANA 96
LA GUERRA CIVIL EN NORTEAMÉRICA 100
LA SITUACIÓN EN EL TEATRO DE LA GUERRA NORTEAMERICANA 107
LA GUERRA AUSTRO-PRUSIANA (1866) 111
NOTAS SOBRE LA GUERRA EN ALEMANIA 111
LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA DE 1870-1871 128
NOTAS SOBRE LA GUERRA - I 128
NOTAS SOBRE LA GUERRA - III 131
NOTAS SOBRE LA GUERRA - IV 133
LAS VICTORIAS PRUSIANAS 137
NOTAS SOBRE LA GUERRA - VI 140
LA CRISIS DE LA GUERRA 143
NOTAS SOBRE LA GUERRA - XI 147
NOTAS SOBRE LA GUERRA - XII 150
NOTAS SOBRE LA GUERRA - XV 153
LAS DERROTAS FRANCESAS 156
NOTAS SOBRE LA GUERRA - XVI 158
FLORECIMIENTO Y DECADENCIA DE LOS EJÉRCITOS 161
ZARAGOZA-PARÍS 165
APOLOGÍA DEL EMPERADOR 168
LOS COMBATES EN FRANCIA 172
LAS PROBABILIDADES DE LA GUERRA 175
LOS GUERRILLEROS PRUSIANOS 180
ARTÍCULOS SOBRE ASUNTOS MILITARES (DÉCADAS 70 AL 90 DEL SIGLO XIX) 184

MOLTKE, GRITÓN RETICENTE DEL ESTADO MAYOR, Y SU RECIENTE CORRESPONSAL EN LEIPZIG 184

DE LA INTRODUCCIÓN AL FOLLETO DE BORKHEIM «EN MEMORIA DE LOS FURIBUNDOS PATRIOTAS DE 1806-1807» 186

CON MOTIVO DEL 20° ANIVERSARIO DE LA COMUNA DE PARÍS (Carta a la Redacción del diario *Le Socialiste*) 188

DE LA INTRODUCCIÓN AL TRABAJO DE MARX «LA LUCHA DE CLASES EN FRANCIA DE 1848 A 1850» 189

DEL LEGADO MANUSCRITO DE ENGELS 193

SOBRE EL EJÉRCITO PRUSIANO 193

ÍNDICE DE NOMBRES 194

ÍNDICE GEOGRÁFICO 206

NOTAS 221

NOTA EDITORIAL

El presente libro es una recopilación, realizada por la Editorial Cartago en los años 60, de los textos de Engels relativos a los temas militares. Hemos mantenido el prólogo que contenía esta segunda edición no solo porque permite profundizar en el pensamiento militar de Engels sino para que se pueda comprender bajo qué criterios se realizó dicha recopilación (después del XX Congreso del PCUS y tras la ruptura sino-soviética). Ante todo nos encontramos ante una muy buena selección de textos sobre la obra de Engels.

Este libro no solo se trata de una mera digitalización, se han corregido todas las erratas y se han actualizado en los índices las referencias que aparecían.

PRÓLOGO

Esta selección abarca apenas una parte de los trabajos de investigación y crítica militares de Engels; ella es suficiente, empero, para poner al lector en contacto con el pensamiento de uno de los más notables y brillantes expositores de la posición marxista en la cuestión militar. El «ministro de guerra de Manchester», como lo apodaban sus amigos, desarrolló el concepto básico del marxismo-leninismo acerca de la guerra como un fenómeno social-histórico y, por ende, pasajero. Contrariamente a los comentaristas burgueses que ven en ella un signo eterno de la humanidad, él mostró el contenido de clase del fenómeno militar, llamado a desaparecer con la desaparición de sus raíces sociales. La superación de la sociedad dividida en clases antagónicas —con su inevitable secuela, la rivalidad entre los Estados erigidos sobre ese fundamento—, comporta igualmente la superación del hecho bélico. Sus profundas contribuciones le valieron la admiración de Marx y, más tarde, de V. I. Lenin. «Durante su estada en Manchester, Engels escribe diversos trabajos sobre cuestiones militares que le interesan vivamente. Lenin consideraba a Engels como un gran experto en materia militar» (Rosental y Iudin, *Diccionario filosófico abreviado*).

La guerra es un hecho clasista. Para los marxistas-leninistas, «la guerra es la continuación de la política de las clases». Por lo tanto la ciencia militar marxista-leninista se distingue radicalmente de la ciencia militar burguesa por el carácter de clase, por el contenido ideológico y por los fundamentos teóricos y metodológicos. En cada caso concreto de guerra debe examinarse la posición de las partes: intereses de clase que sirven y, por ello, designios y objetivos que persiguen. Desde ese ángulo se ofrecen guerras progresistas y guerras reaccionarias; a la luz de los sucesos vietnamitas es indudable que el pueblo de Vietnam libra una guerra justa de liberación nacional, mientras que del otro costado la guerra del gobierno norteamericano a siete mil millas de los Estados Unidos es una guerra de depredación imperialista. También en otro sentido se da la dependencia del hecho militar frente a las condiciones económico-sociales; Engels demuestra que los métodos y formas de la guerra están condicionados por la base económica y por el desarrollo de la producción, y que nada se subordina tanto a las condiciones económicas como el ejército, la flota, el armamento, la organización, la táctica, la estrategia, cosas todas determinadas por la vida material de la sociedad. Es lo que Marx expresa a Engels, en carta del 25 de septiembre de 1857: «La historia del *ejército* pone de manifiesto, más claramente que cualquier otra cosa, lo correcto de nuestra concepción de la vinculación entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales».

Pensando en que una sola bomba H concentra mayor poder destructivo que todas las bombas lanzadas durante la Segunda Guerra Mundial se verá cómo es verdad que la revolución técnico-científica modifica el arte de la guerra. El solo hecho de que se admita que la guerra actual sería antes que nada guerra átomo-coheteril indica la distancia que nos separa de los métodos y formas de la reciente Segunda Guerra Mundial.

Los cambios clasistas de la sociedad motivaron esta previsión asombrosa de Engels, en 1852: «La moderna conducción de la guerra supone la emancipación de la burguesía y de los campesinos; ella es la *expresión militar* de esa emancipación. También la emancipación del proletariado tendrá expresiones militares particulares, generará un propio, nuevo método de guerra. *Cela est clair*. Incluso permite determinar ya qué clase de fundamentos materiales serán los de esta nueva conducción de la guerra». La Unión Soviética, con su victoria sobre el militarismo alemán y con su propia ciencia militar, confirma esa prognosis. Hablando de Alemania es pertinente recordar que también en el campo militar la práctica resulta ser el criterio de la verdad; en las dos conflagraciones mundiales de este siglo la concepción aventurera de los militaristas alemanes reveló su falsedad.

El atento estudio de las nuevas condiciones del mundo en las postrimerías del siglo XIX permitió a Engels (1887), prever las condiciones de la futura guerra, previsión que la guerra de 1914-1918 confirmó: «Para Prusia-Alemania ya no es posible ahora ninguna otra guerra que la mundial. Y sería una guerra mundial de proporciones y fuerzas nunca vistas. De 8 a 10 millones de soldados se estrangularían entre sí».

La incorporación de grandes masas a los ejércitos socava a estos desde adentro; la institución armada de las clases explotadoras se ve en la necesidad de integrarse con los hijos del pueblo, los explotados, y de allí los antagonismos internos. Esta circunstancia, comentada por Engels, ha querido ser soslayada por los teóricos burgueses, que hubieron de componer concepciones basadas en ejércitos pequeños; y en alguna medida, la «reestructuración» del ejército argentino, adaptada a los planes del Pentágono —esto es, hacer servir a las fuerzas armadas de cada país latinoamericano como los verdugos de sus propios pueblos—, se inspira en dichas concepciones.

La depravación burguesa en este terreno queda claramente de manifiesto en los diversos aspectos de la guerra de agresión del gobierno imperialista norteamericano contra el pueblo del Vietnam. Según Emmet John Hughes, de *Newsweek*, en el Pentágono se calcula poner en suelo vietnamita 750 000 soldados, cifra que el experto militar norteamericano Hanson Baldwin eleva al millón, y a pesar del respaldo de la Séptima Flota, de los mercenarios filipinos, australianos y germano-occidentales, y no obstante los 20 000 millones de dólares anuales invertidos en esa operación militar, conforme a las cifras del citado E. J. Hughes, el orgulloso militarismo estadounidense no hace más que amontonar fracasos, impotente como lo es para arrodillar al pueblo invadido. La doctrina norteamericana no tiene nada que ver con lo que tradicionalmente se conceptúa la defensa nacional, sino sencillamente con la agresión imperialista; el ejército de los EE. UU. es la prolongación armada de

la expansión monopolista de ese país. Los pilares de dicha doctrina son el antisovietismo, la injerencia en todos los otros países, la subordinación de todo, ayuda económica y concierto político incluido, a condiciones militares. El talón de Aquiles de la misma está en su radical irrealismo, en la sobrestimación jactanciosa del propio poder y el menosprecio correlativo del poder ajeno, en la ignorancia de la actual correlación de fuerzas internacional, renuente a las pretensiones yanquis.

El deterioro militar norteamericano en Vietnam comporta asimismo el deterioro político-jurídico, como lo indica la observación del senador Morse acerca de que el presidente Johnson pasa a degüello la Constitución de los Estados Unidos, visto que hace la guerra en Vietnam prescindiendo de la declaración de guerra a que lo obliga la carta fundamental. Todo ello adorna con matices aventureros la política exterior norteamericana, y ahora mismo se discute si esta viene dictada por la Agencia Central de Inteligencia; la Agencia, dice *L'Express*, «es un imperio».

La condición de las fuerzas armadas como subproducto de los monopolios norteamericanos explica la putrefacción militarista del Estado, de la cual es índice suficiente la asociación estrecha entre los jefes militares y los directores de los «trusts»; el caso de McNamara, presidente de Ford y secretario de Guerra, es uno entre muchos millares.

Como lo sostiene el movimiento comunista internacional, «los Estados imperialistas se van convirtiendo en Estados militaristas y militar-policíacos; la militarización impregna la vida de la sociedad burguesa». En 1923 acotaba V. I. Lenin que por miedo al movimiento obrero, la burguesía europea se aferraba convulsivamente a la casta militar y a la reacción; lo vemos así, pero no solo en Europa, sino en escala mundial; la condición argentina es un ejemplo adecuado. A la vez, los dos procesos —militarización y reaccionarismo—, marchan del brazo, por lo cual es dable observar que las diversas formas del fascismo cabalgan sobre la militarización.

En el acto de la Academia de ciencias económicas, de mayo de 1966, el general Giovanelli ha incurrido en gruesas inexactitudes al referirse a los presupuestos de guerra de los Estados Unidos y de la Unión Soviética. Estos son los hechos: los gastos de defensa de la Unión Soviética constituyen el 12,8% del presupuesto global de erogaciones, mientras que en los Estados Unidos, para atenernos a los datos de *Time*, seguramente inferiores a la realidad, de cada dólar del fisco 44 centavos son para la guerra; *Newsweek* estima que para 1967 los gastos de defensa de los EE. UU. insumirán el 53,6% del presupuesto. ¿Puede ser de otro modo cuando casi un millón de soldados norteamericanos están apostados en tierras extranjeras, cuando el dispositivo militar de los Estados Unidos cuenta con 428 bases militares, navales y aéreas, cuando a partir de la conclusión de la Segunda Guerra Mundial ese país gastó para la guerra 800 000 millones de dólares? Significativo de este proceso militarizador, que abarca a los países capitalistas, es el caso de la República Federal Alemana, que en el lapso de los últimos diez años ha invertido para fines bélicos unos 20 000 millones de marcos, suma esa que duplica con creces lo in-

vertido para iguales fines por Hitler desde 1933 a 1939. ¿No es ese un «milagro alemán» de verdad?

El aventurerismo en la esfera de la concepción militar no es cualidad exclusiva de los dirigentes y autores burgueses; comprende también al vocinglerío «izquierdista», que remplaza el análisis basado en las relaciones reales por la afirmación de sus propios deseos subjetivos. Para citar el caso de Trotsky, recuérdese que él menospreciaba la teoría militar, que se aferraba a un empirismo directo e inmediato, que lo único estable que veía en la doctrina militar eran las condiciones geográficas y la psicología humana, como si, no obstante, las primeras el pensamiento militar no hubiese sufrido trasformaciones colosales y constantes, y como si la psicología del hombre, del soldado, fuese la misma en todas las épocas sociales, en todos los tipos de ejercito, igual tanto en un ejército invasor como en un ejército que defiende a la patria contra los invasores. Decía que el «arte militar es un arte empírico, práctico en el más alto grado». En nombre de este nihilismo teórico él luchó contra Frunze. Es igualmente expresivo el caso de la «oposición militar» en el PCUS, nucleamiento fraccional que postulaba la supervivencia del espíritu guerrillero en el ejército regular; el VIII Congreso afirmó, al combatir tales posiciones, que en las condiciones normales de un Estado «predicar el guerrillerismo como programa militar significa lo mismo que recomendar el retroceso de la gran producción industrial a la producción artesanal». A cuáles desvaríos conduce la liviandad izquierdizante lo ilustra Chu Teh cuando afirma que las formaciones irregulares chinas libraron en siete años y medio 115 000 batallas, «entre grandes y pequeñas», cifra que da el asombroso promedio de cuarenta y dos batallas cada veinticuatro horas. Más revelador de esas deformaciones es la respuesta de Mao y de otros dirigentes chinos en cuanto a la apreciación unilateral del factor moral, enfocado como un fenómeno aislado de toda otra cosa, con el desprecio olímpico por el armamento, por ejemplo, no obstante ser este una categoría importantísima de la ciencia militar. El marxismo-leninismo atribuye una función eminente al factor moral, pero se opone resueltamente a la ridiculización que implica disociarlo y hasta enfrentarlo a otros factores y condiciones militares, tales como el armamento, la organización, la estrategia y la táctica, y otros. No hace falta mostrar el infantilismo de una postura basada en la idea de replicar con proclamas a un enemigo que opera con bombas atómicas. Siendo todas las otras condiciones militares iguales, triunfa el ejército de moral más elevada; incluso, esta superioridad puede equilibrar otros componentes inicialmente desiguales. Pero la absolutización del factor moral, fuera del contexto militar global, constituye un error de graves consecuencias.

La influencia decisiva del militarismo de los imperialistas norteamericanos sobre el ejército argentino no puede ser más nefasta. Corroe desde luego las nobles tradiciones sanmartinianas, nacidas de un ejército que operaba en función de la liberación argentina y sudamericana, y a las que se opone ahora la cartilla del Pentágono que fuerza a trasformar las formaciones armadas en brazos de opresión contra la libertad de los pueblos. La mencionada «reestructuración» es una de las evidencias, pero no la única. Allí están las opera-

ciones del tipo «Ayacucho» o «Unitas», los planes «Camelot» y «Simpático», la conspiración para la creación de una Fuerza Interamericana Permanente —o sea, una OTAN americana— que habilite al Pentágono para aplastar con manos latinoamericanas los movimientos democráticos y populares de Latinoamérica. Hace algo más de un año decía *La Nación*, que somos una «unidad táctica de hecho». ¿Unidad táctica de quién, sino del Pentágono? Pero aquella influencia norteamericana desquicia asimismo toda la herencia constitucional, civilista y democrática, puesto que representa la política de los Estados Unidos de promover dictaduras militares en todo el hemisferio (doctrina Johnson). Subrayando el papel hegemónico de la alta burocracia militar, el presidente de la comisión de relaciones exteriores del Senado norteamericano, Fulbright, preguntó a McNamara: «¿Sabe usted cuántos generales hay en el ejército argentino?»; y añadía con alguna sorna, que según decires eran más los generales que los soldados. El presidente venezolano Leoni acaba de protestar por las palabras de Lincoln Gordon, adjunto del Departamento de Estado para las cosas latinoamericanas, quien igualmente alentó los alzamientos militares, diciendo que los generales, a condición de unirse, hasta a golpes de cenicero podían voltear a los gobiernos legales. Los frutos de ello están a la vista: la dictadura militar-fascista del teniente general Onganía, siendo que este es el noveno general que toma el poder a partir de 1930. Puede decirse que el generalato está insurgido contra la legalidad constitucional, y eso es exactamente lo que interesa al gobierno imperialista de los Estados Unidos.

Un tercer rasgo negativo de la influencia imperialista norteamericana en la esfera militar argentina es que ella empuja a corromper la cordialidad y fraternidad entre los pueblos y países de América latina. Cuando con la bendición norteamericana se dio estado público al eje Costa e Silva-Onganía, manifiestamente dirigido contra varios países vecinos, y particularmente contra Chile y Uruguay, la revista norteamericana *Visión* calificó el hecho de «bomba geopolítica». Aquel eje es sencillamente una provocación internacional.

Este volumen de Engels ayuda a orientarse en los problemas de la ideología militar, de una ideología que resulta ser una forma peculiar de la conciencia social.

Septiembre de 1966.

DEL LIBRO «ANTI-DÜHRING»

TEORÍA DE LA VIOLENCIA [1]

«La relación entre la política general y las formas del derecho económico está determinada en mi sistema de un modo tan decisivo y a la vez *tan original*, que no estará de más subrayarla aquí para facilitar su estudio. La forma de las relaciones *políticas* es lo *históricamente fundamental*, y las dependencias *económicas* no son más que un efecto o un caso especial, y por tanto, siempre *hechos de segundo orden*. Algunos de los sistemas socialistas modernos toman por principio rector la apariencia de relación totalmente inversa que salta a la vista, y hacen brotar, por así decirlo, las subordinaciones políticas de las condiciones económicas. Es indudable que estos efectos de segundo orden existen como tales, y que se hacen sentir especialmente en los tiempos presentes; pero lo *primario* debe buscarse en la *violencia política inmediata* y no en el poder económico indirecto». Leemos lo mismo en otro pasaje, donde el señor Dühring parte de la tesis de que «el régimen político es la causa determinante de la situación económica, y que la relación inversa solo es una acción refleja de segundo orden [...] Mientras no se tomen como punto de partida las agrupaciones políticas por sí mismas, sino que se las considere exclusivamente como *medios para saciar el estómago*, en las opiniones de los hombres seguirá ocultándose una buena dosis de reacción, por más radical-socialistas y revolucionarias que aparenten ser».

Tal es la teoría del señor Dühring. Aquí, como en otros muchos pasajes, simplemente se la proclama, es decir se la decreta. En ninguno de los tres voluminosos tomos de la obra, encontramos el más leve intento de probarla ni de refutar una opinión contraria. Aunque las pruebas fuesen tan baratas como las zarzamoras, el señor Dühring no nos daría prueba alguna. La cosa está ya demostrada por el famoso pecado original en que veíamos a Robinson esclavizar a Viernes. Esta esclavización era un acto de violencia, y por lo tanto un acto político. Y como ese acto de esclavización es el punto de partida y el hecho fundamental de toda la historia hasta nuestros días, la maculó con el pecado original de la injusticia, a tal grado que en los períodos históricos posteriores solo fue algo atenuado y «convertido en formas más indirectas de dependencia económica»; puesto que sobre esa esclavización originaria descansa toda la «propiedad basada en la violencia» que viene imperando hasta hoy, es evidente que los fenómenos económicos tienen todos su raíz en cau-

sas políticas, y más concretamente, en la violencia. Y el que no se conforme con esta explicación es un reaccionario solapado.

Observemos ante todo que hace falta estar tan prendado de sí mismo como el señor Dühring, para considerar «original» una teoría que nada tiene de tal. La creencia de que los actos políticos estatales de resonancia, son el factor decisivo de la historia es tan vieja como la propia historiografía, y a ella se debe, muy en primer término, el hecho de que tengamos tan pocos conocimientos sobre el desarrollo de los pueblos que tiene lugar en silencio, oculto tras esas ruidosas actividades, y que es en realidad la fuerza motriz de la historia. Esta creencia ha presidido todas las concepciones anteriores de la historia, hasta que vinieron a asestarle el primer golpe los historiadores burgueses de Francia en la época de la Restauración; lo único «original» en este caso es que una vez más el señor Dühring ignora todo esto.

Además, aunque admitamos por un momento que el señor Dühring tiene razón cuando dice que toda la historia hasta nuestros días tiene sus raíces en la esclavización del hombre por el hombre, con eso no habremos llegado, ni mucho menos, a la esencia del problema. Pues, ante todo, surge la pregunta: ¿Y qué movió a Robinson a esclavizar a Viernes? ¿Lo hizo simplemente por deleitarse? Nada de eso. Vemos, por el contrario, que Viernes es «sometido a realizar un servicio *económico* como esclavo o simple instrumento, y mantenido solo como instrumento». Robinson esclaviza, pues, a Viernes para que trabaje en provecho suyo. ¿Y cómo puede Robinson sacar provecho al trabajo de Viernes? Solo debido a que Viernes crea, con su trabajo, más medios de vida que los que Robinson debe darle para que se mantenga en condiciones de trabajar. Es decir, que Robinson, contra los mandatos expresos e imperativos del señor Dühring, «no toma como punto de partida la agrupación política» creada mediante la esclavización de Viernes «por sí misma, sino que la toma exclusivamente como *medio para saciar su estómago*», y allá verá él cómo se las arregla con su señor y maestro Dühring.

Veamos, pues, que el ejemplo pueril inventado expresamente por el señor Dühring para probar que la violencia es el factor «históricamente fundamental», demuestra en realidad que la violencia no es más que el medio y que el fin es, en cambio, el provecho económico. Y del mismo modo que el fin es «más fundamental» que los medios utilizados para lograrlo, en la historia es más fundamental el aspecto económico de las relaciones que el político. Por consiguiente, el ejemplo aducido demuestra precisamente lo contrario de lo que se quería demostrar. Y lo mismo que en el ejemplo de Robinson y Viernes, ocurre en todos los casos de dominio y esclavización de los que nos habla la historia hasta nuestros días. El sojuzgamiento ha sido siempre, para emplear la elegante expresión del señor Dühring, «un medio para saciar el estómago» (concebida esta finalidad en el sentido más amplio), pero jamás ni en parte alguna una agrupación política implantada «en aras de sí misma». Hace falta ser el señor Dühring para imaginar que los impuestos percibidos por los Estados no son más que «efectos de segundo orden», o que la agrupación política de nuestros días, integrada por la burguesía gobernante y el proletariado opri-

mido, existe «en aras de sí misma» y no a fin de «saciar el estómago» de los burgueses gobernantes; es decir, para exprimir ganancia y acumular capital.

Pero volvamos a nuestros dos hombres. Robinson, «espada en mano», convierte a Viernes en esclavo suyo. Mas para lograrlo, Robinson necesita algo más que la espada. No a cualquiera le es útil un esclavo. Para poder sacar provecho de él, hay que disponer de dos cosas: primero, de los instrumentos y objetos necesarios para el trabajo del esclavo y, en segundo lugar, de los medios indispensables para su manutención. Así pues, antes de que la esclavitud sea posible, es menester que la producción haya alcanzado ya cierto nivel de desarrollo y que en la distribución se haya llegado a cierto grado de desigualdad. Y para que el trabajo de los esclavos se convierta en el régimen de producción predominante en toda una sociedad, es preciso que en esta la producción, el comercio y la acumulación de riquezas se hayan desarrollado ya en un grado muy superior. En las comunidades primitivas, organizadas sobre el régimen de la propiedad común del suelo, no se da la esclavitud bajo forma alguna, o desempeña un papel muy secundario. Igual sucede en la Roma primitiva, ciudad de labradores; pero cuando Roma se convierte en una «ciudad universal» y la propiedad del suelo itálico se concentra cada vez más en manos de una clase poco numerosa de riquísimos propietarios, la población de labriegos es sustituida por la de esclavos. Sabemos que en tiempos de las guerras médicas el número de esclavos se elevaba a 460 000 en Corinto y a 470 000 en Egina; había diez esclavos por cada ciudadano libre. Es evidente que, para llegar a ese estado de cosas, no bastaba con la «violencia», sino que hacía falta una industria artística y artesanal muy desarrollada, y un vasto comercio. En Estados Unidos de América, la esclavitud se basaba mucho menos en la violencia que en la industria inglesa del algodón; en las regiones no algodoneras o en las que, como los Estados fronterizos, no se dedicaban a criar esclavos para venderlos a los Estados algodoneros, la esclavitud fue extinguiéndose por sí misma sin intervención de la violencia, por la sencilla razón de que no era rentable.

Por consiguiente, el señor Dühring pone patas arriba toda la relación real cuando llama a la propiedad actual propiedad basada en la violencia y la define como «la forma de poder, que no solo excluye al semejante del uso de los medios naturales de vida, sino que, lo que es mucho más importante, *se basa* en la esclavización del hombre y en su sometimiento a servir como esclavo». El sometimiento del hombre a la esclavitud, cualquiera sea la forma que presente, presupone que el avasallador posee los medios de trabajo, sin los cuales el esclavo no le serviría de nada, y, además, los medios de vida indispensables para mantener al esclavo. Presupone, pues, en todos los casos, cierto nivel patrimonial superior al grado medio de fortuna. ¿De dónde ha salido este patrimonio? Es indudable que puede haber provenido del robo, es decir, de la *violencia*, pero no es indispensable que así sea. Pudo ser también fruto del trabajo, del hurto, del comercio, de la estafa. Más aún, para que algo pueda ser robado es menester que alguien haya creado antes, con su trabajo, lo que se roba.

Por lo general, la propiedad privada nunca surge en la historia como fruto del robo y la violencia. Por el contrario, existe ya, aunque limitada a ciertos ob-

jetos, en las antiguas comunidades primitivas de todos los pueblos civilizados. Comienza a desarrollarse ya en el seno de estas comunidades, en el intercambio con gente de otras comunidades, bajo la forma de mercancía. Y cuanto mayor es la cantidad de productos de la comunidad que adoptan la forma de mercancía, es decir, cuanto mayor es la proporción en que esos artículos se producen, no para ser consumidos por el propio productor, sino para el intercambio, cuanto más va este desplazando, aun en el seno de la misma comunidad, la originaria y espontánea división del trabajo, tanto más se acentúa la desigualdad en la posesión de bienes de los diferentes miembros de la comunidad, tanto más se va minando el antiguo régimen de propiedad común del suelo y más rápidamente tiende la comunidad a disolverse en una aldea de labradores propietarios de sus parcelas. El despotismo oriental y el predominio de los conquistadores nómadas que se sucedieron a lo largo de miles de años nada pudieron hacer contra esas antiguas comunidades primitivas; fue la destrucción gradual de su industria doméstica natural por la competencia de los productos de la gran industria, lo que las llevó cada vez más aceleradamente a su disolución. Aquí ni siquiera se puede hablar de violencia, como tampoco se puede hablar de ella en el reparto, que todavía se está realizando en nuestros días, de la propiedad agraria común de los «Gehöferschaften» (caseríos) del Mosela y de los altos Vosgos; los campesinos, sencillamente, encuentran más ventajosa para sus intereses la propiedad privada de la tierra que la propiedad común. Inclusive la formación de una aristocracia gentilicia primitiva, como la que se constituyó entre los celtas, los germanos y en el Penjab indio, sobre la base de la propiedad común del suelo, no descansa al principio, en absoluto, en la violencia sino en la sumisión voluntaria y en la costumbre. Dondequiera que surge la propiedad privada, aparece como consecuencia de cambios en las relaciones de producción y de intercambio, en interés del aumento de la producción y de la intensificación del tráfico, y responde, por lo tanto, a causas económicas. En este proceso, la violencia no desempeña papel alguno. Es evidente que para que el ladrón pueda *apropiarse* de bienes ajenos, tiene que regir ya la institución de la propiedad privada, pues la violencia podrá, indudablemente, ser la causa de que la propiedad cambie de dueño, pero nunca podrá engendrar la propiedad privada como tal.

Pero tampoco podemos remitirnos a la violencia ni a la propiedad basada en ella para explicar el «sometimiento del hombre a la esclavitud» en la más moderna de sus formas, la del trabajo asalariado. Ya hemos mencionado el papel que la trasformación de los productos del trabajo en mercancías, es decir, su producción —no para el consumo propio, sino para el intercambio— desempeña en la disolución de las antiguas comunidades y, por lo tanto, en la generalización directa o indirecta de la propiedad privada. Ahora bien: en *El capital*, Marx ha demostrado con claridad meridiana —y el señor Dühring se guarda muy bien de referirse a ello— que, al alcanzar cierto grado de desarrollo, la producción mercantil se convierte en producción capitalista, y que, al llegar a esta fase, «la ley de la apropiación de mercancías o ley de la propiedad privada, basada en la producción y circulación de mercancías, en virtud de una dialéctica que le es propia, interna e inevitable, se convierte en su antípo-

da. El intercambio de equivalentes, que aparecía como la operación originaria, se ha trasformado hasta convertirse en un intercambio solo aparente, por dos razones: primero, porque la parte de capital que se cambia por la fuerza de trabajo, no es ella misma más que una parte del producto del trabajo ajeno apropiado sin equivalente, y segundo, porque su productor, el obrero, no solo la repone, sino que está obligado a reponerla añadiéndole un nuevo excedente [...] En sus orígenes, el derecho de propiedad se nos presentaba como un derecho basado en el trabajo propio[...] Ahora (al final del análisis de Marx), la propiedad se nos presenta, en lo que concierne al capitalista, como el derecho de apropiarse del trabajo ajeno no retribuido o de su producto y en lo que respecta al obrero, como la imposibilidad de apropiarse el producto de su trabajo. El divorcio entre la propiedad y el trabajo se convierte en consecuencia obligada de una ley que parecía basarse en la identidad de estos dos factores» [2]. En otras palabras, aun suponiendo que fuesen totalmente imposibles el robo, la violencia y la estafa, si admitimos que toda propiedad privada se basaba originariamente en el trabajo personal del propietario y que en todo el proceso posterior se intercambiaban solo valores iguales, llegamos necesariamente, al desarrollarse la producción y el intercambio, al actual modo capitalista de producción, al monopolio de los medios de producción y subsistencia en manos de una clase poco numerosa, a la degradación de la otra clase, constituida por la inmensa mayoría de la población, al estado de proletarios desposeídos, a la sucesión periódica de vértigos de producción y crisis comerciales, y a toda la anarquía actual de la producción. Todo este proceso se explica por causas puramente económicas, sin necesidad de recurrir ni una sola vez al argumento del robo, de la violencia, de la intromisión del Estado ni a ninguna otra injerencia de carácter político. De donde la «propiedad basada en la violencia» resulta ser, también esta vez, solo una frase declamatoria, destinada a encubrir la incomprensión del proceso real de las cosas.

Este proceso, expuesto históricamente, no es otra cosa que la historia del desarrollo de la burguesía. Y si «el régimen político es la causa determinante de la situación económica», la burguesía moderna no debía haberse desarrollado en lucha contra el feudalismo, sino que debía ser su hijo predilecto, su creación espontánea. Todo el mundo sabe que ha ocurrido lo contrario. Capa social, oprimida en sus orígenes, tributaria de la nobleza feudal dominante, reclutada entre siervos y vasallos de todo tipo, la burguesía fue conquistando una posición tras otra en lucha constante con la nobleza, hasta desplazarla y adueñarse del poder en los países más avanzados. En Francia, derrocando directamente a la nobleza; en Inglaterra, aburguesándola cada vez más hasta convertirla en su propia cúspide ornamental. ¿Cómo lo consiguió? Sencillamente por el cambio de la «situación económica», al que siguió, tarde o temprano, en forma espontánea o mediante la lucha, el cambio de régimen político. La lucha de la burguesía contra la nobleza feudal es la lucha de la ciudad contra el campo, de la industria contra la propiedad de la tierra, de la economía monetaria contra la natural, y las armas decisivas de la burguesía en esa lucha fueron sus recursos de poder *económico*, constantemente reforzados por el desarrollo de la industria, primero artesana y luego manufacturera, y

por la extensión del comercio. Durante toda esta lucha, el poder político estuvo de parte de la nobleza, con excepción de un período en el cual el poder real utilizó a la burguesía contra la nobleza para reprimir a una capa social con la otra; pero desde el momento en que la burguesía, todavía impotente en el terreno político, comenzó a ser peligrosa debido a su creciente potencia económica, los reyes volvieron a aliarse con la nobleza, provocando así, primero en Inglaterra y luego en Francia, la revolución burguesa. En Francia, el «régimen político» permanecía invariable, pero la «situación económica» rebasaba sus marcos. Desde el punto de vista político, la nobleza lo era todo; la burguesía, nada; desde el punto de vista social, la burguesía era ya la clase más importante en el Estado, mientras que a la nobleza se le habían escapado de las manos todas sus funciones sociales, aunque siguiese cobrando en forma de rentas la retribución por esas funciones ya desaparecidas. Más aún, la burguesía se veía comprimida en toda su actividad de producción por las formas políticas feudales de la Edad Media, que esa producción —no solo la manufacturera sino también la artesana— había superado hacía ya tiempo; su desarrollo estaba maniatado por un cúmulo de privilegios gremiales que no eran ya más que otros tantos obstáculos y trabas para la producción, y por los aranceles provinciales y locales.

La revolución burguesa puso fin a esto, pero no, como podría suponerse según el principio del señor Dühring, adaptando la situación económica al régimen político —lo que intentaron en vano durante muchos años la nobleza y los reyes—, sino, al contrario, barriendo todos los viejos y podridos trastos políticos, y creando un régimen político en el que la nueva «situación económica» pudiera subsistir y desarrollarse. Y en efecto, se ha desarrollado a las mil maravillas en esa atmósfera política y jurídica adecuada, tan maravillosamente que la burguesía no está ya muy lejos de la posición que ocupaba la nobleza en 1789: no solo va convirtiéndose cada vez más en un factor socialmente superfluo, sino en un estorbo social; se aleja cada vez más de la actividad productiva y se transforma gradualmente, como en su tiempo la nobleza, en una clase que no hace más que embolsar ingresos. Ha llevado a cabo una revolución en su propio seno, creando una clase nueva, el proletariado, sin recurrir a ningún truco violento, por vías puramente económicas. Y ese resultado de su propia actividad no respondió, ni mucho menos, a su voluntad; antes bien, se ha abierto paso con una fuerza irresistible contra la voluntad y las intenciones de la burguesía. Sencillamente, sus propias fuerzas productivas han desbordado los cauces de su dirección e impulsan a toda la sociedad burguesa, como una necesidad natural, a la ruina o a la revolución. Y cuando los burgueses apelan ahora a la violencia para salvar de la catástrofe a la «situación económica» que se hunde, demuestran una sola cosa: que incurren en la misma aberración que el señor Dühring, en la de creer que el «régimen político es la causa determinante de la situación económica». Suponen, como el señor Dühring, que mediante «el factor primario», mediante «la violencia política directa», pueden trasformar los «hechos de segundo orden», es decir, la situación económica y su inevitable desarrollo, como si los efectos económicos de la máquina de vapor y todo el conjunto de mecanismos modernos

movidos por ella, del comercio mundial, de los bancos y del desarrollo del crédito en la época actual, pudieran borrarse de la faz de la tierra por medio de los cañones Krupp y los fusiles Máuser.

TEORÍA DE LA VIOLENCIA (Continuación)

Analicemos, sin embargo, un poco más de cerca esa omnipotente «violencia» del señor Dühring. Robinson esclaviza a Viernes «espada en mano». ¿Pero de dónde ha sacado esa espada? Las espadas no crecen en los árboles, en ninguna parte de la tierra, ni siquiera en las islas imaginarias donde viven los Robinsones; el señor Dühring se exime de responder a esta pregunta. Si Robinson pudo procurarse una espada, nada nos impide suponer que Viernes se presentará una buena mañana esgrimiendo un revólver cargado, con lo cual la relación de «violencia» se invertirá totalmente: Viernes se impondrá y Robinson tendrá que trabajar para él. Pedimos perdón al lector por insistir tanto en la historia de Robinson y Viernes, más adecuada para entretener a los niños que para elucubraciones científicas. ¡Pero qué le vamos a hacer! No tenemos más remedio que aplicar a conciencia el método axiomático del señor Dühring, y no somos responsables de vernos obligados a mantenernos constantemente en un terreno de absoluta puerilidad. El revólver triunfará pues, sobre la espada, y de este modo, hasta el más ingenuo aficionado al método axiomático tendrá que reconocer que la violencia no es un simple acto de voluntad, sino que supone condiciones previas muy reales para manifestarse, o sea ciertos *instrumentos*, de los cuales el más perfecto domina al menos perfecto; que además, esos instrumentos tienen que ser producidos, lo cual significa que el productor de los instrumentos de violencia más perfectos, o sea de las armas, triunfa sobre el productor de los instrumentos menos perfectos. En una palabra, el triunfo de la violencia se basa en la producción de armas y esta, a su vez, en la producción en general y, por tanto en el «poder económico», en la «situación económica», en los medios *materiales* que están a disposición de la violencia.

La violencia es actualmente el ejercito y la marina de guerra, y ambos cuestan, como sabemos por experiencia propia, «montones de dinero». Pero la violencia por sí sola es incapaz de crear dinero; a lo sumo puede apoderarse del ya creado, y tampoco eso sirve de mucho, como también lo sabemos por la penosa experiencia con los miles de millones franceses. En última instancia, siempre será la producción económica la que suministre el dinero; volvemos a encontramos, pues, con que la violencia está condicionada por la situación económica, que es la que debe dotarla de los medios necesarios para equiparse con instrumentos y para conservarlos. Pero la cosa no termina aquí. Nada depende tanto de las condiciones económicas previas como el ejército y la marina. El armamento, la composición del ejército, la organización, la táctica y la estrategia dependen, ante todo, del nivel de producción alcanzado y del sistema de comunicaciones. No fue la «libre creación de la inteligencia» de

jefes militares geniales lo que provocó una revolución en este terreno, sino la invención de armas más perfectas y los cambios experimentados por el material-soldado; la influencia de los jefes militares geniales se redujo, en el mejor de los casos, a adaptar los métodos de lucha a las nuevas armas y a los nuevos combatientes.

Todos los escolares saben que a comienzos del siglo XIV, el conocimiento de la pólvora pasó de los árabes a los europeos de Occidente, y revolucionó todo el arte de la guerra. Pero la introducción de la pólvora y de las armas de fuego no fue en modo alguno un acto de violencia, sino un progreso industrial y, por lo tanto, económico. La industria sigue siendo tal, ya se aplique a la producción o destrucción de objetos. Y la introducción de las armas de fuego no solo influyó en la propia conducción de las guerras, sino también en las relaciones políticas de poder y opresión. Para obtener pólvora y armas de fuego, se necesitaba la industria y el dinero, y ambos estaban en manos de los habitantes de las ciudades. Por eso las armas de fuego fueron desde el primer momento armas de las ciudades y de la monarquía en ascenso, que en su lucha contra la nobleza feudal se apoyaba en las ciudades. Las murallas de piedra de las fortalezas de los nobles, hasta entonces inexpugnables, cayeron ante los cañones de los *Bürger* [3] y las balas de los mosquetes de estos traspasaron las armaduras de los caballeros. Con la caballería de los nobles y sus arneses, se hundió también la dominación de la nobleza; con el desarrollo de los burgos, la infantería y la artillería se convirtieron cada vez más en los aspectos decisivos de las fuerzas armadas; presionada por las necesidades de la artillería, la artesanía para la guerra tuvo que crear una nueva rama puramente industrial: la de ingeniería.

El perfeccionamiento de las armas de fuego se desarrolló con gran lentitud. Los cañones seguían siendo pesados, los mosquetes, pese a los muchos mejoramientos parciales no perdían su tosquedad. Hubieron de pasar más de trescientos años hasta que se inventó un fusil apto para armar con él a toda la infantería. Solo a comienzos del siglo XVIII, el fusil de chispa armado de bayoneta eliminó definitivamente la pica del armamento de la infantería. En esa época la infantería estaba formada por soldados de los príncipes, bien adiestrados, pero que no ofrecían seguridad alguna, reclutados entre los elementos más viles de la sociedad y cuya obediencia solo se lograba a fuerza de palos; con frecuencia esa infantería estaba integrada por prisioneros de guerra hostiles, incorporados al ejército por la fuerza.

La única forma de combate en que estos soldados podían utilizar la nueva arma era la táctica lineal, que alcanzó su máxima perfección bajo Federico II. Consistía en formar a toda la infantería de un ejército en un gran cuadrilátero de tres filas, muy largo y vacío por dentro, que solo podía moverse en orden de batalla como un todo único; a lo sumo se permitía que uno de los flancos avanzase o retrocediese un poco. Esa masa torpe solo podía desplazarse en orden en un terreno llano, y aun así con ritmo muy lento (setenta y cinco pasos por minuto); era imposible cambiar la formación durante la batalla, y tan pronto entraba en combate la infantería, la victoria o la derrota podían decidirse rápidamente y de un solo golpe.

Frente a estas líneas torpes, se alzaron en la guerra de la independencia norteamericana [4], los destacamentos de rebeldes que, aunque no sabían marchar, disparaban mucho más certeramente con sus carabinas y que, además, como combatían por sus propios intereses, no desertaban como las tropas reclutadas.

Estos destacamentos no daban a los ingleses la satisfacción de enfrentarse con ellos en línea regular de combate ni en campo descubierto, sino que atacaban en destacamentos dispersos de tiradores muy móviles y ocultos en los bosques. La formación lineal, impotente, sucumbió ante un enemigo invisible e inabordable. De este modo volvió a inventarse la formación dispersa de tiradores, nueva forma de combate, fruto de un material-soldado modificado.

La obra comenzada por la revolución norteamericana fue llevada a término, también en el terreno militar, por la Revolución francesa. A los bien adiestrados ejércitos mercenarios de la coalición, Francia solo podía oponer sus masas, poco adiestradas, pero numerosas, las milicias de toda la nación [5]. Con estas masas había que defender a París, por consiguiente, proteger una zona determinada, lo cual era imposible sin vencer en un combate abierto y de masas. Mas para ello no bastaban los destacamentos de tiradores: había que descubrir una forma adecuada para poder emplear a las masas, y esa forma fue la *columna*. La formación en columna permitía, aun a tropas poco adiestradas, moverse con bastante orden y con mayor rapidez de marcha (a razón de cien pasos o más por minuto); permitía romper las rígidas formas de la antigua formación lineal, combatir con esta hasta en los terrenos más desfavorables, agrupar a las tropas del modo más conveniente en cada caso y, en combinación con la acción de los tiradores dispersos, contener, distraer y fatigar a las líneas enemigas, hasta el momento de lanzarse contra ellas y romper su frente en el punto decisivo de la posición con la ayuda de las masas mantenidas en reserva. Este nuevo método de combate, basado en la acción combinada de tiradores y columnas de infantería, y en la separación del ejército en divisiones o cuerpos de ejército independientes, integrados por todas las armas, fue plenamente desarrollado, en su aspecto táctico y estratégico, por Napoleón. Surgió, ante todo, impuesto por la necesidad, por la Revolución francesa, por las nuevas peculiaridades del material humano del ejército [6]. Pero el nuevo método requería dos premisas técnicas muy importantes: la primera eran las cureñas más livianas, construidas por Gribeauval para los cañones de campaña, que permitían desplazarlos con la rapidez requerida; la segunda fue que en 1777 se introdujo en Francia el fusil de culata curva —hasta entonces esta no era más que la prolongación del cañón—, modificación tomada de las escopetas de caza, y que permitía apuntar a un hombre determinado y disparar sin errar el blanco. Sin estos progresos no hubiera sido posible aplicar las antiguas armas a la nueva táctica de formación dispersa.

El sistema revolucionario, consistente en armar a todo el pueblo, se limitó pronto a un reclutamiento obligatorio (los ricos gozaban del derecho de ser sustituidos pagando un rescate) y adoptado así por la mayoría de los grandes Estados del continente. Solo Prusia con su sistema del *Landwehr*, trató de incorporar al servicio de la nación a la fuerza militar en mayor escala.

Fue, además, el primer Estado que dotó a toda su infantería del arma más moderna, el fusil de retrocarga, después de que el fusil de cañón rayado con carga delantera hubo desempeñado un breve papel entre 1830 y 1860, cuando aún era apto para la guerra.

A estas dos medidas se debieron sus triunfos en 1866.

En la guerra franco-prusiana se enfrentaron por primera vez dos ejércitos equipados con fusiles de retrocarga, e instruidos ambos en las formaciones tácticas esenciales de la época del antiguo fusil de chispa y de cañón liso. Pero los prusianos, introduciendo la columna de compañía, intentaron encontrar una forma de combate más adecuada al nuevo armamento. Mas cuando el 18 de agosto, cerca de Saint Privat, la guardia prusiana quiso aplicar en serio el orden de batalla de su columna de compañía, los cinco regimientos más empeñados en la acción, perdieron en menos de dos horas más de la tercera parte de sus efectivos (176 oficiales y 5114 soldados); a partir de ese momento, la columna de compañía quedó sentenciada a muerte, lo mismo que la columna de batallón y la formación de línea. Fue abandonado todo intento de seguir exponiendo formaciones cerradas al fuego de los fusiles enemigos y, a partir de entonces, los alemanes ya solo guerrearon en aquellas densas cadenas de tiradores en que la columna se dispersaba generalmente por sí misma bajo la lluvia de las balas enemigas, cosa que el mando combatía por ser contraria a los reglamentos. Otra innovación fue la de adoptar el movimiento a *saltos* bajo el fuego de fusiles del adversario, como única forma de desplazamiento. El soldado volvía a dar muestras de ser más inteligente que el oficial y fue *él* quien, por instinto, descubrió la única forma de lucha que de entonces acá pudo prevalecer bajo el fuego del fusil de retrocarga, y la impuso triunfalmente a pesar de todas las resistencias del mando.

La guerra franco-prusiana representa un punto de viraje de significado absolutamente distinto a todos los precedentes. En primer lugar, las armas adquieren tal grado de perfección, que no cabe ya ningún nuevo progreso capaz de revolucionar esta esfera. Cuando se dispone de cañones con los que se puede hacer blanco en un batallón en cuanto el ojo lo divisa en la lejanía, y de fusiles que permiten hacer lo mismo tomando por blanco a un solo hombre y en los que cargar lleva menos tiempo que apuntar, todos los perfeccionamientos posteriores que puedan hacerse en el ámbito de la guerra de campaña son ya más o menos indiferentes. En este aspecto, podemos decir que la era de desarrollo está, en lo sustancial, terminada [7]. En segundo lugar, esta guerra obligó a todas las grandes potencias del continente a implantar el reforzado sistema prusiano del *Landwehr*, echándose con ello encima una carga militar que los llevará a la ruina en pocos años. Los ejércitos se han convertido en la finalidad principal de los Estados, en un fin en sí; los pueblos ya solo existen para suministrar soldados y mantenerlos. El militarismo domina y devora a Europa. Pero este militarismo alberga ya en su seno el germen de su propia ruina. La rivalidad desatada entre los Estados los obliga, por una parte, a invertir cada año más dinero en ejércitos, en barcos de guerra, en cañones, etc., acelerando con ello cada vez más la bancarrota financiera; por otra parte, los obliga a aplicar cada vez más seriamente el servicio militar obligatorio, con

lo cual no hace más que familiarizar a todo el pueblo con el empleo de las armas, es decir, capacitarlo para que en determinado momento pueda imponer su voluntad a despecho del mando militar. Y ese momento llegará tan pronto como la masa del pueblo —los obreros del campo y de la ciudad y los campesinos— *tenga* su voluntad. En esa etapa, los ejércitos de los monarcas se convierten en ejércitos del pueblo, la máquina se niega a seguir funcionando y el militarismo perece, por la dialéctica de su propio desarrollo. Y lo que no pudo conseguir la democracia burguesa en 1848, precisamente porque era *burguesa* y no proletaria, a saber: infundir a las masas trabajadoras una voluntad que corresponda a su situación de clase, lo conseguirá inevitablemente el socialismo. Y esto significa que el militarismo volará por los aires, y con él todos los ejércitos regulares *desde adentro*.

He ahí la primera moraleja que puede sacarse de nuestra historia de la infantería moderna. La segunda moraleja, que nos vuelve al señor Dühring, es que toda la organización y todos los métodos de lucha de los ejércitos, y por tanto los triunfos y las derrotas, dependen de condiciones materiales, o más concretamente, económicas: del material hombre y del material arma, es decir, de la calidad y cantidad de la población y de la técnica. Solo un pueblo de cazadores como el norteamericano podía resucitar la formación de tiradores; y ellos eran cazadores por causas puramente económicas, al igual que hoy, también por esas causas, los mismos yanquis de los antiguos Estados se han convertido en labradores, industriales, marinos y mercaderes, que ya no se dedican a cazar en las selvas vírgenes, pero en cambio saben actuar con gran desenvoltura en el campo de la especulación, donde también han sabido aplicar su arte de emplear a las masas. Solo una revolución como la francesa, que emancipó económicamente al burgués y sobre todo al campesino, podía inventar los ejércitos de masas y, con ellos, las formas libres de movimiento, contra las que se estrellaron las antiguas líneas que, con su rigidez, eran la imagen militar del absolutismo por el que combatían. Ya hemos visto, siguiéndolos paso a paso, cómo los progresos de la técnica, en cuanto se hacían aplicables y se aplicaban en el aspecto militar, provocaban e imponían inmediatamente, casi por la violencia, una serie de modificaciones y hasta revoluciones en las métodos de lucha, modificaciones que con frecuencia se abrían paso contra la voluntad del mando. Hasta qué punto la conducción de la guerra depende hoy del estado de la producción y de los medios de comunicación, tanto con la propia retaguardia como con el teatro de operaciones, es cosa que cualquier suboficial un tanto estudioso puede explicar hoy al señor Dühring. Resumiendo, en todas partes y en todos los tiempos son las condiciones y recursos económicos los que dan a la «violencia» el triunfo sin el cual esta dejaría de ser tal, y quien pretendiese reformar el arte de la guerra desde el punto de vista contrario, ateniéndose a los principios del señor Dühring, solo cosecharía palizas [8].

Si pasamos de los ejércitos de tierra a los de mar, solo en los últimos veinte años podemos observar aquí una revolución mucho más decisiva. La unidad de combate en la guerra de Crimea era todavía el barco de madera con sus dos o tres cubiertas y sus setenta o cien cañones, movido preferentemente

a velamen, y solo como medio auxiliar se empleaba una débil maquinita de vapor. Sus cañones eran casi todos de 32 libras, con unos cincuenta quintales de peso, y alguno que otro de 68 libras, con un peso de 95 quintales. Hacia el fin- de la guerra surgieron las baterías flotantes blindadas, monstruos pesados y casi inmóviles, pero inexpugnables para la artillería de aquella época. El blindaje no tardó en aplicarse también a los buques de guerra; al principio era una capa muy delgada: un blindaje de cuatro pulgadas de espesor se consideraba ya pesadísimo. Pero muy pronto los progresos de la artillería aventajaron a ese tipo de coraza. Para cada nuevo espesor de blindaje se inventaba un cañón nuevo y más pesado, que lo perforaba con la mayor facilidad. Y así llegamos a las corazas de hierro de 10, 12, 14 y 24 pulgadas de espesor (Italia se dispone a construir un acorazado con planchas de 3 pies de espesor), por un lado, y por otro, a los cañones rayados de 25, 35, 80 y hasta 100 toneladas (una tonelada = 20 quintales [9]) de peso, capaces de arrojar a distancias antes inconcebibles proyectiles de 300, 400, 1700 y hasta 2000 libras. El buque de guerra de hoy es un gigantesco navío de vapor con hélice, cubierto de coraza, de 8000 a 9000 toneladas de desplazamiento y 6000 a 8000 caballos de fuerza, con torres giratorias y cuatro, o a lo sumo seis, cañones pesados, y una proa terminada en martinete por debajo de la línea de flotación para perforar los barcos enemigos. Ese buque es una máquina gigantesca, en la que la fuerza del vapor no solo permite aumentar la velocidad de desplazamiento del acorazado, sino que además gobierna el timón, echa y leva el ancla, hace girar las torres, enfila y carga los cañones, achica el agua y arría e iza los botes que, a su vez, también navegan en parte a fuerza de vapor, etc. Y el duelo entre el blindaje de los barcos y la potencia de los cañones está muy lejos de haber terminado, al punto que hoy es un fenómeno casi normal el hecho de que un buque, antes de salir de los astilleros, ya esté anticuado y no responda a las necesidades. Los modernos buques de guerra no son solo un producto, sino también una muestra de la gran industria; son todos ellos fábricas flotantes, donde, en realidad, se produce preferentemente la dilapidación del dinero. El país donde está más desarrollada la gran industria tiene el monopolio casi absoluto de la construcción de estos buques. Todos los acorazados turcos, casi todos los rusos y la mayoría de los alemanes han sido construidos en Inglaterra [10]; los blindajes de alguna eficacia se fabrican en su inmensa mayoría en Sheffield; de las tres fábricas de fundición de Europa capaces de suministrar los cañones más pesados, dos (las de Woolwich y Elswick) están en Inglaterra y la otra (la de Krupp), en Alemania. Nada mejor para demostrar que la «violencia política inmediata», que según el señor Dühring es la «causa decisiva de la situación económica», lejos de serlo, se halla completamente subordinada a esta; que no solo la creación, sino también el manejo del instrumento de la violencia en el mar, el buque de guerra, se ha convertido en una rama de la gran industria moderna. Y a nadie desesperará tanto este giro como a la propia violencia, es decir, al Estado, que se encuentra con que un solo buque le cuesta hoy tanto como antes una pequeña flota, y además tiene que resignarse a que esos barcos carísimos envejezcan y pierdan por consiguiente su valor antes de hacerse a la mar; el Estado lamenta, por cierto con tanta amar-

gura como el señor Dühring, que a bordo de los buques de guerra actuales tenga mucha más importancia el representante de la «situación económica», el ingeniero, que el de la «violencia inmediata», o sea, el capitán. Al contrario, por nuestra parte, no tenemos por qué lamentar que en el duelo entre los blindajes y los cañones, el buque de guerra llegue a tal perfección, que se haga tan costoso como inútil para la guerra [11]; lejos de eso, debemos alegramos al comprobar que ese duelo revela; también en los dominios de la guerra naval, las leyes internas del movimiento dialéctico, según las cuales el militarismo, como cualquier otro fenómeno histórico, está llamado a perecer, por obra de las consecuencias de su propio desarrollo.

Nuevamente resulta evidente, pues, con claridad meridiana, que no es, ni mucho menos, «en la violencia política inmediata y no en un poder económico indirecto» donde debe buscarse «lo primario». Por el contrario, ¿dónde reside «lo primario» de la propia violencia? En el poder económico, en la posibilidad de disponer de los poderosos recursos de la industria moderna. El poderío político en el mar, que se basa en los actuales buques de guerra, no es en modo alguno «inmediato», sino que, por el contrario, se vale de la *mediación* del poderío económico, del alto desarrollo de la metalurgia, la existencia de técnicos expertos y de ricas minas de carbón.

¿Pero, para qué todo esto? Que en la próxima guerra naval entreguen el alto mando al señor Dühring, y él destruirá todas las flotas de acorazados, esclavizados por la «situación económica», sin torpedos ni otros ardides por el estilo, sino apelando simplemente a su «violencia inmediata».

TEORÍA DE LA VIOLENCIA (Conclusión)

«Una importantísima circunstancia es que, en efecto, el dominio sobre la *naturaleza* ha trascurrido (¡el dominio ha trascurrido!) solo merced al dominio *sobre el hombre* en general (!!). La explotación económica de la propiedad del suelo en grandes extensiones no se ha llevado a efecto jamás ni en parte alguna sin que la precediese el avasallamiento del hombre, en una forma cualquiera de esclavitud o de prestación personal. El establecimiento del dominio económico sobre las cosas tuvo como condición previa el dominio político, social y económico del hombre sobre el hombre. ¿Es acaso concebible un gran terrateniente sin su dominio sobre esclavos, siervos u hombres privados indirectamente de libertad? ¿Qué podrían significar, en el pasado o en el presente, las fuerzas de un solo individuo, apoyado a lo sumo por las de su familia, en un extenso cultivo del campo? La explotación de la tierra o la extensión de la dominación económica sobre la misma en proporciones que rebasan las fuerzas naturales del individuo, solo ha sido posible en la historia hasta hoy por el hecho de que, antes de instaurar el poder sobre la tierra, o al mismo tiempo, se implantaba también la necesaria esclavización del hombre. En épocas posteriores, el desarrollo de esta esclavización se mitigó [...] Su forma actual, en los Estados más civilizados, es la del trabajo asalariado,

más o menos dirigido por el poder policíaco. Y en este régimen se apoya, por consiguiente, la posibilidad práctica de obtener esa diversidad de la riqueza actual que toma cuerpo en el vasto señorío de la tierra (!) y en las grandes propiedades del suelo. Claro está que también las demás formas de riqueza distributiva deben ser explicadas, desde el punto de vista histórico, del mismo modo, y la dependencia indirecta del hombre respecto del hombre, que forma actualmente el rasgo fundamental del régimen económico más desarrollado, no puede explicarse ni comprenderse por sí misma, sino como una herencia modificada de la subordinación directa y la expropiación anteriores». Así lo afirma el señor Dühring.

Tesis: El dominio (del hombre) sobre la naturaleza presupone el dominio (del hombre) sobre el hombre.

Prueba: el empleo económico de la *propiedad* de la tierra en *grandes extensiones* no se ha realizado nunca ni en parte alguna sino por medio de individuos esclavizados.

Prueba de la prueba: ¿cómo podrían haber existido grandes terratenientes sin individuos esclavizados? El gran terrateniente con su familia solo podría cultivar una parte muy pequeña de sus propiedades, si no poseyera personas esclavizadas.

De este modo, para probar que el hombre, con el fin de someter a la naturaleza, debió esclavizar primero al hombre, el señor Dühring convierte sin más trámites a la «naturaleza» en la «propiedad privada del suelo en grandes extensiones», y esta propiedad del suelo —que no dice a quién pertenece— la convierte a su vez, no menos súbitamente, en la propiedad de un gran terrateniente, el cual, como es lógico, no puede cultivar su tierra si no dispone de individuos esclavizados.

Pero en primer lugar, el «dominio sobre la naturaleza» y el «empleo económico de la propiedad de la tierra» no son, en modo alguno, conceptos idénticos. El dominio sobre la naturaleza adquiere en la gran industria proporciones mucho más gigantescas que en la agricultura, hasta hoy obligada a someterse al clima, en vez de dominarlo.

En segundo lugar, si nos limitamos a la explotación económica de la propiedad del suelo en grandes extensiones, el problema consiste en saber a quién pertenece dicha propiedad. Y entonces nos encontramos con que en los umbrales de la historia de todos los pueblos civilizados, no se alza ese «gran terrateniente» que el señor Dühring, con su acostumbrada manía de prestidigitador —a la que denomina «dialéctica natural»— quiere hacernos pasar de contrabando, sino las comunidades rurales y gentilicias, con propiedad común de la tierra. Desde la India hasta Irlanda, el cultivo de la propiedad del suelo en grandes extensiones se efectuaba, en sus orígenes, por medio de las comunidades rurales y gentilicias, unas veces cultivando en común la tierra por cuenta de la comunidad, otras mediante asignaciones temporarias de parcelas a las familias, conservándose el usufructo común de bosques y pastizales. Una vez más caracteriza los «profundos estudios especiales» del señor Dühring «en el terreno de las ciencias políticas y jurídicas» el hecho de que ignora en absoluto todas estas cosas, de que todas sus obras reflejan un

desconocimiento total de los escritos de Maurer —que hicieron época en la ciencia— acerca del régimen primitivo y la Marca alemana, base de todo el derecho alemán, y de ese cúmulo de literatura que sigue creciendo sin cesar y que, bajo la influencia predominante de las obras de Maurer, establece la existencia del régimen primitivo de propiedad común del suelo en todos los pueblos civilizados de Europa y Asia e investiga sus diferentes formas de existencia y de disgregación. Al señor Dühring le pasa con el derecho alemán, aunque aquí en mayor medida todavía, lo mismo que con el derecho francés y el inglés: que «ha adquirido por sí mismo toda su ignorancia», a pesar de ser esta tan grande. Ese hombre, a quien tanto indigna la limitación de horizontes de los profesores universitarios, se halla, aún hoy, respecto del derecho alemán, donde aquellos se hallaban hace veinte años.

Es puro «producto de la creación y de la libre imaginación» del señor Dühring el afirmar que para explotar la propiedad del suelo en grandes extensiones haya sido indispensable la existencia de grandes terratenientes y de individuos esclavizados. En todo el Oriente, donde la tierra es propiedad de la comunidad o del Estado, hasta el lenguaje desconoce la palabra «terrateniente»; el señor Dühring puede consultar sobre esto a los juristas ingleses, que tanto y tan en vano se torturaron en la India, para saber quién era allí el propietario de la tierra; exactamente igual que el difunto príncipe Enrique LXXII de Reuss-Greiz-Schleiz-Lobenstein-Eberswalde se torturaba con la pregunta de «¿quién es aquí el sereno?». Los turcos fueron los primeros en introducir en el Oriente, en los países por ellos conquistados, una especie de feudalismo latifundista. Grecia entra en la historia en la época heroica, con una organización de castas que es solo el resultado evidente de una larga e ignorada prehistoria. Sin embargo, también aquí vemos que la tierra es cultivada en su mayor parte por labriegos independientes; las grandes fincas de los nobles y de los jefes gentilicios constituyen una excepción y, además, desaparecen rápidamente. El suelo de Italia fue roturado en su mayor parte por labriegos; cuando en los últimos tiempos de la República romana, los grandes grupos de haciendas —latifundios—, desplazaron a los labriegos de sus parcelas sustituyéndolos por esclavos, remplazaron a la vez la agricultura por la ganadería y, como ya lo sabía Plinio, llevaron a Italia a la ruina (*latifundio Italiam perdidere*). En la Edad Media, predomina en toda Europa (sobre todo en la roturación de tierras incultas) el laboreo realizado por campesinos, y es indiferente, para el problema que aquí se trata, el que este labriego tuviese o no que pagar tributos, y en qué cantidad, a un señor feudal cualquiera. Los colonos de Frisia, de la baja Sajonia, de Flandes y del bajo Rin, que cultivaban al oriente del Elba la tierra arrebatada a los eslavos, trabajaban como labradores libres, pagando solo un impuesto muy reducido y sin sujeción «a ningún tipo de prestación personal».

En Norteamérica, la inmensa mayoría de las tierras fueron abiertas al cultivo por el trabajo de campesinos libres, mientras que los grandes terratenientes del sur, con sus esclavos y su sistema de explotación rapaz, agotaron el suelo, que terminó por no producir más que abetos, razón por la cual el cultivo del algodón fue desplazándose cada vez más hacia el oeste. En Australia y

Nueva Zelandia todas las tentativas del gobierno inglés para crear artificialmente una aristocracia de hacendados han sido vanas. Es decir, que a excepción de las colonias tropicales y subtropicales, donde el clima impide al europeo el cultivo de la tierra, ese gran terrateniente que rotura el suelo y somete a la naturaleza a su dominio mediante el trabajo de esclavos o de siervos de la gleba, no es más que pura creación de la fantasía. Todo lo contrario. En los tiempos antiguos, allí donde ese gran terrateniente aparece, como en Italia, lejos de roturar e incorporar al cultivo las tierras yermas, trasforma en pastizales las tierras cultivadas por los campesinos, despoblando y arruinando regiones enteras. Solo en los tiempos modernos, desde que la mayor densidad de población eleva el valor de la tierra y en especial desde que los progresos de la agronomía permiten cultivar inclusive las peores tierras, solo desde entonces los grandes terratenientes, comienzan a participar en la roturación en gran escala de tierras incultas y pastizales, haciéndolo preferentemente, lo mismo en Inglaterra que en Alemania, por medio del saqueo de las tierras comunales de los campesinos. Mas esto no se ha efectuado sin un proceso opuesto: por cada acre de tierra comunal que los grandes terratenientes roturaron en Inglaterra, convirtieron en Escocia por lo menos tres acres de tierra cultivada en pastizales para ovejas y, últimamente, inclusive en grandes cotos de caza mayor.

Examinemos ahora la tesis del señor Dühring de que la roturación de grandes extensiones de tierra, y por lo tanto, de la totalidad o la casi totalidad del área de cultivo, no pudo realizarse «nunca ni en parte alguna» más que por medio de grandes terratenientes e individuos esclavizados, afirmación que «presupone» como hemos visto, un desconocimiento increíble de la historia. Por ello no nos interesa, por ahora, explicar en qué medida en las diferentes épocas, esas áreas ya roturadas en su totalidad o en su mayor parte, se han cultivado por medio de esclavos (como en la época del apogeo de Grecia), o por medio de siervos (como en el régimen de prestación personal de la Edad Media); tampoco nos interesa averiguar cuál fue la función social de los grandes terratenientes en las distintas épocas.

Después de haber desplegado ante nosotros este maravilloso cuadro fantástico —en el cual no se sabe de qué asombrarse más, si del malabarismo de la deducción o de la falsificación de la historia—, el señor Dühring exclama triunfal: «¡Es evidente que las demás formas de riqueza distributiva deben *ser explicadas, desde el punto de vista histórico, de un modo análogo*!» Lo cual evidentemente le ahorra el trabajo de decir siquiera una palabra, por ejemplo, acerca del origen del capital.

Si el señor Dühring, cuando afirma que el dominio del hombre sobre el hombre es la condición previa del dominio del hombre sobre la naturaleza, solo quiere decir, en general, que todo el régimen económico actual, el grado de desarrollo alcanzado por la agricultura y la industria, es el resultado de una historia social que ha venido desarrollándose en antagonismos de clases, en relaciones de dominio y esclavización, afirma algo que, desde la publicación del *Manifiesto Comunista*, es un viejo lugar común. De lo que se trata es de explicar los orígenes de esas clases y relaciones de poder, y si el señor Dühring

no tiene más explicación que la consabida «violencia», no nos hace dar un solo paso adelante. El mero hecho de que en todas las épocas los oprimidos y explotados hayan sido una legión mucho más numerosa que sus opresores y explotadores, y de que por consiguiente, la auténtica fuerza siempre haya estado del lado de los primeros, basta para demostrar toda la necedad de la teoría de la violencia. El problema, repetimos, está exclusivamente en explicar el porqué de esas relaciones de dominio y esclavización.

Estas surgieron de dos maneras distintas.

Surgidos originariamente del reino animal (en el sentido más estricto de la palabra) los hombres entran en la historia, todavía semianimales, salvajes, impotentes ante las fuerzas naturales, ignorantes de las suyas propias, y por lo tanto, pobres como los animales y apenas más productivos que estos. Reina cierta igualdad de nivel de vida y además, para los jefes de familia, una especie de igualdad en cuanto a la posición social, por lo menos una ausencia de clases sociales que persiste todavía en las comunidades agrícolas primitivas de los pueblos civilizados posteriores. En el seno de cada una de estas comunidades existen desde el principio ciertos intereses comunes, cuya defensa es confiada a determinados individuos, aunque bajo el control de la colectividad: solución de litigios; represión contra las personas que abusan de sus derechos; vigilancia del riego, sobre todo en los países cálidos; finalmente, en el estadio primitivo y salvaje, algunas funciones religiosas. Funciones análogas se encuentran en las comunidades primitivas de todas las épocas, desde las antiquísimas Marcas germánicas y todavía hoy en la India. Llevan aparejadas, como es lógico, cierta plenitud de poderes y representan los orígenes del poder estatal. Poco a poco las fuerzas productivas van creciendo; la densidad cada vez mayor de población engendra intereses, comunes unas veces, antagónicos otras, entre las diversas comunidades, que, al agruparse en conjuntos mayores, dan origen a una nueva división del trabajo, a la creación de nuevos organismos destinados a defender los intereses comunes y a reprimir los antisociales. Estos organismos, que, como representantes de los intereses comunes de todo el grupo, ocupan ya respecto de cada comunidad una posición particular, y en ocasiones opuesta, van cobrando cada vez mayor independencia, debido, en parte, al carácter hereditario de los cargos sociales, carácter que adquieren casi de modo espontáneo en un mundo en que todo se produce en forma natural, y, en parte, a causa de que resultan cada vez más indispensables, a medida que se multiplican los conflictos entre grupos. No necesitamos analizar aquí cómo esta creciente independencia de las funciones sociales con respecto a la sociedad llega, con el tiempo, a convertirse en una dominación sobre esta; cómo, cuando las circunstancias son favorables, los primitivos servidores de la sociedad fueron erigiéndose paulatinamente en sus señores; cómo, según las circunstancias, este señor se instaura en Oriente como déspota o sátrapa, en Grecia como jefe de *gens*, entre los celtas como jefe de clan, etc., en qué medida utilizó también la violencia para esa trasformación y cómo, por fin, los diversos individuos dominantes se agruparon en una clase dominante. Lo único que interesa aquí es demostrar que el poder político tuvo por base en todas partes el ejercicio de una función

social, y que, por lo mismo, solo podía persistir mientras desempeñase esa función social. Por muchos que hayan sido los despotismos que florecieron sucesivamente en Persia y la India, para luego desaparecer, cada uno de ellos sabía perfectamente que en primer término era el núcleo encargado del riego de los valles, sin el cual la agricultura era imposible. Solo los ilustrados ingleses no advirtieron en la India esta circunstancia; dejaron que se hundiesen los canales y las esclusas, y solo ahora, por fin, las epidemias periódicas de hambre les enseñan que desatendieron la única actividad que hubiera podido hacer su dominación sobre la India por lo menos tan legítima como la de sus predecesores.

Paralelamente a este proceso de formación de clases se producía otro. La división del trabajo, surgida en forma espontánea en el seno de la familia labradora permitió, alcanzado cierto grado de bienestar, incorporar a ella una o varias fuerzas de trabajo extrañas. Así ocurrió sobre todo en los países donde la antigua propiedad común del suelo se había disgregado ya o donde al menos la antigua forma de labranza en común había cedido el puesto al cultivo individual de las parcelas por las familias correspondientes. La producción se había desarrollado en proporciones tales, que ya la fuerza de trabajo humana podía producir más de lo necesario para su simple sustento; se contaba con los medios indispensables para el mantenimiento de más fuerzas de trabajo, e igualmente con el medio para utilizarlas; la fuerza de trabajo adquirió entonces un *valor*. Pero ni la propia comunidad ni la agrupación de que formaba parte suministraban fuerzas de trabajo disponibles, sobrantes. La guerra sí las ofrecía, y la guerra era tan antigua como la existencia simultánea de varios grupos de comunidades cercanas. Hasta entonces no habían sabido qué hacer con los prisioneros, por eso los mataban y en tiempos anteriores se los comían. Pero al llegar a esta etapa de la «situación económica», adquirieron un valor; por eso se los dejo vivir y se aprovechó su trabajo. De tal modo, la violencia, lejos de dominar a la situación económica, fue puesta, como se ve, al servicio de esta. Se había descubierto la *esclavitud*. Esta no tardó en convertirse en la forma predominante de la producción en todos los pueblos cuyo desarrollo había traspuesto ya las fronteras de las comunidades primitivas, para acabar, por último, convirtiéndose en una de las causas principales de su decadencia. Solo la esclavitud hizo posible la división del trabajo en mayor escala entre la agricultura y la industria, y gracias a ello pudo florecer la cultura del mundo antiguo, el helenismo. Sin esclavitud, no puede concebirse el Estado griego, ni el arte y la ciencia de Grecia; sin esclavitud no hubiera existido el Imperio romano. Y sin las bases del helenismo y del Imperio romano, tampoco habría llegado a formarse la Europa moderna. Jamás deberíamos olvidar que todo nuestro desarrollo económico, político e intelectual tuvo como condición previa un régimen en que la esclavitud era una institución tan necesaria, como reconocida de un modo general. En este sentido, tenemos derecho a afirmar: sin la esclavitud antigua tampoco existiría el socialismo moderno.

Nada más fácil que lanzar un torrente de frases comunes acerca de la esclavitud y otras cosas análogas y descargar una indignación elevadamente moral contra semejante ignominia. Pero, por desgracia, con eso no se consi-

gue más que proclamar lo que todos ya saben: esas instituciones de los tiempos antiguos no responden a las condiciones de nuestra época ni a nuestros sentimientos determinados por ellas. Mas, por ese camino, nada conseguiríamos averiguar acerca del origen de esas instituciones, por qué existieron ni cuál fue su papel en la historia. Entrando en este terreno, no tenemos más remedio que decir, por paradójica y herética que pueda parecer nuestra afirmación, que la implantación de la esclavitud constituyó, en las circunstancias de entonces, un gran progreso. Es indiscutible el hecho de que la humanidad, surgida de la animalidad, debió recurrir a medios bárbaros y casi bestiales para abandonar el estado de barbarie. Las antiguas comunidades, allí donde subsisten, forman desde hace miles de años, desde India hasta Rusia, la base de la más tosca forma de Estado: el despotismo oriental. Solo allí donde esas comunidades primitivas se disolvieron, los pueblos progresaron por propio impulso, y su progreso económico inmediato consistió en intensificar y aumentar la producción mediante el trabajo de los esclavos. Es evidente que mientras el trabajo humano era tan poco productivo, que después de cubrir las necesidades vitales más perentorias apenas proporcionaba un excedente, no podía pensarse en aumentar las fuerzas productivas, en extender las relaciones comerciales, en desarrollar el Estado y el derecho, en crear el arte y la ciencia. Todo eso se pudo lograr con una división intensificada del trabajo, que forzosamente debía basarse en la gran división del trabajo entre las masas entregadas a la simple labor física y unos cuantos privilegiados, que dirigían los trabajos, se dedicaban al comercio, a los asuntos de Estado, y, más tarde, también a la ciencia y las artes. La esclavitud fue la forma más sencilla y más espontánea de esa división del trabajo. En las condiciones históricas del mundo antiguo, y en especial del mundo griego, el progreso hacia una sociedad basada en antagonismos de clases, solo podía llevarse a cabo bajo la forma de la esclavitud. Y esa institución representaba también un progreso para los propios esclavos: al menos permitía que los prisioneros de guerra, entre los que se reclutaba la gran masa de esclavos, conservaran la vida, ya que hasta entonces los exterminaban y, primitivamente, hasta se los comían.

Y digamos, de paso, que hasta hoy todos los antagonismos históricos entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y oprimidas, se explican por la productividad, relativamente tan poco desarrollada, del trabajo humano. Mientras la población realmente trabajadora, absorbida por su trabajo necesario, no tuvo un solo momento libre para dedicarlo a la gestión de los asuntos comunes de la sociedad (dirección de los trabajos, negocios públicos, ejercicio de la justicia, arte, ciencia, etc.) tenía que existir necesariamente una clase especial, que libre del trabajo propiamente dicho, atendiese estos asuntos; pero esa clase no dejaba escapar ocasión alguna para echar nuevas cargas de trabajo sobre los hombros de las masas trabajadoras, explotándolas en su propio beneficio. Solo el advenimiento de la gran industria, con su gigantesco aumento de las fuerzas productivas, permitió que el trabajo se distribuyera sin excepción entre todos los miembros de la sociedad, reduciendo así la jornada laboral del individuo a límites que dejan a todos el tiempo libre suficiente para intervenir —teórica y prácticamente— en los asuntos colectivos de la

sociedad. Solo ahora toda clase dominante y explotadora se ha hecho superflua, más aún, constituye un obstáculo para el desarrollo de la sociedad y ese obstáculo será inexorablemente superado, por muy poseedora de la ‹violencia inmediata» que sea.

El señor Dühring, que habla a regañadientes de los griegos porque su régimen de vida estaba basado en la esclavitud, podría echarles en cara, con la misma razón, que no conocieran la máquina de vapor ni el telégrafo eléctrico. Y cuando afirma que nuestra esclavitud asalariada moderna no es más que una herencia, algo modificada y atenuada, de la esclavitud anterior, y que no puede explicarse por sí misma (es decir, por las leyes económicas de la sociedad moderna), sus palabras o significan que el trabajo asalariado y la esclavitud solo son formas de sometimiento y dominación de clase, cosa que sabe cualquier niño, o son una falsedad. Porque con la misma razón podríamos afirmar que el trabajo asalariado solo puede explicarse como una forma atenuada de la antropofagia, destino que se daba primitivamente en todas partes, como está demostrado, a los enemigos vencidos.

De lo dicho se desprende, con toda claridad, el papel desempeñado en la historia por la violencia respecto del desarrollo económico. En primer lugar, en sus orígenes todo poder político descansa siempre en una función económica y social, y se intensifica en la medida en que, al disolverse la comunidad primitiva, los miembros de la sociedad se convierten en productores privados, con lo cual se ahonda aún más el abismo existente entre ellos y los que desempeñan funciones sociales comunes. En segundo lugar, tan pronto como el poder político se independiza de la sociedad convirtiéndose de servidor en señor, puede actuar en dos sentidos distintos: o bien, en un sentido y con una orientación acordes con las leyes que rigen el desarrollo económico, y en ese caso no hay discrepancia entre ambos, y, por lo tanto, se acelera el proceso económico; o bien, en dirección contraria al desarrollo, en cuyo caso termina por sucumbir, salvo raras excepciones, ante el empuje del desarrollo económico. Esas contadas excepciones son los casos aislados de conquista, en los que el conquistador menos civilizado, exterminaba o expatriaba a la población de determinado país, destruyendo o dejando que las fuerzas productivas, a las que no sabía aprovechar, se extinguieran. Fue lo que hicieron los cristianos, al conquistar la España mora, con la mayor parte de las obras de riego en que se basaba el sistema de agricultura y horticultura altamente desarrollado de los moros. Toda conquista de un país por un pueblo menos civilizado entorpece, indudablemente, el desarrollo económico y aniquila numerosas fuerzas productivas. Pero en la inmensa mayoría de los casos de conquista duradera, el conquistador más atrasado se ve obligado a adaptarse a la «situación económica» superior que encuentra, el conquistado asimila al conquistador y hasta le impone la mayor parte de las veces, su propio idioma. Pero cuando —prescindiendo de los casos de conquista— el poder interior del Estado se enfrenta con el desarrollo económico del país, tal como ha ocurrido hasta hoy con casi todo poder político al alcanzarse cierto nivel de desarrollo, la lucha terminaba siempre con el derrocamiento de aquel. El desarrollo económico se ha abierto paso siempre, sin excepción, en forma inexorable. Ya tu-

vimos ocasión de mencionar el último ejemplo irrefutable de esta ley: la Gran Revolución francesa. Si la «situación económica», y junto con ella el régimen de la economía de cada país, dependiese sencillamente, como quiere la teoría del señor Dühring, de la violencia política, no se explicaría por qué, después de 1848 y a pesar, de su «magnífico ejército», Federico Guillermo IV no pudo combinar los gremios medievales y demás extravagancias románticas con los ferrocarriles, las máquinas de vapor y toda la gran industria en vías de crecimiento en su país; ni por qué el emperador de Rusia, quien dispone de muchos más medios de violencia que el rey prusiano, no solo es incapaz de pagar sus deudas, sino que ni siquiera acierta a mantener en pie su «violencia», sin empeñarse, acudiendo constantemente a los empréstitos que le concede la «situación económica» de Europa occidental.

Para el señor Dühring la violencia es el mal absoluto; para él, el primer acto de fuerza es el pecado original, y todo su alegato se reduce a una jeremiada sobre la mácula que representa para toda la historia, hasta nuestros días, ese pecado, y sobre la infame distorsión de todas las leyes naturales y sociales causada por ese poder satánico que es la violencia. Pero el señor Dühring nada dice acerca de que la violencia desempeña a la vez, en la historia, un papel muy distinto, un papel revolucionario, y, para decirlo con las palabras de Marx, el de comadrona de toda vieja sociedad que lleva en sus entrañas otra nueva, de instrumento por medio del cual el movimiento se abre camino y hace saltar, hechas añicos, las formas políticas fosilizadas y muertas. Únicamente reconoce, entre suspiros y gemidos, que acaso para derrocar el régimen de explotación no haya más remedio que recurrir a la violencia; por desgracia, añade, pues el empleo de la violencia desmoraliza siempre a quien la utiliza. ¡Y nos dice esto, a pesar del elevado ascenso moral y espiritual que produce siempre toda revolución triunfante! Y nos lo dice en Alemania, donde el choque violento, al que puede estar obligado el pueblo, tendría, cuando menos, la ventaja de desterrar de la conciencia nacional ese servilismo que se ha apoderado de ella desde la humillación sufrida en la guerra de los Treinta Años. ¿Y este modo de pensar opaco, sin savia ni fuerza, propio de un predicador, pretende imponerse al partido más revolucionario que conoce la historia?

Escrito por Engels en alemán.
Publicado por primera vez como artículo en el diario *Vorwärts*, Leipzig, 1877-1878.
La primera edición separada apareció en Leipzig, en 1878.
Engels, *Anti-Dühring*, ed. Cartago, 1973, sección segunda, cap. II, III y IV, págs. 130-150.

LA REVOLUCIÓN DE 1848-1849

LA MARCHA DEL MOVIMIENTO EN PARÍS

I

Paulatinamente se hace posible orientarse en los acontecimientos de la Revolución de junio. Las informaciones llegan en una forma más completa, se tiene la posibilidad de separar los hechos de los rumores y de las falsedades. El carácter de insurrección se perfila con mayor claridad. Cuanto más se consigue captar la ligazón interna de los acontecimientos de las cuatro jornadas de junio [12], tanto mayor admiración despiertan las enormes proporciones de la insurrección, la heroica valentía, la organización rápidamente improvisada y la unanimidad de los insurgentes.

El plan de las operaciones militares de los obreros, elaborado, según se dice, por Kersausie, amigo de Raspail y antiguo oficial, se reducía a lo siguiente:

Los insurgentes debían avanzar en cuatro columnas concéntricas hacia la Alcaldía.

La primera columna, cuya base de operaciones era el suburbio de Montmartre, La Chapelle y La Villette, debía avanzar partiendo de las puertas de Poissonnière, Rochechouart, Saint Denis y La Villette hacia el sur, ocupar los bulevares y llegar a la Alcaldía a través de las calles de Montorgueil, St. Denis y St. Martin.

La segunda columna, cuya base eran los suburbios Du Temple y Saint Antoine, poblados casi exclusivamente por obreros y protegidos por el canal de Saint Martin, debía avanzar hacia el mismo punto por las calles Du Temple y St. Antoine y por los muelles de la orilla septentrional del Sena, así como por todas las calles paralelas del barrio intermedio.

La tercera columna, con ‹su base en el suburbio de Saint Marceau, debía avanzar por la calle St. Victor y por los muelles de la orilla meridional del Sena hacia la isla de la Cité.

La cuarta columna, apoyada en el suburbio de Saint Jacques y en el distrito de la Escuela de Medicina, debía avanzar por la calle de St. Jacques también hacia la Cité. Desde aquí, ambas columnas, después de unirse, debían avanzar por la orilla derecha del Sena y tomar la Alcaldía, por la retaguardia y por los flancos.

El plan, como vemos, se apoyaba con todo acierto en las partes de la ciudad pobladas exclusivamente por obreros y que rodean en semicírculo toda la mitad oriental de París y se amplían a medida que se acercan a la parte oriental de la ciudad. Se pensaba limpiar primeramente de todos los enemigos la parte oriental de París y solo después avanzar por ambas orillas del Sena hacia la parte occidental y sus centros, las Tullerías y la Asamblea Nacional.

Estas columnas serían apoyadas por una serie de destacamentos volantes que debían actuar independientemente entre sí, levantar barricadas, ocupar las calles pequeñas y mantener contacto entre las columnas.

En caso de repliegue, las bases de operaciones estaban sólidamente fortificadas y convertidas, de acuerdo con todas las reglas del arte militar, en fuertes ciudadelas. Fueron levantadas fortificaciones de este tipo en St. Lazare [13], en el suburbio y el barrio de Saint Antoine, y en el suburbio de Saint Jacques.

El único error de este plan consistía en que en la primera fase de las operaciones no se prestaba ninguna atención a la parte occidental de París. Allí están situados, a ambos extremos de la calle de St. Honoré, junto al edificio del mercado y del Palais National [14], unos barrios extraordinariamente favorables para las acciones insurreccionales, con callejuelas muy estrechas y tortuosas y pobladas predominantemente por obreros. Era de suma importancia establecer allí el quinto foco de la insurrección y cortar así por una parte, la Alcaldía y, por otra parte, ligar con este destacado puesto avanzado a considerables fuerzas de combate. El éxito de la insurrección dependía de si se conseguiría avanzar con toda la rapidez posible hacia el centro de París y asegurar la toma de la Alcaldía. No sabemos en qué medida fue posible para Kersausie organizar en este barrio las acciones insurreccionales. Pero es un hecho que ni una sola insurrección tuvo éxito si desde el comienzo mismo no dominó este centro de París contiguo a las Tullerías. Recordemos solo el alzamiento durante el entierro del general Lamarque; los sublevados también pudieron avanzar hasta la calle Montorgueil, pero después fueron rechazados.

Los insurgentes comenzaron a actuar siguiendo su plan. Inmediatamente separaron su territorio, el París obrero, del París de la burguesía con dos líneas de barricadas: las de las puertas de Saint Denis y las de la Cité. De las primeras fueron expulsados, pero consiguieron retener las segundas. El primer día, 23 de junio, fue únicamente el prólogo. El plan de los insurgentes se perfilaba con entera precisión (como lo comprendió con todo acierto desde el comienzo mismo la *Nueva Gaceta Renana* [15], número 26, suplemento extraordinario), o sea, después de los primeros encuentros de las fuerzas de vanguardia, que tuvieron lugar por la mañana. El bulevar de Saint Martin, que cortaba la línea de operaciones de la primera columna, fue teatro de sangrientos combates, que terminaron allí con la victoria del «Orden», debido en parte al carácter del terreno.

Los accesos a la Cité fueron cortados por la derecha por un destacamento volante que ocupó la calle Planche-Mibray y por la izquierda por las columnas tercera y cuarta, que ocuparon y fortificaron los tres puentes meridionales de la Cité. Allí también se desarrolló un combate extraordinariamente encarnizado. El «Orden» consiguió apoderarse del puente de Saint Michel y avanzar

hasta la calle de St. Jacques. Su propósito era aplastar la insurrección para el atardecer.

Si el plan de los insurgentes se perfilaba ya con precisión, el del «Orden» lo era en mucho mayor grado. Se reducía a aplastar la insurrección por todos los medios. Estas intenciones se las comunicó a los insurgentes con balas de cañón y metralla.

Sin embargo, el gobierno suponía que tenía que vérselas con una banda desorganizada de revoltosos corrientes, que actuaban sin plan alguno. Después de limpiar hacia el atardecer las principales calles, declaró que la insurrección estaba aplastada y las tropas ocuparon con extraordinaria negligencia las partes conquistadas de la ciudad.

Los insurgentes aprovecharon magníficamente este descuido, empezando la batalla general después de los combates librados en los puestos de avanzada el 23 de junio. Es admirable la rapidez con que los obreros comprendieron el plan de operaciones, la regularidad con que se apoyaron entre sí y la habilidad con que supieron utilizar los accidentes del terreno. Esto sería de todo punto de vista incomprensible si los obreros no hubiesen estado organizados, casi en pie de guerra, en los Talleres nacionales y no se hubiesen encuadrado en compañías, de manera que solo les quedaba adaptar la organización ya existente a las acciones militares que habían comenzado, para formar enseguida un ejército organizado con el mayor acierto.

En la mañana del 24 de junio no solo se recuperó el territorio perdido, sino que también se ocupó otro nuevo. Ciertamente la línea de los bulevares hasta Du Temple quedaba ocupada por las tropas gubernamentales y, por ello, la primera columna había quedado cortada del centro. En cambio, la segunda avanzó mucho desde el barrio de Saint Antoine y casi cercó la Alcaldía. Su Cuartel General lo estableció en la iglesia de Saint-Gervais, a 300 pasos de la Alcaldía; ocupó el monasterio de Saint Mérri y avanzó mucho más allá de la Alcaldía, y junto con las columnas de la Cité la aisló casi por completo. Quedaba abierto un solo acceso: el muelle de la orilla derecha. En el sur se ocupó de nuevo el suburbio de Saint Jacques, se restableció el contacto con la Cité, esta última fue fortificada y se preparó el paso a la orilla derecha.

Naturalmente, en ese momento no se podía perder un minuto más; sobre el centro revolucionario de París [16] se cernía un peligro amenazante, y si no se tomaban las medidas más enérgicas, la ciudad debía caer inevitablemente.

II

La Asamblea Nacional, asustada, nombró dictador a Cavaignac, quien sabía cómo proceder, acostumbrado a actuar ‹con energía» [17] desde su período en Argelia.

Inmediatamente diez batallones avanzaron a lo largo del ancho Quai de l'École hacia la Alcaldía. Cortaron los enlaces de los insurgentes de la Cité con la margen derecha del Sena, pusieron fuera de peligro la Alcaldía y hasta organizaron ataques a las barricadas que la rodeaban.

La calle Planche-Mibray y su prolongación, la calle Saint Martín, fue despejada y la caballería la mantuvo abierta. El puente de Nôtre-Dame, situado enfrente y que lleva a la Cité, fue barrido por el fuego de la artillería pesada, y Cavaignac avanzó directamente sobre la Cité para actuar «con energía». La base principal de los insurgentes, la *Belle Jardinière*, fue destruida primero a cañonazos y después incendiada por cohetes; la Rué de la Cité también fue conquistada a cañonazos; se tomaron por asalto tres puentes que conducían a la margen izquierda y fueron rechazados enérgicamente los insurgentes en la ribera izquierda. Mientras tanto, los 14 batallones ubicados en la plaza Grève y en los muelles liberaron la Alcaldía sitiada por los insurgentes; y la iglesia Saint Gervais, donde se había instalado el cuartel general de los rebeldes, fue reducida a la situación de un puesto de avanzada carente de importancia.

La calle St. Jacques no solo fue cañoneada por piezas de artillería desde la Cité, sino también flanqueada desde la margen izquierda. El general Damesme avanzó a lo largo de Luxemburgo hacia la Sorbona, conquistó el barrio latino y lanzó sus columnas contra el Panteón. La plaza del Panteón fue trasformada en una poderosa fortaleza. Ya había caído la calle St. Jacques, pero el «Orden» seguía enfrentándose aquí con un baluarte invencible. Ni los cañones ni las cargas a la bayoneta lograron vencer a los insurgentes. Por fin el cansancio, la falta de municiones y la amenaza de los burgueses de incendiar las posiciones de los insurgentes, forzaron a los 1500 obreros, cercados por todos los costados, a capitular. Al mismo tiempo, después de una defensa prolongada y valiente, la plaza Maubert fue conquistada por el «Orden», y los insurgentes, que fueron expulsados de sus posiciones más sólidas, se vieron en la necesidad de abandonar toda la margen izquierda del Sena.

Entretanto, la posición de las tropas y de los destacamentos de la Guardia Nacional en los bulevares de la margen derecha fue también aprovechada para atacar en ambas direcciones. Lamoricière, que mandaba allí las tropas, usó fuego de artillería pesada y cargas directas y rápidas para despejar las calles del barrio St. Denis y St. Martin, el bulevar Du Temple y la mitad de la calle Temple. Pudo jactarse de haber logrado hasta la noche una victoria brillante: había copado la primera columna en Clos St. Lazare y cercado la mitad de ella, hecho retroceder la segunda y, avanzando por los bulevares, introducido una cuña entre las fuerzas insurgentes.

¿Cómo había conseguido Cavaignac estas ventajas?

Primero, por la superioridad numérica de sus fuerzas respecto de las de los insurgentes. El 24 de junio tenía a su disposición no solo a los 20 000 hombres de la guarnición de París, los 20 000 a 25 000 hombres de la guardia móvil y los 60 000 a 80 000 hombres de la guardia nacional, sino también la guardia nacional de todos los alrededores de París y de algunas ciudades más lejanas (20 000 a 30 000 hombres) y además otros 20 000 a 30 000 hombres que fueron llamados apresuradamente desde las guarniciones circunvecinas. Ya por la mañana del 24 disponía de más de 100 000 hombres, que aumentaron aun hasta la noche en un 50%. ¡Y los insurgentes no eran más de 40 000 a 50 000 hombres!

Segundo, por las medidas brutales que empleaba. Hasta entonces se había hecho fuego *una sola vez* con cañones en las calles de París —en el mes de Vendimiario de 1795—, cuando Napoleón dispersó a los insurgentes con metrallas en la Rue Saint Honoré [18]. Pero nunca se había usado artillería contra barricadas y casas, y menos todavía granadas y cohetes incendiarios. El pueblo no estaba preparado para luchar contra tales procedimientos. Se encontraba indefenso y rechazaba la única reacción eficaz, el incendio, porque contrariaba sus nobles sentimientos. El pueblo desconocía hasta entonces este método argelino de hacer la guerra en el corazón de París. Por eso cedió, y su primer retroceso significó su derrota.

El 25, Cavaignac avanzó con fuerzas mucho mayores todavía. Los insurgentes se vieron reducidos a un solo barrio, los suburbios Saint Antoine y Du Temple; además ocuparon aun dos puestos avanzados, el Clos St. Lazare y una parte del suburbio Saint Antoine hasta el puente de Damiette.

Cavaignac, que nuevamente había logrado reforzar sus tropas con 20 000 a 30 000 hombres, aparte del agregado de muchas piezas de artillería pesada, mandó atacar primero los puestos avanzados de los insurgentes, en particular el de Clos St. Lazare. Aquí los insurgentes se habían atrincherado como en un fortín. Después de haberlos cañoneado y atacado con granadas durante doce horas, Lamoricière logró expulsarlos de sus posiciones y ocupar el Clos; pero triunfó solo cuando flanqueó a los insurgentes por las calles Rochechouart y Poissonnière, y después de haber destruido las barricadas en el primer día con el fuego de cuarenta cañones y en el segundo día con un número mayor aún de piezas de artillería.

Otra de sus columnas penetró, por el suburbio Saint Martin, en el Du Temple, pero sin mayor éxito; una tercera avanzó por los bulevares hacia la Bastilla, pero tampoco pudo lograr gran cosa, y solo cuando un fuerte cañoneo logró destruir algunas de las barricadas más imponentes, pudo el general vencer la larga resistencia de los insurgentes. En este lugar las casas fueron destruidas despiadadamente.

La columna de Duvivier, cargando desde la Alcaldía, rechazó a los insurgentes con un continuo cañoneo. Ocupó la iglesia St. Gervais, despojó la calle Saint Antoine hasta más allá de la Alcaldía. Las columnas, avanzando por el muelle y las calles paralelas, conquistaron el puente Damiette, que había facilitado a los insurgentes el mantenimiento de sus enlaces con las islas St. Louis y Cité. El barrio Saint Antoine fue flanqueado, y a los insurgentes les quedó únicamente la retirada hacia el interior del suburbio. Esta se realizó en recios combates contra una columna que avanzó por los muelles, hasta la desembocadura del canal St. Martín y de allí, a lo largo del canal, por el bulevar Bourdon. Algunos insurgentes copados fueron asesinados y solo pocos hechos prisioneros.

Mediante esta operación fueron ocupados el barrio St. Antoine y la plaza de la Bastilla. Hacia la noche, la columna de Lamoricière logró ocupar enteramente el bulevar Beaumarchais y reunirse en la plaza de la Bastilla con las tropas de Duvivier.

La ocupación del puente de Damiette permitió a Duvivier expulsar a los insurgentes de la isla St. Louis y de la antigua isla Louvier. Lo hizo dando prueba de una inaudita barbarie argelina. En pocos lugares fue empleada la artillería pesada con efecto tan devastador como en la isla St. Louis. ¿Pero qué importaba? Los insurgentes fueron expulsados o diezmados y el «Orden» triunfó sobre los escombros ensangrentados.

En la margen izquierda del Sena se mantenía intacto un último puesto. El puente de Austerlitz, que une, al este del canal St. Martín, el suburbio St. Antoine con la margen izquierda del Sena, había sido fortificado eficazmente y provisto, en la misma orilla izquierda, donde desemboca en la plaza Valhubert, frente al Jardín des Plantes, de una cabecera de puente muy fuerte. Esta cabecera de puente, el último fortín de los insurgentes en la margen izquierda después de la caída del Panteón y de la plaza Maubert, fue ocupada a pesar de la obstinada resistencia.

Al día siguiente, 26, los insurgentes solo disponían de una última fortaleza, el suburbio St. Antoine y una parte del Du Temple. Los dos barrios no son muy apropiados para combates callejeros; tienen calles bastante anchas y casi rectas que prestan a la artillería un campo de tiro excelente. Desde el este, las calles son bien protegidas por el canal St. Martín, pero desde el norte son enteramente abiertas. Aquí cinco o seis calles muy rectas y anchas bajan directamente hasta el corazón del suburbio de Saint Antoine.

Las fortificaciones principales se encontraban en la plaza de la Bastilla y en la calle más importante del barrio, la del suburbio St. Antoine. Allí se habían construido barricadas de notable solidez, ya sea levantadas con grandes adoquines, o bien construidas con vigas de madera. Formaban un ángulo dirigido hacia adentro, en parte para anular el efecto de las balas de cañón, en parte para crear un frente defensivo más amplio, apropiado para producir un fuego cruzado. En las casas, las medianeras fueron abiertas de tal modo, que siempre algunos edificios estuvieron en conexión, lo que permitía a los insurgentes, en caso de necesidad, abrir fuego de francotiradores o retirarse detrás de sus barricadas. Tanto los puentes y muelles como las calles paralelas al canal estaban bien fortificados. En fin, los dos barrios todavía ocupados por los insurgentes se parecían a una fortaleza en la cual las tropas habrían de dar su sangre luchando por cada palmo de terreno.

El 26 por la mañana, la lucha había debido reiniciarse, pero Cavaignac tenía pocos deseos de enviar sus tropas a ese laberinto de barricadas. Amenazó con un bombardeo e hizo colocar en posición sus morteros y obuses. Se realizaron negociaciones. Mientras tanto, Cavaignac hizo minar las casas más cercanas —cosa que, por falta de tiempo y por el canal que aseguraba las líneas de ataque, podía lograrse solo a medias— y establecer conexiones entre las casas ya ocupadas por sus tropas, perforando también las medianeras.

Las negociaciones fracasaron y la batalla se renovó. Cavaignac ordenó al general Perrot atacar desde el suburbio Du Temple y al general Lamoricière desde la plaza de la Bastilla. En los dos puntos hubo un recio cañoneo contra las barricadas. Perrot avanzó rápidamente, ocupó la última parte del suburbio Du Temple y llegó en algunos lugares hasta el mismo St. Antoine. Lamoricière

avanzó con mayor lentitud. Las primeras barricadas resistieron a los cañones, a pesar de la destrucción de las primeras casas del barrio por sus granadas. Otra vez se entró en negociaciones. Reloj en mano, el general esperó el momento en que experimentaría el placer de bombardear el barrio más poblado de París para hacerlo pedazos. Finalmente, una parte de los insurgentes capituló, mientras la otra, atacada por los flancos, se retiró de la ciudad después de breve resistencia.

Era el fin de la batalla de barricadas en la Revolución de junio. Afuera, en las puertas de la ciudad, los combates con los francotiradores continuaron, pero carecían de importancia. Los insurgentes fugitivos fueron dispersados en los alrededores y capturados uno a uno por la caballería.

Hemos dado esta descripción meramente militar de la batalla para demostrar a nuestros lectores cómo combatieron los obreros de París, su heroica valentía, su unidad, disciplina y habilidad militar. 40 000 de ellos lucharon cuatro días contra una fuerza cuatro veces superior en número, y habría faltado muy poco para que salieran vencedores. Poco más, y hacían pie en el centro de París, ocupaban la Alcaldía, instalaban un gobierno provisional y duplicaban su número reclutando hombres tanto de los barrios conquistados como de las guardias móviles, que entonces esperaban solo la ocasión para pasarse al otro lado.

Diarios alemanes afirman que esa fue la batalla decisiva entre la República roja y la República tricolor, entre los obreros y los burgueses. Estamos convencidos de que esta batalla no decidió *nada*, como no sea la escisión interna de los vencedores. Por lo demás, el curso de los acontecimientos demuestra que los obreros vencerán dentro de un plazo no muy prolongado, aunque consideremos el problema solo desde el punto de vista militar. ¡Si 40 000 obreros parisienses pudieron lograr éxitos tan prodigiosos contra una fuerza cuatro veces superior, qué no hará la masa de los trabajadores de París si actúa unánimemente y en unidad!

Kersausie fue capturado, y en este momento probablemente ha sido fusilado [19]. Es verdad que los burgueses pueden fusilarlo, pero no pueden despojarlo del mérito de *haber organizado por primera vez la lucha callejera*. Pueden fusilarlo, pero potencia alguna del mundo impedirá que sus hallazgos sean usados en adelante en todas las batallas callejeras. Pueden fusilarlo, pero no impedir que su nombre viva como el del *primer general de barricadas en la historia*.

Escrito por Engels en alemán el 30 de junio de 1848. Publicado por primera vez en *Neue Rheinische Zeitung* el 1 y 2 de julio de 1848.
Marx y Engels, *Obras*, t. VI, ed. rusa.

EL 25 DE JUNIO

Cada día crecía la violencia, el encono y la furia de la batalla. La burguesía se hizo más y más fanática contra los insurgentes, advirtiendo que sus brutalidades no daban resultados inmediatos y sintiendo su propia debilidad, causada por la batalla, las guardias de noche y los vivaques, todo eso cuando ya estaba próxima su victoria final.

La burguesía no declaró que los obreros fuesen enemigos comunes a los que hay que vencer, sino que los consideró *enemigos de la sociedad*, a los cuales se destruye. Difundió la afirmación absurda que a los obreros —a los cuales ellos mismos habían empujado violentamente a la insurrección— solo les había interesado el saqueo, el incendio y el asesinato. Afirmaron que eran una pandilla de bandidos y que era menester matarlos como a animales salvajes. Sin embargo, los insurgentes, después de haber ocupado una gran parte de la ciudad, se comportaron muy bien. Si hubieran empleado los mismos métodos que los burgueses y sus soldados, mandados por Cavaignac, París habría quedado en ruinas, pero el triunfo habría sido suyo.

La barbarie con que la burguesía procedió en esta batalla se manifiesta en todos los detalles. Abstracción hecha de la metralla, granadas y cohetes incendiarios, consta que no se dio cuartel a nadie e*n la mayor parte de las barricadas tomadas por asalto*. Los burgueses mataron sin excepción a todos los que encontraban allí. El 24 por la noche, más de cincuenta prisioneros fueron fusilados sin algún proceso formal en el paseo del Observatorio. «Esa es una guerra de destrucción», exclamó un corresponsal del diario *Indépendance Belge, q*ue es un periódico burgués. En todas las barricadas reinaba la convicción de que todos los insurgentes serían asesinados sin excepción. Cuando La Rochejaquelin mencionó en la Asamblea Nacional esta opinión y agregó que era preciso contrarrestar tales afirmaciones, los burgueses impidieron que siguiera hablando. El alboroto era tan grande, que el presidente, tomando su sombrero, debió interrumpir la sesión. Cuando el mismo señor Senard (ver, abajo, la sesión de la Asamblea) quiso pronunciar más tarde unas palabras hipócritas de clemencia y reconciliación, se produjo el mismo alboroto. Los burgueses no querían oír hablar de clemencia. Aun a riesgo de perder una parte de sus propiedades a consecuencia de un bombardeo, estaban resueltos a terminar de una vez para siempre con los enemigos del orden, los saqueadores, bandidos, incendiarios y comunistas.

Con todo, los burgueses ni siquiera poseían el heroísmo que sus gacetas quieren atribuirles. De la sesión de hoy de la Asamblea resulta que la guardia nacional, al estallar la insurrección, estaba tan asustada que podía hablarse de aturdimiento; las frases jactanciosas, usadas en las gacetas de todos los colores, no pueden ocultar que el primer día la guardia nacional dio pruebas

de gran debilidad y que al segundo y tercero, Cavaignac tuvo que sacarlos de la cama para trasportarlos, acompañados por un cabo y cuatro soldados, al fuego del combate. El odio fanático de los burgueses contra los obreros insurrectos no era capaz de vencer su cobardía natural.

En cambio, los obreros combatieron con una valentía sin igual. A pesar de no poder compensar sus pérdidas, y empujados a la retirada por la superioridad numérica del enemigo, no descansaron un instante. Ya por la mañana del 25 tuvieron que entender que habían disminuido decisivamente las perspectivas de su victoria. Nuevos contingentes de tropas llegaron por todos lados; la guardia nacional de los alrededores, tanto como la de las ciudades más lejanas, entraron en masa en la capital. El número de efectivos de línea que fueron al combate aumentó en 40 000 soldados de la fuerza de la guarnición permanente. La guardia móvil participó con 20 000 a 25 000 hombres; además, intervino la guardia nacional de París y la de las provincias. A esto hay que agregar la guardia republicana, con algunos miles de hombres. La fuerza armada total, que la burguesía hizo entrar en combate el día 25, tenía entre 150 000 y 200 000 hombres; los obreros, en cambio, disponían a lo sumo de la cuarta parte, tenían una cantidad menor de municiones y carecían de dirección militar y de cañones utilizables. Pero combatieron silenciosos y resueltamente contra la enorme fuerza superior. Oleada tras oleada colmaron las brechas que la artillería pesada había abierto en las barricadas; sin lanzar un solo grito, los obreros les hicieron frente y lucharon en todas partes hasta el último hombre, antes de entregar una barricada a la burguesía. En Montmartre los insurgentes gritaban a los vecinos: ¡O nos hacen pedazos o los destrozamos! ¡No cederemos; rogad a Dios que nos ayude a vencer, porque de lo contrario incendiaremos todo Montmartre! Ahora tal amenaza, que ni siquiera sé ha cumplido, es considerada una «intención infame». ¡Pero las granadas y cohetes incendiarios de Cavaignac son «medidas militares prácticas a las cuales todos rinden tributo de admiración»!

El 25 por la mañana los insurgentes ocupaban las siguientes posiciones: el Clos Saint Lazare, los suburbios Saint Antoine y Du Temple, Marais y el barrio Saint Antoine.

El Clos Saint Lazare (el terreno del antiguo convento) es un área extensa, en parte cultivada, en parte cubierta por casas recién construidas, calles proyectadas, etc. La estación Norte está situada exactamente en su centro. En ese barrio, con sus edificios repartidos tan irregularmente en el que además había una cantidad apreciable de materiales de construcción, los insurgentes habían erigido una fortaleza poderosa. El hospital Louis-Phillippe, en construcción, formaba su centro, y habían levantado barricadas imponentes, consideradas inexpugnables por testigos oculares. Detrás estaba la muralla de la ciudad cercada y ocupada por los insurrectos. De allí las trincheras se extendían hasta la calle Rochechouart o hacia las proximidades de las barreras. Estas estaban bien defendidas; Montmartre había sido ocupado por ellos. Cuarenta cañones, que disparaban contra los insurgentes desde hacía dos días, no habían podido aún reducirlas.

Una vez más se hizo fuego un día entero, con 40 cañones, contra estos atrincheramientos; finalmente, a las seis de la tarde, las dos barricadas de la calle Rochechouart fueron tomadas, y seguidamente el Clos Saint Lazare tuvo que capitular.

En el bulevar Du Temple la guardia móvil ocupó a las 10 de la mañana varias casas, desde donde los insurgentes hacían fuego contra las filas de los agresores. Los defensores del «Orden» habían avanzado más o menos hasta el bulevar de las Hijas del Calvario. Mientras tanto, en el suburbio Du Temple fueron rechazados los insurgentes cada vez más hacia arriba, el canal Saint Martín fue en parte ocupado y los cañonazos llegaron desde allí y desde el bulevar, fuertemente, hacia las calles rectas y más anchas. La batalla era recia en extremo. Los obreros sabían muy bien que allí el ataque se dirigía contra el centro de su posición. Se defendieron con furor; reocuparon inclusive barricadas de las cuales ya habían sido expulsados. Pero después de una larga lucha fueron dominados por la superioridad de número y armas. Una barricada tras otra tuvieron que rendirse; al anochecer fueron conquistados por las tropas, no solo el suburbio Du Temple, sino por medio del bulevar y del canal, también las entradas al barrio Saint Antoine y varias barricadas de dicho barrio.

Cerca de la Alcaldía, el general Duvivier pudo avanzar con lentitud, pero en forma continua. Salió de los muelles, flanqueó las barricadas de la calle Saint Antoine y cañoneó al mismo tiempo la isla Saint Louis y la antigua isla Louvier con la artillería pesada. Aquí también la lucha era muy encarnizada, pero carecemos de más detalles. Solo se sabe que a las cuatro la Alcaldía del IX *arrondisement* fue tomada por asalto junto con las calles vecinas; que una barricada tras otra de la calle Saint Antoine fueron ocupadas y el puente Damiette, que conduce a la isla Saint Louis, cayó en manos de Duvivier. Al anochecer se había expulsado a los insurgentes por todas partes; y quedaban libres todos los accesos a la plaza de la Bastilla.

De tal modo, estos habían perdido todas sus posiciones en la ciudad, a excepción de las del barrio Saint Antoine. Eran sus posiciones más fuertes. Los numerosos accesos de este barrio, foco tradicional de todas las insurrecciones parisienses, estaban asegurados con una habilidad particular. Barricadas que formaban un ángulo dirigido hacia adentro, se apoyaban mutuamente, y, reforzadas por un fuego cruzado, presentaban un frente de ataque temible. Tomarlas por asalto habría costado un sinnúmero de vidas.

Frente a este fortín, los burgueses, es decir, sus siervos, formaban su campamento. La guardia nacional había hecho poco ese día. Las tropas de línea y la guardia móvil habían cumplido la tarea principal; la guardia nacional ocupaba los barrios tranquilos y conquistados.

Entre las tropas movilizadas, la guardia republicana y la guardia móvil eran las de peor conducta. La guardia republicana, recién reorganizada y depurada, combatió encarnizadamente contra los obreros. En esta batalla se ganó sus espuelas de guardia municipal republicana [20].

La guardia móvil, reclutada en su mayor parte entre los lumpen de París, se ha trasformado ya, al poco tiempo de existir, gracias a los buenos sueldos que recibe, en la guardia pretoriana de los gobernantes actuales. Los lumpen

organizados han dado su batalla contra los proletarios desorganizados. Se pusieron a disposición de la burguesía, como era de esperar, del mismo modo que lo hicieron antes los *lazzaroni* en Nápoles con el rey Fernando [21]. Solo algunos grupos de la guardia móvil, compuestos de obreros *verdaderos*, se pasaron al otro lado.

¡Pero qué desprecio merece ahora todo este barullo en París, cuando se ve cómo la pandilla de bandidos que lleva el nombre de guardia móvil es ahora mimada, ensalzada, premiada y condecorada, porque estos «jóvenes héroes», estos «niños de París» han actuado supuestamente con un valor incomparable y asaltado las barricadas con un presunto denuedo brillante, etc.! Los burgueses que así se expresan olvidan que en marzo y abril ellos mismos los calificaban de una pandilla intolerable de ladrones, capaces de cometer cualquier crimen. Pero ahora todo ha cambiado, porque estos despreocupados luchadores de las barricadas de febrero aniquilan, por 30 *sous* diarios y con la misma despreocupación, al auténtico proletariado, a sus hermanos, como entonces tiraban contra los soldados. ¡Honor a estos bandidos corrompidos, porque matan por 30 *sous* diarios a la parte mejor y más revolucionaria de los obreros parisienses!

Fue realmente maravillosa la valentía con que lucharon los obreros. ¡30 000 a 40 000 obreros que se mantienen tres días enteros contra más de 80 000 soldados y 100 000 hombres de la guardia nacional, contra metrallas, granadas y cohetes incendiarios, contra la alta experiencia de generales que no temen emplear métodos argelinos! Fueron aplastados y aniquilados en su mayor parte. No se les rendirá los mismos honores que a los muertos de julio y febrero [22]; pero la historia asignará un lugar muy distinto a las víctimas de la primera batalla campal decisiva del proletariado.

Escrito por Engels en alemán el 28 de junio de 1848. Publicado por primera vez en *Neue Rheinische Zeitung* el 29 de junio de 1848.

ARTÍCULOS DE LA SERIE «REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCION EN ALEMANIA»

XIII. LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE PRUSIANA. LA ASAMBLEA NACIONAL [23]

El 1 de noviembre cayó Viena [24], y el 9 del mismo mes tuvo lugar la disolución de la Asamblea Constituyente de Berlín, lo cual demostró con cuánta rapidez sirvió ese acontecimiento para levantar el espíritu y fortalecer al partido contrarrevolucionario en toda Alemania.

Los acontecimientos del verano de 1848 en Prusia se relatan brevemente. La Asamblea Constituyente, o mejor dicho «la Asamblea elegida para concertar un acuerdo con la Corona en lo referente a la Constitución», y su mayoría, representantes de los intereses burgueses, habían perdido desde hacía mucho tiempo la estimación pública por haberse prestado a todas las intrigas de la Corte ante el temor a elementos más enérgicos de la población. Confirmaron, o más bien restauraron los odiados privilegios del feudalismo, y de esta manera hicieron traición a la libertad y a los intereses de los campesinos. La Asamblea no fue capaz de dar una Constitución ni de perfeccionar de alguna manera la legislación existente. Se ocupó casi exclusivamente de nimias definiciones teóricas, de vacuas formalidades y cuestiones de etiqueta constitucional. Para sus miembros, la Asamblea era, en esencia, más bien una escuela de *savoir vivre* [saber vivir] parlamentaria que una institución por la que el pueblo pudiese interesarse en lo más mínimo. Además, la mayoría era en extremo inestable y casi siempre dependía del indeciso centro que, oscilando de la derecha a la izquierda y viceversa, derrocó primero al ministerio de Camphausen y luego al de Auerswald y Hansemann. Pero mientras los liberales aquí, como en todas partes, dejaban escapar la ocasión que se les presentaba, la Corte volvía a organizar sus fuerzas entre la nobleza, así como entre la parte más atrasada de la población rural y en el ejército y la burocracia. Después de la caída de Hansemann se constituyó un gobierno de burócratas y oficiales, todos reaccionarios recalcitrantes, que sin embargo simulaban subordinarse

a las exigencias del Parlamento. La Asamblea, pretendiendo poner en práctica el cómodo principio de «obras y no hombres», cayó en el lazo de aplaudir a ese ministerio, sin advertir, por supuesto, que este concentraba y reorganizaba abiertamente a las fuerzas contrarrevolucionarias. Por fin, cuando la caída de Viena dio la señal, el rey retiró a esos ministros y los remplazó por «hombres de acción» bajo la dirección del actual ministro presidente Manteufel. Entonces la somnolienta Asamblea se dio cuenta del peligro y negó el voto de confianza al gabinete, a lo que siguió un decreto trasladando la sede de la Asamblea, de Berlín —donde en caso de conflicto podía contar con el apoyo de las masas—, a Brandeburgo, pequeña ciudad provincial, dependiente en un todo del gobierno. La Asamblea, sin embargo, declaró que no podía, ser aplazada, trasladada ni disuelta sin su propio consentimiento. Entretanto, el general Wrangel entró en Berlín a la cabeza de 40 000 soldados. En una reunión de magistrados municipales y oficiales de la Guardia Nacional se acordó no ofrecer resistencia, y entonces, después de que la Asamblea y la burguesía liberal que la respaldaba permitieron al partido reaccionario unificado ocupar todas las posiciones claves, y luego de que les arrancaron de entre las manos casi todos los medios de defensa, comenzó aquella gran comedia de «resistencia pasiva y legal», que según pensaban sus iniciadores debía convertirse en una gloriosa imitación del ejemplo de Hampden y de las primeras operaciones de los americanos en su guerra de la independencia [25]. Berlín fue declarado en estado de sitio; no obstante, permaneció tranquilo; el gobierno disolvió la Guardia Nacional y esta entregó las armas con la mayor puntualidad. La Asamblea fue perseguida de un punto de reunión a otro durante una quincena, y en todas partes era dispersada por las tropas; a pesar de ello, los miembros de la Asamblea suplicaban a los ciudadanos que permanecieran tranquilos. Finalmente, cuando el gobierno declaró disuelta la Asamblea, esta promulgó una disposición declarando ilegal la recaudación de impuestos, y sus miembros se dispersaron por el país para organizar la renuncia al pago de los mismos. Pero tuvieron que convencerse de que la elección de esas medidas era un craso error. Después de varias semanas de gran agitación, seguidas de severas medidas del gobierno contra la oposición, todos rechazaron la idea de dejar de pagar los impuestos por dar gusto a una Asamblea que ya no existía y que ni siquiera había tenido el valor de defenderse a sí misma.

Es una cuestión que quizá ya nunca podrá ser resuelta la de saber si a principios de noviembre de 1848 era demasiado tarde para intentar una resistencia armada, o si, por el contrario, una parte del ejército, al encontrar una resistencia seria, se habría adherido a la Asamblea, decidiendo así el éxito en su favor. Pero en las revoluciones, lo mismo que en las guerras, es necesario librar siempre una lucha enérgica contra el enemigo, y el que ataca es el que siempre lleva la ventaja; en la revolución, como en la guerra, es incondicionalmente necesario jugarse el todo por el todo en el momento decisivo, cualesquiera sean las probabilidades. No ha habido una sola revolución triunfante en la historia que no corrobore la exactitud de estas verdades. En cuanto a la prusiana, el momento decisivo llegó en noviembre de 1848, y la Asamblea Constituyente de Prusia, que oficialmente estaba a la cabeza de todo el movi-

miento revolucionario, no desencadenó una lucha enérgica contra el enemigo, sino que, por el contrario, retrocedió a cada paso que este avanzaba: pero aún menos pensaba en atacar, puesto que prefirió no defenderse, y cuando llegó el momento decisivo, cuando Wrangel, a la cabeza de sus 40 000 hombres, llamó a las puertas de Berlín, en vez de encontrarse, como temían él y sus oficiales, con todas las calles obstruidas por las barricadas y con las ventanas convertidas en aspilleras, se encontraron, en medio del mayor asombro por su parte, con las puertas abiertas y en las calles, como único obstáculo para sus movimientos, con los pacíficos ciudadanos berlineses, muy regocijados de la broma que hacían al entregarse atados de pies y manos a los estupefactos soldados. Bien es verdad que si la Asamblea y el pueblo hubiesen intentado oponer resistencia, habrían podido ser derrotados, Berlín ser bombardeado, y hubiesen perecido varios centenares de ciudadanos, sin que ello impidiese el triunfo definitivo del partido realista. Pero esto no constituía una razón para deponer inmediatamente las armas; una derrota después de una obstinada batalla es un hecho de no menor importancia revolucionaria que una victoria fácilmente alcanzada. Las derrotas de París en junio de 1848, y de Viena en octubre del mismo año, hicieron más para revolucionar las mentes del pueblo en esas dos ciudades, que las victorias de febrero y marzo. La Asamblea y el pueblo de Berlín quizás habrían compartido la suerte de las dos ciudades nombradas, aunque es fácil también que hubieran caído gloriosamente; pero habrían dejado en el espíritu de los supervivientes una sed de venganza, que en los tiempos revolucionarios constituye uno de los incentivos para desplegar una actividad apasionada y enérgica. En toda contienda es inevitable que el que recoge el guante se arriesgue a ser vencido; ¿pero es esta una razón para confesarse derrotado desde el comienzo y someterse al yugo sin siquiera desenvainar la espada?

En toda revolución, el que ocupa una posición decisiva y la abandona en lugar de obligar al enemigo a probar sus fuerzas en el asalto, merece ser tratado como traidor.

El mismo decreto del rey de Prusia, que disolvía la Asamblea Constituyente, proclamaba una nueva Constitución, basada en el proyecto redactado por la comisión de la Asamblea, pero acrecentando en unos puntos los poderes de la Corona y haciendo muy dudosos en otros los del Parlamento. Esta Constitución establecía dos Cámaras que, según la promesa, debían ser convocadas muy en breve, con el propósito de confirmarla y revisarla.

Creo que no hace falta plantear dónde se encontraba la Asamblea Nacional [26] alemana durante la «lucha legal y pacífica» de los constitucionalistas prusianos. Se ocupaba, como es costumbre en Fráncfort, en redactar resoluciones llenas de mansedumbre contra los procedimientos del gobierno prusiano, y admiraba al propio tiempo «el imponente espectáculo de la resistencia legal, pasiva y unánime de todo un pueblo contra la fuerza bruta». El gobierno central envió comisionados a Berlín, con el objeto de mediar entre el Ministerio y la Asamblea, pero corrieron la misma suerte que sus colegas en Olmütz: fueron amablemente despedidos. La izquierda de la Asamblea Nacional, es decir, el llamado partido radical, envió también sus comisionados, pero des-

pués de haberse convencido en debida forma de la absoluta impotencia de la Asamblea de Berlín, y conscientes de su propia nulidad, regresaron a Fráncfort, para informar de su viaje y dar fe de la pacífica conducta de los berlineses, digna de admiración. Es más; cuando el señor Bassermann, uno de los comisionados del gobierno central, comunicó que las últimas y enérgicas medidas de los ministros prusianos no carecían de fundamento, ya que en los últimos tiempos habían aparecido en las calles de Berlín ciertos individuos de aspecto feroz, como los que siempre surgen en vísperas de movimientos anarquistas (desde entonces se los llama «bassermannistas»), ¡aquellos circunspectos diputados de la izquierda y los enérgicos representantes de la revolución, aunque parezca extraño, declararon solemnemente que eso era falso! De ese modo, en el término de dos meses se demostró de un modo evidentísimo la total impotencia de la Asamblea de Fráncfort. No podían darse pruebas más claras de que aquella institución carecía por completo de fuerzas para cumplir la misión que se le encomendaba, y de que no tenía ni la más remota idea de cuál era su verdadera misión. El hecho de que en Viena y en Berlín se hubiera decidido la suerte de la revolución, y de que en esas dos capitales se pusiera fin a las más importantes y vitales cuestiones, como si la Asamblea de Fráncfort no existiera para nada, es en sí bastante elocuente para deducir que dicha Asamblea no era más que uno de tantos clubes dedicados a discutir, compuesto de una serie de crédulos ilusos. Permitieron al gobierno que los utilizara como marionetas parlamentarias para entretener a los pequeños burgueses de los Estados más chicos y pequeñas ciudades, durante el tiempo en que el gobierno necesitó distraer la atención de esos señores. Pronto veremos hasta cuándo consideraron conveniente mantener este juego. Pero es digno de atención el hecho de que entre todos los hombres «eminentes» de aquella Asamblea no hubiese uno solo que se diera cuenta del desairado papel que les obligaron a representar, y es de advertir que hasta la fecha los exmiembros del club de Fráncfort han conservado en su estado invariable los órganos de percepción histórica, solo a ellos inherentes.

XVII. LA INSURRECCIÓN

El inevitable conflicto entre la Asamblea Nacional de Fráncfort y los gobiernos de los Estados de Alemania se desencadenó por fin, rompiéndose las hostilidades en los primeros días de mayo de 1849 [27]. Los diputados austríacos, llamados por su gobierno, habían abandonado ya la Asamblea y regresado a sus hogares, con excepción de algunos miembros de la izquierda o del partido democrático. La mayor parte de los conservadores, al advertir el cariz que iban tomando las cosas, se retiró de la Asamblea, aun antes de que se lo ordenasen sus respectivos gobiernos. De manera que, aun prescindiendo de las causas aducidas en artículos anteriores, que intensificaban la influencia de la izquierda, el abandono de sus puestos por parte de la derecha bastó para convertir a la antigua minoría en mayoría de la Asamblea. Quienes la repre-

sentaban, que jamás habían soñado con alcanzar fortuna semejante, habían aprovechado antes sus bancas de la oposición para lanzar frases grandilocuentes contra la debilidad, la indecisión y la senectud de la antigua mayoría y de su gobierno imperial. Pero ahora ellos mismos los sustituían, y *ellos* eran quienes debían demostrar qué eran capaces de realizar. Por supuesto, *su* actividad tenía que ser enérgica, decisiva y activa. *Ellos, la flor y nata* de Alemania, pronto empujarían al senil gobierno imperial y a sus vacilantes ministros, y si ello era imposible —¡quién lo dudaba!—, en virtud de la soberanía del pueblo derrocarían a ese gobierno inoperante y lo sustituirían por un poder ejecutivo infatigable y activo, que aseguraría la salvación de Alemania. ¡Pobres hombres! *Su* gobierno —si de tal puede hablarse cuando nadie lo obedece— fue todavía más ridículo que el de sus predecesores.

La nueva mayoría declaró que, a pesar de todos los obstáculos, se debía poner *inmediatamente* en vigencia la nueva Constitución, y que no más tarde del 15 de julio el pueblo debería elegir los diputados a la nueva Cámara de representantes, y esta reunirse en Fráncfort el 15 de agosto. Ello implicaba una abierta declaración de guerra a los gobiernos que no habían reconocido la Constitución imperial, y en primer término a Prusia, Austria y Baviera, que representaban a las tres cuartas partes de la población de Alemania, declaración de guerra que fue inmediatamente aceptada por estos Estados. Prusia y Baviera también llamaron a los diputados de sus territorios que estaban en Fráncfort y apresuraron sus preparativos militares contra la Asamblea Nacional. A su vez, las manifestaciones del partido democrático (fuera del Parlamento) en favor de una Constitución para toda Alemania y de la Asamblea Nacional adquieren un carácter más violento y enérgico, y la masa obrera, dirigida por partidarios del partido más avanzado, demostró estar dispuesta a empuñar las armas por una causa que, si no era la suya propia, al desembarazar a Alemania de la pesada carga que significaban sus antiguas instituciones monárquicas, ofrecía a los obreros la probabilidad de aproximarse un poco más a sus objetivos. En una palabra: en todas partes el gobierno y el pueblo se enfrentaban con extremo encono en esta cuestión; el estallido era inminente; la mina estaba cargada, y una sola chispa la haría explotar. La disolución de la Cámara de Sajonia, el reclutamiento del *Landwehr* en Prusia, la abierta oposición de los gobiernos a la Constitución de toda Alemania, fueron otras tantas chispas que cayeron, y en el acto la llama cundió por todo el país. El 4 de mayo el pueblo de Dresde, después de su victoria, tomó posesión de la ciudad y expulsó de ella al rey; todas las comarcas vecinas enviaron refuerzos a los insurgentes. En la Prusia del Rin y en Westfalia el *Landwehr* se negó a marchar contra los insurrectos, se apoderó de los arsenales, armándose para defender la Constitución de toda Alemania. En el Palatinado el pueblo encarceló a los funcionarios del gobierno de Baviera y se apoderó de los fondos públicos, constituyendo un Comité de Defensa que puso a la provincia bajo la protección de la Asamblea Nacional. En Wurtemburgo el pueblo obligó al rey a reconocer la Constitución imperial, y en Baden el ejército unido al pueblo obligó a huir al gran duque, y erigió después un gobierno provincial. En otros pun-

tos de Alemania el pueblo solo aguardaba una señal de la Asamblea Nacional para levantarse en armas y ponerse a su disposición.

La situación de la Asamblea Nacional era mucho más favorable de lo que se podía esperar después de su pasado sin gloria. La mitad occidental de Alemania había tomado las armas en su defensa; las tropas estaban indecisas en todas partes, en los pequeños Estados se habían mostrado favorables al movimiento, Austria había llegado a una situación crítica ante el victorioso avance de los húngaros, y Rusia, ese baluarte de reservas para los gobiernos alemanes, ponía en tensión todas sus fuerzas a fin de sostener a Austria contra las tropas magiares. No quedaba, pues, más que someter a Prusia, pero contando con las simpatías revolucionarias que existían en el país, eran más que fundadas las esperanzas de obtener un buen éxito. Todo dependía, por consiguiente, de la conducta de la Asamblea Nacional.

La insurrección es un arte, lo mismo que la guerra o cualquier otro tipo de arte, y está sujeta a ciertas reglas que, cuando se las olvida, ocasionan la ruina del partido que no las respeta. Estas reglas, lógicamente deducidas de la naturaleza de los partidos y de las condiciones a que se debe hacer frente según los casos, son tan claras y sencillas, que la breve experiencia de 1848 las dio a conocer perfectamente a los alemanes. En primer lugar, no se jugará nunca con las insurrecciones, si no existe la decisión de llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias. La insurrección es una ecuación con magnitudes altamente indefinidas, cuyo valor puede modificarse cada día. Las fuerzas combativas contra las que hay que actuar tienen de su parte la ventaja absoluta de la organización, la disciplina y la autoridad tradicional; si los insurrectos no logran reunir numerosas fuerzas contra el enemigo, serán derrotados y aniquilados. En segundo lugar, una vez iniciada la insurrección, es menester obrar con la mayor determinación y pasar a la ofensiva. La defensa es la muerte de toda insurrección armada; en ella sucumbe antes de haber medido sus fuerzas con el enemigo. Es preciso tomar por sorpresa al adversario, mientras sus fuerzas están aún dispersas, hay que procurar obtener cada día nuevas victorias, aunque sean pequeñas; es preciso mantener el ascendiente moral logrado por el primer triunfo de los insurrectos, saber atraer a los elementos vacilantes, que van detrás de los más fuertes y siempre suelen colocarse al lado de la parte más segura; hay que obligar al enemigo a retroceder, antes que pueda reunir sus fuerzas para el ataque. En una palabra: actúa de acuerdo con las palabras de Danton, el maestro más notable conocido hasta la fecha en problemas de táctica revolucionaria: *de l'audace, de l'audace encore de l'audace!* [¡audacia, audacia y siempre audacia!] [28].

Pues bien, ¿qué debía haber hecho la Asamblea de Fráncfort, para evitar el derrumbe inminente? Ante todo, darse cuenta exacta de la situación y convencerse de que no le quedaba otra alternativa que someterse a los gobiernos incondicionalmente, o abrazar la causa de la insurrección armada, sin vacilaciones ni dudas. En segundo lugar, reconocer en público todas las insurrecciones que habían surgido, y llamar por doquier al pueblo a las armas, en defensa de la Representación nacional, declarando fuera de la ley a todos los monarcas, ministros y demás funcionarios que se atreviesen a oponerse

al pueblo soberano, representado por sus mandatarios. En tercer lugar, derribar el poder imperial alemán, crear un poder ejecutivo fuerte, activo, que no cediera ante nadie; llamar a Fráncfort a las tropas armadas insurgentes para que acudiesen en su protección inmediata, ofreciendo así, al mismo tiempo, un pretexto legal para que se extendiera la insurrección y para organizar en un todo cohesionado a las tropas de que dispusiera; en una palabra, aprovechar rápidamente y sin vacilación todos los medios posibles para fortalecer su posición y debilitar la de sus enemigos.

Los virtuosos demócratas de la Asamblea de Fráncfort procedieron en todo al revés. No contentos con dejar que las cosas tomasen el sesgo que se les antojara, estos dignos señores llegaron a aplastar con su más decidida oposición todos los movimientos insurgentes que estallaban. Esto hizo, por ejemplo, el señor Karl Vogt en Nuremberg. Dejaron que fuesen sofocadas las insurrecciones en Sajonia, Prusia del Rin y Westfalia, sin prestarles otra ayuda que una póstuma y sentimental protesta contra la insensible crueldad del gobierno prusiano. Mantuvieron en secreto relaciones diplomáticas con las insurrecciones del sur de Alemania, pero nunca llegaron a prestarles el auxilio de su reconocimiento. Sabían que el Regente del Imperio apoyaba a los gobiernos, pero se dirigieron *a él* —que ni se dignó a prestarles la menor atención—, rogándole que se opusiera a las intrigas de esos gobiernos. Los ministros del Imperio, antiguos conservadores, ridiculizaban en cada sesión a la impotente Asamblea. ¡Y cuando Wilhelm Wolff, diputado de Silesia y uno de los directores de la *Nueva Gaceta Renana*, exigió que la Asamblea declarara fuera de la ley al Regente del Imperio, que no era —como dijo atinadamente Wolff— otra cosa que el mayor traidor del Imperio, su voz fue ahogada por el grito unánime de virtuosa indignación proferido por esos revolucionarios demócratas! En otros términos, continuaron hablando, declarando, protestando, proclamando, pero jamás tuvieron el valor ni la inteligencia de obrar; mientras tanto, las tropas hostiles del gobierno se iban aproximando cada vez más, y su propio poder ejecutivo, el Regente del Imperio, negociaba tesoneramente con los reyes alemanes su rápida aniquilación. Por tales motivos perdió la despreciada Asamblea hasta el último vestigio de importancia; los insurrectos que se habían levantado para defenderla cesaron de preocuparse por ella y cuando las cosas llegaron, como veremos más adelante, a su vergonzoso fin, la Asamblea se extinguió de tal modo que nadie notó su ingloriosa desaparición.

XVIII. LA PEQUEÑA BURGUESÍA

En nuestro último artículo hemos visto que la lucha entablada entre los gobiernos alemanes por una parte y el Parlamento de Fráncfort por otra, había llegado a tal grado de violencia, que en los primeros días de mayo una gran parte de Alemania estalló en abierta insurrección; primero en Dresde, después en el Palatinado de Baviera, en una parte de Prusia del Rin, y por último en Baden.

En todos estos casos, las *verdaderas* fuerzas de *combate* de los insurrectos, que por primera vez tomaban las armas para ofrecer batalla a las tropas, estaban constituidas por los *obreros urbanos*.

Después de rotas las hostilidades comenzó a sumarse a los obreros una parte de las capas más humildes de la población rural: braceros y pequeños campesinos. La mayoría de los jóvenes de todas las clases sociales, exceptuando la de los capitalistas, se alistó por lo menos provisoriamente en las filas de los ejércitos rebeldes; pero esta muchedumbre bastante heterogénea comenzó pronto a dispersarse, en cuanto las cosas tomaron un giro más serio. En particular los estudiantes, esos «representantes del intelecto», como a ellos mismos les gustaba llamarse, fueron los primeros en abandonar las banderas, cuando no se los lograba retener ascendiéndolos al grado de oficial, para el cual, por supuesto, solo muy pocos contaban con la debida capacidad.

La clase obrera participó en esta insurrección como lo habría hecho en cualquier otra que le prometiera eliminar algunos obstáculos en su camino hacia el dominio político y la revolución social, o que en último caso obligara a las clases sociales más influyentes, pero menos audaces, a seguir un curso más decisivo y revolucionario que el que mantenían hasta entonces. La clase obrera empuñó las armas con plena conciencia de que por las consecuencias inmediatas esa no era su causa, mas siguiendo la única táctica correcta: impedir, a cualquier clase que se hubiera erigido sobre la obrera (como lo había hecho la burguesía en 1848), la consolidación de su dominio de clase si no abría a los obreros por lo menos un campo de libre acción en el que pudieran luchar por sus propios intereses. Por lo tanto, la clase obrera aspiraba a llevar los acontecimientos hasta una crisis que podría arrastrar decidida e irremisiblemente a la nación por la senda revolucionaria, o restituir en la forma más completa la situación prerrevolucionaria, haciendo inevitable otra revolución. En ambos casos, la clase obrera representaba los verdaderos y bien entendidos intereses de la nación: en la medida de sus fuerzas, apresuraba el curso de la revolución, que ya se había constituido en necesidad histórica para viejas sociedades de la Europa civilizada, y sin la cual ninguna de ellas podía intentar el desarrollo más tranquilo y permanente de sus fuerzas.

En cuanto a los campesinos, que se habían sumado a la insurrección, en parte se lanzaron en brazos del partido revolucionario por la carga relativamente abrumadora de los impuestos, y en parte porque pesaban sobre ellos los tributos feudales.

Sin iniciativa propia, formaron el séquito de las demás clases comprometidas en la insurrección, vacilando entre los obreros y la pequeña burguesía. Casi siempre la posición social que ocupaba cada uno decidía qué partido tomaba: el bracero se unía por lo general al obrero asalariado; el pequeño campesino se inclinaba a seguir al pequeño burgués.

Esta clase de pequeños burgueses, cuya gran importancia e influencia hemos señalado varias veces, puede considerarse como la dirigente en la insurrección de mayo de 1849. Como en aquella ocasión no se encontraba entre los centros del movimiento ninguna de las grandes ciudades de Alemania, la pequeña burguesía, que siempre predomina en las ciudades de segundo

orden y pequeñas, logró tomar en sus manos la dirección del movimiento. Hemos visto, además, que en la lucha por la Constitución imperial y por los derechos del Parlamento alemán, lo que estaba en juego eran los intereses de la citada clase. Todos los gobiernos provisionales formados en los centros rebeldes estaban representados casi en su totalidad por dicha parte del pueblo, y según el alcance que haya tenido en su gestión puede juzgarse respecto de lo que es capaz la pequeña burguesía alemana; como veremos, solo es capaz de malograr cualquier movimiento que se confíe a su dirección.

La pequeña burguesía, grande en jactancias, es incapaz de obrar, y teme extraordinariamente arriesgarse en lo más mínimo. El carácter mezquino de sus transacciones mercantiles y sus operaciones de crédito es lo que más contribuye a privarla de energías, y a coartar su carácter emprendedor; es de esperar, por lo tanto, que esas cualidades sean también propias de su actividad política. En consonancia con ello, la pequeña burguesía alentó la insurrección con palabras grandilocuentes y glorificó las hazañas que se proponía realizar; se apresuró a ocupar el poder tan pronto estalló la insurrección, muy en contra de su voluntad; pero empleó dicho poder para reducir a cero todos los éxitos de la insurrección. Dondequiera que un conflicto armado llevaba a una seria crisis, los pequeños burgueses se sentían presa de un terrible espanto ante la peligrosa situación que se les creaba; de terror ante el pueblo que había dado crédito a su jactancioso llamamiento a las armas; de miedo ante el poder que había caído en sus manos, y sobre todo, de espanto frente a las consecuencias que para ellos mismos, para su posición social y su propiedad podría tener la política en que se habían visto envueltos. ¿No se esperaba acaso de ellos que arriesgaran «su vida y su hacienda» —según decían— por la causa de la insurrección? ¿No se habían visto obligados a ocupar una posición oficialista en la insurrección, por lo cual, en caso de derrota, arriesgaban la pérdida de sus capitales? Y en caso de victoria, ¿les quedaba otra perspectiva que la seguridad de que los victoriosos proletarios, o sea, la masa principal del ejército combatiente, los expulsaría de sus puestos y modificaría en forma radical su política? De esta manera, colocada entre los peligros encontrados que la rodeaban por todas partes, la pequeña burguesía solo supo aprovechar su poder para abandonarlo todo al destino, por lo cual se perdieron las últimas esperanzas de lograr el éxito y se condenó la insurrección al fracaso. La táctica de la pequeña burguesía, o con más exactitud, la falta absoluta de táctica, fue igual en todas partes, y por ello las insurrecciones de mayo de 1849 en toda Alemania estaban cortadas con el mismo molde.

En Dresde, las luchas callejeras en la ciudad duraron cuatro días. Los pequeños burgueses de Dresde, los «guardias urbanos», lejos de participar en la lucha, en muchos casos secundaron las acciones de las tropas contra los rebeldes. Estos eran casi exclusivamente obreros de los centros industriales de los alrededores. Encontraron un jefe hábil y sereno en el emigrante ruso Mijaíl Bakunin, que después fue hecho prisionero y se encuentra en la actualidad recluido en la cárcel de Munkàcz, en Hungría. La intervención de numerosas tropas prusianas aplastó esta insurrección.

En la Prusia del Rin la lucha fue de escasa importancia, pues como todas las grandes ciudades eran verdaderas fortalezas resguardadas por sus ciudadelas, los insurrectos solo podían limitarse a algunos enfrentamientos. Tan pronto se concentraba un número suficiente de tropas, quedaba sofocada la insurrección armada.

En el Palatinado y en Baden, por el contrario, los insurrectos dominaron una provincia rica y fértil, y todo un Estado. Dinero, armas, soldados, efectos de guerra: de todo se disponía. Los soldados del ejército regular se unían voluntariamente a los insurrectos; es más, en Baden inclusive iban a la vanguardia. Las insurrecciones de Sajonia y de Prusia del Rin fueron sacrificadas con el fin de ganar tiempo y facilitar la organización del movimiento en el sur de Alemania. Jamás se habían dado condiciones tan propicias para una insurrección provincial y parcial como en este caso. En París se esperaba una revolución: los húngaros estaban a las puertas de Viena; en todos los Estados centrales de Alemania, no solo el pueblo, sino las tropas, se mostraban decididamente inclinados a la insurrección y aguardaban el momento de adherirse a ella. No obstante, el movimiento cayó en manos de la pequeña burguesía, y desde su comienzo estuvo condenado al fracaso. Los gobernantes pequeñoburgueses, sobre todo los de Baden —y el señor Brentano a la cabeza de ellos—, no olvidaban que al usurpar el puesto y las prerrogativas del Gran Duque, su soberano «legal», estaban cometiendo el delito de alta traición y ocupaban los sillones ministeriales, sintiéndose criminales. ¿Qué podía, pues, esperarse de tales cobardes? No solo abandonaron la insurrección a su marcha espontánea, dada su falta de centralización, lo que equivale a la ineficacia, sino que hicieron todo lo que estaba a su alcance para privarla de toda su energía, desangrarla y anularla. Esto lo lograron gracias al decidido apoyo del núcleo de políticos sabihondos, los héroes «democráticos» de la pequeña burguesía, que tenían la convicción de estar «salvando a la patria» porque permitían que otros políticos más hábiles, Brentano por ejemplo, los llevaran de las narices.

En cuanto al aspecto militar, es de señalar que nunca se realizaron operaciones militares con mayor negligencia e indolencia que aquellas que se llevaron a cabo a las órdenes del comandante en jefe del ejército de Baden, Siegel, teniente retirado del ejército regular. En todo reinaba la más lamentable confusión, y se perdieron las mejores oportunidades, desperdiciando los momentos más preciosos en planear proyectos estupendos e irrealizables, y cuando a la postre se hizo cargo del ejército el inteligente polaco Mieroslawski, lo encontró desorganizado, deshecho, precariamente armado, decaído ante un enemigo cuatro veces más poderoso. Mieroslawski solo pudo librar en Waghäusel una batalla gloriosa, pero que terminó con la derrota, realizar una brillante retirada y ofrecer, aunque sin esperanza, una última batalla delante de los muros de Rastatt, donde renunció a su cargo. En esta, como en toda guerra insurreccional, en la que los ejércitos son una mezcla de soldados expertos y de insurrectos indisciplinados, el ejército revolucionario dio muestras de heroísmo, pero también, y en demasiadas ocasiones, manifestó un pánico con frecuencia inexplicable e inadmisible en los soldados. Pese a las inevitables imperfecciones, le cabía a este ejército la satisfacción de que el

enemigo hubiera considerado insuficiente para derrotarlo una superioridad numérica de cuatro a uno, y que durante la campaña cien mil hombres de las tropas regulares mostraran en el aspecto militar tanto respeto a veinte mil insurgentes, como si se enfrentaran con la vieja Guardia de Napoleón.

En mayo estalló la insurrección, a mediados de julio de 1849 estaba completamente sofocada. Terminó la primera revolución alemana.

Escrito por F. Engels en inglés, en marzo y en agosto- septiembre de 1852. Marx revisó los artículos cuando eran enviados a la redacción de *New York Daily Tribune*. Publicado por primera vez en el mencionado diario el 17 de abril, 18 de septiembre y 2 de octubre de 1852.
Marx. *Obras escogidas*, t. II, ed. cit, 1940.

LA GUERRA DE CRIMEA, 1853-1856

LA CAMPAÑA EN CRIMEA [29]

Sin duda nuestros lectores se sienten impresionados por el estado de ánimo poco común que revelan las noticias recibidas ayer por la agencia «Baltic» desde el teatro de guerra de Crimea, y que publicamos esta mañana en nuestras columnas. Los comentarios de la prensa británica y los informes de los corresponsales ingleses y franceses sobre las acciones y perspectivas bélicas se distinguían hasta la fecha por una confianza presuntuosa y arrogante. Pero esta postura ha sido remplazada ahora por una sensación de preocupación, y aun de consternación. Se admite en general que no existe tal superioridad de las fuerzas, como antes lo afirmaron los comandantes de los ejércitos aliados; que Sebastopol es más fuerte, Ménshikov, un general más capaz y su ejército más peligroso de lo que se suponía al principio. No se descarta la posibilidad de que los ingleses y franceses tengan que encontrarse con un fracaso y la deshonra, en vez de obtener una victoria segura y decisiva. Tal es la opinión expresada por nuestro corresponsal en Liverpool —siendo él mismo un súbdito inglés que comprende profundamente todas las aspiraciones y prejuicios de su nación—, y la misma opinión se expresa en la acción sumamente enérgica de los gobiernos francés y británico. Los dos hacen todo lo que está en su poder para enviar refuerzos a Sebastopol con la mayor rapidez posible; el Reino Unido se priva de su último soldado, muchos vapores son trasformados en buques-transporte, y Francia manda 50 000 hombres en la esperanza de que lleguen a tiempo al teatro de la guerra para participar en la última batalla decisiva.

El sábado publicamos un número apreciable de noticias que informaban principalmente sobre las etapas iniciales del sitio y de la cooperación de las armadas, en parte positiva, pero infortunada en su efecto total; ahora agregamos los informes oficiales sobre el ataque sangriento de Liprandi a los ejércitos aliados cerca de Balaklava [30], junto con otros detalles del curso de las operaciones, que conducen todas, como tenemos que admitir, a un resultado desfavorable para los aliados. Después de haber examinado con cuidado estos documentos, llegamos a la conclusión de que la situación, como ya hemos comprobado varias veces, sigue siendo difícil e insegura, pero no tan peligrosa como lo dio a entender nuestro corresponsal en Liverpool. No creemos que se encuentren amenazados por algo peor que una retirada y un embarque involuntarios. Por otra parte, existe todavía la posibilidad de conquistar la ciu-

dad en un asalto desesperado y sangriento. Sea lo que fuere, estamos convencidos de que este asunto se definirá mucho antes de que lleguen a Crimea los refuerzos de Francia e Inglaterra. La campaña está acercándose, como es notorio, a su momento crítico; los movimientos, errores y omisiones que determinaban su carácter y producían su resultado, están fijados; poseemos informaciones auténticas e irrefutables sobre los hechos más importantes. Por eso nos proponemos analizar sucinta y críticamente el curso de los sucesos.

Se sabe ahora que en el momento en que los aliados desembarcaron cerca del fuerte Viejo, Ménshikov solo contaba en el campo de batalla con 42 batallones y 2 regimientos de caballería, más algunos cosacos. La guarnición de Sebastopol se componía de marineros de la armada. Estos 42 batallones estaban formados por las divisiones de infantería número 12, 16 y 17; suponiendo que cada batallón tuviese su fuerza reglamentaria de 700 hombres, sus efectivos totales eran de 29 400 soldados de infantería; agregando 2000 húsares, cosacos, artilleros, zapadores y minadores, se llega a 32000 hombres en el campo. Ménshikov no pudo impedir el desembarco de los aliados mediante estas tropas, ya que las hubiera expuesto, sin disponer de reservas suficientes, al fuego de las armadas aliadas. Un ejército fuerte, en condiciones de sacrificar una parte de sus efectivos, habría podido destacar tropas para empezar una guerra de guerrillas por sorpresa y ataques nocturnos contra los invasores desembarcados, pero los rusos, en este caso, necesitaban todos sus hombres para la gran batalla inminente. Además, el soldado de infantería ruso es el menos apto del mundo para sostener guerra de guerrillas. Su fuerza consiste en la lucha que realiza en columna cerrada. En cambio, el modo de combatir del cosaco es muy irregular, y solo resulta aprovechable en la medida en que crece la esperanza de cobrar botín. Por otra parte, la campaña en Crimea parece demostrar que el proceso desarrollado en los últimos 30 años a fin de trasformar a los cosacos en una tropa regular ha roto su espíritu emprendedor y los ha puesto en un estado de subordinación. Ahora dan la impresión de ser inservibles como irregulares, y poco útiles todavía para el servicio regular. Al parecer, ni siquiera son aptos para avanzadas o destacamentos, ni para atacar al enemigo en una carga de línea [31]. Por eso los rusos tenían motivos para reservar cada sable y cada bayoneta para la batalla en la orilla del río Alma.

En las orillas de este río, los 32 000 rusos fueron atacados por 55 000 aliados; la superioridad era casi del ciento por ciento. Después de haber entrado en combate unos 30 000 aliados, Ménshikov ordenó la retirada. Los rusos solo habían empleado hasta ese momento 20 000 hombres; si hubieran tratado de seguir en la defensa de sus posiciones, la retirada rusa se habría convertido en una derrota total, porque hubiese surgido la necesidad de lanzar al combate todas sus reservas. Cuando la superioridad numérica de los aliados produjo efectos indudables, Ménshikov levantó la batalla y cubrió su retirada con sus reservas. Logró vencer la confusión en su ala izquierda, causada por el movimiento de flanqueo del general Bosquet, se retiró del campo de batalla sin ser molestado o perseguido, en «magnífico orden». Los aliados afirman que no contaban con suficiente caballería para perseguir a los rusos; pero como

sabemos que estos tenían solo dos regimientos de húsares —menos que los aliados—, esta excusa no es válida. La infantería rusa se comportó como lo hizo en las batallas de Zorndorf, Eylau y Borodinó [32], es decir, «no era capaz de caer en pánico» después de una derrota, frase del general Cutcart, quien mandó una división contra ellos.

Aunque la infantería rusa conservara su sangre fría y serenidad, Ménshikov fue presa del pánico. Las importantes fuerzas de los aliados, y su decisión y vehemencia en el ataque —que no había esperado—, turbaron sus planes en el momento. Abandonó su intención de retirarse al interior de Crimea, y marchó al sur de Sebastopol para defender la línea del río Chórnaia. Fue un error imperdonable. Como podía abarcar de una ojeada la posición aliada en su totalidad, desde las alturas a la orilla del río Alma, habría debido ser capaz de conocer las fuerzas de sus enemigos hasta 5000 hombres. Habría debido saber que, a pesar de la superioridad relativa de los aliados sobre su ejército, no eran lo bastante fuertes para separar una parte de sus tropas con el fin de observar a Sebastopol, y para seguirlo hacia el interior. Hubiera debido saber que, a pesar de la proporción de uno a dos en la costa, estaba en condiciones de oponerles una fuerza de dos a uno en Simferópol. Sin embargo, marchó, como él mismo lo admite, al sur de Sebastópol. Pero después de terminar su retirada sin ser molestado por los aliados, y después de un alto de sus tropas en las elevaciones detrás del río Chórnaia, Ménshikov se decidió a reparar su error. Llevó a cabo este plan mediante un peligroso movimiento de flanqueo desde el Chórnaia a Bajchisarai. Fue un acto en contradicción con las reglas elementales de la estrategia, pero prometía grandes resultados. Si se ha cometido una vez un error estratégico, es muy difícil contrarrestar sus efectos. Queda por saber si es más práctico resignarse, o reparar el error con un segundo paso intencionalmente falso. Creemos que Ménshikov tuvo completa razón en arriesgar una marcha de flanqueo dentro del alcance del enemigo, para salir de su posición de Sebastópol, imprudentemente «concentrada».

Pero en esta lucha entre la mediocridad estratégica y los generales rutinarios, los movimientos de las tropas de los dos ejércitos enemigos adquirieron formas desconocidas hasta ahora en la estrategia. Como el cólera, la pasión por las marchas de flanqueo se convirtió en una epidemia en las dos partes. Al mismo tiempo que Ménshikov resolvía esa marcha de flanqueo de Sebastopol a Bajchisarai, a Saint-Arnaud y Raglan se les había metido en la cabeza dirigirse de Kacha a Balaklava. La retaguardia de los rusos y la vanguardia de los ingleses chocaron cerca de la granja Mackenzie (así llamada por el apellido de un escocés, un almirante que había servido a los rusos), y por supuesto, la retaguardia fue derrotada por la vanguardia. Como ya se ha criticado en *Tribune* [33] el carácter estratégico de la marcha de flanqueo de los aliados en sus aspectos generales, no hace falta volver aquí sobre la cuestión.

El 2 ó 3 de octubre, Sebastópol estaba cercado, y los aliados fueron a ocupar la misma posición de la cual Ménshikov acababa de retirarse. Con ello empezó el memorable sitio de Sebastopol, y simultáneamente un nuevo período de la guerra. Hasta ese momento, los aliados, por su superioridad indudable, habían determinado el curso de las acciones bélicas. Las armadas, que domi-

naban el mar, aseguraban su desembarco. Después de este, su superioridad numérica y, por cierto, también su capacidad superior en el ataque, les dieron la victoria en la orilla del río Alma. Pero ahora se establecía poco a poco el equilibrio de las fuerzas que siempre aparece en operaciones desarrolladas lejos de la posición de salida y en el territorio enemigo. Si bien el ejército de Ménshikov no podía ser avistado aún, se hizo necesario formar una reserva en el río Chórnaia, con un frente dirigido hacia el este. De tal manera, el propio ejército sitiador quedó seriamente debilitado y reducido a un número que no superaba en mucho el de la guarnición.

La falta de energía y metodicidad, ante todo en la cooperación entre las distintas partes de las fuerzas armadas terrestres y navales británicas, las dificultades del terreno y principalmente el indestructible espíritu de rutina, quizás innato en las administraciones y círculos científicos ingleses, demoraron el comienzo del sitio propiamente dicho hasta el 4 de octubre. Por fin, este día, las trincheras fueron ocupadas en la distancia inmensa de 1500 a 2500 yardas de las fortificaciones rusas. No se conoce tal procedimiento en otros sitios. Esto demuestra —y los rusos lo afirmaron hasta el 17 de octubre— que ellos dominaban aún el terreno de la fortaleza en una milla a la redonda. Por la mañana de ese día, los trabajos de los sitiadores habían progresado a tal punto, que pudieron romper el fuego. Es muy probable que se hubiese esperado algunos días más, teniendo en cuenta que ese día los aliados no se hallaban en condiciones de lograr algún éxito, si no hubiera llegado la gloriosa noticia de que toda Inglaterra y Francia se encontraban en un arrebato de alegría por haber anunciado la caída de Sebastopol para el 25 de octubre. Por supuesto, esta noticia exasperó a las tropas, y hubo que abrir fuego para calmarlas. Pero resultó que los aliados poseían solo 126 cañones contra 200 a 250 de los enemigos. Entonces los ingleses y franceses siguieron citando el gran principio de Vauban —muy útil para tranquilizar al público—, de que «un sitio es una operación que conduce a un resultado favorable con seguridad matemática, y es cuestión de tiempo, si no hay perturbación exterior». Este gran principio se basa en otro del mismo ingeniero, de que «el fuego de los sitiadores puede ser reforzado hasta superar el de los sitiados». En lo que hace a Sebastópol, vemos lo contrario: el fuego de los atacantes era inferior al comienzo de la defensa. Faltó poco tiempo para ver las consecuencias.

En pocas horas, los rusos silenciaron el fuego de las baterías francesas y se batieron con los ingleses un día entero equilibradamente. Como maniobra de diversión se organizó un ataque naval, pero no fue mejor dirigido ni resultó más eficaz. Los barcos franceses bombardearon el fuerte de Cuarentena y el fuerte Alejandro, y de este modo apoyaron los ataques de las tropas terrestres. Sin tal apoyo, es indudable que los franceses habrían salido aun peor parados. Los barcos ingleses atacaron la parte norte del puerto, inclusive el fuerte Constantino, la batería de los Telégrafos y una batería recién establecida al nordeste de Constantino. El cauteloso almirante Dundas había hecho anclar sus barcos a 1200 yardas del fuerte; sin duda le agrada el método de hacer fuego desde una gran distancia. Pero es un hecho comprobado hace tiempo que en una lucha entre barcos y baterías de costa, los primeros pierden en el

combate si no pueden llegar a 200 yardas o menos de las baterías, a fin de dar en el blanco con la mayor eficacia. Por eso, los barcos de Dundas empezaron a ser averiados y habrían sufrido una derrota demoledora si sir Edmund Lyons, probablemente contrariando sus órdenes, no hubiera llevado tres navíos de línea lo más cerca posible del fuerte Constantino y le hubiera causado, en desquite de sus propias pérdidas, algunos daños. Pero como en los partes de guerra de los almirantes británicos y franceses falta la mención de destrucciones reales ocasionadas a los fuertes, tenemos que suponer que los fuertes y las baterías colocadas en casamatas, lo mismo que en Bomarzund [34], en la «costa de Montalembert», resistieron frente a un doble número de cañones navales. Esto es tanto más notable cuanto que ahora resulta evidente que la construcción expuesta de este fuerte —circunstancia que ya en parte fue confirmada en Bomarzund— no puede resistir más de 24 horas a un bombardeo de cañones navales pesados desde la costa misma.

En los días siguientes, los franceses permanecieron bastante tranquilos. En cambio los ingleses, habiendo colocado sus baterías a una distancia mayor de las líneas rusas y disponiendo de calibres más pesados que sus aliados, podían continuar el fuego y silenciar los cañones en los pisos superiores de los reductos construidos por albañiles. El ataque naval no fue repetido, lo que prueba el respeto que habían inspirado los fuertes con sus casamatas. La defensa rusa destruyó muchas ilusiones de los vencedores en la orilla del Alma. Cada cañón destruido fue remplazado por otro. Cada tronera destrozada durante el día por el fuego enemigo, fue reparada durante la noche. Los fortines estaban frente a frente, y la situación era casi equilibrada hasta que los aliados tomaron medidas para lograr la superioridad. La ridícula orden de lord Raglan, de que «la ciudad debía ser respetada», fue revocada y comenzó un bombardeo que probablemente, por sus intensos efectos sobre las tropas concentradas y su carácter asolador, hizo estragos entre la guarnición. Además, en la zona neutral de las baterías, tiradores escogidos, desde posiciones seguras en todos los lugares posibles, tuvieron la tarea de eliminar artilleros rusos. Como en el bombardeo de Bomarzund, los fusiles «Minié» dieron buen resultado. Al cabo de pocos días, los artilleros rusos estaban completamente *hors du combat*, ya sea por los cañones pesados, o bien por los fusiles «Minié». Eran en su mayoría marineros de la armada, y de esta manera la parte de la guarnición más familiarizada con la artillería pesada se encontró fuera de combate. Hubo que emplear el método conocido en las guarniciones sitiadas: la infantería recibió la orden de manejar los cañones bajo la dirección de los artilleros que quedaban. Pero es fácil imaginarse que su juego casi no tuvo efecto, y los sitiadores pudieron adelantar sus trincheras más y más hacia los fuertes. Tenemos noticias de que los aliados ocuparon su tercera línea a 300 yardas de las fortificaciones internas. No sabemos hasta ahora qué baterías han colocado en esta tercera línea; solo podemos decir que en sitios verdaderos la *tercera* línea es construida siempre al pie del glacis de los fuertes atacados, es decir, a unas 50 a 60 yardas del foso de la fortaleza. Si esta distancia es más grande en Sebastópol, podemos ver en ello la confirmación de informes provenientes de varios diarios británicos, de que aquí las líneas de defensa

irregulares confundieron a los oficiales británicos del cuerpo de ingenieros, en vez de darles nuevas posibilidades para desarrollar su capacidad creadora. Estos distinguidos caballeros, que pueden destruir un frente de bastiones construido según las reglas, encuentran graves dificultades cuando el enemigo se aparta de las prescripciones contenidas en las obras de las autoridades reconocidas como tales.

Después de haber resuelto definitivamente el ataque desde el sur, habrían debido dirigir la paralela [35] y sus baterías contra uno o, a lo sumo, dos frentes de defensa con extensiones estrictamente limitadas. Era necesario atacar con fuerzas concentradas dos de los fuertes exteriores situados a poca distancia uno del otro; cuando mucho, a tres de ellos. Una vez destruidos, todos los demás fuertes exteriores habrían resultado inútiles. Si los aliados hubiesen dirigido el bombardeo de sus cañones en su totalidad a un solo punto, habrían logrado así, con la mayor rapidez y facilidad, una superioridad de fuego y una abreviación notable del sitio. A juzgar por planos y mapas, el frente, desde el fuerte de Cuarentena hasta el extremo superior del puerto interno, o sea el frente contra el cual los franceses están ahora embistiendo, habría sido el más apropiado para el asalto, pues su destrucción hubiese abierto el acceso a la ciudad. Con los 130 cañones en este frente limitado, los aliados hubieran dado inmediatamente pruebas de su superioridad de fuego. En vez de esto, el deseo de dejar actuar a cada uno de los ejércitos aliados independientemente del otro, produjo este método increíble de tirar simultáneamente contra fortificaciones en una extensión de más de tres millas. Nunca se había visto tal cosa. ¿Cuándo sucedió que un ataque permitiese a las fuerzas sitiadas poner en juego la inmensa cantidad de 250 cañones al mismo tiempo, desde bastiones simples y lunetas?

Un solo frente de bastiones apenas llega a poner 20 cañones en posición, y si se trata de un sitio normal, a lo sumo 3 ó 4 frentes pueden apoyar la defensa. Como los ingenieros aliados no están en condiciones de explicar convincentemente su singular procedimiento, tenemos que llegar a la conclusión de que fueron incapaces de descubrir los puntos más débiles de la defensa, y por lo tanto cañonearon toda la línea para no equivocarse.

Mientras tanto, las dos partes recibieron refuerzos. Los ataques permanentes de Liprandi a las vanguardias aliadas, en parte llevados a cabo con éxito, demuestran que hubo más tropas en Sebastopol que las conducidas por Ménshikov a Bajchisarai. Pero no parecen hasta ahora tan fuertes como para levantar el sitio por una batalla. Si se tienen en cuenta los avances de los sitiadores; si se considera que el daño sufrido por los sitiados crece en progresión geométrica con el acercamiento de los aliados a las fortificaciones; si se tiene presente que si bien los fortines exteriores resisten todavía, las defensas interiores parecen débiles, se puede suponer que entre el 9 y 15 de noviembre tendrán lugar sucesos decisivos. O ya habrá caído el lado sur de la fortaleza, o los aliados habrán sufrido una derrota definitiva y tendrán que abandonar el

sitio. Pero no hay que olvidar que tales pronósticos dependen de circunstancias difícilmente apreciables desde un lugar tan lejano del teatro de la guerra.

Escrito por Engels en inglés alrededor del 9 de noviembre de 1854.
Publicado por primera vez en el *New York Daily Tribune* el 27 de noviembre de 1854.
Marx y Engels, *Obras*, t. X, ed. cit.

SOBRE LA ORGANIZACIÓN MILITAR BRITÁNICA

I

¿Quién es responsable por las condiciones del ejército inglés en Crimea? Dando un vistazo a la extraña maquinaria de la administración de guerra, podemos mostrar que la responsabilidad es compartida tan hábilmente entre las distintas autoridades, que cada una es rozada, pero ninguna cargada. El ejército británico en su totalidad tiene un general en jefe, llamado *commander in chief*, una especie de condestable [36] rango suprimido en casi todos los ejércitos civilizados. De estos *horseguards* —así es el nombre de las oficinas de este general en jefe, porque se hallan en el cuartel de los *horseguards*— salen casi todos los nombramientos militares. Pero sería un error suponer que este comandante en jefe está autorizado a mandar realmente alguna cosa. Cuando mucho, posee cierto control sobre la infantería y caballería, mientras que la artillería, el cuerpo de ingenieros, los zapadores y minadores se encuentran fuera de la esfera de su influencia. Si tiene alguna voz en la cuestión de pantalones, sacos y corbatas, le está vedada toda injerencia en el problema de los capotes. Puede fijar el número de los cartuchos que cada soldado debe tener en su cinto, pero no puede proveerlo de un solo mosquete. Puede hacer enjuiciar a todos sus hombres por un tribunal de guerra y hacerlos azotar de firme, pero no ponerlos en movimiento, ni siquiera en la distancia de una pulgada. Le sigue el *master general of the ordnance*, el superior general de artillería. Esta persona es una triste reliquia de los tiempos en que se consideraba la ciencia como una actitud indigna del soldado. Entonces cuerpos científicos, como los de artillería e ingenieros, no se componían de soldados, sino de una mescolanza indescriptible de semieruditos y semiartesanos que, bajo el mando del *master general*, estaban organizados en una especie de corporación. Este *master general* controla no solo la artillería y el cuerpo de ingenieros, sino también los capotes y las armas pequeñas del ejército británico. Sin él, ninguna operación es posible; tiene que participar infaliblemente. El tercero en el grado es el *secretary at war*, el ministro de guerra, pero no es en realidad el propio ministro de guerra, sino el representante del ministerio en la Cámara de los Comunes, una autoridad absolutamente independiente. Este ministro de guerra no puede dar órdenes a parte alguna del ejército, pero puede impedir que alguna fracción del ejército haga algo. Como es el jefe de

las finanzas militares, y dado que todo acto militar cuesta dinero, su negativa a entregar los recursos necesarios significaría un veto absoluto contra cualquier operación. Pero suponiendo que esté dispuesto a abrir su caja de caudales, es incapaz de movilizar el ejército, porque no puede alimentarlo. Eso escapa de su esfera. La autoridad que alimenta al ejército y tiene que procurar los medios de trasporte en caso de marchas, es el *Comisariato*, que se encuentra bajo el control del Ministerio de Finanzas. De este modo, el primer ministro —el primer lord del Tesoro— tiene en sus manos directamente cada operación militar y puede, a su criterio, acelerarla, demorarla o producir su paralización. Todos saben que el Comisariato tiene la misma importancia para un ejército que los soldados mismos, y por eso la sabiduría colectiva de la antigua Inglaterra consideró que era una medida práctica la de separar al Comisariato del ejército y ponerlo bajo el control de un departamento que en su esencia es antibélico. ¿Pero quién, al fin y al cabo, pone en movimiento al ejército? Anteriormente, el ministro de las colonias, ahora, el ministro de guerra, el jefe nominal del Ministerio de Guerra. Manda las tropas de Inglaterra a China y de la India al Canadá. Pero considerada su autoridad en sí, es tan impotente como los cuatro funcionarios militares que mencionamos antes. Para promover cualquier movimiento, aunque sea de poca importancia, es necesaria la cooperación de los cinco funcionarios. Cada una de estas cinco potencias tiene su propia burocracia, con su rutina propia, y cada una actúa bajo su propia responsabilidad.

El origen de este sistema proviene aparentemente de la intención de crear medidas de precaución constitucionales contra el ejército permanente. En lugar de pretender una *división de trabajo* que daría al ejército la máxima elasticidad, se busca una división de poderes, que reduce su movilidad al mínimo. Pero el sistema no fue mantenido por escrúpulos parlamentarios o constitucionales, sino porque se trataba de romper la influencia oligárquica, por lo menos en este campo, a la vez que se promovía una reforma moderna de la administración militar. En la última sesión del Parlamento, los ministros se negaron a admitir toda innovación que no fuese la de separar el Ministerio de Guerra del de Colonias. El mismo Wellington defendió obstinadamente el sistema desde 1815 hasta su muerte, sabiendo, sin embargo, que nunca, con este sistema, habría llevado la guerra de los Pirineos a un éxito final, si su hermano, el marqués de Wellesley [37], no hubiese sido por casualidad el ministro. En 1832 y 1836 Wellington defendió, frente a los comités designados por el Parlamento para reformar el sistema de entonces, lo tradicional en todos sus detalles. ¿Temió facilitar a sus sucesores la obtención de la gloria?

II

Acabamos de conocer el sistema de la administración militar británica que existía al estallar la guerra actual. Las tropas no habían desembarcado aún en su puerto de destino, Gallípoli, cuando ya la confrontación con el ejército

francés descubría la calidad inferior de la expedición inglesa y la irresolución de los oficiales y demás funcionarios ingleses. Aquí la tarea fue relativamente fácil. Hubo un aviso previo, un tiempo antes de que llegaran las tropas, y el número de los soldados desembarcados fue reducido. Sin embargo, *todo* salió mal.

Se perdieron cargamentos en la costa en que fueron desembarcados; la falta de lugar obligó a mandar tropas a Scutari, etc. El caos se anunció inequívocamente, pero como era el comienzo de la guerra, hubo esperanzas de adquirir cada vez más experiencia. Las tropas fueron, pues, trasportadas a Varna. Todo iba en aumento: el alejamiento de su patria, su número y el desorden en la administración. La actividad independiente de los cinco departamentos que en su conjunto representaban la administración, y de los cuales cada uno responde a otro ministerio, produjo las inevitables colisiones. El campamento careció de todo, mientras que la guarnición de Varna disfrutaba de todas las comodidades. El Comisariato reunió tardíamente algunos medios de trasporte, buscándolos en los alrededores. Pero como el general en jefe no proveyó estos carros de escoltas, los cocheros búlgaros desaparecieron más rápidamente de lo que habían llegado. Después se formó un depósito central en Constantinopla, una especie de primera base de operaciones. Solo contribuyó a crear un nuevo centro de dificultades, demoras, cuestiones de competencia, embrollos entre el ejército, el *ordnance*, los intendentes, el comisariato y el Ministerio de Guerra. Mientras tanto el ejército en Gallípoli, Scutari y Varna se encontraba todavía en condiciones de paz. En Crimea la administración británica tuvo oportunidad de desarrollar su talento para la desorganización en toda su extensión. En la práctica, 17 000 hombres de los 60 000 trasportados desde febrero último al Oriente, son aptos para el servicio. De estos 17.000, unos 60 a 80 fallecen y unos 200 a 250 enferman diariamente, volviendo rara vez uno u otro del hospital. ¡Los mismos rusos no responden por más de 7000 de estos 43 000 muertos y heridos!

Cuando llegaron a Inglaterra las primeras noticias de que el ejército en Crimea carecía de alimentos, prendas y albergo, todo el mundo opinaba que el gobierno había faltado a su deber de enviar las provisiones necesarias al teatro de guerra. Después se supo que también se carecía de medicamentos y material quirúrgico, que enfermos y heridos tenían que estar tendidos en el suelo frío y mojado, expuestos a la intemperie o hacinados en las cubiertas, sin atención ni primeros auxilios, a consecuencia de lo cual centenares murieron solo por carecer del socorro más primitivo. Resultó que las sospechas acerca de la negligencia del gobierno estaban en cierta medida fundadas en el primer período. Pero más tarde pudo comprobarse que provisiones de toda índole fueron trasportadas, a veces en cantidades innecesarias, pero desgraciadamente todas llegaron siempre al lugar y en el momento equivocados. Las medicinas se encontraban en los depósitos de Varna y los heridos que las necesitaban se hallaban en Crimea y Scutari. Las prendas y los víveres llegaron directamente a Crimea, pero faltó el personal para desembarcarlos. Si por casualidad una parte era desembarcada, se extraviaba. La colaboración necesaria de la marina causó nuevas divergencias, porque los nuevos cuadros

responsables pidieron ser escuchados, también en el campamento del aliado turco. La incapacidad, determinada por las reglas de la rutina para tiempos de paz, reinaba en todas partes. En una de las regiones más ricas de Europa, en una costa donde centenares de buques de carga, repletos de provisiones, estaban anclados, el ejército británico se alimentaba con medias raciones. Rodeados de numerosos rebaños de ganado, sufrían de escorbuto porque dependían de la carne salada. Aunque hubiera abundancia de madera y carbón en las naves, en tierra disponían de tan poco de estos combustibles, que tuvieron que comer carne cruda y nunca pudieron secar sus uniformes empapados por las lluvias. Cuando llegó café, no solo llegó sin haber sido molido, sino inclusive *crudo*. Había enormes cantidades de víveres, bebidas, prendas, toldos, todos embalados en los buques que tocaron casi las rocas donde se había instalado el campamento; y sin embargo, igual que Tántalo, las tropas británicas no pudieron disponer de ellos. Todos comprendieron el mal, todos corrieron, lanzando maldiciones, de un lado para otro y acusaron a todos por incumplimiento de su deber. Pero todos llevaron su carga de instrucciones, compuestas cuidadosamente y sancionadas por la autoridad competente. Estas instrucciones mostraban con claridad que *no era asunto de ellos* hacer lo que hacía falta, y que no tenían el poder de solucionar nada. Agregue el lector a este estado de cosas: el empeoramiento del tiempo al avanzar la estación, las lluvias torrenciales que entonces empezaron a trasformar todo el Jersonés Heracliano en un pantano, en un montón de lodo que llegaba hasta las rodillas. Imagínese el lector a los soldados que por lo menos dos noches de cada cuatro se encontraban en las fortificaciones durmiendo mojados y sucios, en el suelo, sin tablas abajo, no siempre en carpas; las continuas señales de alarma, convulsiones, diarreas causadas por la humedad y el frío; la dispersión de los pocos médicos en el campamento de gran extensión, las tiendas de sanidad con sus 3000 enfermos tendidos en el suelo mojado y casi al aire libre; las naves para enfermos y los hospitales en Scutari y Constantinopla, y fácilmente se comprenderá que el ejercito británico se encuentra en plena disolución y los soldados dan la bienvenida a la bala rusa que los libera de toda esa miseria.

Escrito por Engels en alemán el 5-6 de enero de 1855. Publicado por primera vez en *Neue Oder Zeitung* el 8 y 9 de enero de 1855.
Marx y Engels, *Obras*, t. X.

ANÁLISIS DE LA ESTRATEGIA FRANCESA

El folleto publicado por Jerôme Bonaparte (junior) ha revelado que la campaña de Crimea fue una idea original de Luis Napoleón, que la había elaborado en todos sus detalles sin la participación de terceros y la había enviado en una carta manuscrita a Constantinopla para evitar las objeciones del mariscal Vaillant. Para quien conoce todo esto, no es ya un secreto el motivo por el cual se cometieron tantas torpezas militares en esta campaña: fueron motivadas por la necesidad de su autor de favorecer su posición dinástica. En la reunión del Consejo de Guerra en Varna, el plan pudo ser impuesto a los generales y almirantes presentes solo porque Saint-Arnaud recurrió a la autoridad del «emperador». Por otra parte, este estigmatizó las opiniones opositoras como «consejos medrosos». Cuando el cuerpo de la expedición se encontró en Crimea, Saint-Amaud se apresuró a aceptar el consejo realmente «medroso» de Raglan, de marchar hacia Balaklava, pues esta marcha llevó al ejército por lo menos hasta las puertas de Sebastopol, si bien no al interior de la ciudad. Los esfuerzos febriles por apresurar el sitio, a pesar de los recursos deficientes; la ambición de abrir fuego, que obligó a los franceses a menospreciar hasta tal punto la solidez de sus fortificaciones que el enemigo pudo silenciarlas en pocas horas; el esfuerzo excesivo de los soldados en las trincheras, que como se ha demostrado, contribuyó en igual medida a la destrucción del ejército británico como el comisariato [38], el servicio de trasporte, el departamento de sanidad, etc.; el cañoneo descabellado e inútil del 17 de octubre hasta el 5 de noviembre y el descuido de las fortificaciones defensivas: todo eso es fácil de explicar ahora. La dinastía Bonaparte tenía necesidad de conquistar Sebastópol en el más breve plazo, y el ejército aliado debía realizarlo. Si Canrobert triunfaba, llegaría a ser mariscal de Francia, conde, duque, príncipe, todo lo que deseara, con poderes ilimitados en asuntos financieros. Si fracasaba, su carrera tocaría a su fin. Raglan, con su carácter de comadre, cedió al deseo de su interesado colega.

Pero estas no son las consecuencias más importantes del plan imperial de las operaciones. 9 divisiones francesas y 81 batallones, están empeñados en esta empresa desesperada. Ya se la reconoce como casi desesperada. Los esfuerzos más grandes, los sacrificios más terribles, no han surtido efecto alguno; Sebastópol es más fuerte que antes. Las trincheras francesas distan aún, como sabemos de fuentes auténticas, 400 yardas de las fortificaciones rusas; las británicas, dos veces más. El general Niel, mandado por Bonaparte para inspeccionar los trabajos de los sitiadores, declara que no se puede pensar en un asalto. El general trasladó el punto principal del asalto de la parte francesa

a la británica, y con esto ocasionó no solo una demora en las acciones del sitio, sino también un cambio en la dirección del ataque decisivo, que ahora apunta a un suburbio; y este, en caso de ser conquistado, quedaría aún aislado de la ciudad por el puerto interior. En una palabra, un plan sigue a otro, una treta a otra treta, y siempre con el fin de mantener, si no la esperanza misma, por lo menos la apariencia de una esperanza de victoria. Ahí han llegado las cosas, mientras se prepara una guerra universal en el continente y mientras se arma una nueva expedición al Báltico, que tiene que dar un resultado efectivo y, por lo tanto, debe englobar a muchas más tropas de desembarco que en 1854. Y precisamente en este momento Bonaparte está dirigiendo 5 nuevas divisiones de infantería al pantano de Crimea, donde, como por arte de magia, desaparecen hombres y regimientos enteros. Sí, se ha decidido a ir allí, e irá, a no ser que una paz no improbable o sucesos importantes en la frontera polaca decidan lo contrario.

Esta es la situación de Bonaparte, quien procedió a intentar este experimento estratégico en interés de la Francia «Imperial» y el suyo. No lo impulsa solo su capricho, sino el instinto fatalista de que el destino del Imperio francés será decidido en las trincheras de Sebastópol. Hasta ahora, ningún segundo Marengo ha justificado una segunda edición del 18 Brumario [39].

Puede considerarse una ironía de la historia el hecho de que el Imperio restaurado, que ansiosamente trata de imitar a su modelo, se vea obligado a hacer todo lo contrario de lo que hacía Napoleón. Este atacó el corazón de los Estados con los cuales estaban en guerra. La Francia de hoy atacó al *cul de sac* [40] de Rusia. No se habían proyectado grandes operaciones militares, sino un *coup de main* [41], un asalto sorpresivo, una aventura. Las dos intenciones distintas caracterizan perfectamente la diferencia entre el primero y el segundo Imperio francés, y sus respectivos representantes. Napoleón solía entrar como vencedor en las capitales de la Europa *moderna*. Su sucesor, empleando varios pretextos —protección del Papa, del sultán, del rey de Grecia—, colocó guarniciones francesas en las capitales de la Europa *antigua*, en Roma, Constantinopla y Atenas, una acción que no significó aumento, sino dispersión de fuerzas. El arte de Napoleón consistía en la concentración; el de su sucesor, en la dispersión. Cuando Napoleón se veía forzado a hacer la guerra en dos teatros distintos, como en sus guerras contra Austria, concentraba la mayor y mejor parte de sus fuerzas en la línea decisiva de las operaciones (en las guerras con Austria, la línea de Estrasburgo a Viena). En lo que se refiere al teatro secundario, ubicaba allí fuerzas mucho más débiles, sabiendo que también en caso de sufrir una derrota en esos lugares, sus victorias en la línea principal impedirían un avance del ejército enemigo con más seguridad que una resistencia directa. En cambio, su sucesor dispersa las fuerzas militares de Francia en muchos puntos y concentra una parte de ellas en un lugar donde hay que sacrificar una cantidad enorme de soldados para lograr muy pocos resultados, y a veces ni siquiera estos. Además de las tropas que están en Roma, Atenas, Constantinopla y Crimea, dos ejércitos auxiliares serían mandados a Austria, cerca de la frontera polaca, y el Báltico. De esta manera, las fuerzas francesas tendrían que actuar por lo menos en tres teatros distintos de guerra, distantes

más de 1000 millas entre sí. Siguiendo este plan, se habrían dispuesto ya de la totalidad de las fuerzas francesas *antes* de empezar una verdadera guerra en Europa. Cuando Napoleón opinaba, después de comenzar una operación, que esta no se desarrollaba satisfactoriamente (como, por ejemplo, en la batalla de Aspern [42]), no insistía en su plan y sabía, con una maniobra sorpresiva, dirigir sus tropas hacia un nuevo punto de ataque, y así con frecuencia, gracias a una operación brillante y eficaz, lograba convertir una derrota momentánea en una victoria definitiva. Solo en los días de su decadencia, y después de haber perdido la confianza en sí mismo en 1812 [43], la energía de su voluntad se trasformó en obstinación obcecada y lo indujo a mantener posiciones (como en Leipzig [44]) que su propio juicio militar rechazaba. Pero su sucesor está *obligado* a comenzar con la táctica en que terminó su predecesor. Uno logró sus éxitos mediante derrotas inexplicables; el otro, los suyos mediante felices coincidencias también inexplicables. En uno el propio genio fue la estrella en que creía; en el otro, la fe en la estrella debió remplazar al genio. Uno venció una revolución verdadera, porque era el único hombre que podía realizarla; el otro venció la reminiscencia de una época revolucionaria del pasado, porque era portador del nombre de este único hombre, es decir, que él mismo era una reminiscencia. Sería fácil probar, cómo se refleja en la administración interior del II Imperio la mediocridad pretenciosa de su estrategia militar, cómo también aquí la apariencia remplaza a la esencia y las campañas ‹«económicas» no tuvieron más éxito que las militares.

Escrito por F. Engels en alemán el 17 de marzo de 1855.
Publicado por primera vez en *Neue Oder Zeitung* el 29 de marzo de 1855.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. X.

LA GUERRA EN ASIA

Poco a poco conocemos detalles sobre la caída de Kars [45]; y hasta ahora concuerdan enteramente con lo que hemos comprobado acerca del ejército turco en Asia Menor. Hoy no se puede negar que este ejército, debido al desmedido predominio de la incuria, el fatalismo y la estupidez del gobierno turco, fue arruinado sistemáticamente. Los hechos descubiertos ahora parecen demostrar con bastante claridad que hasta la traición directa, como es de costumbre en Turquía, ha jugado un papel en la caída de Kars.

Al principio de la campaña del año pasado ya tuvimos la oportunidad de describir para nuestros lectores el estado miserable del ejército turco en Erzerum y Kars, y señalar la malversación ostensible que es la causa de todos estos males. Para la defensa de las tierras altas de Armenia se habían concentrado allí los dos cuerpos de ejército de Asia Menor y Mesopotamia, reforzándolos con una parte del cuerpo de Siria. Estos cuerpos habían sido completados por batallones de reserva turcos, y formaban el núcleo de un tropel grande de irregulares kurdos y beduinos. Pero las cuatro o cinco batallas fatales de 1853 y 1854, de Ajaltsij hasta Baiazet, había destruido la consistencia y el espíritu de este ejército, y la falta de ropa y alimentos durante el invierno lo arruinaron definitivamente. Un grupo abigarrado de refugiados húngaros y polacos, aventureros tanto como hombres de grandes méritos, se habían reunido en el cuartel general, pero sin que su posición fuera reconocida oficialmente. Ante los bajás, hombres incultos, envidiosos e intrigantes, los aventureros podían hacerse pasar por personas capaces, mientras que los refugiados de verdadera capacidad eran tratados como aventureros. En general, había rivalidad entre la intriga y la vanidad, que minó el prestigio de los emigrados en su totalidad y destruyó todo vestigio de la influencia de estos. Más tarde llegaron los oficiales británicos, que fueron recibidos con el máximo respeto, obteniendo estos honores como representantes de un gobierno aliado y en vista de la total desesperación de los comandantes turcos. Pero también fracasaron sus esfuerzos por imbuir de algún espíritu militar al ejército de Armenia. A veces lograron despertar a uno u otro bajá de su apatía por un momento, estimular la construcción de las fortificaciones más imprescindibles en Kars e impedir de cuando en cuando algunos de los casos más extremos de malversación, e inclusive la tácita inteligencia con el enemigo; pero eso era todo. Cuando, en la primavera pasada, el general Williams hizo todo lo que estuvo en su poder para asegurar los víveres que se necesitaban en Kars, encontró constantes dificultades. El *comisariato* turco opinaba que no se podía imaginar un sitio; y faltaban los caballos que debían trasportar las provisiones. Descubrieron una gran cantidad de burros y se negaron a usarlos porque estimaron ofensivo trasportar provisiones del sultán en burros, etc. En definitiva, Kars, el baluarte

de Armenia, que distaba solo dos jornadas de la fortaleza rusa Gumri, quedó sin provisiones y tuvo que conseguir los víveres en los alrededores. Con respecto a las municiones, la situación era la misma. Después del ataque ruso del 29 de septiembre, las municiones de artillería alcanzaron aún para tres días, aunque es preciso tener en cuenta que no hubo un sitio propiamente dicho: el 29 de septiembre fue el único día de combate durante el cerco. ¡Las cajas de medicamentos, entregadas al ejército, contenían toda clase de baratijas, y los cirujanos militares recibieron de Constantinopla instrumentos para partos que debían servirles para examinar heridas y amputar miembros!

Esa era la situación en Kars. Y a pesar de todo resultó que una guarnición compuesta de soldados desmoralizados de Anatolia, y con medios muy escasos, pudo resistir tan tenazmente el 29 de septiembre y aguantar tanto tiempo el hambre, lo cual constituyó uno de los hechos positivos en la historia turca, entre los muchos que pueden encontrarse en esta guerra. El mismo fatalismo, que produce en los superiores una pereza apática, crea en las masas una fuerte voluntad de resistencia. Es todo lo que quedó del espíritu que llevó la bandera del islamismo de la Meca a España y que solo pudo ser detenido en la batalla de Poitiers. Desapareció su fuerza ofensiva, pero quedó un vestigio de su espíritu de defensa. Esta resistencia obstinada detrás de terraplenes y parapetos es una característica turca. Sería un gran error atribuir esta actitud a la presencia de los oficiales europeos. Aunque estuvieron presentes en Kars y Silistra, en 1855 y 1854, no estaban en Varna, Braila y Silistra en el año 1829 [46], donde realizaron hazañas de la misma índole. Todo lo que podían hacer los oficiales europeos, en estos casos, era corregir los errores, reforzar los reductos, aplicar un sistema uniforme en la defensa e impedir la traición directa. Pero el valor individual de los soldados ha sido siempre el mismo, con o sin la presencia de oficiales europeos; no faltó tampoco en Kars, ni siquiera entre las tropas desorganizadas de Anatolia, que no se consideraban vencidas a pesar de sus derrotas.

Esto nos conduce a examinar los méritos de los oficiales británicos, que desempeñaron un papel importante en la defensa de Kars y se encuentran ahora en Tiflís como prisioneros de guerra. Contribuyeron mucho a preparar la defensa. Gracias a ellos, la ciudad fue fortificada y dotada lo mejor posible de provisiones. Además despertaron a los bajás turcos de su somnolencia letárgica y dirigieron la defensa el 29 de septiembre; todo esto es innegable. Pero carece de sentido atribuirles, como lo hace la prensa británica, todo el mérito por el 29 de septiembre y la defensa, y pintarlos como un grupo de héroes que fueron abandonados por los turcos cobardes en la hora del peligro, después de haberse sacrificado hasta el final. No queremos negar que lucharon, durante el ataque, en las primeras filas de los defensores. El inglés posee tanto espíritu de combate, que el defecto más grande y más frecuente del oficial inglés consiste en el olvido de su deber como oficial y su participación en la lucha como simple soldado. Actuando de este modo, puede contar con el aplauso de sus compatriotas, si bien en otros ejércitos correría el peligro de ser despedido por falta de dominio de sí. Por otra parte, el soldado turco está acostumbrado de tal manera a ver huir a sus propios oficiales, que no

hace caso de oficiales y órdenes una vez que se ha enardecido en la lucha. Más bien lucha donde se encuentra fortuitamente, y no es un hombre que se dé cuenta de algo o se sienta animado por la circunstancia de ver a su lado a un puñado de ingleses que tratan de demostrar su valor. Inmediatamente después de conocer aquí la noticia del ataque del 29 de septiembre, expresamos nuestra opinión de que las fortificaciones de Kars estaban construidas defectuosamente, y el mapa oficial publicado después por el gobierno británico ha confirmado plenamente nuestro juicio. Los méritos de los oficiales ingleses en la batalla de Kars deben ser juzgados según el proverbio francés: «En el reino de los ciegos el tuerto es rey». Cualquier oficial que en Francia no lograría, por falta de conocimiento, un despacho de subteniente, en Cochinchina llegaría a ser un gran general. Por consiguiente, si se sabe que ciertos oficiales ingleses son ineptos en su propio país, no puede esperarse que se conviertan de pronto en lumbreras espirituales o genios durante su servicio en Turquía. Nosotros creemos que Kmety merece tanto honor como cualquiera que haya participado en la defensa de Kars.

Esa era la situación en Kars; ¿pero qué pasó, mientras tanto, en Erzerum? Una decena de viejos bajás pasaron sus días fumando chibuquís y no se preocuparon en sentirse responsables por el apuro en que se encontraba Kars, donde el enemigo los amenazaba a una distancia de pocas jornadas, al otro lado de las montañas Deveboyunu. Algunos millares de soldados, reforzados por un número reducido de irregulares, marcharon de acá para allá, no arriesgaron jamás un ataque y volvieron no bien divisaban las vanguardias del enemigo. No tenían fuerza ni valor para levantar el sitio de Kars; por eso esta fue forzada a rendirse por hambre, mientras que el ejército de Erzerum no osaba ayudarla ni siquiera mediante un ataque fingido. El general Williams tuvo que darse cuenta de que no existían perspectivas de ayuda por ese lado. Pero no podemos juzgar qué promesas e informes había recibido sobre los posibles efectos de los movimientos del bajá Omer. Se dice que Williams habría intentado, en el caso extremo, abrirse paso a través de las líneas rusas, pero dudamos de que haya tomado seriamente en consideración tal plan. La región montañosa, que ofrece pocos pasos para llegar a Erzerum, brindó a los rusos todas las ventajas, cuando estos solo ocuparon algunos desfiladeros, el plan tuvo que fracasar. Además, desde fines de octubre los movimientos de tropas se hacen imposibles en un país situado de 1500 a 2600 metros de altitud sobre el nivel del mar, y donde el invierno empieza temprano y dura de 6 a 9 meses. Como Kars había aguantado el sitio hasta el invierno, la pérdida de una guarnición de 6000 soldados regulares no representó nada en comparación con el tiempo ganado por la prolongación de la defensa. Erzerum, el gran centro turco de aprovisionamiento de Armenia, casi no tenía fortificaciones y podía ser fortificado hasta mediados de mayo de 1856. Lo único que los rusos podían lograr era la ocupación efectiva de las aldeas de los ríos Kars-Chai y Arax en su curso superior. Estas habrían quedado también en su poder si la guarnición de Kars hubiese logrado llegar a Erzerum. Esta ciudad carecía de fortificaciones, y si la guarnición de Kars se hubiera abierto paso y entrado en Erzerum hasta mediados de octubre, las fuerzas no habrían bastado para de-

fenderla. La única ciudad abierta adecuada para la defensa es Deveboyunu, y solo puede ser defendida por una batalla ante sus puertas en el desfiladero. De este modo, Erzerum fue salvada por la obstinación de la guarnición de Kars.

Otra vez surge la pregunta de si el bajá Omer hubiera podido salvar a Kars; casi todos los corresponsales europeos en Oriente están dispuestos a contestar a su manera. Tratan inclusive de asignar al bajá Omer toda la responsabilidad por la caída de Kars, y esa es la actitud de las mismas personas que antes lo elogiaron efusivamente.

El bajá Omer fue detenido primero contra su voluntad en Crimea, hasta que casi era tarde para una acción más amplia antes que comenzara el invierno. Luego, al viajar a Constantinopla para elaborar su plan de operaciones, tuvo que dedicar su tiempo a resistir intrigas de toda clase. Después de haber arreglado todo, no llegaron los trasportes británicos prometidos, y cuando el ejército se encontraba concentrado en Batum, y más tarde en Sujum Kalé, faltaban los víveres, las municiones y los medios de trasporte. Es difícil decir cómo, en tales circunstancias, podía el bajá marchar directamente a Kars para levantar el sitio. Creemos que nunca, durante su expedición, habría podido atreverse a recorrer una distancia mayor de dos o tres jornadas de la orilla del mar, inclusive aunque avanzara por buenas carreteras militares de Rusia. Pero si hubiera avanzado por Erzerum o Ardagán a Kars, habría tenido que recorrer una distancia de 20 y 12 jornadas, respectivamente, de la costa y usar, en vez de carreteras, lechos de ríos y senderos por donde solo puede pasar un caballo de carga. Las caravanas que van de Trabisonda a Erzerum no tienen otros caminos, y el hecho de que nunca empleen vehículos es prueba de la índole del terreno que tienen que atravesar. Ese camino es el único que se conoce, y la existencia de las así llamadas carreteras de Batum al interior es más problemática todavía por la falta de tráfico en general. Los inteligentes críticos militares que imputan al bajá Omer el error de no haber marchado directamente a Kars, deberían leer primero los relatos de los hombres que viajaron por este país, como por ejemplo Curgon y Bodenstedt.

Si *The London Times* afirma que el general Williams señaló al bajá Omer la ciudad de Batum como punto de salida para una marcha directa a Kars, solo podemos contestar que Williams conoce demasiado bien a Armenia, donde vivió muchos años, para hacer tal proposición.

Si se tiene en cuenta todas estas circunstancias, el bajá Omer no podía hacer otra cosa que amenazar las comunicaciones de los rusos que estaban frente a Kars. Su éxito dependía de la movilidad de su propio ejército y de las fuerzas rusas que se le opusieran. Dejando a un lado la primera reflexión —que solo puede juzgarse según la situación—, extraeríamos la conclusión de que los rusos disponían de fuerzas superiores frente a un ejército invasor. Nuestro primer cálculo de las tropas que se encontraban al comando de Bebútov, resultó enteramente correcto y demostró que aun en Kutaísi los rusos, sin mayores esfuerzos, poseían superioridad de fuerzas frente a los turcos. Y esto es lo que pasó. Aun cuando el bajá Omer hubiera estado más libre en sus movimientos, tampoco habría forzado el paso por el río Rioni con el ejército bajo sus órdenes. Además, desde un comienzo, sus operaciones no se f desarro-

llaron bien porque los refuerzos y el reabastecimiento llegaron con demora y fueron insuficientes. Después de una marcha de 2 a 3 días, se veía obligado a detenerse casi una semana para establecer los depósitos más necesarios; y cuando finalmente llegó a un lugar distante tres jornadas de Redut-Kalé, en el interior, se encontró totalmente paralizado. Viéndose frente a un ejército muy superior, no le quedó otro recurso que la retirada, pero los rusos lo persiguieron y atacaron violentamente su retaguardia. Por el momento el ejército turco está vivaqueando en la orilla y es retrasportado a Batum, Trabisonda y otros lugares, donde es diezmado por el enemigo y las enfermedades. Mingrelia (la parte occidental de Georgia), con la excepción de los fuertes costeros, está otra vez en las manos de los rusos.

Con esto, la tercera campaña rusa en Asia llega a su final feliz: Kars y su bajalato fueron conquistados, Mingrelia ha sido liberada de los invasores y las últimas tropas turcas fueron aniquiladas. El ejército del bajá Omer salió debilitado en su fuerza numérica y moral. Estos resultados no deben ser menospreciados en una región como el Cáucaso del sudoeste, donde los movimientos, a causa del terreno y por la falta de carreteras, son forzosamente lentos. Y si se comparan estos éxitos y conquistas con el hecho de que los aliados ocuparon la parte sur de Sebastopol, Kerch, Kinburn, Eupatoria y algunos fuertes en Cherkesia, se ve que las ventajas logradas por los aliados no justifican en modo alguno las fanfarronadas de la prensa británica. Es significativo que el diario *Le Constitutionnel* de París acuse a lord Radcliffe en un artículo inspirado por la Corte francesa, de ser el culpable principal de las derrotas en Asia. Lord Radcliffe, afirma el diario, no solo retuvo el mayor tiempo posible las subvenciones que los aliados habían concedido a Turquía, sino también los esfuerzos destinados al teatro de guerra.

Escrito por F. Engels en inglés, en enero de 1856.
Publicado por primera vez en *New York Daily Tribune* el 25 de enero de 1856.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. X.

ARTICULOS SOBRE PROBLEMAS MILITARES (1857-1858) GUERRAS COLONIALES DE INGLATERRA. LA SUBLEVACIÓN EN LA INDIA

LA GUERRA EN LAS MONTAÑAS ANTES Y DESPUÉS

La reciente aparición de opiniones que consideran la invasión de Suiza [47] como una posibilidad que no puede descartarse, de antemano, ha despertado un nuevo interés en la fuerza defensiva de esa república; y no solo en su situación militar particular, sino también en la estrategia de la guerra en las montañas en general. Es una creencia muy difundida la de que Suiza es una fortaleza inexpugnable, e inmediatamente la gente piensa en comparar el destino de ciertos invasores con el de los gladiadores que lograron reputación histórica con su saludo «*Ave, Caesar, morituri te salutant!*» (¡Salve, César, los que van a morir te saludan!). Nos señalan lugares como Sempach y Morgarten, Morat [48] y Grandson [49], y se dice que es fácil para un ejército enemigo entrar en Suiza, pero difícil —como lo formuló el loco Alberto de Austria— volver a salir. Los mismos estrategos conocen un puñado de pasos de montaña y desfiladeros donde unos pocos hombres pueden resistir con éxito frente a millares de soldados excelentes.

Esta inexpugnabilidad tradicional de la llamada fortaleza montañosa, Suiza, data de la época de sus guerras con Austria y Borgoña en los siglos XIV y XV. En aquel tiempo la fuerza principal de los invasores era el ejército de los caballeros acorazados; su efectividad consistía en el ataque irresistible a los ejércitos que no disponían de armas de fuego. Pero en un país como Suiza, esta especie de ataque era imposible, y todavía hoy es inútil allí la caballería, salvo la ligera, y en número reducido. ¡Cuánto más tenían que fracasar los caballeros del siglo XIV, que andaban cargados de casi un quintal de hierro! Tenían que apearse y luchar a pie. Con esto llegaron a ser enteramente inmóviles; los agresores eran forzados a la defensiva y atrapados en un desfiladero, no podían ofrecer resistencia ante las mazas y los garrotes. Durante las guerras de Borgoña, la infantería, armada de picas, recuperó su importancia dentro

del ejército. Ya se usaban armas de fuego, pero todavía la pesada armadura de protección dificultaba la acción de la infantería, los cañones eran torpes y las armas de fuego manuales, de similar carácter, carecían de utilidad. Todo el equipo eran tan embarazoso para las tropas, que no servía para una guerra en las montañas, y menos en una época en que prácticamente no existían carreteras. Ello causó tantos obstáculos en los movimientos, que aquellos ejércitos no podían avanzar cuando se trababan en lucha en terrenos difíciles. En cambio, los campesinos suizos, pertrechados de armas livianas, estaban en condiciones de pasar a la ofensiva, engañar al enemigo con sus maniobras, rodearlo y vencerlo.

Después de las guerras de Borgoña, Suiza no fue amenazada seriamente en los tres siglos siguientes. Nadie osaba poner en duda el juicio tradicional de que Suiza era una fortaleza inexpugnable. Solo la Revolución francesa, que destruyó tantas tradiciones respetables, rompió también aquella, por lo menos para las personas que conocen la historia de las guerras. Los tiempos habían cambiado. La caballería acorazada y los piqueros, con su escasa capacidad de movimiento pertenecían al pasado; la táctica había sido revolucionada innumerables veces. La movilidad llegó a ser la cualidad más importante de un ejército. La táctica lineal de Marlborough, Eugenio de Saboya y Federico el Grande fue desbaratada por las columnas y líneas de tiradores, creadas por los ejércitos revolucionarios, y desde el día que el general Bonaparte, en 1796, pasó el Col di Cadibone, irrumpió entre las columnas separadas austríacas y sardas, aniquiló las puntas de estas columnas, cortándoles simultáneamente la retirada por los valles angostos de los Alpes marítimos y haciendo prisioneros la mayor parte de sus enemigos, desde ese día nació una nueva rama científica: la estrategia de montaña. Al mismo tiempo, la inexpugnabilidad de la fortaleza suiza llegó a su fin.

Durante la época de la táctica lineal que precedió a las formas modernas de la guerra, los dos adversarios trataban de evitar cuidadosamente cualquier terreno dificultoso. Cuanto más plano un terreno, tanto más apropiado parecía como campo de batalla. Solo debía ofrecer algunos obstáculos, que resultarían útiles para apoyar una o las dos alas. Con la aparición de los ejércitos revolucionarios se empezó a aplicar un método diferente. Los defensores de una posición aprovechaban toda elevación delante del frente para sustraer los tiradores y las reservas a la observación del enemigo. Los franceses preferían en general un terreno difícil; sus tropas eran mucho más móviles, y su formación abierta y en columnas no solo permitían movimientos rápidos en todas las direcciones, sino que les facilitaba el uso de un terreno accidentado para su provecho. En cambio, en tales terrenos sus enemigos se encontraban sin amparo. De esta manera, la expresión «terreno intransitable» desapareció casi enteramente de la terminología militar.

Los suizos tuvieron que experimentar tal circunstancia en 1798, cuando 4 divisiones francesas se apoderaron del país a pesar de la obstinada resistencia de una parte de la población y de la sublevación repetida tres veces de los antiguos cantones cubiertos de bosques. En los tres años siguientes, Suiza se convirtió en uno de los teatros de guerra más importantes de la República

francesa y de la coalición. En 1798 Masséna demostró que no temía en absoluto las montañas inaccesibles y las barrancas angostas de Suiza, avanzando directamente a Graubünden, el cantón más montañoso y bravío, que entonces estaba ocupado por los austríacos. Las posiciones de los austríacos estaban en el valle superior del Rin. Las tropas de Masséna marcharon en columnas concéntricas al valle, pasando por desfiladeros montañosos que casi no servían para el tránsito con caballos, ocuparon todas las salidas y obligaron a los austríacos a rendirse rápidamente. Los austríacos demostraron haber aprendido la lección: bajo el comando del general Kotze, que había adquirido mucha habilidad en una guerra de esta índole, renovaron la lucha, repitieron la misma maniobra y expulsaron otra vez a los franceses. Siguió la retirada de Masséna una posición defensiva cerca de Zurich, donde derrotó a los rusos de Kórsakov; la invasión de Suiza por Suvórov, quien había pasado por el San Gotardo, y su desastrosa retirada [50]; finalmente, un nuevo ataque de los franceses al Tirol, pasando por Graubünden y, atravesando, en pleno invierno, tres cordilleras, supuestamente transitables en aquella época solo en fila india. Las grandes campañas napoleónicas siguientes tuvieron lugar en las vastas cuencas del Danubio y del Po, porque todas ellas se basaron en el grandioso concepto estratégico de arrebatar al enemigo sus recursos, destruir su ejército y ocupar después el centro. Por lo tanto, necesitaban un terreno con pocos obstáculos y la concentración de masas para las batallas decisivas, cosa imposible en regiones alpinas. La historia de los sucesos militares, desde la campaña alpina de Napoleón en 1796, su marcha a Viena, pasando los Alpes Julianos, y los acontecimientos siguientes, hasta 1801 [51], prueba que las cordilleras y valles de los Alpes no son en modo alguno temibles para los ejércitos modernos. Hasta 1815, los Alpes tampoco ofrecieron a Francia o a la coalición posiciones defensivas dignas de mención.

Cuando el viajero pasa una de las gargantas que, sirviendo como carreteras, conducen desde las pendientes septentrionales a las meridionales, encuentra en cada recodo posiciones defensivas muy favorables. Tomemos por ejemplo la conocida Via Mala. Cualquier oficial nos declara que sería capaz de defender esta cañada, con un batallón, contra el enemigo, con tal de que no debiera temer un movimiento envolvente. Pero precisamente este es el caso. No existe paso en los Alpes, ni siquiera en sus crestas más altas, que no se preste a un envolvimiento. Napoleón formuló la siguiente máxima para la guerra en las montañas:

«Por donde puede pasar una cabra, pasará también un hombre; por donde pasa un hombre, también pasará un batallón, y por dando pasa un batallón, también lo hará un ejército».

Suvórov tuvo que seguir esta regla cuando quedó encerrado en el valle de Reuss: tuvo que conducir su ejército por sendas de pastores, donde los hombres no podían pasar de a dos; y Lecourbe, el mejor general francés en la guerra alpina, tuvo que pisarle los talones.

La solidez de la posición defensiva —el ataque frontal contra ella sería una locura— es compensada suficientemente por el hecho de que es posible rodear al enemigo sin grandes dificultades. Por otra parte, el defensor no puede

asegurar todos los accesos por los que la posición puede ser envuelta, pues ello significaría para él tal dispersión de fuerzas, que nada lo salvaría de una derrota. En el mejor de los casos, los accesos pueden ser vigilados, y como defensa contra la maniobra envolvente, el defensor debe confiar en el empleo prudente de las reservas y en la iniciativa y energía de los jefes que dirigen las unidades. Sin embargo, si una sola de tres o cuatro columnas envolventes llegara a tener éxito, los defensores se encontrarían en la misma posición precaria que si todas hubieran su objeto. Por eso, desde el punto de vista estratégico, en la guerra alpina la posición del atacante tiene decisiva supremacía sobre la del defensor.

Desde el punto de vista puramente táctico, el cuadro se presenta en la misma forma. Siempre servirán como posiciones defensivas las estrechas gargantas ocupadas por fuertes columnas en el valle y protegidas por tiradores desde las alturas vecinas. Estas posiciones pueden ser rodeadas bien de frente, por grupos de tiradores que se infiltran por las pendientes del valle y flanquean así a los tiradores del enemigo, o por tropas que siguen las cumbres, si ello es posible, o por un valle paralelo. Esta maniobra permite a los atacantes aprovechar algún acceso para acometer los flancos o la retaguardia de la posición defensiva. En todos estos casos, las tropas que realizan el movimiento envolvente tienen la ventaja de *dominar la situación*; ocupan los lugares de mayor altura y están situadas sobre el valle ocupado por su enemigo. Pueden arrojar sobre este rocas y árboles, pues actualmente columna alguna piensa en ocupar un desfiladero antes de limpiar las cuestas. Lo que anteriormente fue una circunstancia favorable para la defensa, se convierte ahora en una ventaja para el enemigo. Otro inconveniente, para los defensores es el hecho de que para ellos son de poca utilidad en una región montañosa, las armas de fuego, su principal apoyo. La artillería es inútil, o, si entra en acción, se la pierde generalmente en una retirada. Con respecto a la llamada artillería de montaña, morteros livianos trasportados a lomo de mula, la experiencia, como la de los franceses en Argelia, prueba que son poco útiles. Por lo demás, los defensores no pueden usar sus fusiles como en otras partes, puesto que el enemigo, que encuentra resguardo en cualquier punto del terreno, aprovecha la falta de un campo sin protección que debe atravesar inevitablemente en el ataque. Desde el punto de vista táctico y estratégico, nos declaramos partidarios de las conclusiones del archiduque Carlos de Austria, uno de los mejores generales de la guerra de montaña y uno de los teóricos clásicos en la materia, a saber: que en la guerra de este tipo la ofensiva tiene enormes ventajas sobre la defensa.

¿Es pues enteramente inútil defender un país montañoso? Por supuesto que no. La única conclusión es la de que la defensa nunca debe ser pasiva, que tiene que extraer su fuerza de la movilidad y pasar a la ofensiva en cuanto se presente la oportunidad. En las regiones alpinas son casi imposibles los combates serios; la guerra es una cadena ininterrumpida de pequeñas refriegas, de esfuerzos por parte de los atacantes, de abrir aquí o allá una cuña en el dispositivo del enemigo y seguir presionándolos. Los dos ejércitos tienen que dispersarse necesariamente; los dos están, a cada paso, expuestos a un golpe

afortunado del enemigo; los dos deben prepararse para una serie de casualidades. La única ventaja que puede tener el ejército que se defiende consiste en descubrir las debilidades del enemigo e irrumpir entre sus columnas dispersas. Si la defensa es puramente pasiva, y se apoya en posiciones defensivas fuertes, esta puede convertirse en una trampa aniquiladora para el enemigo, a la cual se le puede atraer para un ataque frontal [52]. Simultáneamente, los defensores tienen que esforzarse en detener las columnas envolventes de los invasores, cada una de las cuales también puede ser envuelta a su vez y colocada en la misma situación desesperada que había preparado para los defensores. Pero parece evidente que tal defensa activa exige generales enérgicos, experimentados y capaces, además de tropas muy móviles y disciplinadas, y ante todo jefes muy hábiles y seguros en las brigadas, batallones e inclusive compañías, pues en este caso todo depende de las acciones rápidas y prudentes de las diferentes unidades.

Existe otra forma de la guerra defensiva de montaña que logró renombre últimamente: la de sublevación nacional y la guerrilla que exige necesariamente, por lo menos en Europa, una región montañosa. Tenemos cuatro ejemplos: la insurrección tirolesa, la guerrilla de los españoles contra Napoleón [53], la sublevación de los vascos carlistas y la guerra de las tribus caucásicas contra Rusia [54]. Aunque los invasores tuvieron que hacer frente a muchas dificultades, ninguna de estas guerras, por sí misma, dio resultados positivos. La peligrosidad de la insurrección tirolesa se mantuvo solo mientras, en 1809, fue apoyada por la lucha de las tropas austríacas regulares. Las guerrillas españolas, que tenían la gran ventaja de actuar en un país extenso, pudieron resistir durante tanto tiempo debido a que el ejército anglo-portugués siempre atrajo los esfuerzos principales de los franceses. La duración prolongada de la guerra carlista se explica por el estado de depresión en que se encontraba entonces el ejército regular español, y por las continuas negociaciones entre los carlistas y los generales de la reina Cristina. Por lo tanto esta guerra no puede ser considerada como un ejemplo válido en general. Con respecto a la guerra de los caucásicos, su éxito relativo puede atribuirse a la táctica ofensiva de estos, los más valientes de todos los montañeses, que preponderantemente aplicaron en la defensa de su país. Dondequiera los rusos —como los ingleses, se adaptan menos que todas las otras tropas a la guerra en la montaña—atacaron a los caucásicos, estos fueron generalmente derrotados, sus aldeas destruidas y sus sendas de montaña aseguradas por fortines rusos. La fuerza de los caucásicos consistía en las salidas permanentes de las alturas hacia las planicies, en asaltos a lugares fortificados o vanguardias, en incursiones rápidas por la retaguardia de las líneas rusas avanzadas, en emboscadas a las columnas rusas en marcha. En resumen, fueron más móviles y ligeros que los rusos, y aprovecharon esta ventaja. En todos estos ejemplos, aun en insurrecciones temporariamente victoriosas de los montañeses, el éxito se debió siempre a acciones ofensivas. Los ejemplos difieren mucho de las insurrecciones suizas de 1798 y 1799. En ellas los insurgentes ocuparon

aparentemente fuertes posiciones defensivas para esperar a los franceses, pero sufrieron derrotas decisivas frente a los invasores.

Escrito por F. Engels en inglés en enero de 1857.
Publicado por primera vez en *New York Daily Tribune* el 27 de enero de 1857.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XI, p. I.

LA GUERRA ITALIANA DE 1859. LA CAMPAÑA DE GARIBALDI EN SICILIA Y EL SUR DE ITALIA (1860)

GARIBALDI EN SICILIA

Después de una sucesión de las noticias más contradictorias, por fin hemos recibido informaciones al parecer bastante fidedignas sobre los detalles de la admirable campaña de Garibaldi desde Marsala hasta Palermo [55]. Es esta, en realidad, una de las proezas militares más asombrosas de nuestro siglo y habría resultado casi inexplicable si el prestigio del general revolucionario no hubiese precedido a su marcha triunfal. El éxito de Garibaldi demuestra que las tropas realistas de Nápoles aún sienten terror ante el hombre que levantó en alto la bandera de la revolución italiana frente a los batallones franceses, napolitanos y austríacos, y que el pueblo siciliano no perdió la confianza en él ni en la causa de la emancipación nacional.

El 6 de mayo los navíos partieron de la costa genovesa, con unos 1400 hombres armados a bordo, divididos en siete compañías, cada una de las cuales, evidentemente, debía ser núcleo del batallón reclutado entre los insurgentes. El día 8 desembarcaron en Talamona, sobre la costa toscana, y con diversos argumentos convencieron al comandante de la fortaleza de esa ciudad para que los proveyese de carbón, municiones y cuatro cañones de campaña. El 10 entraron en el puerto de Marsala, situado en el extremo occidental de Sicilia, y desembarcaron allí con toda su artillería, a pesar de la llegada de dos navíos de guerra napolitanos, que en el momento necesario resultaron impotentes para impedir el desembarco; la historia sobre la intervención británica en favor de los insurgentes no tuvo el menor fundamento, y la rechazan ahora inclusive los propios napolitanos. El 12, este pequeño destacamento llegó a Salemi, situada a 18 millas de la costa, en el camino a Palermo. Allí, al perecer, los jefes del partido revolucionario se encontraron con Garibaldi, conferenciaron con él y concentraron 4000 hombres. Mientras ellos se organizaban, la sublevación, reprimida, pero no aniquilada, unas semanas antes, volvió a estallar en todas las comarcas montañosas de Sicilia, y no sin éxito, como resultó evidente el día 16. El 15 de mayo, Garibaldi, con sus 1400 voluntarios organizados y 4000 campesinos armados, avanzó por las montañas hacia el norte, en dirección a Calatafimi, donde el camino vecinal que parte

de Marsala se une con la gran carretera extendida de Trapani a Marsala. Los desfiladeros montañosos que se prolongaba desde Calatafimi a través de los contrafuertes del majestuoso Monte Cerraro, llamado Monte di Pianto Romano, estaban defendidos por tres batallones de tropas realistas, con caballería y artillería, al mando del general Landi. Garibaldi atacó enseguida esta posición que al principio fue tenazmente defendida; pero aunque durante el ataque solo pudo lanzar sus voluntarios y una parte muy reducida de los insurgentes sicilianos contra 3000 ó 3500 napolitanos, los realistas fueron desalojados con éxito de cinco posiciones fortificadas, después de perder un cañón de campaña y gran número de muertos y heridos. Las bajas de los garibaldinos, según sus propias manifestaciones, alcanzan a 18 muertos y 218 heridos. Los napolitanos aseguran que durante el encuentro tomaron una de las banderas garibaldinas, pero como a bordo de unos de los navíos abandonados en Marsala encontraron una bandera, es muy probable que la hayan exhibido en Nápoles como prueba de su pretendida victoria. Sin embargo, la derrota de Calatafimi no obligó a las tropas realistas a abandonar la ciudad esa misma noche. Solo salieron de ella a la mañana siguiente, después de lo cual no opusieron resistencia alguna a Garibaldi hasta llegar a Palermo. Es cierto que llegaron a esta ciudad en la más completa dispersión y desorden. El hecho de haber sido vencidos por «piratas» y una «canalla armada» les recordó enseguida la terrible imagen del Garibaldi que mientras defendía a Roma de los franceses halló tiempo, sin embargo, para avanzar hacia Velezzia y rechazar hacia la derecha a la vanguardia de todo el ejército napolitano [56] y que después de esto venció en las pendientes de los Alpes a guerreros que superaban notablemente en firmeza a los soldados napolitanos. La presurosa retirada, en la que no hubo la menor tentativa de ofrecer aunque solo fuese una pequeña resistencia, acentuó más aún su desesperación y sus deseos de desertar, que inclusive ya se habían manifestado antes; y cuando de pronto se vieron en el centro mismo de la insurrección preparada en Salemi, que dificultaba sus operaciones, desapareció toda su cohesión; trasformada en desordenado tropel y presa de la confusión la brigada de Landi se redujo extraordinariamente y regresó a Palermo con algunos pequeños destacamentos que marcharon uno tras otro.

Garibaldi entró en Calatafimi el mismo día que la abandonó Landi, o sea el 16; el 17 avanzó hasta Alcamo (10 millas); el 18, hasta Partenico (10 millas) y desde este último punto se dirigió a Palermo. El 19, un continuo aguacero le impidió seguir avanzando.

Mientras tanto, Garibaldi se enteró de que los napolitanos estaban cavando trincheras en torno de Palermo y fortificaban los viejos y semidestruidos baluartes de la ciudad del lado del camino a Partenico. Su número llegaba por lo menos a 22 000 hombres, y por consiguiente era muy superior a las fuerzas que él podía lanzar contra ellos. Pero los napolitanos estaban moralmente aplastados; su disciplina se había debilitado; muchos comenzaban a pensar que debían pasarse a los insurgentes; además, sus generales eran torpes, y esto lo sabían tanto sus propios soldados como el enemigo. Los únicos destacamentos dignos de confianza con que contaban eran dos batallones extranjeros. En tal situación, Garibaldi no podía arriesgarse a un ataque fron-

tal contra la ciudad, pero tampoco los napolitanos estaban en condiciones de emprender acciones ofensivas contra él, aunque sus tropas fuesen aptas para ello, puesto que deberían dejar una fuerte guarnición en la ciudad y nunca podrían alejarse demasiado de esta. Si en lugar de Garibaldi hubiese estado allí algún general mediocre, tal situación habría dado lugar a una serie de encuentros incoherentes e indecisos, durante los cuales aquel hubiera podido instruir a parte de sus reclutas en el arte militar, pero las fuerzas realistas, en cambio, hubieran recuperado rápidamente la fe perdida en cuanto a sus propias fuerzas y disciplina, ya que en algunos de los encuentros por fuerza resultarían vencedores. Pero ese modo de obrar no era adecuado tratándose de la insurrección y de Garibaldi. Una ofensiva valerosa era la única táctica que admitía la revolución; en cuanto los insurgentes llegaron a la ciudad misma se hizo necesario lograr un triunfo pasmoso, al estilo de la liberación de Palermo.

¿Pero cómo lograrlo? Garibaldi se manifestó entonces como brillante general, apto no solo para la pequeña guerra de guerrillas, sino también para operaciones más importantes.

El 20 de mayo y los días siguientes Garibaldi atacó los puestos de observación y posiciones de los napolitanos en las proximidades de Monreales y Parco, junto a los caminos que se extienden de Palermo a Trapani y Corleone, y esto hizo pensar al enemigo que la ofensiva garibaldina se orientaba fundamentalmente contra el sector sudoeste de la ciudad y que allí estaban concentradas sus principales fuerzas. Mediante una hábil combinación de ofensivas y fingidas retiradas, Garibaldi obligó al general napolitano a enviar, desde la ciudad, una cantidad cada vez mayor de fuerzas a dicha dirección, de modo que el día 24, alrededor de 10 000 piamonteses estaban fuera de la ciudad, en dirección a Parco. Esto era lo que Garibaldi necesitaba. Parte de sus fuerzas se trabó en combate inmediatamente con aquellos, retrocediendo en forma paulatina, atrayéndolos cada vez más lejos de la ciudad, y cuando los hubo alejado hasta Piana, a través de la principal cordillera que corta Sicilia y separa Conca de Aro (la «Cuenca de Oro», valle de Palermo) del valle de Corleone, desplazó la parte principal de sus fuerzas por otro sector de la misma cordillera, hacia el valle de Misilmeri que sale al mar cerca de Palermo. El día 25 trasladó su cuartel general a Misilmeri, a ocho millas de la capital. No sabemos qué hizo con los 10 000 hombres que quedaron perdidos en el único y pésimo camino que corta la montaña, pero podemos aseverar que distrajo su atención con más victorias fingidas, como para estar seguro de que no volverían demasiado pronto a Palermo. Reducido así casi a la mitad el número de defensores de la ciudad, y desplazada la línea de la ofensiva desde el camino de Trapani hasta el de Catania, podía pasar ya al ataque general. Los despachos contradictorios que hemos recibido no nos permiten establecer si la sublevación en la ciudad precedió al ataque de Garibaldi o si fue provocada por la proximidad de sus destacamentos, pero lo cierto es que la mañana del 27 todo Palermo empuñó las armas, mientras Garibaldi atacaba las puertas de Termini del lado sudeste de la ciudad, donde ningún napolitano lo esperaba. Lo demás es conocido: la ciudad fue limpiada gradualmente de tropas, con excepción de las baterías, la ciudadela y el palacio real; luego siguieron el bombardeo, la tregua, la capitu-

lación. Carecemos aún de detalles precisos sobre estos acontecimientos, pero los hechos principales ya son bastante bien conocidos.

Por ahora debemos afirmar que las maniobras con las cuales Garibaldi preparó el ataque a Palermo lo destacan enseguida como un magnífico general. Hasta ahora solo lo conocíamos como un hábil y afortunado jefe guerrillero; inclusive durante el sitio de Roma, su modo de defender la ciudad mediante escaramuzas constantes casi no le dio ocasión propicia para elevarse por encima de ese nivel. Pero aquí debía emprender grandes operaciones estratégicas, y salió de esta prueba con el reconocimiento de maestro en su oficio. El modo en que logró engañar al comandante en jefe de las tropas napolitanas, quien envió la mitad de sus destacamentos a gran distancia de la ciudad, su rápida marcha de flanco y su reaparición ante Palermo, en el lugar donde menos lo esperaban, el enérgico ataque que emprendió cuando la guarnición estaba debilitada, son operaciones en las que el genio militar se muestra de modo mucho más evidente que en todo lo ocurrido durante la guerra italiana de 1859. La sublevación siciliana encontró en él a un jefe de primera categoría; confiemos en que el Garibaldi político, que pronto deberá aparecer en escena, no empañe la gloria del Garibaldi general.

Escrito por F. Engels en inglés, a comienzos de junio de 1860.
Publicado por primera vez en el *New York Daily Tribune*, el 22 de junio de 1860.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XII, p. II.

EL MOVIMIENTO GARIBALDINO

En Italia meridional las cosas se acercan a su desenlace. Si se cree a los periódicos franceses y sardos, 1600 garibaldinos han desembarcado en las costas de Calabria, y se espera de un momento a otro la llegada del propio Garibaldi. Pero inclusive si estas noticias son prematuras, no se puede dudar de que antes de mediados de agosto Garibaldi trasladará el teatro de la guerra a la península italiana.

Para juzgar con claridad el movimiento de los napolitanos debemos tener presente que en su ejército actúan dos corrientes ocultas y opuestas: el partido liberal moderado, que oficialmente tiene el poder y está representado por el ministerio, y la camarilla absolutista, con la que está vinculada la mayoría de los principales jefes del ejército. Las órdenes del ministerio son paralizadas por las órdenes secretas de la corte y las intrigas de los generales. De ahí que haya contradicciones, tanto en los movimientos como en los informes. Hoy nos dicen que todas las tropas realistas deben abandonar Sicilia, y mañana los vemos ocupados en preparar una nueva base de operaciones en Melazzo. Tal es el estado de cosas en todas las revoluciones a medias; el año 1848 presenta numerosos ejemplos análogos en toda Europa.

Al mismo tiempo que el ministerio italiano proponía evacuar la isla, Bosco —quien, como resulta evidente, es el único hombre decidido en esta colección de viejas con charreteras- comenzó a trasformar tranquilamente el ángulo nordeste de la isla en una base fortificada, desde la cual se podría reiniciar la conquista de aquella, y a tal fin se dirigió a Melazzo con un destacamento seleccionado de los mejores soldados que pudo hallar en Messina. Allí tropezó con una brigada de los garibaldinos al mando de Médici. Pero este no se atrevió a lanzar un ataque serio de los garibaldinos, mientras no se llamó al propio Garibaldi, quien acudió con refuerzos. Entonces el jefe de los insurgentes atacó a las tropas realistas, y en un porfiado combate, que duró más de doce horas, las derrotó por completo. Las fuerzas de ambos contendientes eran casi iguales, pero los napolitanos ocupaban una posición muy fuerte. Sin embargo, ni la posición ni los soldados pudieron resistir la impetuosa embestida de los insurgentes, que persiguieron a los napolitanos directamente por la ciudad hacia la ciudadela. Allí no les quedaba más que rendirse, y Garibaldi les dio autorización para subir a un navío, pero sin armamento. Después de esta victoria, Garibaldi se dirigió a Messina, donde el general napolitano aceptó entregar las fortificaciones externas de la ciudad, con la condición de que no lo atacaran en la ciudadela. La ciudadela de Messina puede alojar en total algunos millares de hombres y nunca será un obstáculo serio para una ofensiva posterior de Garibaldi; por eso procedió con absoluta corrección y evitó a la ciudad el bombardeo que hubiera sido la consecuencia inevitable del ataque. De todos modos, esa serie de capitulaciones, como la de Palermo, Melazzo y Messina, debía minar la confianza de las tropas realistas en sí mismas y en sus jefes, con un efecto mayor que una cantidad doblemente mayor de victorias. Para los napolitanos, capitular ante Garibaldi se convirtió en una cuestión corriente y natural.

Desde ese momento el dictador siciliano tuvo la posibilidad de pensar en un desembarco en el continente. Los navíos de vapor con que contaba eran aún insuficientes, al parecer, para asegurar el éxito del desembarco más al norte, a unas seis u ocho jornadas de Nápoles, aunque fuera en el golfo de Policastro. Evidentemente, resolvió cruzar el estrecho en el sitio más angosto, o sea en el extremo nordeste de la isla, al norte de Messina. En este punto, según se afirma, concentró alrededor de 1000 navíos, que probablemente eran en su mayoría falúas pesqueras y de cabotaje —tipo corriente de embarcaciones en estas costas—, y si se confirman las noticias sobre el desembarco de 1500 hombres al mando de Seoccio, debe suponerse que estos constituyen su vanguardia. Ese lugar no es el más adecuado para marchar sobre Nápoles, porque es la parte de la península más alejada de la capital; pero si los barcos de Garibaldi no pueden trasladar enseguida unos diez mil hombres, no tiene otro lugar para elegir, y en este punto al menos cuenta con la ventaja de que los calabreses se le unirían en forma inmediata. No obstante, si logra embarcar en sus naves diez mil hombres y puede confiar en la neutralidad de la flota realista (parece ser que esta resolvió no luchar contra los italianos), es posible que el desembarco de un reducido destacamento en Calabria no sea más que

una demostración, y que se proponga dirigirse él mismo con sus fuerzas principales hacia el golfo de Policastro o inclusive al de Salerno.

Las fuerzas con que cuenta ahora Garibaldi constan de cinco brigadas de infantería regular, con cuatro batallones cada una, diez batallones de tiradores del Etna, dos de tiradores alpinos, que constituyen el destacamento seleccionado de sus tropas, un batallón extranjero (ahora italiano) bajo el mando de un inglés, el coronel Denn, uno de zapadores, un regimiento y un escuadrón de caballería y cuatro divisiones de artillería de campaña; en total 34 batallones, 4 escuadrones y 32 cañones, con un total de 25 000 hombres, de los cuales más de la mitad son del norte de Italia y los demás nativos de otras regiones de la península. Casi todas estas fuerzas podrían utilizarse para la ofensiva contra Nápoles, puesto que las nuevas clases, que ahora se están instruyendo, pronto serán suficientes para vigilar la ciudadela de Messina y para defender Palermo y otras ciudades ante la posibilidad de que sean atacadas. Sin embargo, si se compara su número con las tropas que los napolitanos tienen en el papel, sus efectivos resultan muy reducidos.

El ejército napolitano consta de tres regimientos de guardia, quince de línea, cuatro regimientos extranjeros, de dos batallones cada uno, o sea 44 batallones en total; de trece batallones de tiradores, nueve regimientos de caballería y dos de artillería, un total de 57 batallones y 45 escuadrones en formación de tiempo de paz. Si se incluyen 9000 gendarmes, también perfectamente organizados desde el punto de vista militar, este ejército alcanza, en su formación de tiempo de paz, a 90 000 hombres. Sin embargo, durante estos dos últimos años fue convertido en una perfecta organización de combate; en los regimientos se constituyó un tercer batallón, los escuadrones de reserva fueron trasladados al servicio activo, las guarniciones fueron completadas perfectamente, y en la actualidad este ejército alcanza en el papel a más de 150 000 hombres.

¡Pero qué clase de ejército es! A simple vista, según el criterio del pedante, es excelente, pero no tiene vida, inspiración, patriotismo, ni sentimiento del deber. Carece de tradición militar nacional. Solo siguiendo a Napoleón fue alguna vez partícipe de victorias. No es un ejército nacional. Es un ejército puramente imperial. Fue reclutado y organizado con la especial y exclusiva finalidad de mantener sometido al pueblo. Pero, evidentemente, ni para eso sirve; incluye una masa de elementos antirrealistas que ahora se manifiestan en todas partes. En particular, los cabos y sargentos son casi todos liberales. Regimientos enteros gritan *¡Viva Garibaldi!* No hay ejército en el mundo que haya sufrido derrotas como las de este, desde Calatafimi hasta Palermo; y si los extranjeros y algunas tropas napolitanas combatieron bien en Melazzo, hay que recordar que estos destacamentos seleccionados solo constituyen una insignificante minoría del ejército.

Por consiguiente, no puede haber duda de que si Garibaldi desembarca con fuerzas suficientes como para obtener algunos éxitos de la península, ninguna concentración masiva de los napolitanos le podrá hacer frente con probabilidades de triunfo; y quizá, en un futuro próximo, nos enteremos de que

prosigue su marcha triunfal de Sicilia a Nápoles al frente de 15 000 hombres, contra un enemigo diez veces más fuerte.

Escrito por F. Engels en inglés, el 8 de agosto de 1860.
Publicado por primera vez en el *New York Daily Tribune*, el 23 de agosto de 1860.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XII, p. II.

EL AVANCE DE GARIBALDI

A medida que se suceden los acontecimientos nos resulta posible comprender el plan que elaboró Garibaldi para la emancipación del sur de Italia; y cuantos más detalles conocemos de él, más admiramos su grandiosidad. Semejante plan solo podía ser concebido y llevado a la práctica en un país como Italia, donde el partido nacional está tan magníficamente organizado y se encuentra en su totalidad bajo la dirección de un hombre que desenvainó con tan brillante éxito su espada por la causa de la unidad y la independencia italianas.

El plan no se limita a la emancipación del reino italiano; al mismo tiempo debe comenzar la ofensiva contra el Estado Pontificio, a fin de dar trabajo de este modo no solo a las tropas del «rey-Bomba» [57], sino también al ejército de Lamoricière y a los franceses que se encuentran en Roma. Alrededor del 15 de agosto, 6000 voluntarios que habían sido gradualmente desplazados de Génova al golfo degli Arinci, sobre la costa sudeste de la isla de Cerdeña, debían ser trasladados a la costa del territorio papal, mientras que en distintas provincias de la parte continental del reino italiano comenzaría la insurrección, y Garibaldi cruzaba el estrecho de Messina en dirección a Calabria. Algunas observaciones sobre la cobardía de los napolitanos hechas por Garibaldi y las noticias recibidas con el último vapor sobre su entrada triunfal en Nápoles permiten considerar probable que la sublevación en las calles de esta ciudad que, por otra parte, no era necesaria, dada la fuga del rey, fue un aspecto del plan general.

El desembarco en el territorio papal, como ya se sabe, no se realizó, en parte a consecuencia de las instancias de Víctor Manuel; en parte también, y principalmente, porque el mismo Garibaldi se convenció que los voluntarios no eran capaces de llevar a cabo una campaña independiente. Por eso los reclutó en Sicilia, dejó parte de ellos en Palermo, y envió a los demás rodeando la isla, en dos embarcaciones, hacia Taormina, donde ahora se encuentran. Entretanto, en las ciudades provinciales de Nápoles, tal como se había resuelto de antemano, se iniciaron insurrecciones que demostraron con qué perfección estaba organizado el partido revolucionario y hasta qué punto había madurado el país para la insurrección. El 17 de agosto estalló la sublevación en la ciudad de Foggia, en Apulia. Los dragones que formaban la guarnición de la ciudad se unieron al pueblo. El general Flores, comandante del distrito, envió

dos compañías del 13º regimiento, las que al llegar al lugar hicieron lo mismo. El general Flores llegó personalmente al punto mencionado, acompañado de su Estado Mayor, pero nada pudo hacer y tuvo que alejarse. Su conducta indica que él mismo no quería oponer una resistencia seria al partido revolucionario. Si hubiera pensado en oponerla, no habría enviado dos compañías, sino dos batallones, y no habría llegado acompañado solo de algunos ayudantes y ordenanzas, sino de las mayores fuerzas que hubiera podido reunir. En realidad, el solo hecho de que los insurgentes le permitieron volver a abandonar la ciudad demuestra con bastante claridad que entre él y aquellos existía por lo menos una especie de acuerdo tácito. En la provincia de Basilicata estalló otro movimiento. Allí los sublevados reunieron sus fuerzas en Carletto-Perticara, pequeña aldea situada en la costa del río Lagna (seguramente es el mismo sitio que los telegramas denominan Corleto).

Desde este distrito montañoso y distante se dirigieron a Potenza, la principal ciudad de la provincia, adonde llegaron el 17 de agosto en número de 6000 hombres. Solo les opusieron resistencia los gendarmes, unos 400 hombres, que después de una breve escaramuza fueron dispersados, y se fueron rindiendo uno tras otro. En nombre de Garibaldi fue establecido un gobierno provincial y designado un dictador provisional. Se informa que este puesto fue ocupado por el intendente realista (el gobernador de la provincia), un indicio más de cuán desesperada consideran la causa de los Borbones inclusive sus propios organismos administrativos. De Salerno fueron enviadas cuatro compañías del sexto regimiento de línea para aplastar esa sublevación, pero al llegar a Auletta, a unas 23 millas de Potenza, renunciaron a seguir avanzando al grito de «¡Viva Garibaldi!» Estas son las únicas acciones sobre las que nos han llegado algunos detalles. Pero hemos recibido informes de que, además, se unieron a la insurrección otras localidades, como, por ejemplo, Avellino, ciudad situada a menos de 30 millas de Nápoles; Campobasso, en la provincia de Molise (sobre la costa del Adriático), y Celenza en Apulia, probablemente la que en los telegramas se denomina Cilenta y que se encuentra a mitad de camino entre Campobasso y Foggia. Actualmente también Nápoles se unió a ellos. Mientras las ciudades de la provincia de Nápoles cumplían de tal modo cada una de las tareas que les habían sido asignadas, Garibaldi no permanecía de brazos cruzados. En cuanto regresó de su viaje a Cerdeña, terminó los preparativos para pasar al continente. Su ejército constaba ahora de tres divisiones al mando de Turr, Cosenz y Médici. Las dos últimas divisiones, concentradas en tomo de Messina y Faro, fueron enviadas hacia la costa septentrional de Sicilia, entre Milazzo y Faro, para dar la impresión de que allí las embarcaban para desembarcarlas en la costa de Calabria, hacia el norte del estrecho, en ningún punto próximo a Palmi o Nicotara. En cuanto a la división que estaba al mando de Turr, la brigada de Eber acampó en torno de Messina y la de Bixio fue enviada hacia el interior de la isla, a Bronte, para reprimir los desórdenes locales. Se ordenó a las dos que se dirigieran sin demora a Taormina, donde la noche del 18 de agosto la brigada de Bixio, junto con los voluntarios trasportados desde Cerdeña había sido embarcada en dos navíos, el *Torino* y el *Franklin*, y en algunos barcos de trasporte tomados a remolque.

Unos diez días antes, el mayor Missori había cruzado con 300 hombres el estrecho y atravesado con todo éxito la línea napolitana para llegar a la alta y accidentada comarca de Aspromonte. Allí se le unieron otros pequeños destacamentos —que habían sido trasladados a intervalos por el estrecho— y los insurgentes calabreses, de modo que para entonces tenía bajo su mando unos 2000 hombres. En cuanto desembarcó su pequeño destacamento, los napolitanos lanzaron en su persecución unos 1800 hombres, pero estos 1800 héroes obraron de manera que no tuvieran jamás ocasión de encontrarse con los garibaldinos.

Durante el amanecer del 19 de agosto, la expedición de Garibaldi (a bordo de la embarcación se encontraba *él mismo*) desembarcó entre Melita y el cabo de Spartivento, en el extremo meridional de Calabria.

No hallaron resistencia alguna. Los napolitanos estaban tan engañados por los movimientos demostrativos que amenazaban con un desembarco al norte del estrecho, que no prestaron la menor atención a las regiones meridionales. De este modo, además de los 2000 hombres reunidos por Missori, se logró trasladar al continente otros 9000.

Al recibir estos refuerzos, Garibaldi se dirigió sin pérdida de tiempo a Reggio, que fue ocupada por cuatro compañías de tropas de línea y cuatro de tiradores. Pero es muy probable que esta guarnición hubiese recibido algunos refuerzos, porque, según se informa, en la misma Reggio o en sus alrededores se libró el 21 de agosto una batalla muy encarnizada. Después de que Garibaldi tomó por asalto algunas fortificaciones avanzadas, la artillería del fuente Reggio se negó a apoyar el fuego, y el general Viale capituló. En esta batalla fue muerto Paul de Flotte (diputado republicano por París en la asamblea legislativa de 1851).

La flotilla napolitana que se encontraba en el estrecho se distinguió por su más absoluta inacción. Cuando Garibaldi hubo realizado el desembarco, el comandante de las fuerzas marítimas telegrafió a Reggio comunicando que sus naves no podían oponer la menor resistencia, porque aquel tenía 8 grandes naves de guerra y 7 barcos de trasporte. Esta flotilla tampoco opuso resistencia alguna al traslado de la división del general Cosenz, que probablemente se produjo el 20 ó 21 de agosto, en un lugar angosto del estrecho, entre Scilla y la villa San Giovanni, en el mismo punto donde se había concentrado la mayor cantidad de barcos y tropas de los napolitanos. El desembarco de Cosenz se realizó con extraordinario éxito. Dos brigadas de Melendes y Briganti (los napolitanos llaman batallones a las brigadas) y el fuerte Pezzo (y no Pizzo como dicen algunos telegramas; este pequeño poblado se encuentra lejos hacia el norte, más allá de Monteleone) se le rindieron, al parecer sin disparar un solo tiro. Según se informa, esto ocurrió el 21; ese mismo día, después de un pequeño encuentro, fue tomada la villa San Giovanni.

Por consiguiente, Garibaldi se apoderó en tres días de toda la costa del estrecho, incluidos algunos puntos fortificados; varios fuertes que aún permanecían en poder de los napolitanos dejaron de serles útiles.

Durante estos últimos días en apariencia se produjo el traslado de las tropas y artillería restantes; por lo menos no hemos sabido de ningún combate

posterior hasta el 24 de agosto, cuando, según se informa, tuvo lugar un sangriento encuentro en un punto que en los telegramas denominan Piale, pero que no está señalado en los mapas. Es posible que este nombre designe a algún torrente de la montaña y que la garganta que este forma haya servido como posición defensiva a los napolitanos. Según rumores, el encuentro no dio resultados decisivos. Después de algún tiempo los garibaldinos propusieron el armisticio, y el comandante en jefe napolitano trasmitió esa proposición a su mando supremo en Monteleone. Pero antes de recibir respuesta, los soldados napolitanos llegaron al parecer a la conclusión de que ya habían trabajado bastante por su rey y se dispersaron dejando las baterías sin protección.

El principal destacamento de los napolitanos, comandado por Bosco, estuvo aparentemente inactivo durante todo ese tiempo en Monteleone, a unas treinta millas del estrecho. Es posible que las tropas no manifestaran grandes deseos de combatir contra los destacamentos invasores, por lo cual el general Bosco se trasladó a Nápoles, para tomar de allí seis batallones de tiradores, que junto con los destacamentos de la guardia y los extranjeros, constituyen las tropas más seguras del ejército. Más adelante nos enteraremos si estos seis batallones se contagiaron del mismo estado de depresión y desmoralización imperante en el ejército napolitano. Lo cierto es que ni estas tropas, ni ninguna otra fuerza, pudieron impedir que Garibaldi avanzara victoriosamente, ni que según todas las posibilidades, llegara sin obstáculo alguno a Nápoles, después de lo cual resultó que la familia real había huido y las puertas de la ciudad se abrieron ante el triunfante vencedor.

Escrito por F. Engels en inglés, aproximadamente el 1 de septiembre de 1860.
Publicado por primera vez en el *New York Daily Tribune*, el 21 de septiembre de 1860.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XII, p. II.

GARIBALDI EN CALABRIA

Ahora tenemos informaciones detalladas sobre la conquista de la baja Calabria por Garibaldi y la completa dispersión de las tropas napolitanas a las que se había encomendado la defensa. En ese momento de su victoriosa carrera, Garibaldi se mostró no solo como jefe valiente y hábil estratega, sino también como un general dueño de conocimientos científicos. El ataque con las fuerzas principales contra los fuertes costeros es una empresa que requiere, además de talento militar, conocimientos militares; podemos comprobar con satisfacción que nuestro héroe, que en toda su vida no rindió un solo examen militar y que difícilmente haya servido en algún ejército regular, se desempeña en esta clase de guerra tan bien como en todas las demás.

La punta de la bota italiana está formada por la cadena montañosa de Aspromonte, que termina en la cumbre de Monte Alto, de unos 4300 pies. De allí

fluyen las aguas hacia la costa por numerosas y profundas gargantas, que se abren como radios de un semicírculo, cuyo centro es Monte Alto y cuya periferia es la costa. Estas gargantas, junto con los cauces de los torrentes montañosos que las atraviesan y que se secan en esta época del año, se llaman *fiumare*, y forman numerosas posiciones apropiadas para un ejército en retirada. Es cierto que se los puede contornear desde Monte Alto, sobre todo porque en la cresta de cada contrafuerte y en la de la cadena principal del Aspromonte hay senderos para las bestias de carga y para los caminantes; pero la absoluta falta de agua en esas alturas tornaría bastante difícil esta maniobra para un gran destacamento en la época estival. Los contrafuertes de la montaña descienden hacia la costa y luego hacia el mar, en escarpados peñascos acumulados en desorden. Las fortalezas que protegen el estrecho entre Reggio y Scilla están construidas parcialmente a lo largo de la costa, sobre rocas de poca altura, en la proximidad inmediata de aquella. Por eso pueden ser observadas desde los peñascos más elevados que se encuentran en las cercanías y las dominan; y aunque estos puntos de comando son inaccesibles a la artillería y en su mayor parte se encuentran fuera del alcance de la vieja «morena Bess» [58], y a pesar de que durante la construcción de los fuertes no se les prestó la menor atención, con la aparición de los modernos fusiles adquirieron una importancia decisiva; en su mayor parte se encuentran dentro del alcance del fuego de estos, y, por consiguiente, ahora dominan en realidad a las fortalezas. En tales circunstancias, la enérgica ofensiva contra estos fuertes, contraria a todas las reglas del asedio regular, sería racional desde todo punto de vista. Es evidente que Garibaldi decidió hacer lo siguiente: enviar una columna por el camino real que serpentea a lo largo de la costa y está abierto al fuego desde los fuertes, aparentando que se proponía atacar a los destacamentos napolitanos desde el frente, y lanzar otra columna que escalara las colinas por una garganta de una altura suficiente como la que podían exigir las características del lugar o la línea del frente de las posiciones defensivas napolitanas. Así tenía la posibilidad de rodear tanto al fuerte como a las tropas, y de estar en una posición dominante en cualquier encuentro.

De acuerdo con este plan, el 21 de agosto Garibaldi envió a Bixio con parte de sus tropas a lo largo de la costa en dirección a Reggio, y él mismo, con un pequeño destacamento y las tropas de Missori que se le unieron, se dirigió a través de las montañas. Los napolitanos, con ocho compañías, alrededor de 1200 hombres, ocuparon el desfiladero que está junto a Reggio. Bixio, quien debía ser el primero en iniciar el ataque, envió una columna por la costa arenosa hacia el extremo del flanco izquierdo, y él mismo se lanzó por el camino. Los napolitanos retrocedieron enseguida, pero su ala izquierda, que se encontraba en las colinas, se sostuvo frente a un puñado de fuerzas de la vanguardia de Garibaldi, hasta que llegó el destacamento de Missori y los expulsó. Retrocedieron hacia el fuerte situado en medio de la ciudad y hacia una pequeña batería de la costa. Esta fue tomada mediante un impetuoso ataque de tres compañías de Bixio, que irrumpieron por la aspillera.

Luego Bixio, que encontró en esta batería dos cañones pesados napolitanos y proyectiles, comenzó a bombardear el fuerte principal; eso no habría

bastado para forzarlo a rendirse, si los hábiles tiradores de Garibaldi no hubieran ocupado alturas dominantes, desde las cuales podían observar a los artilleros de la batería y tirar contra ellas. Esto logró su efecto: los artilleros abandonaron sus plataformas y huyeron hacia las casamatas; el fuerte se rindió, algunos soldados se unieron a Garibaldi, pero la mayoría se dispersó para regresar a sus hogares. Mientras ocurrían estos acontecimientos en Reggio y la atención de los tripulantes de los navíos napolitanos estaba concentrada en esta batalla, en la destrucción de la nave *Torino*, que había encallado y en el demostrativo embarco del destacamento de Médici en Messina, Cosenz alcanzó a trasladar 1500 hombres en 60 lanchas desde Faro-Lagore, para desembarcarlos en la costa noroeste, entre Scilla y Bagnara.

El 23 de agosto se produjo un encuentro de poca importancia en Salicio, algo más allá de Reggio, y cincuenta garibaldinos e ingleses y franceses bajo el mando del coronel De Flotte derrotaron a los napolitanos, cuatro veces superiores en número. En ese encuentro murió De Flotte. Ese mismo día el general Briganti, que comandaba en la Baja Calabria una brigada de las tropas de Viale, tuvo una conversación con Garibaldi con respecto a las condiciones de su paso al campo de los italianos; esta entrevista demostró una vez más que entre los napolitanos la desmoralización era completa. Desde este momento ya no podían ni hablar de victoria, sino solo de rendición. Briganti y Melendes, comandante de la segunda brigada móvil de la Baja Calabria, ocuparon posiciones a poca distancia de la costa, entre la villa San Giovanni y Scilla, y su ala izquierda se extendió hasta las colinas próximas a Fiumare di Muro. El número de sus fuerzas unificadas puede calcularse en 3600 hombres.

Garibaldi, después de establecer contacto con Cosenz, quien desembarcó en la retaguardia de este destacamento, rodeó a los napolitanos por todos lados y se dispuso a esperar tranquilamente que se rindieran, hecho que se produjo en la noche del 24. Tomó sus armas y autorizó a los soldados a volver a sus hogares si así lo deseaban, cosa que hicieron en su mayoría. El fuerte Punta di Pezzo también se rindió, y siguieron su ejemplo los puestos fortificados de Alla-Fiumare-Torre del Cavallo y Scilla, porque los destacamentos que los defendían estaban absolutamente desmoralizados, tanto como consecuencia del fuego de fusilería desde las alturas dominantes, como por la rendición de los demás fuertes y de las tropas de línea. De tal manera, no solo se aseguró el completo dominio sobre ambas márgenes del estrecho, sino que también fue conquistada toda la Baja Calabria, y en menos de cinco días los soldados enviados para defenderla fueron hechos prisioneros y autorizados a regresar a sus hogares.

Esta serie de derrotas destruyó en el ejército napolitano toda aptitud para seguir la resistencia. Los oficiales de los restantes batallones de Viale, en Monteleone, decidieron defender su posición durante una hora, para guardar las apariencias, y deponer luego las armas. En las demás provincias la sublevación tuvo rápidos éxitos; regimientos enteros se negaban a luchar contra los insurgentes, e inclusive entre las tropas que defendían Nápoles comenzó la

deserción, y de este modo ante el héroe de Nápoles se abrió, por fin, el camino hacia Nápoles.

Escrito por F. Engels en inglés, a comienzos de septiembre de 1860.
Publicado por primera vez en *New York Daily Tribune*, el 24 de septiembre de 1860.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XII, p. II.

LA GUERRA CIVIL EN EE. UU. (1861-1865)

ENSEÑANZAS DE LA GUERRA NORTEAMERICANA [59]

Cuando hace algunas semanas concedimos atención al proceso de depuración, que se había convertido en una necesidad para el ejército de voluntarios norteamericanos, no estaba a nuestro alcance agotar hasta el final las valiosas enseñanzas que esta guerra proporciona permanentemente a los voluntarios del otro lado del Atlántico. Por eso pedimos que se nos permita volver a este tema.

En realidad, el modo de conducir la guerra que se desarrolla en la actualidad en Norteamérica no tiene precedentes. Desde el Missouri hasta la bahía de Chesapeake un millón de soldados, divididos casi por igual en dos campos hostiles, están enfrentados hace ya casi seis meses sin tomar ninguna medida decisiva. En el Missouri estos dos ejércitos avanzan, se retiran, combaten y vuelven a avanzar por turno y a retroceder sin resultados visibles; aun ahora, después de siete meses de marchas y contramarchas, que deben de haber devastado terriblemente al país, el curso de los acontecimientos, al parecer, está tan lejos de cualquier solución como al principio. En Kentucky, después de un prolongado período de supuesta inacción, que en realidad fue de preparación, es por lo visto inevitable que se llegue a la misma situación; en Virginia occidental se desarrollan incesantes batallas de segundo orden, sin resultado evidente, y en el Potomac, donde están concentradas las fuerzas más poderosas de ambos bandos, casi a la vista unas de las otras, ninguna hace el menor intento de iniciar la ofensiva, demostrando con ello que, como están las cosas, la victoria sería de todos modos inútil. Y hasta tanto circunstancias que no tienen relación alguna con esa situación introduzcan una seria modificación, este sistema de guerra sin resultados podría prolongarse meses enteros.

¿Cómo debemos calificar esta situación?

De una parte como de la otra, los norteamericanos cuentan casi exclusivamente con voluntarios. El pequeño núcleo del anterior ejército regular de Estados Unidos se dispersó, o es demasiado débil para absorber la enorme masa de reclutas sin instrucción, reunidos en el proceso de las operaciones militares. Ni siquiera existe el número suficiente de suboficiales para imponer a

estos hombres el aspecto de soldados. En consecuencia, la instrucción tendrá que ser muy lenta, y en realidad ni siquiera se puede predecir cuánto tiempo demorará hasta que el material humano de muy alta calidad reunido en ambas orillas del Potomac se convierta en material útil, para hacerlo avanzar en masas poderosas y desatar o encarar una batalla con las fuerzas unidas.

Pero aun si los soldados pudieran hacer la instrucción en un plazo relativamente breve, no existen suficientes oficiales para dirigirlos. Sin hablar ya de los oficiales de compañía, que por fuerza no pueden ser reclutados entre la población civil, faltarían oficiales para mandar los batallones, inclusive si cada teniente y alférez del ejército regular fueran destinados para ese cargo. Por eso se hace inevitable contar con un considerable número de coroneles civiles; y nadie que conozca a nuestros propios voluntarios considerará que McClellan o Beauregard son excesivamente tímidos si evitan comenzar operaciones decisivas o maniobras estratégicas complejas con esos coroneles civiles preparados en seis meses para cumplir sus órdenes.

Supongamos, no obstante, que estas dificultades se hayan superado en términos generales, que los coroneles civiles hayan adquirido, junto con sus uniformes, conocimientos, experiencia y el tacto que se requiere en el cumplimiento de sus obligaciones, por lo menos en lo que se refiere a la infantería. ¿Pero cómo se presentarán las cosas con la caballería? Instruir a un regimiento de caballería exige más tiempo y experiencia por parte de los oficiales que lo instruyen, que comunicarle formas precisas a un regimiento de infantería. Supongamos que todos los hombres llegaran a sus unidades con los conocimientos suficientes del arte de montar a caballo, o sea, que pueden montar con firmeza sobre el animal, dirigirlo, saber cómo cuidarlo y alimentarlo; aun en este caso es poco probable que pueda reducirse el plazo de la instrucción. La equitación militar, el manejo del caballo, merced al cual se lo obliga a realizar todos los movimientos necesarios para los cambios de formación de la caballería, son muy distintos a la equitación practicada por los civiles. La caballería napoleónica, que sir William Napier (*History of the Peninsular War*) [Historia de la guerra peninsular] consideraba mejor, comparándola con la inglesa de aquellos tiempos, estaba compuesta, como es notorio, por los peores jinetes que hayan jamás adornado una montura, y muchos de los que consideramos los mejores, al incorporarse a las unidades de caballería comprobaban que les quedaba mucho por aprender. No debemos, pues, asombrarnos al verificar que los norteamericanos experimentan una aguda falta en la caballería, y que lo poco que tienen consiste en algo semejante a los cosacos o a las unidades de caballería irregular india (*rangers*), incapaces de atacar en una formación cerrada.

En cuanto a la artillería, las cosas deben estar peor aun; lo mismo ocurre con las tropas de ingeniería. Ambas son armas altamente técnicas y requieren una instrucción prolongada y esmerada, tanto de los oficiales como de los suboficiales, y, por supuesto, un mayor adiestramiento de los soldados que en la infantería. Además, la artillería es un arma más compleja aun que la caballería; se necesitan cañones, caballos adiestrados para ese tipo de desplazamiento, y dos categorías de soldados instruidos: cañoneros y jinetes (*gunners*

and drivers); son necesarios, además, gran cantidad de convoyes con municiones, y talleres para los artefactos bélicos, establecimientos de fundición, de reparaciones, etc.; y todo ello debe ser montado con máquinas complicadas. Afirman que los federales [60] tienen en el frente 600 cañones, pero nos podemos dar fácilmente una idea de cómo serán servidos, cuando sabemos que es de todo punto de vista imposible formar en seis meses 100 baterías completas bien pertrechadas y atendidas.

Pero volvamos a suponer que todas estas dificultades han sido allanadas y que la parte militar de ambas agrupaciones hostiles norteamericanas se encuentra en perfectas condiciones para cumplir su misión. ¿Podrían moverse de su lugar, aun en ese caso? Por supuesto que no. El ejército debe alimentarse, y un ejército poderoso en una región relativamente poco habitada como Virginia, Kentucky y Missouri debe alimentarse en lo fundamental de sus depósitos. Debe también reforzarse el suministro de armamentos, que irá acompañado por armeros, guarnicioneros, carpinteros y otros especialistas para mantenerlos en el correspondiente orden combativo. En Norteamérica no existen todas estas condiciones imprescindibles; deben organizarse casi de la nada, y no contamos con dato alguno para afirmar que ni siquiera en la actualidad la intendencia y el trasporte de los dos ejércitos hayan pasado de la minoría de edad.

Norteamérica, tanto el norte como el sur, la federal y la confederal, no contaba en general con una organización militar. El ejército de línea no servía en absoluto, por su composición numérica, para luchar contra un enemigo serio; casi no existía el ejército de milicias. Las antiguas guerras de la Unión jamás habían puesto a prueba el poder militar del país; entre 1812 y 1814 Inglaterra no pudo destacar muchas tropas, y México se defendía fundamentalmente con una simple muchedumbre [61]. Gracias a su situación geográfica, Norteamérica no tuvo en realidad enemigos que pudieran atacarla en algún lugar, en el peor de los casos, con fuerzas superiores a los 30 ó 40 000 soldados de un ejército regular, y las enormes extensiones del país se habrían convertido al poco tiempo, para un ejército tan numeroso, en un obstáculo más terrible que cualquier tropa que pudiera destacar Norteamérica para enfrentarlo; sin embargo, su ejército era suficiente para formar un núcleo para 100 000 voluntarios, e instruirlos a su debido tiempo. Pero cuando la guerra civil demandó más de un millón de hombres, todo el sistema se derrumbó, y hubo que empezar de nuevo. Los resultados están a la vista. Dos enormes y voluminosas masas humanas, que se temen mutuamente, que temen la victoria casi tanto como la derrota, están una frente a la otra procurando crear, a costa de enormes gastos, algo que se asemeje a un ejército regular. Una colosal inversión de dinero, por muy terrible que sea, es en todo sentido inevitable, debido a la absoluta carencia de esa base de organización sobre la que se podría edificar un nuevo edificio. Con el desconocimiento y la inexperiencia que reina en cada departamento, ¿podría ser de otro modo? Por otra parte, la utilidad de esos gastos, en cuanto a sus resultados y organización, es ínfima; pero en este sentido, ¿podría ser de otro modo?

Los voluntarios británicos deben agradecer a su suerte por haber encontrado desde el principio a un ejército numeroso, bien disciplinado y experto, que los amparó. Tomando en consideración los prejuicios propios de todas las profesiones, este ejército los recibió y los trató bien. Es de esperar que, tanto los voluntarios como el público, jamás pensarán que el nuevo servicio sustituirá en alguna medida al antiguo. Si hay hombres que así lo piensan, basta echar un vistazo furtivo al estado de los dos ejércitos voluntarios norteamericanos, para que comprendan su propia ignorancia y estupidez, Ningún ejército recién organizado con civiles podrá jamás existir en estado activo hasta que sea instruido y apoyado por los enormes recursos intelectuales y materiales de un poderoso ejército regular, y fundamentalmente, por la organización que constituye la fuerza esencial de ese ejército. Supóngase que a Inglaterra la amenaza una invasión, y compárese lo que podría ocurrir en ese caso con lo que no podía dejar de suceder en Norteamérica. En el primer país, el ministerio de Guerra, con el concurso de unos pocos funcionarios sobrantes, que se podrían encontrar fácilmente entre los militares con experiencia, se encargaría de realizar todo ese trabajo auxiliar que requeriría un ejército de 300 000 voluntarios; basta con destacar a los oficiales de la reserva, encomendar tres o cuatro batallones de voluntarios a su observación especial, y con algún esfuerzo cada batallón tendría asegurado un oficial de línea como ayudante y otro como coronel. Por supuesto que la caballería no podría crearse con el método de la improvisación, pero con la reorganización decisiva de la artillería voluntaria, con oficiales y jinetes de la artillería real, se podrían completar muchas baterías de campaña. Los ingenieros civiles del país están esperando el momento propicio para aprender el aspecto militar de su profesión, lo cual los convertiría enseguida en oficiales de tropas de ingeniería de primera clase. La intendencia y el trasporte están organizados, y en poco tiempo se encontrarían en condiciones de satisfacer las necesidades de 400 000 hombres con la misma facilidad que las de 100 000. No se desorganizaría nada; nada se alteraría; por doquier se contaría con el apoyo y el concurso de los voluntarios, y estos no tendrían que andar en ninguna parte tentando a ciegas; y, exceptuando algunos errores de los cuales Inglaterra no puede prescindir al entrar por primera vez en guerra, no advertimos motivo alguno para que a los seis meses todo esto no marche a pedir de boca.

Ahora fíjense en Norteamérica y comprenderán el valor que representa un ejército en lo referente a la creación de un ejército de voluntarios.

Escrito por F. Engels en inglés a fines de noviembre de 1861.
Publicado por primera vez en *Volunteer Joumal for Lancashire and Cheshire*, el 6 de diciembre de 1861.

K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XII, p. II.

LA GUERRA CIVIL EN NORTEAMÉRICA

I

Desde cualquier punto de vista que se la observe, la guerra civil estadounidense ofrece un espectáculo sin paralelo en los anales de la historia militar. La vasta extensión del territorio en disputa; lo dilatado de las lineas de operaciones; la fuerza numérica de los ejércitos hostiles, cuya creación tenía escasamente el apoyo de una base de organización anterior; el costo fabuloso del mantenimiento de estos ejércitos; la manera de dirigirlos y los principios tácticos y estratégicos generales, de acuerdo con los cuales se libra la guerra, son todos nuevos a los ojos de los observadores europeos.

La conspiración secesionista, organizada mucho antes del estallido, patrocinada y apoyada por la administración Buchanan, dio al Sur una ventaja, que significaba para él la única esperanza para lograr su objetivo. Puesto en peligro por su población esclava y por fuertes elementos unionistas entre los blancos, con un número de hombres libres dos tercios menor que el del Norte, pero más preparado para el ataque gracias a la multitud de holgazanes aventureros que lo habitan, para el Sur todo dependía de una ofensiva rápida, audaz, casi temeraria. Si los sudistas tuvieran éxito en copar a Saint Louis, Cincinnati, Washington, Baltimore y quizá Filadelfia, podrían entonces contar con el pánico, en tanto la diplomacia y el cohecho asegurarían la independencia de todos los Estados esclavistas. Si fracasaba esa primera arremetida, por lo menos en los puntos decisivos, su posición empeoraría constantemente, a la par con el fortalecimiento del Norte. Esto fue comprendido perfectamente por los hombres que, con auténtico espíritu bonapartista, habían organizado la conspiración secesionista. Con esa premisa, iniciaron la campaña en forma armónica. Sus bandas de aventureros invadieron Missouri y Tennessee, mientras que sus fuerzas más regulares atacaron Virginia oriental y prepararon un *coup de main* contra Washington. *Desde el punto de vista militar*, el fracaso de este golpe significaba la pérdida de la campaña para los sudistas.

El Norte llegó al teatro de la guerra sin entusiasmo, con hastío, tal como era de esperarse por su más elevado desarrollo industrial y comercial. La maquinaria social es allí mucho más complicada que en el Sur y hacía falta más tiempo para imprimir a su movimiento esa dirección desacostumbrada. El alistamiento de los voluntarios por un plazo de tres meses fue un error grande, pero quizás inevitable. La política del Norte consistía al comienzo en mantenerse a la defensiva en todos los puntos decisivos; organizar sus fuerzas, adiestrarlas en operaciones en pequeña escala, sin incorporarlas a batallas decisivas y, en cuanto la organización fuese suficientemente afianzada y los

elementos traidores más o menos removidos del ejército, pasar, por fin, a una enérgica e infatigable ofensiva y reconquistar en primer término Kentucky, Tennessee, Virginia y Carolina del Norte. La trasformación de los civiles en soldados requeriría más tiempo en el Norte que en el Sur. Una vez lograda, se podía contar con la superioridad individual de los hombres del Norte.

En definitiva, y descontando los errores surgidos más por motivos políticos que militares, el Norte actuó de acuerdo con esos principios. La pequeña guerra en Missouri y Virginia occidental, a la par que protegió a la población unionista, acostumbró a las tropas a los servicios en el campo de batalla y a entrar en fuego, sin exponerlas a derrotas decisivas. El oprobio de Bull Run [62] fue, en cierta medida, el resultado del primer error de alistar voluntarios por tres meses. Carecía de sentido permitir que se lanzase a reclutas sin adiestramiento al ataque frontal de una sólida posición, en terreno difícil y frente a un enemigo apenas inferior en número. El pánico que se posesionó del ejército unionista en un momento decisivo, por motivos aún no establecidos, no podía sorprender a quien conociera en alguna medida la historia de las guerras populares. Cosas similares ocurrieron con frecuencia a las tropas francesas entre 1792 y 1795; sin embargo, ello no impidió que esas mismas tropas ganaran las batallas de Jemmapes y Fleurus, Montenotte, Castiglione y Rívoli [63]. Las bromas de mal gusto gastadas por la prensa europea sobre el pánico de Bull Run solo, tenían una excusa: la anterior jactancia de un sector del periodismo norteamericano.

La tregua de seis meses que siguió a la derrota de Manassas, fue mejor empleada por el Norte que por el Sur. Las tropas de aquel no solo recibieron un refuerzo mayor que las de este, sino que se dio a sus oficiales instrucciones más correctas; la disciplina y el adiestramiento de las tropas no enfrentaron los mismos obstáculos que en el Sur. Los traidores incompetentes fueron removidos cada vez en mayor número y el período del pánico de Bull Run quedó en el pasado. Los ejércitos de ambos bandos no pueden medirse, naturalmente, con el criterio de los grandes ejércitos europeos, ni siquiera con el antiguo ejército regular de Estados Unidos. En su época, Napoleón pudo adiestrar en campamentos batallones de nuevos reclutas durante el primer mes; ponerlos en marcha durante el segundo, y en el tercero lanzarlos al combate; pero entonces cada batallón incluía un número suficiente de oficiales y suboficiales expertos, cada compañía, algunos soldados veteranos y el día de la batalla las nuevas tropas estaban constituidas en brigadas, junto con los veteranos y, por así decirlo, se veían enmarcadas por ellas. En Estados Unidos no existían tales condiciones. Sin la considerable experiencia militar llegada a la Unión como consecuencia de las conmociones revolucionarias europeas de 1848-1849, la organización del ejército unionista habría requerido un plazo aun mayor [64]. El escaso número de muertos y heridos, con respecto al total de las fuerzas comprometidas (comúnmente uno por cada veinte), demuestra que las batallas, inclusive los últimos combates de Kentucky y Tennessee, fueron libradas principalmente con armas de fuego, a una distancia bastante grande, y que las incidentales cargas a la bayoneta se detenían pronto ante el fuego del enemigo, o lo ponían en fuga antes de convertirse en encuentros cuerpo a

cuerpo. Entretanto, la nueva campaña ha sido iniciada bajo los auspicios más favorables, con el avance de Buell y Halleck a través de Kentucky y Tennessee. Reconquistadas Missouri y Virginia oriental, la Unión inició la campaña con el avance hacia Kentucky. Los secesionistas tenían allí tres vigorosas posiciones: Columbus, en el Mississippi, en su flanco izquierdo; Bowling Green, en el centro; Mili Spring, en el río Cumberland, a la derecha. Su frente abarcaba trescientas millas, de oeste a este. La extensión de esta línea impedía a los tres cuerpos brindarse mutuo apoyo y daba a las tropas unionistas la oportunidad de atacarlos por separado con fuerzas superiores. El gran error de los secesionistas surgía del intento de ocupar todas las posiciones. Un solo campamento central sólido y fortificado, elegido como campo de batalla para un encuentro decisivo, y ocupado por el grueso del ejercito, habría defendido a Kentucky con mucho mayor eficacia. Esto hubiese atraído al grueso de las fuerzas unionistas o las hubiese colocado en una situación peligrosa en caso de que intentaran avanzar sin prestar atención a tan vigorosa concentración de tropas.

En las circunstancias expuestas, los unionistas resolvieron atacar a esos tres campamentos uno tras otro, expulsar de ellos al enemigo, y obligarlo a aceptar una batalla en campo abierto. Este plan, acorde con todas las reglas del arte militar, fue llevado a cabo con energía y rapidez. Al promediar enero, un cuerpo de casi quince mil unionistas marchó hacia Mili Spring, donde acampaban veinte mil secesionistas. Aquellos maniobraron como para hacer creer al adversario que tenía ante sí un débil destacamento de reconocimiento. El general Zoillcofer cayó en la trampa; salió de su campamento fortificado y atacó a los unionistas. Pero bien pronto se convenció de que tenía que vérselas con una fuerza superior; murió en la lucha y sus fuerzas sufrieron una completa derrota, como los unionistas en Bull Run. Esta vez, empero, la victoria fue aprovechada en forma muy diferente.

Los vencedores persiguieron con crueldad al ejército batido, hasta que este llegó, agotado, desmoralizado, sin artillería de campaña ni convoyes a su campamento en Mili Spring. Este había sido levantado en la ribera norte del río Cumberland, de manera tal que, en caso de que ocurriera otra derrota, a las tropas no les quedaba más vía de repliegue que cruzar el río en algunos barcos y lanchas. En general, encontramos que los secesionistas ubicaban todos sus campamentos en la orilla *enemiga* del río. Tal posición no solo está de acuerdo con las reglas, sino que también es muy práctica cuando en la retaguardia hay un puente. En tal caso, el campamento sirve como cabeza de puente y permite a sus ocupantes, si es necesario, lanzar sus fuerzas a ambas riberas del río, manteniendo, en tal forma, el dominio absoluto del mismo. Sin un puente en la retaguardia, por el contrario, un campamento en la parte enemiga del río corta la retirada después de un combate infructuoso y obliga a las tropas a capitular, a exponerse a la matanza o ahogarse, como ocurrió con los unionistas en Ball's Bluff, en la orilla enemiga del Potomac, adonde los había llevado la traición del general Stone.

En cuanto los derrotados secesionistas llegaron a su campamento en Mili Spring, comprendieron que debían contestar el ataque del enemigo a sus fortificaciones o se verían obligados a capitular en breve plazo. Después de la ex-

periencia de la mañana habían perdido la confianza en sus fuerzas y, cuando al día siguiente los unionistas avanzaron para atacar el campamento, se encontraron con que el enemigo había aprovechado la noche para cruzar el río, abandonando el campamento, los convoyes, la artillería y todas las provisiones. En esta forma, el flanco de la extrema derecha de la línea de los secesionistas fue rechazado hasta Tennessee, y el este de Kentucky —donde la masa de la población es hostil al partido de los propietarios de esclavos— fue reconquistada por los unionistas.

Hacia mediados de enero, comenzaron los preparativos para desalojar a los secesionistas de Columbus y Bowling Green. Se difundió la noticia de que se había preparado, una poderosa flotilla de barcas con morteros y cañoneras acorazadas para servir de convoy a un gran ejército que marchaba a lo largo del Mississippi, de Cairo y a Memphis y Nueva Orleans. Empero todas las maniobras en el Mississippi, eran solo un engaño. En el momento decisivo, las cañoneras acorazadas fueron llevadas al Ohio y de allí al Tennessee, viajando luego hasta el fuerte Henry. Este punto, junto con el fuerte Donnelson, en el río Cumberland, constituía la segunda línea de defensa de los secesionistas en Tennessee. La posición fue bien elegida, ya que, en caso de una retirada al otro lado del Cumberland, este cubriría su frente, cuyo flanco izquierdo es el Tennessee, mientras que la angosta franja de tierra que se extiende entre los dos ríos estaría suficientemente defendida por los mencionados fuertes. Sin embargo, una acción rápida de los unionistas rompió la segunda línea, antes de que el flanco izquierdo y el centro de la primera línea fuesen atacados.

En la primera semana del mes de febrero, las cañoneras acorazadas de los unionistas hicieron su aparición ante el fuerte Henry, que se rindió luego de un breve bombardeo. La guarnición huyó al fuerte Donnelson, puesto que las fuerzas terrestres de la expedición eran insuficientes para cercar a los rendidos. Las cañoneras siguieron río abajo por el Tennessee, remontaron el Ohio, y de allí, por el Cumberland, llegaron al fuerte Donnelson. Una sola de las cañoneras navegó intrépidamente por el Tennessee arriba, a través del propio corazón del Estado del mismo nombre, dejó atrás el Mississippi, y avanzó hasta Florence, en el norte de Alabama, donde una serie de pantanos y bancos (conocidos como Mussle Shoals) impiden seguir la navegación. El hecho de que una sola cañonera haya podido efectuar ese largo trayecto de más de ciento cincuenta millas, no menos, y luego haya regresado, sin haber sufrido ataque alguno, demuestra que a lo largo del río prevalece el sentimiento unionista y que será muy útil para sus tropas si realizan un avance tan profundo.

La expedición fluvial del Cumberland combinó sus movimientos con los de las fuerzas de tierra, a las órdenes de los generales Halleck y Grant. Los secesionistas fueron engañados en Bowling Green en cuanto a los movimientos de los unionistas. Por consiguiente, permanecieron tranquilos en el campamento, mientras que una semana después de la caída del fuerte Henry una unidad de cuarenta mil unionistas ya asediaba el Donnelson por tierra y una poderosa flotilla de cañoneras lo amenazaba por agua. Como el campamento de Mili Spring y el fuerte Henry, el Donnelson tenía en su retaguardia el río, pero no un puente para el caso de retirada. Era la posición más fuerte que los

unionistas habían atacado hasta ese momento. Allí los trabajos de fortificación se habían llevado a cabo con el mayor cuidado; y tenía capacidad para alojar a los veinte mil hombres de su guarnición. El primer día del ataque, las cañoneras silenciaron el fuego de las baterías que apuntaban hacia el río y bombardearon el interior de las fortificaciones, mientras que las tropas de tierra rechazaban a las avanzadas del enemigo y obligaban al grueso de los secesionistas a buscar abrigo junto a su propia artillería de fortificación. Al segundo día, las cañoneras, que habían sufrido serias averías la víspera, actuaron al parecer débilmente. Las tropas de tierra, por el contrario, tuvieron que mantener largos y, en algunos sitios, violentos encuentros con el destacamento de la guarnición, que trataba de destruir el flanco derecho del enemigo, con el objeto de asegurar su línea de retirada hacia Nashville. Sin embargo, un ataque enérgico del flanco derecho de los unionistas contra el izquierdo de los secesionistas, y los considerables refuerzos que recibió el flanco izquierdo de aquellos, decidió la victoria en favor de los atacantes. Diversas fortificaciones exteriores fueron tomadas por asalto. La guarnición, rechazada hasta la línea interna del fuerte, sin probabilidad alguna de retirarse, y evidentemente incapaz de ofrecer resistencia al ataque de la mañana siguiente, se rindió en forma incondicional al otro día.

II

Con el fuerte Donnelson cayeron en poder de los unionistas la artillería, los convoyes y las provisiones militares del enemigo; trece mil secesionistas se rindieron el día en que se tomó el fuerte; otros mil al día siguiente, y tan pronto como las avanzadas de los vencedores aparecieron ante Clarkville, ciudad ubicada al norte del río Cumberland, esta abrió sus puertas. También allí se habían almacenado abastecimientos para los secesionistas en cantidades considerables.

La captura del fuerte Donnelson presenta un solo enigma: la huida del general Floyd con cinco mil hombres durante el segundo día del bombardeo. Estos fugitivos eran demasiado numerosos para poder ser transportados subrepticiamente en barcos, durante la noche. Si los atacantes hubiesen tomado algunas medidas de precaución no habrían podido huir.

Siete días después de la capitulación del fuerte Donnelson, Nashville fue ocupada por los federales. La distancia entre ambos puntos es de cerca de cien millas inglesas, y la marcha a razón de 15 millas por día, por caminos pésimos, hacen honor a las tropas unionistas. Al enterarse de la caída del fuerte Donnelson, los secesionistas evacuaron Bowling Green; una semana más tarde abandonaban Columbus y se retiraban a una isla del Mississippi, situada a cuarenta y cinco millas al sur. Así pues, el Estado de Kentucky fue completamente reconquistado por los unionistas. Sin embargo, los secesionistas solo pueden conservar a Tennessee, si emprenden una gran batalla y la ganan. Se dice que, con ese propósito, han concentrado ya sesenta y cinco mil hombres. Mientras tanto, nada impide a los unionistas oponerles una fuerza superior.

La dirección de la campaña de Kentucky, desde Somerset hasta Nashville, merece el mayor elogio. La reconquista de tan vasto territorio, la marcha desde el Ohio hasta el Cumberland, durante un mes, evidencia una energía, resolución y rapidez que raras veces han logrado ejércitos regulares de Europa. Se puede comparar, como ejemplo, el lento avance de los aliados en 1859 de Magenta a Solferino, sin perseguir al enemigo en retirada, sin el menor esfuerzo para cortar el camino a sus rezagados o envolver y cercar a cuerpos enteros de ejércitos adversarios.

Halleck y Grant, en particular, son excelentes modelos de mando militar decidido. Sin tener en cuenta para nada a Columbus o a Bowling Green, concentran sus fuerzas frente a los puntos decisivos, los fuertes Henry y Donnelson; se apoderan de ellos con un ataque rápido y enérgico, y de ese modo ponen a Columbus y Bowling Green en una situación sin salida. Luego marchan sin pérdida de tiempo a Clarkville y Nashville, sin dar lugar a que los secesionistas en retirada tomen nuevas posiciones en el norte de Tennessee. Durante esta rápida persecución, el cuerpo de tropas secesionistas en Columbus permaneció completamente separado del centro y del flanco derecho de su ejército. Los diarios ingleses han criticado de manera injusta esta operación. Aunque el ataque al fuerte Donnelson hubiera fracasado, los secesionistas de Bowling Green, amenazados por el general Buell, no podrían haber destacado un número tal de hombres que permitiera a la guarnición perseguir a los rechazados unionistas o hacer peligrar su retirada. En cuanto a Columbus, estaba tan lejos, que no podía interferir en los movimientos de Grant. En realidad, después de que los unionistas hubieron limpiado a Missouri de secesionistas, Columbus había perdido para ellos toda importancia. Las tropas que formaban su guarnición tenían que apresurar muchísimo su retirada a Memphis o a Arkansas, para escapar al peligro de tener que deponer ignominiosamente las armas.

Como consecuencia de la limpieza del Missouri y de la reconquista de Kentucky, el teatro de operaciones se ha estrechado tanto, que los diferentes ejércitos pueden colaborar, hasta cierto punto, a lo largo de la línea de operaciones y lograr determinados resultados. En otras palabras, la guerra adquiere ahora, por primera vez, un carácter *estratégico*, y la configuración geográfica del país cobra nuevo interés. La tarea de los generales del Norte consiste ahora en hallar el talón de Aquiles de los Estados algodoneros.

Hasta la toma de Nashville no había sido posible contar con una estrategia concertada entre los ejércitos de Kentucky y el Potomac, pues estaban uno muy lejos del otro. Se hallaban en el mismo frente, pero sus líneas de operación eran completamente diferentes. Solo con el victorioso avance hacia Tennessee, los movimientos del ejército de Kentucky se tornaron importantes para todo el teatro de la contienda.

Los diarios estadounidenses, influidos por McClellan, hacen mucho alboroto acerca de la teoría «anaconda» del envolvimiento. De acuerdo con ella, una inmensa línea de ejércitos rodeará a los insurrectos, apretará gradualmente su cerco y terminará por estrangularlos. Eso es pura niñería. Es la rehabilitación del llamado «*sistema de cordón*», inventado en Austria hacia 1770

y utilizado contra los franceses de 1792 a 1797 con tanta obstinación como ineficacia. En Jemmapes, Fleurus y, más especialmente, en Montenotte, Millesimo, Dego, Castiglione y Rívoli, se puso fin a este sistema. Los franceses cortaban en dos a la «anaconda», mediante ataques en un punto donde habían concentrado fuerzas superiores. Entonces los anillos de la ««anaconda» eran cercenados en pedazos, uno por uno.

En los Estados muy poblados y más o menos centralizados, siempre existe un centro, cuya ocupación por el enemigo debe quebrantar las posibilidades de resistencia de la nación. París es un brillante ejemplo. Pero los Estados esclavistas no poseen tal centro. Están escasamente poblados, las ciudades grandes son pocas y las que hay se hallan en la costa marítima. Cabe preguntarse: ¿existe, no obstante, en ellos un centro de gravedad militar, con cuya ruptura se quebraría la espina dorsal de su resistencia, o como Rusia en 1812, no serán conquistados sin ocupar cada aldea, cada localidad, en una palabra, sin ocupar toda la periferia? Echemos un vistazo a la conformación geográfica del territorio de la secesión, con sus largas extensiones de costas sobre el océano Atlántico y el golfo de México. En tanto los confederados retuvieron Kentucky y Tennessee, el territorio ocupado por ellos constituía una gran masa compacta. La pérdida de estos dos Estados introduce en él una inmensa cuña, ya que separa los Estados situados al norte del océano Atlántico de los del golfo de México. La ruta directa de Virginia y las dos Carolinas a Texas, Luisiana, Mississippi y aun, en parte, a Alabama, atraviesa Tennessee ocupada ahora por los unionistas. Después de la conquista completa de este Estado por los unionistas la *única* ruta, que vinculará los dos grupos de Estados esclavistas, pasa por Georgia. Esto demuestra que *Georgia es la llave hacia el territorio de secesión*. Si la Confederación lo perdiese quedaría cortada en dos partes, sin posibilidad alguna de contacto entre sí. Además, casi sería imposible pensar en que los secesionistas pudiesen reconquistar Georgia, pues las fuerzas combatientes unionistas se concentrarían en una posición central, mientras que sus adversarios, divididos en dos campos, difícilmente tendrían fuerzas suficientes para reunirlas en una ofensiva común.

¿Sería el requisito para tal operación la conquista de toda Georgia, con la costa de Florida? En modo alguno. En un país donde las comunicaciones, particularmente entre puntos distantes, dependen más del ferrocarril que de las carreteras, basta con capturar aquel. La línea ferroviaria más meridional que corre entre los Estados del golfo de México y la costa del Atlántico, atraviesa Macon y Gordon, cerca de Milledgeville.

Por consiguiente, la ocupación de estos dos puntos cortaría a la *Secessia* en dos partes y permitiría a los unionistas derrotar una tras otra. Al mismo tiempo, de lo anterior se deduce que ninguna república del Sur puede vivir sin Tennessee. Sin este Estado, el nervio vital de Georgia se sitúa a solo ocho o diez días de marcha desde la frontera; el puño del Norte estaría siempre suspendido sobre la cabeza del Sur y, a la menor presión, los confederados tendrían que rendirse o luchar de nuevo por su existencia, en tales circunstancias que una sola derrota eliminaría toda perspectiva de éxito.

De las consideraciones anteriores, se deduce:

El Potomac *no* es la posición más importante del teatro de operaciones. La captura de Richmond y el avance del ejército del Potomac hacia el Sur —dificultado por los muchos ríos que cruzan el camino— podría surtir un efecto moral tremendo. Desde el punto de vista puramente militar, *nada* decidiría.

El resultado definitivo de la campaña está en manos del ejército de Kentucky, que ahora se halla en Tennessee. Por un lado, está más próximo a los puntos decisivos; por el otro, ocupa un territorio sin el cual la Secesión no puede vivir. Este ejército, por consiguiente, tendría que ser fortalecido a expensas de todos los demás y del sacrificio de todas las operaciones menores.

Sus próximos objetivos de operaciones serían Chattanooga y Dalton, en el alto Tennessee, los centros ferroviarios más importantes de todo el Sur. Una vez ocupados, la vinculación entre los Estados orientales y occidentales de la *Secessia* quedará limitada a las líneas de comunicación de Georgia. El problema siguiente sería, después de apoderarse de Atlanta y Georgia, cortar la otra línea ferroviaria y destruir, por fin, el último nexo entre las dos secciones, mediante la captura de Macon y Gordon.

Por el contrario, si se sigue el plan «anaconda», a pesar de todos los éxitos locales que se obtuvieran, aun en el Potomac, la contienda podría prolongarse en forma indefinida, en tanto que las dificultades financieras, junto con las intrigas diplomáticas, ensancharían su campo de acción.

Escrito por K. Marx y F. Engels en alemán, en marzo de 1862. Publicado por primera vez en el periódico *Die Presse* el 26 y 27 de marzo de 1862. K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XII, p. II.

LA SITUACIÓN EN EL TEATRO DE LA GUERRA NORTEAMERICANA

La captura de Nueva Orleans, como esclarecen los detallados informes que acaban de llegar, es una hazaña sin precedentes, brillante, de la flota. La flota de los unionistas consistía solo de barcos de madera: alrededor de seis buques de guerra armados con catorce a veinticinco cañones cada uno, con una numerosa flotilla auxiliar de cañoneras y lanchas portadoras de morteros. Esta flota tenía ante sí dos fuertes que bloqueaban el curso del Mississippi. Dentro del alcance de los cien cañones de estos fuertes, las aguas estaban obstruidas por una poderosa cadena, detrás de la cual se hallaba una serie de torpedos, balsas incendiarias y otras armas de destrucción. Para pasar entre los fuertes había que superar estos primeros obstáculos. Pero detrás de aquellos se hallaba una amenazante línea de defensa formada por cañoneras blindadas, entre ellas la «Manassas», ariete de hierro, y la «Luisiana», poderosa batería flotante. Después de que los unionistas hubieron bombardeado durante los primeros seis días, y sin resultado alguno, los dos fuertes que dominaban completa-

mente el río, resolvieron atravesar ese fuego, forzar la barrera de hierro con tres divisiones, remontar el río y arriesgar una batalla con los *ironsides* [65]. El audaz intento tuvo éxito. Y tan pronto como la flotilla apareció frente a Nueva Orleáns la victoria, naturalmente, quedó decidida.

A Beauregard ya no le quedaba qué defender en Corinto. Su posición allí tenía algún sentido en tanto protegía a Mississippi y Luisiana, y en particular a Nueva Orleáns. Ahora se encuentra en una situación estratégica en que la pérdida de la batalla no le deja otra salida que dividir a su ejército en pequeños destacamentos de guerrilleros; porque si en la retaguardia de su ejército no cuenta con una gran ciudad en la que estén concentradas las líneas férreas y el abastecimiento, no podrá mantener a las masas bajo sus órdenes.

McClellan ha demostrado, en forma incontrovertible, que aquel es nulo en materia militar, ascendido casualmente a un puesto de mando y responsabilidad, y que en las operaciones bélicas no pretende derrotar al enemigo, sino solo evitar ser derrotado, para conservar así las riendas del poder que ha usurpado. Se conduce como los antiguamente llamados «generales que maniobran›, aquellos que justificaban su terror ante cualquier paso táctico decisivo, arguyendo que, mediante el envolvimiento estratégico, obligaban a sus enemigos a entregar sus posiciones. Los confederados siempre se le escurren de las manos, pues en el momento decisivo, nunca los ataca. Así por ejemplo, los dejó retirarse tranquilamente de Manassas a Richmond, aunque ese plan había sido ya anunciado días antes, hasta por los diarios de Nueva York (por ejemplo, el *Tribune*). Luego dividió su ejército y flanqueó a los confederados estratégicamente, y con su cuerpo de tropas se fortificó frente a Yorktown. La guerra de sitio siempre da pretexto para perder tiempo y eludir una batalla. Tan pronto como hubo concentrado una fuerza superior a la de los confederados, los dejó retirar de Yorktown a Williamsburg y aun más allá, sin obligarlos a entrar en combate. Nunca se ha librado una guerra en forma más despreciable. Si el combate de retaguardia, durante el repliegue de Williamsburg, terminó en derrota para la retaguardia de la Confederación en lugar de convertirse en una segunda Bull Run para las tropas unionistas, McClellan fue completamente inocente respecto de ese resultado.

Después de una marcha de casi doce millas (inglesas), bajo un aguacero que duró veinticuatro horas, y por caminos llenos de barro, 8000 soldados unionistas, a las órdenes del general *Heinzelman* (de ascendencia germana, pero nacido en Pensilvania), llegaron a las cercanías de Williamsburg y se encontraron solo con algunos débiles piquetes del enemigo. Sin embargo, en cuanto este advirtió que el destacamento recién llegado era poco numeroso, despachó refuerzos de sus fuerzas escogidas desde Williamsburg, y las aumentó poco a poco hasta totalizar veinticinco mil hombres. Hacia las 9 de la mañana, se habían trabado en un combate de gran envergadura; hacia las 12:30, el general Heinzelman advirtió que el encuentro iba favoreciendo al enemigo. Envió entonces un mensajero tras otro al general Kearny, quien se hallaba a ocho millas de su retaguardia, pero este solo pudo avanzar lentamente, por un camino que era un verdadero lodazal. Durante una hora íntegra Heinzelman siguió sin recibir refuerzos y los regimientos 7º y 8º de Jersey que

habían agotado su provisión de pólvora, comenzaron a huir hacia los bosques, a ambos lados del camino principal. Heinzelman ordenó entonces al coronel Mennill que, con el escuadrón de la caballería de Pensilvania, tomara posición en ambos linderos del bosque, y amenazó con fusilar a los desertores. Esto hizo que los soldados volvieran a ocupar su puesto en las filas.

Además el orden fue restablecido por el ejemplo que dio un regimiento de Massachussetts, el que, agotada la pólvora, aguardaba serenamente al enemigo con las bayonetas caladas. Por fin apareció la vanguardia del general Kearny, a las órdenes del brigadier Berry (del Estado de Maine). El ejército de Heinzelman recibió a sus salvadores con un alborozado «¡hurra!»: Heinzelman ordenó a la banda del regimiento que tocase *Yankee Doodle* [66] y colocó al destacamento de Berry delante de sus tropas fatigadas, en un frente de* casi media milla de extensión. Tras un fuego preliminar de fusilería, la brigada de Berry hizo una violenta carga a la bayoneta y expulsó al enemigo del campo de batalla, haciéndolo ocupar sus trincheras de las cuales la mayor, después de pasar repetidas veces de unas manos a otras, quedó en poder de los unionistas. Así, pues, se restableció el equilibrio de la batalla. La llegada de Berry salvó a los unionistas. El arribo de las brigadas de Jameson y Birney, a las 4, decidió la victoria. A las 9 de la noche, comenzó la retirada de los confederados de Williamsburg, la cual continuó el día siguiente, en dirección a Richmond, seguidos en forma apremiante por la caballería de Heinzelman. A la mañana siguiente de la batalla, entre las 6 y las 7, este ocupó Williamsburg con las unidades del general Jameson. No hacía más de media hora que la retaguardia del enemigo en fuga había evacuado la ciudad por el extremo opuesto. La de Heinzelman fue una batalla de infantería en el sentido estricto de la palabra. La artillería apenas entró en acción. El fuego de fusilería y las cargas a la bayoneta fueron decisivos. Si el Congreso de Washington deseara expresar su reconocimiento, debería agradecer al general Heinzelman, que salvó a los yanquis de una segunda Bull's Run, y no a McClellan, quien según su costumbre evitó tomar «la decisión táctica›» y dejó escapar por tercera vez a un adversario numéricamente más débil.

El ejército confederado de Virginia está en mejores condiciones que el de Beauregard; primero, porque está enfrentando a un McClellan y no a un Halleck, y luego, porque su línea de retirada es atravesada por muchos ríos que desde la montaña fluyen hacia el mar. Sin embargo, para impedir que la *inacción* convierta a ese ejército en bandas, sus generales, tarde o temprano, se verán obligadas a aceptar un combate decisivo, tal como los rusos se vieron obligados a luchar en Smolensk y Borodinó [67], *contra* la voluntad de sus generales que juzgaban correctamente la situación. Por más ineficaz que haya sido la dirección general de McClellan, es de prever que las constantes retiradas, acompañadas por la pérdida de la artillería, municiones y otros abastecimientos militares, así como las breves y fracasadas escaramuzas de la retaguardia han desmoralizado en extremo a los confederados, y ello se pondrá de manifiesto cuando se libre una batalla decisiva. Por lo tanto, llegamos a la siguiente conclusión:

Si Beauregard o Jefferson Davis pierden una batalla decisiva, sus ejércitos se disgregarán en bandas. En caso de que uno de ellos gane un combate decisivo, lo cual es absolutamente improbable, esto solo postergará la disgregación de sus ejércitos. No están en situación de extraer el menor provecho duradero ni siquiera de una victoria. No pueden avanzar más de veinte millas inglesas sin detenerse y verse obligados nuevamente a esperar otra ofensiva del enemigo.

Resta examinar aún las probabilidades de una guerra de guerrillas. Y es aquí donde debemos señalar el hecho sorprendente de que en esta guerra contra los esclavistas, la población haya participado muy débilmente, o para ser más exactos, no lo haya hecho en medida alguna. En 1813, las líneas de comunicación de los franceses eran constantemente interrumpidas y hostigadas por Colomb, Lützow, Chernishev y otros veinte jefes guerrilleros y cosacos. En 1812, la población de Rusia desapareció por completo del camino que recorrían los franceses; en 1814, los campesinos franceses empuñaban las armas y mataban a las patrullas y a los soldados rezagados de las tropas aliadas; pero aquí no vemos absolutamente nada. Se resignan sumisos al *resultado de las grandes batallas y se consuelan* con el *«victrix causa diis placuit, sed victa Catoni»* [«los dioses estuvieron por el vencedor, pero Catón por el vencido»]. Los discursos altisonantes que llaman a librar la guerra hasta el fin se desvanecen como el humo. Difícilmente pueda dudarse, por cierto, de que los «*white trash*» [«porquería blanca»], como los plantadores llaman a los «blancos pobres», intentarán medir sus fuerzas en una guerra de guerrillas y en incursiones. Pero esos intentos trasformarán rápidamente a los dueños de plantaciones pudientes en *unionistas*. Llamarán en su ayuda inclusive a las tropas de los yanquis. Los incendios de gran cantidad de algodón, etc., que se dice han sido efectuados en Mississippi, están confirmados exclusivamente por el testimonio de dos habitantes de Kentucky, quienes habían ido a Luisville, ciertamente, no por el Mississippi. No era difícil organizar el incendio en Nueva Orleáns. Allí el fanatismo de los comerciantes se explica por el hecho de que fueron obligados a aceptar una cantidad de bonos del Estado del gobierno confederado por dinero efectivo. Este último incendio se repetirá en otras ciudades; sin duda, todavía se quemará algo más; pero todos estos efectos teatrales solo pueden agudizar al extremo la disensión entre los plantadores y la «porquería blanca», y entonces... «¡Finis secessiae!»

Escrito por K. Marx y F. Engels en alemán, alrededor del 25 de mayo de 1862.
Publicado por primera vez en *Die Presse* el 30 de mayo de 1862.
K. Marx y F. Engels, Obras, t. XII, p. II.

LA GUERRA AUSTRO-PRUSIANA (1866)

NOTAS SOBRE LA GUERRA EN ALEMANIA [68]

I

Estas notas tienen el único objeto de explicar en forma imparcial, exclusivamente desde el punto de vista militar, los actuales acontecimientos bélicos, y también esclarecer, en la medida de lo posible, su probable influencia sobre las operaciones que se avecinan.

La comarca donde se deben lanzar los primeros golpes decisivos es el límite de Sajonia y Bohemia. Es difícil que la guerra en Italia pueda tener algún resultado concluyente mientras no sea tomado el rectángulo [69], cuya conquista significará, quizás, una operación bastante prolongada. Es probable que en el oeste de Alemania se libren varios encuentros militares, pero si se tiene en cuenta la cantidad de tropas que operan allí, sus resultados solo tendrán importancia secundaria con relación a los sucesos del límite de Bohemia. Por eso por ahora concentramos nuestra atención exclusivamente en esta región.

Para juzgar la fuerza de los ejércitos en pugna es suficiente tener en cuenta, para los fines prácticos, solo a la infantería, teniendo presente, sin embargo, que el número de la caballería austríaca está en proporción de 3 a 2 respecto de la prusiana. La relación de la artillería de ambos ejércitos es más o menos igual que la de la infantería, y equivale aproximadamente a tres cañones por cada 1000 hombres.

La infantería prusiana consta de 253 batallones de línea, 83 ½ batallones de reserva y 116 batallones de *Landwehr* (de la primera convocatoria, con edades que oscilan entre 27 y 32 años). Los batallones de reserva y el *Landwehr* constituyen las guarniciones de las fortalezas; además, se los destina a operaciones militares contra los pequeños Estados alemanes, mientras que las tropas de línea están concentradas en Sajonia y sus alrededores para luchar contra el ejército austríaco del norte. Si se descuentan unos 15 batallones que ocupan Schleswig-Holstein, y otros 15 que constituyen las guarniciones de Rastatt, Maguncia y Fráncfort, en la actualidad concentradas en Wetzlar, quedan para el ejército principal unos 220 batallones. Con la artillería, la caballería y las

fuerzas del *Landwehr* que pueden ser retiradas de las fortalezas vecinas, este ejército cuenta con unos 300 000 hombres, formados en 9 cuerpos de ejército.

El ejército del norte de Austria está constituido por 7 cuerpos de ejército, y, por lo demás, cada cuerpo austríaco es mucho más poderoso que uno prusiano. En la actualidad sabemos muy poco sobre la formación y organización de los primeros, pero tenemos todas las razones para suponer que constituyen un ejército de 320 000 a 350 000 hombres. Es evidente, pues, que los austríacos tienen superioridad numérica.

El comandante en jefe del ejército prusiano será el rey, o sea un héroe de desfiles, dotado, en el mejor de los casos, de mediocres aptitudes militares y de un carácter débil, aunque no exento de terquedad. Estará rodeado, en primer término, por el Estado Mayor general del ejército, a cuyo frente se encuentra el general Moltke, excelente comandante; en segundo lugar, por el «gabinete militar propio», compuesto por sus favoritos y, en tercer término, por los oficiales superiores, incluidos a su antojo en su séquito, sin un destino definido. No se podría haber concebido con más éxito la derrota del ejército por la propia organización del Estado Mayor. Se entiende que desde el comienzo mismo surge una rivalidad entre el Estado Mayor del ejército y el gabinete real, en cuyo trascurso cada uno lucha por imponer su influencia, por elaborar y defender sus planes predilectos para el desarrollo de las operaciones. Esto ya es casi suficiente para eliminar toda posibilidad de que existan unidad de objetivos y coherencia en las acciones. Luego se comenzará a convocar interminables consejos militares, inevitables en tales circunstancias, y que en nueve casos de cada diez terminarán por adoptar medidas a medias, es decir, utilizarán el peor de los procedimientos durante una guerra. En tales casos, las órdenes de hoy contradicen por lo común a las del día anterior, y cuando surgen complicaciones o la situación se toma amenazante, aquellas se suprimen del todo, dejando que las cosas sigan su propio curso. «*Ordre, contreordre, désordre*» [orden, contraorden, desorden], decía Napoleón. Nadie es responsable, puesto que un rey irresponsable asume toda la responsabilidad, y por eso nadie hace nada sin recibir una orden directa. La campaña de 1806 fue conducida de manera análoga por el padre del rey actual, y sus resultados fueron las derrotas de Jena y Auerstadt y la de todo el ejército prusiano en el trascurso de tres semanas; no hay motivos para pensar que el rey actual sea más enérgico que su padre; y mientras en el conde Bismarck halló a un hombre en quien depositar su más absoluta confianza en cuanto a la dirección política, en el ejército no hay un hombre con suficiente autoridad como para tomar sobre sus hombros toda la responsabilidad de dirigir las operaciones militares.

El ejército austríaco se encuentra bajo el mando unipersonal del general Benedek, jefe experto, que por lo menos sabe lo que quiere. La superioridad del mando supremo está, sin lugar a dudas, de parte de los austríacos.

Las tropas prusianas se hallan divididas en dos «ejércitos»; el primero, al mando del príncipe Federico Carlos, está compuesto de los cuerpos, 1º, 2º, 3º, 4º, 7º y 8º; el segundo, comandado por el Kronprinz, por los cuerpos 5º y 6º. La guardia, que forma la reserva principal, será incorporada probablemente al primer ejército. Esta distribución no solo quebranta la unidad del mando, sino

que impulsa con mucha frecuencia a los dos ejércitos a moverse en distintas direcciones operativas, a coordinar sus movimientos, a establecer puntos de unión en la esfera de operaciones del enemigo; en otras palabras, favorece la dispersión de las tropas prusianas, cuando, en la medida de lo posible, deberían mantenerse juntas. Los prusianos en 1806 y los austríacos en 1859, en circunstancias muy similares, siguieron idéntica conducta y fueron derrotados. En cuanto a los dos comandantes, el *Kronprinz*, como militar es una incógnita, mientras que el príncipe Federico Carlos sin duda no reveló aptitudes de gran comandante durante la guerra de Dinamarca.

El ejército austríaco no tiene tales subdivisiones: los comandantes de los cuerpos de ejército están subordinados directamente al general Benedek. Por consiguiente, también en lo que respecta a la organización del ejército, los austríacos superan a sus enemigos.

Los soldados prusianos, sobre todo los reservistas y el *Landwehr*, a quienes hubo que convocar para completar los efectivos (y su número fue bastante importante) van a la guerra contra su voluntad; los austríacos, por el contrario, deseaban desde hace tiempo la guerra contra Prusia y aguardan con impaciencia la orden de partir. En consecuencia, también tienen ventajas en cuanto al *estado moral* de las tropas.

En el trascurso de 50 años, Prusia no libró guerras de importancia; su ejército, en general, es un ejército de tiempo de paz, en el que imperan la pedantería y el formalismo, característicos de todos los ejércitos en esas condiciones. No hay duda de que en este último período, sobre todo desde 1859, se hizo mucho para dejar a un lado esas características; pero no es tan fácil desarraigar los hábitos adquiridos en cuarenta años, y aún pueden hallarse muchos pedantes incapaces, sobre todo en los puestos de mayor importancia, o sea, entre los comandantes del ejército en operaciones. Los austríacos, en cambio, están bien curados de esa enfermedad, gracias a la guerra de 1859, y han aprovechado de la mejor manera la experiencia comprada a tan alto precio. Es indudable que igualmente en cuanto a la organización de los detalles, destreza militar y experiencia, los austríacos superan a los prusianos.

Aparte de las tropas rusas, solo las prusianas adoptan como formación de combate normal la columna profunda y cerrada. Imaginemos las ocho compañías del batallón inglés en columna a distancias acortadas, y el frente formado no con una compañía, sino con dos, de modo que cada cuatro hileras de dos compañías formen una columna, y tendremos la «columna de asalto prusiana». No se puede concebir mejor blanco para el fuego de los cañones rayados, y puesto que estos disparan desde una distancia de 2000 yardas, con tal disposición resultará casi imposible que la columna pueda aproximarse al enemigo. El gran problema es saber si no bastará que irrumpa un solo proyectil en esa masa para que este batallón pierda su capacidad de combatir.

Los austríacos adoptaron en su ejército la columna francesa muy dispersa, a la que inclusive resulta difícil llamar columna, porque más bien se trata de dos o tres filas, dispuestas sucesivamente, a una distancia de 20 a 30 yardas, es dudoso que tal columna sufra pérdidas mayores que la columna desplega-

da ante la acción del fuego de la artillería. Las ventajas de la formación táctica también están de parte de los austríacos.

Los prusianos solo pueden oponer dos elementos a todas estas ventajas. Su intendencia es mejor, sin duda, por lo que también será mejor la alimentación de sus tropas. La intendencia austríaca —a semejanza de toda su administración— es una guarida de soborno y dilapidación, y difícilmente mejor que la rusa. Ya tenemos noticias de que las tropas se alimentan mal y de modo irregular; en el campo de batalla y en las fortalezas la situación será aún peor, y, por consiguiente, la administración austríaca puede resultar un enemigo más peligroso que la artillería italiana para las fortalezas del rectángulo.

Otra ventaja de los prusianos es su mejor armamento. Aunque su artillería rayada es mucho mejor que la austríaca, esto no tendrá gran importancia en campo abierto. El alcance, trayectoria y precisión de las armas prusianas y austríacas es más o menos igual, pero los prusianos cargan sus fusiles por la culata, por lo que pueden lanzar desde sus filas un fuego ininterrumpido y preciso, tirando no menos de cuatro veces por minuto. La gran superioridad de este arma quedó demostrada en la guerra dinamarquesa [70], y es seguro que los austríacos experimentarán en carne propia sus efectos en grado mucho mayor. Si, como se afirma, según las indicaciones de Benedek, pasan enseguida a la carga a la bayoneta, sin perder mucho tiempo en mantener el fuego, sufrirán grandes pérdidas. En la guerra danesa, las bajas de los prusianos jamás pasaron de la cuarta parte, y a veces solo alcanzaron a un décimo de las sufridas por los dinamarqueses; y, tal como señaló hace poco tiempo y con toda justicia uno de los corresponsales militares del *Times*, en casi todas partes los daneses experimentaron la derrota ante tropas mucho menores del enemigo.

Sin embargo, a pesar del fusil de aguja, la superioridad no está de parte de los prusianos; y si estos no llegan a ser derrotados en la primera batalla de importancia debido a la superioridad del comando, la organización, la formación de combate y el *estado moral* de los austríacos y, por fin, lo cual es no menos importante, debido a sus propios comandantes, deberán poseer ciertamente un valor muy diferente del que puede esperarse de un ejército cuya existencia trascurrió en condiciones de paz durante cincuenta años.

II

El público comienza a mostrar impaciencia ante la evidente inacción de los dos grandes ejércitos en el límite de Bohemia. Pero esta tardanza se explica por muchos motivos. Los austríacos y los prusianos conocen a la perfección la importancia del próximo encuentro: puede decidir el desenlace de toda la campaña. Unos y otros envían hacia el frente a toda prisa a cuantos pueden movilizar; los austríacos lanzan una parte de las nuevas clases (los cuartos y quintos batallones de los regimientos de infantería); los prusianos, las unidades del Landwehr, al principio destinadas solo al servicio de las guarniciones.

Al mismo tiempo, uno y otro bando maniobran, al parecer, para colocarse en la situación más ventajosa respecto del enemigo, con el fin de comenzar

la campaña en las condiciones estratégicas más propicias. Para comprender este punto debemos echar una ojeada al mapa y estudiar la zona en que están distribuidos ambos ejércitos.

Supongamos que Berlín y Viena son los puntos naturales para la retirada de los dos ejércitos, y que por eso los austríacos intentarán apoderarse de Berlín, y los prusianos de Viena: en tal caso existen tres caminos para las operaciones de unos y otros. Un gran ejército necesita un extenso territorio, cuyos recursos le permitan subsistir durante la campaña; al mismo tiempo, la necesidad de un rápido desplazamiento lo obliga a realizar la marcha en varias columnas, por caminos paralelos, según el número de sus efectivos; por eso la línea de su frente se extenderá y puede fluctuar entre 16 y 60 millas, por ejemplo, de acuerdo con la proximidad del enemigo y la distancia existente entre los caminos.

El primer camino puede ser el que se extiende por la margen izquierda del Elba y el Moldava, a través de Leipzig y Praga. Es evidente que en él cada uno de los bandos en pugna deberá atravesar dos veces el río, la segunda a la vista del enemigo. Si se supone que uno y otro ejército, cuando avancen por este camino, intentarán bordear el flanco del enemigo, este, si marcha por un camino más directo, y, por consiguiente, más corto, podría adelantarse al otro aun antes del cauce del río, y si lograra rechazarlo, podría avanzar directamente hacia la capital del adversario. Dicho camino es igualmente inconveniente para ambos ejércitos, y por eso no es necesario tomarlo en consideración.

El segundo pasa por la margen derecha del Elba, entre este río y la cadena montañosa de los Sudetes, que separa Silesia de Bohemia y Moravia. Casi coincide con la línea recta de Berlín a Viena; por la parte de la misma que separa ahora a los dos ejércitos pasa la línea férrea de Lobau a Pardubice. Esta vía férrea corta la zona de Bohemia limitada al sur y al oeste por el Elba, y al nordeste por las montañas. Hay allí muchos caminos excelentes, y si ambos ejércitos fueran al encuentro, el choque se produciría precisamente en ese lugar.

El tercero pasa por Breslau, y luego por la cadena de los Sudetes, de escasa altura en el límite de Moravia, donde la atraviesan varios caminos excelentes, y más elevada y abrupta en los montes de los Gigantes, que constituyen el límite de Bohemia. Por ahí pasan muy pocos caminos; en el trayecto de 40 millas que separa a Trautenau de Reichenberg, toda la parte noreste de la cordillera no tiene un solo camino militar. El único camino allí existente, que se extiende de Hirschberg al valle de Isère, se interrumpe en el límite austríaco. De ello se deduce que todo ese obstáculo de una longitud de 40 millas no puede ser atravesado al menos por un gran ejército, con sus innumerables convoyes, y que en un avance sobre Breslau, o a través de Breslau, es necesario cruzar las montañas hacia el sudoeste desde los montes de los Gigantes.

¿En qué situación se encontrarán ambos ejércitos con respecto a sus comunicaciones al chocar en este camino?

Si los prusianos avanzaran desde Breslau hacia el sur, desguarecerían sus comunicaciones con Berlín. Si los austríacos tuvieran la seguridad absoluta de la victoria, podrían permitir a los prusianos que avanzaran hasta el campo fortificado de Olmütz, que contendría su movimiento, mientras que ellos

mismos podrían marchar hacia Berlín, contando con restablecer, mediante una victoria decisiva, las comunicaciones transitoriamente interrumpidas; o podrían enfrentar a las columnas prusianas dispersas, cuando estas descendieran de las montañas, y, en el caso de obtener éxito, rechazarlas hacia Glogau y Poznan, con lo cual se apoderarían de Berlín y de la mayor parte de las provincias prusianas. Por eso, la ofensiva por Breslau solo sería conveniente para los prusianos si contaran con una importante superioridad numérica.

Los austríacos se encuentran en situación muy distinta. Tienen la ventaja de que la mayor parte de su monarquía se encuentra situada al sudeste de Breslau, o sea en la *prolongación directa* de la línea que va de Berlín a Breslau. Después de haber fortificado la margen septentrional del Danubio cerca de Viena lo suficiente como para que la ciudad se encuentre defendida en el caso de un ataque repentino, pueden sacrificar transitoriamente, e inclusive durante un lapso más o menos prolongado, las comunicaciones directas con Viena, y traer hombres y municiones desde Hungría. Por consiguiente, pueden actuar con igual seguridad en dirección a Lobau y a Breslau, hacia el norte o hacia el sur de las montañas; tienen mucha más libertad de maniobra que su adversario.

Pero todavía hay otra causa que obliga a los prusianos a obrar con cautela. La distancia desde el límite septentrional de Bohemia hasta Berlín es más o menos la mitad de la existente hasta Viena; por lo tanto, la posición de Berlín es mucho más peligrosa. Viena está defendida por el Danubio, tras el cual puede guarecerse un ejército derrotado, como también por las fortificaciones levantadas hacia el norte de ese río, y por el campamento fortificado de Olmütz, junto al cual los prusianos no podrían pasar impunemente, sin ser advertidos, si las fuerzas principales del ejército austríaco ocuparan, después de la derrota, posiciones en ese punto. Berlín no tiene defensas como esas, fuera del ejército de campaña. En tales circunstancias, e inclusive si se dieran las condiciones que expusimos con todo detalle en nuestro primer artículo, es evidente que solo quedaría a los prusianos la alternativa de defenderse.

Estas mismas circunstancias, como también la apremiante situación política, casi obligan a que Austria emprenda la ofensiva. Una sola victoria puede asegurarle un gran éxito, mientras que una derrota no quebrantará la fuerza de su resistencia.

El plan estratégico de la campaña es por fuerza de una extremada simplicidad. Quienquiera sea el primero en emprender la ofensiva, se hallará ante una alternativa: amagar en dirección hacia el *noroeste* de los montes de los Gigantes, lanzando la verdadera ofensiva hacia el sudeste de los mismos o *a la inversa*. El obstáculo de 40 millas tiene una importancia decisiva en el teatro de las operaciones militares, y los ejércitos deben tender hacia él. Aún tendremos noticias sobre batallas en los dos puntos extremos de esta barrera, y pocos días después de esto se hará evidente la dirección de la verdadera ofensiva, y también, quizás, la suerte de la primera campaña. Sin embargo, nos inclinamos a pensar que para dos ejércitos de tan escasa movilidad, colocados frente a frente, el camino más directo es al mismo tiempo el más seguro, y que las dificultades y peligros del avance de tropas tan numerosas en columnas

separadas por diversos caminos, a través de una región montañosa de difícil acceso, casi con seguridad hará emprender a los dos ejércitos el camino que conduce de Lobau a Pardubice.

Hasta ahora se han producido los siguientes desplazamientos: durante la primera semana de junio los prusianos concentraron su ejército sajón a lo largo del límite de Sajonia, desde Zeitz hasta Görlitz, y su ejército silesiano desde Hirschberg hasta el Neisse. Hacia el 10 de junio se acercaron uno al otro, teniendo el ala derecha sobre el Elba, cerca de Torgau, y la izquierda cerca de Waldenburg. Luego, del 12 al 16, el ejército silesiano, compuesto ahora por los cuerpos primero, quinto y sexto, y la guardia, se extendió de nuevo hacia el este, esta vez hasta Ratibor, o sea, hasta el ángulo extremo del sudeste de Silesia. Esto aparenta ser una demostración, en particular por el hecho de que la guardia, que por lo común opera con las fuerzas principales, haya marchado al frente. Pero si es algo más que una demostración, y si no se han adoptado las medidas para enviar de regreso hacia Görlitz a estos cuatro cuerpos en el primer momento en que fuese necesario, y en el lapso más breve, este agrupamiento de 120 000 hombres en un rincón alejado es un error evidente; puede ocurrir que pierdan toda posibilidad de retroceder y todo contacto con el resto del ejército.

Con respecto a los austríacos, poco sabemos, excepto que fueron concentrados en torno de Olmütz. El corresponsal del periódico *Times*, que se encuentra en su campamento, comunica que el sexto cuerpo, cuyos efectivos alcanzan a 40 000 hombres, llegó el día 19 de Weiskirchen a Olmütz, lo cual es una prueba de su marcha hacia el oeste. Agrega que el día 21, el cuartel general debe ser trasladado a Trubau, sobre el límite entre Moravia y Bohemia. Este desplazamiento indicaría un avance en aquella dirección, si la noticia no tuviera la apariencia de una falsa información enviada a Londres, con el fin de que luego se trasmita por telégrafo al cuartel general prusiano, para inducirlo en error. Un general como Benedek, que guarda con tanto celo el secreto militar, y manifiesta tanta antipatía hacia los corresponsales de los periódicos, difícilmente comunicará el día 19 dónde se encontrará su cuartel general el 21, si no tiene motivos particulares para hacerlo.

Antes de concluir, resumiremos las operaciones que tuvieron lugar en el noroeste de Alemania. Los prusianos contaban allí con más tropas de las que se sabía al principio. Tenían 15 batallones en Holstein, 12 en Minden y 18 en Wetzlar. Con rápidos desplazamientos concéntricos, durante los cuales las tropas pusieron de manifiesto una aptitud absolutamente inesperada para las marchas forzadas, ocuparon en dos días toda la parte del país situada al norte de la línea que se extiende de Coblenza a Eisenach, y todas las vías de comunicación existentes entre las regiones orientales y occidentales del reino. Las tropas de Hessen, unos 7000 hombres, se las ingeniaron para escabullirse, pero para los 10 000 ó 12 000 de Hannover quedó cortado el camino de retirada en línea recta hacia Fráncfort, y ya el día 17 las tropas restantes del séptimo cuerpo de ejército prusiano, formado por 12 batallones, conjuntamente con los dos batallones de Coburgo, llegaron a Eisenach, desde el Elba. Por lo tanto, los de Hannover parecen estar rodeados por todos lados, y solo pue-

den salvarse en el caso de que los prusianos revelen una increíble estupidez. En cuanto su suerte quede sellada, el ejército, compuesto por 50 batallones prusianos, quedará liberado y podrá avanzar contra el ejército aliado que el príncipe Alejandro de Darmstadt está formando en Fráncfort, y que constará aproximadamente de 23 000 hombres de Wurtemburgo, 10 000 de Darmstadt, 6 000 de Nassau, 13 000 de Baden (que se están movilizando ahora), 7 000 de Hessen y 12 000 austríacos que ya se encuentran en camino desde Salzburgo; en total, unos 65 000 hombres, que quizás aun sean reforzados con diez o veinte mil bávaros. Se informa que unos 60 000 hombres de estas tropas ya han sido concentrados en Fráncfort, y que el príncipe Alejandro resolvió pasar a la ofensiva, volviendo a ocupar Hessen el día 22. Pero esto no tiene la menor importancia. Los prusianos no lo atacarán mientras no concentren sus fuerzas como es debido, y luego, cuando cuenten con 70 000 hombres de todas las armas, y con equipos superiores, podrán derrotar rápidamente a este abigarrado ejército.

III

La primera gran batalla de importancia no se libró en Bohemia, sino en Italia, y el rectángulo volvió a servir de lección de estrategia para los italianos. La capacidad de resistencia de esta famosa posición, como de todas las posiciones fortificadas que tienen alguna importancia, consiste no tanto en las elevadas condiciones defensivas de sus cuatro fortalezas, como en el hecho de que estas están dispuestas en un lugar de gran superioridad militar, de tal manera que el bando atacante casi siempre se encuentra en la necesidad, y muchas veces en la obligación, de dividir sus fuerzas y atacar en dos direcciones diferentes, mientras que el ejército defensivo puede concentrar todas las suyas contra uno de los grupos que avanzan y derrotarlo merced a la superioridad numérica, para lanzarse luego contra el otro. Este fue el error que también cometió el ejército italiano. Mientras el rey permanecía con once divisiones junto al Mincio, Cialdini se encontraba con cinco divisiones en la parte inferior del Po, cerca de Ponte Lagoscuro y Polessela. La división italiana está formada por 17 batallones, con 700 hombres cada uno. Por consiguiente, incluyendo la caballería y la artillería, Víctor Manuel tenía por lo menos de 120 000 a 125 000 hombres. Cialdini, en cambio, más o menos la mitad de esa cifra. Mientras el día 23 el rey cruzaba el Mincio, Cialdini debía atravesar el curso inferior del Po y actuar en la retaguardia dé los austríacos. Pero sobre este movimiento no hemos recibido aún noticia fidedigna alguna. En todo caso, los 60 000 hombres de Cialdini que quizá podrían haber cambiado, y probablemente así lo hicieron, el curso de la batalla de Custozza durante el domingo pasado, no han logrado hasta ahora una posición tan ventajosa como para compensar la pérdida de una importante batalla.

El lago Garda está situado entre dos contrafuertes de los Alpes, que forman al sur de aquel dos grupos de colinas, entre las cuales el Mincio se abre paso hacia las lagunas de Mantua. Ambos grupos constituyen fuertes posiciones militares; desde sus declives meridionales se observan el valle de Lombardía,

que puede ser atacado desde allí con fuego de artillería. Dichas colinas son muy conocidas en la historia militar. El grupo del oeste, situado entre Peschiera y Lonato, fue el campo de las batallas libradas junto a Castiglione y Lonato en 1797, y de Solferino en 1859. En 1848 se combatió durante tres días por la conquista del grupo oriental, situado entre Peschiera y Verona; la lucha del domingo pasado también fue por la conquista de esa posición.

En su declive hacia el Mincio, el grupo oriental de colinas se transforma por un lado en un valle, junto a Valleggio, y por el otro —en forma de un largo arco orientado hacia el sudeste— baja hasta el Adigio y se extiende hasta Bussolengo. En la dirección norte-sur, el conjunto de colinas está dividido en dos partes casi iguales por un desfiladero por el cual fluye el riacho de Tione. Por consiguiente, las tropas que avanzan desde el Mincio deben vadear al principio el río, para volver a tropezar enseguida con un nuevo obstáculo: el desfiladero. En la base de la pendiente, junto al valle, hacia el este del desfiladero, se encuentran las siguientes aldeas: en el extremo meridional, Custozza; más al norte siguen Somma Campagnia, Saona y Santa Giustina. La vía férrea que une a Peschiera con Verona corta las colinas en Somma Campagnia y la carretera las atraviesa en Saona.

En 1848, los piamonteses, después de tomar Peschiera, bloquearon Mantua y, ocupando con sus tropas centrales las colinas orientales, extendieron sus líneas desde Mantua hasta Rívoli, sobre el lago Garda. El 23 de julio, Radetzky avanzó desde Verona con siete brigadas y, después de quebrar en el centro las líneas demasiado extendidas del enemigo, se apoderó de esas colinas. Los días 24 y 25 los piamonteses volvieron a intentar la conquista de esta posición, pero el 25 sufrieron una aplastante derrota y enseguida retrocedieron, a través de Milán, hasta la otra margen del Ticino. Esta primera batalla junto a Custozza decidió la suerte de la campaña de 1848.

Sobre la batalla del domingo pasado hay telegramas bastante contradictorios del cuartel general italiano; sin embargo, por los despachos telegráficos del otro bando, podemos formarnos una idea más o menos clara de los sucesos. Víctor Manuel destinó su primer cuerpo (general Durando, cuatro divisiones, o sea, 68 batallones) a ocupar posiciones entre Peschiera y Verona, a fin de tener la posibilidad de proteger el asedio de Peschiera. Estas posiciones, sin duda, debían ser Saona y Somma Campagnia. El segundo cuerpo (del general Cucciari, formado por tres divisiones, o sea, 51 batallones) y el tercer cuerpo (del general Della Rocca, con iguales fuerzas) debían vadear simultáneamente el Mincio para proteger las operaciones del primer cuerpo. Este, después de haber cruzado, probablemente en las cercanías de Saliongo o más al sur, avanzó enseguida hacia las colinas. El segundo cuerpo, que vadeó el río en Valleggio, y el tercero, que lo hizo en Goito, avanzaron por el valle. Todo esto ocurrió el sábado 23. La brigada austríaca de Pulz, que se encontraba de guardia junto al Mincio, retrocedió con lentitud hacia Verona. El domingo, en el aniversario de Solferino, todo el ejército austríaco salió de Verona al encuentro del enemigo. Según parece, alcanzó a ocupar las alturas de Saona y Somina Campagnia, y también el extremo oriental del desfiladero de Tiona, antes de que llegaran los italianos. Después de esto la lucha debía librarse principal-

mente por la conquista del paso a través del desfiladero. Los dos cuerpos que avanzaron sobre el valle desde el límite meridional actuaron evidentemente en forma conjunta con el primer cuerpo italiano que había ocupado las colinas, por lo cual Custozza pasó a sus manos. Los italianos que operaban en el valle fueron avanzando en forma gradual en dirección a Verona, con el fin de atacar el flanco y la retaguardia de los austríacos; estos, en cambio, probablemente lanzaron sus tropas para rechazar ese ataque. Por consiguiente, la línea del frente de ambos ejércitos, de las cuales una debía ser desplegada al principio hacia el este, y la otra hacia el oeste, giraron un cuarto de circunferencia, con lo cual los austríacos se situaron de frente al sur, y los italianos al norte. Pero como las colinas están orientadas desde Custozza en dirección al nordeste, el movimiento de flanco de los cuerpos italianos segundo y tercero no podía ejercer una influencia inmediata sobre la situación del primer cuerpo, que ocupaban estas colinas, porque no podían avanzar lo suficiente, sin poner en peligro a las tropas que realizaban el flanqueo. Por consiguiente, los austríacos, al parecer, opusieron a los cuerpos segundo y tercero las tropas necesarias para rechazar la primera embestida, lanzando al mismo tiempo todas las fuerzas disponibles contra el primer cuerpo, al que derrotaron gracias a su superioridad numérica. El éxito fue completo. El primer cuerpo, después de un combate encarnizado, fue rechazado, y los austríacos tomaron por asalto a Custozza. Por tal causa el ala derecha italiana, que avanzó hacia el este y el nordeste, del otro lado de Custozza, se vio sometida al parecer a un serio peligro, por lo que tuvo lugar una nueva batalla por esa misma aldea, durante la cual, evidentemente, se restableció la comunicación interrumpida y se contuvo la ofensiva de los austríacos desde Custozza. Sin embargo, la aldea quedó en sus manos, y aquella misma noche los italianos debieron atravesar el Mincio en sentido inverso.

Damos este rápido resumen, no en carácter de investigación histórica, ya que para eso faltan aún numerosos detalles, sino solo como una tentativa de establecer —con el mapa en las manos— una coherencia desde el punto de vista militar, entre los distintos partes sobre estos acontecimientos, y estamos convencidos de que si los despachos han sido exactos y completos, aunque solo fuese hasta cierto punto, nuestra exposición no habrá diferido del cuadro general de la batalla.

Los austríacos perdieron unos 600 soldados, que fueron tomados prisioneros; los italianos aproximadamente 2000 hombres y algunos cañones. Esto indica que para los italianos la batalla no fue una catástrofe, sino solo una derrota. Las fuerzas de ambos bandos fueron probablemente más o menos iguales, aunque es muy posible que los austríacos tuvieran bajo el fuego menos tropas que su adversario. Los italianos tienen todos los motivos para estar satisfechos de que los austríacos no los arrojaran al Mincio; el primer cuerpo, situado entre este río y la garganta, en una franja de tierra de dos a cuatro millas, se encontró en situación muy difícil al enfrentar a las fuerzas superiores del enemigo. Se cometió un error indudable al enviar las fuerzas principales al valle, desdeñando las alturas dominantes, cuya importancia es decisiva. Pero el error más grave, como ya lo señalamos, fue el hecho de divi-

dir el ejército, dejando a Cialdini con 60 000 hombres en el curso inferior del Po, para emprender la ofensiva únicamente con el resto de las fuerzas. Cialdini podía ayudar a obtener la victoria en Verona, para luego volver hacia la desembocadura del Po y cruzar el río con mucho mayor facilidad, en el caso de que tal maniobra combinada debiera cumplirse a toda costa. Pero por ahora está en el mismo lugar que el primer día, y es posible que deba hacer frente a enemigos aun más fuertes. Es probable que los italianos ya no se hayan convencido de que tienen que habérselas con un enemigo en extremo inflexible. En la batalla de Solferino, Benedek, al frente de 26 000 austríacos, rechazó durante un día entero al ejército piamontés, que lo doblaba en número, hasta que recibió la orden de retirarse, porque los franceses habían derrotado a otro cuerpo. El ejército piamontés era entonces superior al actual ejército italiano; estaba mejor instruido, era más homogéneo y tenía mejores mandos. El actual ejército italiano se formó hace poco tiempo, y por eso tiene todas las deficiencias propias de esta clase de ejércitos, mientras que el austríaco es, en la actualidad, muy superior al del año 1859. El entusiasmo nacional tiene gran importancia para la lucha, pero sin disciplina y organización, solo con entusiasmo, nadie puede ganar una batalla. Incluso los «mil» de Garibaldi no eran simplemente una multitud de entusiastas; eran hombres que habían pasado por un adiestramiento militar, que en 1859 habían aprendido a obedecer las órdenes y a soportar el fuego. Cabe esperar que el Estado Mayor del ejército italiano, por su propio interés, se abstenga de emprender acciones precipitadas contra un ejército que, aunque numéricamente más débil, es por su esencia más fuerte, y que además ocupa una de las posiciones más fuertes de Europa.

IV

Supongamos que se pregunta a un joven alférez o cadete prusiano, en su examen para obtener el grado de teniente, cuál sería el plan más seguro para que el ejército prusiano invadiera a Bohemia. Imaginemos que el joven oficial responde: «El mejor procedimiento sería dividir las tropas en dos partes más o menos iguales, enviando una de estas a dar un rodeo por el este de los montes de los Gigantes y la otra por el este, de modo que ambas se unieran en Hulcin¿Qué diría el oficial examinador? Le respondería que este plan atenta contra dos leyes básicas de la estrategia; en primer lugar, nunca se debe dividir las tropas propias de modo que las partes no estén en condiciones de ayudarse entre sí, sino que, por el contrario, es preciso conservarlas muy próximas; en segundo término, en el caso de avanzar por caminos diferentes, las diversas columnas deben unirse en un punto situado fuera del alcance del enemigo; que por eso el plan propuesto es el peor entre todos los posibles; que solo se lo podría tener en cuenta si Bohemia estuviese absolutamente libre de tropas enemigas, y que, por consiguiente, un oficial que presenta semejante plan ni siquiera es digno del grado de teniente.

Sin embargo, tal es el plan adoptado por el sabio y prudente Estado Mayor prusiano. Resulta casi increíble, pero es así. El error que debieron pagar

los italianos en Custozza fue repetido de nuevo por los prusianos, y en condiciones que lo tomaban diez veces más desastroso. Los italianos sabían por lo menos, que con sus diez divisiones superaban numéricamente al enemigo. Los prusianos debían saber que sus nueve cuerpos en conjunto apenas equivalían en número, en el mejor de los casos, a los ocho cuerpos de Benedek, y que, al dividir sus fuerzas, condenaban a ambos ejércitos, casi con seguridad, a sufrir sucesivas derrotas frente a fuerzas adversarias superiores. Si no fuera que el comandante en jefe es el rey Guillermo, resultaría incomprensible que tal plan haya podido ser considerado, y más aún adoptado, por un grupo de oficiales que, como los que forman el Estado Mayor prusiano, tanto conocen su oficio. Sin embargo, nadie podía esperar que las funestas consecuencias de que el comando superior estuviese en manos de emperadores y príncipes se pusieran de manifiesto con tanta fuerza y rapidez. Los prusianos están librando actualmente en Bohemia una lucha de vida o muerte. Si los austríacos logran impedir que ambos ejércitos se unan en Hulcin o en sus cercanías; si cada uno de estos, después de ser derrotado, se ve obligado a retirarse de Bohemia, con lo que se aleja más aún del otro ejército, podrá afirmarse que la campaña en esencia ha terminado. Entonces Benedek podrá despreocuparse totalmente del ejército del Kronprinz, mientras este se retira hacia Breslau, para perseguir con todas sus fuerzas al del príncipe Federico Carlos, que difícilmente podría evitar su completa destrucción.

El problema es si se logrará impedir esa unión. Hasta ahora no tenemos noticias sobre los sucesos ocurridos después de la noche del viernes 29. Los prusianos, expulsados el día 28 por el general Edelsheim de Hulcin (este punto se denomina en Bohemia Hultschin), afirman que el día 29 atacaron de nuevo la ciudad; tal es la última información de que disponemos. Al mismo tiempo, la unión aún no se produjo; por lo menos cuatro cuerpos austríacos, y también las tropas del cuerpo de ejército sajón, combatieron entonces contra cinco o seis cuerpos prusianos.

Cuando las diversas columnas del ejército del Kronprinz descendían por las colinas de Bohemia hacia la llanura, les salieron al encuentro los austríacos, que ocupaban puntos favorables, en los sitios donde el valle se ensancha; esto les permitía oponer a las columnas prusianas un frente más amplio y realizar intentos para impedir su despliegue; los prusianos, en tanto, podían enviar sus destacamentos adonde fuese posible, a través de los valles laterales, para atacar al enemigo por el flanco y la retaguardia. Esto es lo que ocurre siempre en una guerra de montaña, y así se explica el gran número de prisioneros que se toman siempre en tales circunstancias. Por otro lado, los ejércitos del príncipe Federico Carlos y Herbart von Bittenfeld, al parecer, pasaron por los desfiladeros sin encontrar casi ninguna resistencia; los primeros choques se produjeron en el cauce del Isère, o sea casi a mitad de camino de los puntos de partida de ambos ejércitos. Sería inútil tratar de desenmarañar y hacer concordar los telegramas recibidos durante los últimos dos o tres días, que son en extremo contradictorios y que a menudo no contienen el menor atisbo de veracidad.

Los resultados de la batalla inevitablemente debían ser muy variables; a medida que llegaban fuerzas de refresco, la victoria se iba inclinando hacia uno u otro lado. Sin embargo, hasta el viernes, los resultados parecían favorecer a los prusianos. Si estos se sostuvieron en Hulcin no hay duda de que la unión se establecería el sábado o domingo, v entonces habría pasado para ellos el peligro principal. El combate decisivo por la posibilidad de la reunión trascurriría, muy probablemente, desde ambos bandos con masas concentradas de tropas y, por lo menos, debería resolver la suerte de la campaña durante cierto tiempo. Si los prusianos resultaran vencedores, se librarían enseguida de todas las dificultades que ellos mismos se crearon, aunque podrían lograr estas ventajas, e inclusive otras más importantes, sin exponerse a tales peligros innecesarios.

El combate, al parecer, fue muy intenso. La primera brigada austríaca que entró en contacto con los prusianos fue la «negro-amarilla» que en Schleswig atacó Königsberg cerca de Oberselk, un día antes de la evacuación de Dannewirck. Se la llama negro-amarilla por el color de las presillas, cuellos y puños de los dos regimientos que la integran y siempre fue considerada como una de las mejores brigadas. Sin embargo, resultó derrotada a causa del fusil de aguja, y más de 500 hombres de uno de sus regimientos (de Martini) fueron hechos prisioneros, después de que dicha brigada atacó inútilmente cinco veces consecutivas las líneas prusianas. En el combate siguiente fueron tomadas las banderas del tercer batallón, del regimiento de Deutschmester. Este regimiento, reclutado exclusivamente en Viena, se considera el mejor de todo el ejército. Por consiguiente, las mejores tropas ya fueron lanzadas al combate. Los prusianos, que desde mucho tiempo atrás no veían batallas, combatieron, por lo visto, de manera brillante. Cuando la guerra se declaró de verdad, el estado moral del ejército cambió de raíz, sobre todo por la expulsión de toda una jauría de monarcas del noroeste de Alemania. Dejando a un lado que esto en realidad fuera así —aquí nos limitamos a dejar constancia de un hecho—, todo ello inspiró a las tropas la idea de que esta vez estaban llamadas a luchar por la unificación de Alemania, y los hombres de la reserva, que hasta entonces se habían mostrado descontentos y taciturnos, como también los del *Landwehr*, cruzaron la frontera austríaca con estridentes y jubilosos gritos. Esta fue la causa principal de que combatieran tan bien; pero a la vez debemos atribuir gran parte de sus éxitos a sus fusiles de retrocarga; y si llegan a salir de las dificultades que les crearon de modo tan precipitado sus generales, deberán dar las gracias al fusil de aguja. También ahora son unánimes las noticias sobre sus ventajas respecto del fusil que se carga por el cañón. Un suboficial del regimiento de Martini que fue hecho prisionero, declaró al corresponsal del *Kölnische Zeitung*: «En realidad, hicimos todo lo que puede esperarse de soldados valientes, pero nadie es capaz de resistir un fuego tan nutrido». Si los austríacos resultan derrotados, no será tanto por culpa del general Benedek o del general Ramming, como del general «baqueta» (*General Ramrod*).

En el noroeste los de Hannover se rindieron después de considerar con sensatez la situación creada por la resuelta ofensiva lanzada contra ellos por las tropas al mando del general Fliess, vanguardia de las tropas del general

Manteuffel. Gracias a ello, se liberan 59 batallones prusianos para las operaciones contra las tropas aliadas. En realidad, ha llegado el momento de hacer esto, antes de que Baviera se pertreche totalmente, porque, en caso contrario, se necesitaría una cantidad mucho mayor de tropas para someter al sudoeste de Alemania. Como se sabe, Baviera siempre actúa con lentitud y se retrasa en sus preparativos bélicos, pero cuando los termina puede presentar de 60 000 a 80 000 excelentes soldados. Es posible que pronto tengamos noticias sobre una rápida concentración de prusianos en el Meno y sobre operaciones activas contra el príncipe Alejandro de Hessen-Darmstadt y su ejército.

V

La campaña que los prusianos iniciaron por un error estratégico excepcional fue proseguida con tal energía táctica, que en el curso de ocho días fue conducida hacia un final victorioso para ellos.

En el artículo anterior dijimos que el plan prusiano de invadir Bohemia con dos ejércitos, separados por los montes de los Gigantes solo podía ser aprobado en el caso de que en Bohemia no hubiera tropas enemigas. Es evidente que el plan secreto del general Benedek consiste, sobre todo, en crear esa situación. Al parecer, en la parte noroeste de Bohemia, donde, desde el comienzo mismo, calculábamos que se debían desarrollar los combates decisivos, había en total dos cuerpos de ejército austríacos: el primero (de Clam-Gallas) y el sexto (de Ramming). Si esto se hizo para atraer a los prusianos a una trampa, concluyó en que el propio Benedek cayó en ella. De todos modos, el avance de los prusianos por dos direcciones —separadas por 40 a 50 millas, en una comarca inaccesible— hacia el punto de unión, situado a una distancia de dos jornadas completas del punto de partida, y además dentro del frente enemigo, es en cualesquiera circunstancias una maniobra muy peligrosa que podría significar la derrota completa, si no fuera por la extraña lentitud de Benedek, la inesperada presión de las tropas prusianas y su fusil de retrocarga.

La ofensiva del príncipe Federico Carlos con tres cuerpos (el tercero, el cuarto y el segundo, este último como reserva) se llevó a cabo a través de Reichenberg, hacia el norte de montañas que resultaba difícil cruzar, y desde cuyo lado meridional avanzó el general Herbart con un cuerpo y medio (el octavo y una división del séptimo). Al mismo tiempo, el Kronprinz, con los cuerpos primero, quinto y séptimo y la guardia, se encontraba en las montañas, junto a Glatz. De tal modo, el ejército fue dividido en tres columnas: una, con 45 000 hombres, a la derecha; otra, con 90 000, en el centro, y la tercera, con 120 000 hombres, a la izquierda; y ninguna de ellas podía prestar ayuda a la otra, por lo menos durante varios días. Un general que estuviese al frente de tal cantidad de hombres tenía allí una ocasión inmejorable para derrotar a su enemigo por partes. Pero, al parecer, nada se hizo en ese sentido. El 26, el príncipe Federico Carlos tuvo en Turnau el primer encuentro de importancia con la brigada del primer cuerpo, con lo que estableció contacto con Herbart; el 27, este último ocupó Münchengrätz, mientras que la primera columna del ejército del Kronprinz —el quinto cuerpo— avanzaba hacia el otro lado de

Nachod y derrotaba al sexto cuerpo austríaco (de Raniming); el 28, que fue el único día algo afortunado para los prusianos, la vanguardia tomó Hulcin, pero fue expulsada de allí por la caballería del general Edelsheim; al mismo tiempo, el primer cuerpo del ejército del Kronprinz, después de sufrir algunas bajas, fue contenido en Trautenau por el décimo cuerpo de Gablenz; recobró la libertad de movimientos solo merced al avance de la guardia hacia el Ipel por el camino que pasaba entre los cuerpos primero y quinto de los prusianos. El día 29, el príncipe Federico Carlos atacó Hulcin y el ejército del Kronprinz derrotó por completo a los cuerpos austríacos sexto, octavo y décimo. El día 30 fue magníficamente rechazada la tentativa del general Benedek de apoderarse de Hulcin con las fuerzas del primer cuerpo y el ejército sajón; después de ello se produjo la unión de los dos ejércitos prusianos. Las pérdidas de los austríacos fueron, por lo menos, de un cuerpo y medio, mientras que las de los prusianos no pasaron de la cuarta parte de esa cantidad.

Por consiguiente, vemos que el día 27 los austríacos solo contaban con dos cuerpos de ejército, de 33 000 hombres cada uno; el 28 disponían de tres, y el 29 de cuatro; y, si los telegramas prusianos informaban la verdad, de parte del quinto (el cuarto cuerpo); el cuerpo de ejército sajón solo podía acudir a prestar socorro el día 30. De modo que, durante todo este período faltaron dos cuerpos, y quizá tres, en el teatro de las operaciones, mientras que los prusianos concentraron todas sus fuerzas en Bohemia. Hasta la noche del 29, los efectivos austríacos en el teatro de las acciones militares difícilmente sobrepasaran los de cada uno de los dos ejércitos prusianos, y puesto que las tropas austríacas se incorporaban a la lucha en forma gradual y los refuerzos solo llegaban cuando, después de lanzadas al combate, sufrían una derrota, el resultado fue desastroso.

Se informa que el tercer cuerpo de ejército (del archiduque Ernest), que había combatido en Custozza, en cuanto terminó el combate fue enviado por ferrocarril hacia el norte; en algunas comunicaciones se menciona que se incorporó a las fuerzas de Benedek. Este cuerpo, con cuya incorporación todo el ejército constaría de nueve cuerpos, incluidos los sajones, no pudo llegar a tiempo para tomar parte en los combates que tuvieron lugar durante los últimos días de junio.

Cualesquiera fueran los errores del plan operativo de los prusianos, estos los corrigieron con su rapidez y con la energía de sus acciones. Las operaciones de cada uno de los dos ejércitos estuvieron exentas de errores. Sus golpes fueron breves, fuertes y decisivos, y les aseguraron la victoria completa. Después de la unión de ambos ejércitos, su energía no se debilitó; siguieron avanzando, y ya el día 3 el ejército prusiano en su conjunto se encontró con las fuerzas unidas de Benedek, a las que asestó un golpe aplastante y definitivo [71].

Resulta difícil suponer que Benedek aceptara por propia voluntad este combate. No hay duda de que la rápida persecución de los prusianos lo obligó a detenerse con todos sus efectivos en una posición sólida, para reagrupar sus fuerzas y enviar un día antes los convoyes del ejército en retirada; no esperaba un ataque diurno con fuerzas importantes, y confiaba en que se podría partir por la noche. Ningún hombre en su posición, con los cuatro cuerpos

absolutamente derrotados y después de tan graves pérdidas, podía aspirar a una batalla inmediata y decisiva, cuando existía la posibilidad de una retirada segura. Pero es evidente que los prusianos lo obligaron a entablar combate, y de ello resultó la derrota completa de los austríacos; y si no se firma el armisticio, estos intentarán llegar a Olmütz o a Viena, en las condiciones menos propicias, puesto que el menor movimiento de los prusianos para rodearlos por el flanco derecho cortaría el camino directo a la mayor parte de las tropas y las rechazaría hacia las colinas de Glatz, donde serían reducidas a prisión. Hace diez días que el «Ejército del norte» —uno de los mejores de Europa— dejó de existir.

No cabe duda de que el fusil de aguja de fuego rápido desempeñó un importante papel en esta acción. Es improbable que sin este arma se lograra la unión de los dos ejércitos prusianos, y se puede afirmar con seguridad que ese enorme y rápido éxito no habría sido posible sin tal superioridad de fuego, ya que el ejército austríaco es, en general, menos propenso a dejarse llevar por el pánico que la mayor parte de los ejércitos europeos. Pero hubo también otras circunstancias que contribuyeron al éxito. Ya señalamos la excelente posición y las acciones decididas de ambos ejércitos prusianos durante su entrada en Bohemia. Podemos agregar que en esta campaña los prusianos abandonaron el sistema de columnas y formaron sus fuerzas preferentemente en líneas desplegadas, de modo que se pudiera utilizar cada fusil y se preservara a los hombres de los efectos del fuego de artillería. Debemos reconocer que los movimientos, tanto durante la marcha como en la aproximación al enemigo, fueron realizados con un orden y precisión que nadie habría podido esperar de un ejército y de un mando cubiertos por la herrumbre de una paz de cincuenta años. Y, por último, el mundo entero debe asombrarse por el ímpetu demostrado por estas fuerzas jóvenes en todos los combates, sin excepción. Es fácil decir que todo fue obra de los nuevos fusiles; pero estos no obraron por sí solos; hacían falta corazones valientes y brazos fuertes para combatir con ellos. Con frecuencia, las tropas prusianas combatieron contra fuerzas enemigas superiores, y casi siempre tomaron la ofensiva; por eso los austríacos podían elegir la posición. Sin embargo, en el ataque a posiciones fuertes y a ciudades con las calles obstruidas por barricadas, las ventajas de los nuevos fusiles desaparecen casi por completo; entonces comienzan a actuar las bayonetas, y en estas recayó una ingente labor. Además, la caballería operaba con igual ímpetu; las únicas armas de los ataques de caballería eran el arma blanca y la rapidez de los caballos. Las falsas informaciones de los franceses respecto de la caballería prusiana, en el sentido de que esta comenzaba por cubrir al enemigo con una granizada de balas de las carabinas (cargadas por la culata o de otra manera), para lanzarse luego sobre él con sus sables, solo pudieron ser inventadas por aquellos cuya caballería recurría siempre a ese artificio, para recibir por ello el castigo de ser derrotada en todos los casos por las fuerzas superiores de un enemigo que ataca con ímpetu. No hay duda de que el ejercito prusiano pasó en una semana a un lugar tan encumbrado como nunca había ocupado; y ahora se puede tener la seguridad de que está en condiciones de combatir con cualquier enemigo. No conocemos campaña

alguna en que se haya logrado un éxito tan brillante en tan corto tiempo, sin sufrir algunas derrotas de importancia, exceptuando la batalla de Jena, en la que fue aniquilado todo el ejercito prusiano de aquella época, y la de Waterloo, para no mencionar la derrota de Ligny [72].

Escrito por F. Engels en inglés, entre el 19 de junio y el 5 de julio de 1866.
Publicado por primera vez en el *Manchester Guardian*, el 20, 25 y 28 de junio, y el 3 y 6 de julio de 1866.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. I.

LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA DE 1870-1871

NOTAS SOBRE LA GUERRA - I

No terminaron de oírse los disparos, y ya concluía la primera etapa de la guerra, con un fracaso para el emperador francés. Para que ello se haga evidente basta hacer un rápido resumen de la situación política y militar.

En la actualidad todos comprenden que Luis Napoleón confiaba en aislar a la Confederación del Norte de Alemania [73] de los Estados del Sur y en aprovechar el descontento reinante en las regiones anexionadas recientemente a Prusia.

La impetuosa ofensiva hacia el Rin con todas las fuerzas que se pudieron reunir, el cruce de este río en algún lugar entre Germerscheim y Maguncia, y la ofensiva en dirección a Fráncfort y Würzburg permitían alcanzar ese objetivo. Los franceses hubieran podido entonces apoderarse de las comunicaciones entre el norte y el sur, y obligar a Prusia a reunir a toda prisa, junto al Meno, todas las fuerzas disponibles, cualquiera fuera el grado de su preparación militar. Se habría alterado la marcha de la movilización en Prusia, y todas las probabilidades de éxito hubiesen estado de parte de los franceses invasores, que derrotarían a los prusianos, por unidades, a medida que estas llegaran de los distintos lugares del país. El éxito de semejante operación estaba asegurado, no solo por consideraciones políticas, sino también militares. El sistema francés de cuadros militares permite una concentración de un ejército de 120 000 a 150 000 hombres mucho más rápida que el sistema prusiano de *Landwehr*. Los efectivos del ejército francés en tiempos de paz se diferencian de los de tiempo de guerra solo por el número de hombres que están francos, y por la ausencia de un *dêpot* [de unidades de reserva], que se forma en vísperas de comenzar la campaña. Por el contrario, el ejército prusiano incluye en tiempos de paz menos de una tercera parte de los efectivos de tiempos de guerra; es más, en tiempos de paz no solo los soldados, sino aun los oficiales de los dos tercios restantes son civiles. La movilización de una masa tan enorme de hombres requiere tiempo; además, se trata de un proceso complejo, que sería alterado y convertido en un caos total por la invasión sorpresiva del ejército enemigo. Por eso el emperador se ha dado tanta prisa con la guerra. Si en sus cálculos no estuviera presente esa invasión por sorpresa, carecerían de sentido el tono brusco de Grammont y la apresurada declaración de guerra.

Pero el súbito y enérgico estallido del sentimiento nacional entre los alemanes desbarató todo plan de esa índole: Luis Napoleón no se vio frente al rey Guillermo «Anexandro» [74], sino ante la nación alemana. En ese caso, no se podía ni pensar en emprender un avance impetuoso, cruzando el Rin, ni siquiera aunque se contara con un ejército de 120 000 a 150 000 hombres. Como no lograron sorprenderlos de improviso, tuvieron que realizar una campaña regular con todos los efectivos. La guardia, los ejércitos de París y Lyon, y el cuerpo de ejército del campamento de Châlons, que habrían sido suficientes para el primer objetivo, ahora apenas alcanzaban para formar el núcleo del inmenso ejército imprescindible para la invasión. Así, pues, comenzó la segunda etapa de la guerra, la de preparación de una gran campaña, y a partir del día de hoy comenzaron a declinar las probabilidades que el emperador tenía de lograr una victoria incondicional.

Comparemos ahora las fuerzas que están listas para su mutua exterminación; para simplificar la comparación, tomemos solo la infantería. Es el tipo de arma que decide la batalla; y la insignificante diferencia en las fuerzas de caballería y artillería, incluyendo la *mitrailleuse* [75] y otros cañones, que hacen prodigios con sus acciones, no tendrá gran importancia para ninguna de las dos partes.

Francia cuenta con 376 batallones de infantería (38 de la guardia, 20 de tiradores, 300 de línea, 9 zuavos, 9 turcos [76], etc.), en tiempos de paz cada batallón tiene ocho compañías. En tiempos de guerra, cada uno de los 300 batallones de línea deja en la retaguardia, para la formación del *dêpot* [unidad de reserva] dos compañías, y entra en campaña compuesto solo por seis compañías. En este caso, cuatro de las seis compañías de la reserva de cada regimiento de línea (compuesto por tres batallones) son destinadas a la formación del cuarto batallón, que se completa con los que están francos y los reservistas. Las otras dos compañías deben desempeñar, por supuesto, el papel de *dêpot* y más tarde pueden constituir un quinto batallón. Pero, naturalmente, se necesitará cierto tiempo, por lo menos seis semanas, antes de que esos cuartos batallones estén lo bastante organizados y listos para realizar operaciones de campo; en la actualidad dichos batallones, así como la guardia móvil, solo pueden ser considerados tropas de guarnición. Por lo tanto, para los primeros combates decisivos Francia solo cuenta con los ya mencionados 376 batallones.

De ellos, a juzgar por los datos de que disponemos, el ejército del Rin, compuesto por seis cuerpos de ejército —del 1º al 6º y la guardia—, consta de 299 batallones. Incluyendo el 7º cuerpo (del general Montauban), que sin duda está destinado a ser enviado al Báltico, tenemos la cifra de 340 batallones; por consiguiente, para la defensa de Argelia, de las colonias y en la propia Francia solo quedan 36. De ello se desprende que Francia ha concentrado contra Alemania todos sus efectivos y que hasta comienzos de septiembre no podrá aumentarlos con nuevas unidades con capacidad combativa.

Ahora veamos qué pasa del otro lado. El ejército de Alemania del norte consta de trece cuerpos de ejército y suma 368 batallones de infantería, o, término medio, veintiocho batallones por cuerpo. Cada batallón tiene en tiempos de

paz cerca de 540 hombres, y en tiempos de guerra alrededor de 1000. Al recibir la orden de movilización, cada regimiento de tres batallones encomienda a varios oficiales la formación de un cuarto batallón. Los reservistas son llamados a filas en el acto. Son hombres que han servido de dos a tres años en el regimiento y siguen sujetos al servicio militar hasta la edad de 27 años. Son más que suficientes para cubrir tres batallones de campaña y proporcionar buenos cuadros para un cuarto batallón, que se forma con el *Landwehr*. Así, pues, batallones de campaña pueden estar listos para emprender su misión a los pocos días, y los cuartos batallones a las 4 ó 5 semanas. Simultáneamente, por cada cuerpo de línea se forma un regimiento de *Landwehr* compuesto por dos batallones, con hombres cuya edad oscila entre los 28 y 36 años. En cuanto estos dos batallones estén dispuestos, se comienza la formación de los terceros batallones del *Landwehr*. Para todo ello, incluyendo la movilización de la caballería y la artillería, serán necesarios exactamente trece días, y como el 16 de julio fue declarado primer día de la movilización, ya estará todo listo, o deberá estarlo, para el día de hoy. En estos momentos, Alemania del norte cuenta, probablemente, con 358 batallones de línea para operaciones campales y 198 batallones de *Landwehr* en las guarniciones. Estas tropas, por supuesto, pueden ser reforzadas o no más tarde de la segunda mitad de agosto, con 114 cuartos batallones de línea y 93 terceros batallones del Landwehr, En estas unidades será difícil encontrar una persona que no haya cumplido el plazo establecido de servicio militar. Deben sumarse a ellas las tropas de Hessen-Darmstadt, Baden, Wurtemburgo y Baviera: en total, 104 batallones de línea; pero como en estos Estados el sistema del *Landwehr* no ha alcanzado un desarrollo total, puede resultar que solo 70 u 80 batallones sean aptos para el servicio de campaña.

El *Landwehr* se destina principalmente al servicio de guarnición, pero en la guerra de 1866 una parte considerable fue enviada a cumplir operaciones de campo como reserva del ejército. No cabe la menor duda de que lo mismo ocurrirá ahora.

De los trece cuerpos del ejército del norte de Alemania, diez se hallan en la actualidad en el Rin, con un total de 280 batallones; además, cerca de 70 batallones de las tropas del sur de Alemania, lo que suman 350 batallones. Quedan, para el servicio de costas o en reserva, tres cuerpos de ejército, u 84 batallones. Para la defensa costera es más que suficiente un solo cuerpo, junto con el *Landwehr*. Los dos cuerpos restantes, según los informes que tenemos, probablemente estén también en marcha hacia el Rin. Para el 20 de agosto estas tropas pueden ser reforzadas, por lo menos con un centenar de cuartos batallones y de 40 a 50 batallones del *Landwehr*, cuyos efectivos superan (por su preparación combativa) a los cuartos batallones franceses y a la guardia móvil, formados en lo esencial con hombres casi sin preparación. Por lo tanto, Francia solo dispone de 550 000 soldados adiestrados, en tanto que el norte de Alemania cuenta con 950 000. En ello consiste la superioridad de Alemania, que se hará sentir cada vez más, a medida que se aplace la batalla decisiva, y esta no llegue a su punto culminante a fines de septiembre.

En estas circunstancias no debe causar asombro la comunicación de Berlín, de que el mando alemán confía en preservar su territorio de las calamidades de la guerra; dicho de otro modo; si no son atacados dentro de poco, los alemanes pasarán a la ofensiva. Cómo se llevará a cabo esa ofensiva, y si Luis Napoleón no los vence, son ya cuestiones distintas.

Escrito por F. Engels en inglés el de julio de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 29 de julio de 1870.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

NOTAS SOBRE LA GUERRA - III

Comienza por fin a esclarecerse el plan de la campaña de los prusianos. Debe tenerse en cuenta que, aunque en la orilla derecha del Rin se estaban realizando grandes traslados de tropas del este al oeste y el suroeste, se oyó hablar muy poco de su proximidad inmediata a la frontera amenazada. Las fortalezas recibieron un gran refuerzo de las unidades más cercanas. Junto a Saarbrücken, 500 hombres del 40º regimiento de infantería y 3 escuadrones del 79 regimiento de ulanos (ambos del 8º cuerpo) sostuvieron un tiroteo con el enemigo; los tiradores bávaros y los dragones de Baden emplazaron una línea de puestos de avanzada hasta el Rin. Pero en la retaguardia inmediata de esta línea de barrera, formada por varias unidades móviles, no se había emplazado, en apariencia, un número elevado de tropas. Parte alguno menciona la intervención de la artillería en esas escaramuzas. En Tréveris no había tropas. Por otra parte, hemos oído hablar de un gran número de tropas en la frontera belga: de una caballería de 30 000 hombres cerca de Colonia (donde toda la localidad en la orilla izquierda del Rin, casi hasta Aquisgrán, tiene abundantes forrajes), y también de 70 000 hombres a las puertas de Maguncia. Todo ello parecía muy raro, y daba la impresión de una dispersión casi criminal de las tropas, en oposición a la compacta concentración de los franceses a una distancia de unas horas de marcha hasta la frontera. Y, de pronto, se infiltran comunicaciones continuas de distintos lugares, que sin duda deberán descubrir el secreto.

El corresponsal de *Le Temps*, que se arriesgó a llegar hasta la misma Tréveris, fue testigo, el 25 y 26 [de julio], de que por esa ciudad pasaban masas de tropas de todas las armas en dirección a la línea del Sarre. Aproximadamente en la misma fecha la débil guarnición de Saarbrücken recibió un considerable refuerzo, quizá de Coblenza, donde está emplazado el Estado Mayor del 8º cuerpo. Es probable que las tropas que pasaron por Tréveris formen parte de otro cuerpo, llegado desde el norte a través de Eiffel. Por último, hemos sabido de fuente particular, que el 27 [de julio] el 7º cuerpo de ejército salió de Aquisgrán y atravesó Tréveris en dirección a la frontera.

Así pues, vemos que por lo menos tres cuerpos de ejército, o cerca de 100 000 hombres, han sido adelantados a la línea del Sarre. Dos de ellos, el 7º y el 8º, forman parte del ejército del norte del general Steinmetz (el 7º, 8º, 9º y 10º cuerpos). Ello permite suponer que todo ese ejército está concentrado en la actualidad entre Saarburg y Saarbrücken. Si 30 000 hombres de caballería (o una cifra aproximada) se hallaban realmente en las proximidades de Colonia, habrían debido pasar por Eiffel y Mosela en dirección al Sarre. Toda esta agrupación de tropas parecería indicar que los alemanes asestarán el golpe principal con su flanco derecho entre Metz y Saarlouis, en dirección al valle del alto Nid. Si la caballería de la reserva *ya* ha pasado realmente en la dirección indicada, esta suposición se convertirá en certeza.

Este plan implica la concentración de todo el ejército alemán entre los Vosgos y el Mosela. El ejército central (del príncipe Federico Carlos, compuesto por el 2º, 3º, 4º y 12º cuerpos) debería ocupar las posiciones lindantes con el flanco izquierdo de Steinmetz, o bien concentrarse en su retaguardia en calidad de reserva. El ejército del sur (del Kronprinz, compuesto por el 5º cuerpo, la guardia y las tropas del sur de Alemania) formaría el ala izquierda, en la región de Zweibrücken. Desconocemos dónde se encuentran en la actualidad todas esas tropas y cómo han sido llevadas hasta sus posiciones. Solo sabemos que el 3er cuerpo de ejército comenzó a avanzar hacia el sur a través de Colonia por el ferrocarril de la orilla *izquierda* del Rin. Pero podemos suponer que la misma mano que trazó el plan de la rápida concentración de 100 000 a 150 000 hombres en el Sarre, desde puntos aislados e indudablemente diferentes, señalará el camino para una concentración similar por parte de las demás unidades del ejército.

No cabe duda de que se trata de un plan audaz, y no tiene menos probabilidades de éxito que cualquier otro que se hubiera propuesto. Presupone una batalla en la que el ala izquierda alemana, desde Zweibrücken y casi hasta Saarlouis, realiza exclusivamente combates defensivos, en tanto que el ala derecha, avanzando hasta Saarlouis y más al este de este punto, apoyada por fuertes reservas, ataca al enemigo con todas sus fuerzas, y con un movimiento de flanco de toda la reserva de caballería le corta las comunicaciones con Metz. Si este plan tiene éxito y los alemanes ganan la primera gran batalla, el ejército francés corre el riesgo de encontrarse no solo cortado de su base más próxima —Metz y el Mosela—, sino de ser arrojado hasta una posición que permita a los alemanes aparecer entre él y París.

En tal situación, dada la total seguridad de las comunicaciones con Coblenza y Colonia, a los alemanes no les asustará ni siquiera el riesgo de la derrota, ya que para ellos esta no tendría consecuencias tan funestas como para los franceses. Pese a todo, se trata de un plan audaz. Retirar intacto un ejército destrozado, en especial su ala derecha, a través de los desfiladeros del Mosela y sus afluentes, sería sumamente difícil. Además, no cabe duda de que se perdería un gran número de soldados capturados y una parte considerable de la artillería; y la reagrupación del ejército bajo la protección de las fortalezas del Rin llevaría mucho tiempo. En general, sería una locura aceptar semejante plan si el general Moltke no estuviera en la certeza de que dispone de fuerzas

cuya superioridad le asegure una victoria casi indudable, y si no supiera, además, que los franceses no están en condiciones de atacar a sus tropas cuando estas solo concentran sus fuerzas en el lugar elegido para la primera batalla. Es probable que muy pronto, quizá mañana mismo, sepamos si esto es así en realidad.

Mientras tanto, debe considerarse que jamás se puede tener la seguridad total de que estos planes estratégicos pueden dar todos los resultados que de ellos se espera. Siempre pueden surgir obstáculos: las unidades de tropas no llegan en el momento preciso en que son necesarias; el enemigo realiza desplazamientos imprevistos, pues ha tomado medidas inesperadas de precaución; y por último, combates encarnizados y tenaces, o el sentido común de algún general, puede salvar con frecuencia a un ejército destrozado de la peor consecuencia posible de una derrota, es decir, de que pierda las comunicaciones con su base.

Escrito por F. Engels en inglés el 31 de julio de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 2 de agosto de 1870.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

NOTAS SOBRE LA GUERRA – IV

El 28 de julio el emperador llegó a Metz y a la mañana siguiente asumió el mando del ejército del Rin. De acuerdo con las tradiciones napoleónicas, esta fecha debe ser la señalada para comenzar las operaciones activas; pero ya ha pasado una semana y no hemos oído aún hablar de que todo el ejército del Rin haya comenzado su avance. El 30, un pequeño destacamento prusiano logró rechazar junto a Saarbrücken a la descubierta francesa. El 2 de agosto, la 2ª división (general Bataille) del 29 cuerpo de ejército (general Frossard) ocupó una cota al sur de Saarbrücken y sacó a los alemanes de la ciudad con fuego de artillería; no obstante, no hizo el menor intento de forzar el río o de atacar las alturas de la orilla norte que dominan la ciudad. Por lo tanto, durante ese ataque la línea del Sarre no fue forzada. Desde entonces no han llegado noticias sobre el avance de los franceses, y por ahora las ventajas que lograron en el combate del 2 de agosto equivalen a cero.

Ahora ya no cabe duda de que el emperador, al ir de París a Metz, tenía la intención de cruzar inmediatamente la frontera. Si hubiera procedido así, habría conseguido desbaratar en esencia las medidas del enemigo. El 29 y 30 de julio los ejércitos alemanes distaban mucho de haberse concentrado. Las tropas del sur de Alemania, en marcha de campaña y por ferrocarriles, solo llegaban a juntarse en las proximidades dé los puentes del Rin. La caballería prusiana de la reserva pasaba en columnas interminables a través de Coblenza y Ehrenbreitstein, encaminándose al sur. El 7º cuerpo se encontraba entre Aquisgrán y Tréveris, lejos de ferrocarril alguno. El 10º cuerpo apenas acaba-

ba de salir de Hannover, y la guardia salía de Berlín por ferrocarril. Una ofensiva enérgica hubiera llevado en ese momento a los franceses hasta los fuertes avanzados de Maguncia y les hubiese asegurado una considerable ventaja sobre las columnas alemanas en retirada; inclusive habría sido posible que les permitiera apuntar sus armas contra el puente del Rin y cubrirlo con una fortificación por debajo del mismo en la orilla derecha. Sea como fuere, la guerra se habría desplazado a territorio del enemigo, lo cual ejercería una excelente influencia moral entre las tropas francesas.

¿Por qué, entonces, no tuvo lugar esa ofensiva? Por la sencilla razón de que si los soldados franceses estaban efectivamente listos, no lo estaba la intendencia. No tenemos por qué recurrir a los rumores que llegan del lado alemán; contamos con el testimonio del capitán Jeannereau, oficial francés veterano, actual corresponsal de *Le Temps*, adjunto al ejército activo. Indica con claridad que solo el 1 de agosto comenzaron los suministros de campaña para el ejército; las tropas tenían pocas cantimploras, marmitas y otro equipo de campaña, la carne estaba pasada, y el pan con frecuencia enmohecido. Realmente podría decirse que por ahora el ejército del II Imperio ha sido derrotado por el propio II Imperio. Con ese régimen, en el cual sus partidarios pagan con largueza con todos los medios del sistema de soborno establecido desde hace mucho, no era de esperar que ese sistema dejara de aplicarse en la intendencia del ejército. Hace mucho que se preparaba la guerra actual, según reconoce el señor Rouber; pero por lo que se ve, se ha dedicado una ínfima atención a la acumulación de reservas, en especial de equipos; y justamente ahora, en el período crítico de la campaña, el desorden que reinaba en este terreno provocó un retraso de casi una semana en las operaciones.

Esta demora proporcionó una enorme ventaja a los alemanes. Les dio tiempo para trasladar sus tropas al frente y concentrarlas en las posiciones señaladas. Como ya saben nuestros lectores, partimos de la suposición de que todas las fuerzas alemanas están concentradas en la actualidad en la orilla izquierda del Rin, ocupando posiciones frente al ejército francés. Esta opinión la confirman todas las comunicaciones oficiales y particulares recibidas desde el martes, cuando suministramos plenamente al *Times* los datos más detallados sobre esta cuestión, aunque esta mañana los publica ese diario como noticias propias. Tres ejércitos (de Steinmetz, del príncipe Federico Carlos y del Kronprinz) componen en total 13 cuerpos de ejército, o, por lo menos, de 430 000 a 450 000 hombres. Las fuerzas que se les enfrentan, según el cálculo más alentador, no ascienden a más de 330 000 ó 350 000 soldados adiestrados. Si son más, el resto lo constituirán sin duda batallones no adiestrados y formados recientemente. Pero las tropas germanas distan mucho de representar todas las fuerzas de Alemania. Solo entre las fuerzas de campo hay tres cuerpos de ejército (1°, 6º y 11º) no incluidos en este cálculo. Desconocemos dónde pueden encontrarse. Solo sabemos que han abandonado sus guarniciones, y descubrimos a regimientos del 11º cuerpo en la orilla izquierda del Rin y en el Palatinado bávaro. También sabemos de fuentes fidedignas que en Hannover, Bremen y las cercanías no hay en la actualidad otras tropas que las del *Landwehr*. Lo cual nos lleva a la deducción de que por lo menos

la mayor parte de estos cuerpos también ha sido enviada al frente, y en ese caso la superioridad numérica de los alemanes aumenta aproximadamente en 40 000 ó 60 000 hombres. Tampoco nos asombraría que varias divisiones del Landwehr hayan sido enviadas al frente en el río Sarre; hoy día el Landwehr cuenta con 210 000 combatientes bien preparados, y en los cuartos y otros batallones de línea, con 180 000 hombres casi adiestrados, parte de los cuales puede ser utilizada para asestar el primer golpe decisivo. No hay que pensar que esos hombres existen en cierta medida solo en el papel. La movilización de 1866 evidencia que existen en realidad, y la actual ha vuelto a demostrar que hay más hombres adiestrados de los que se necesita, y que se encuentran dispuestos a entrar en operaciones. Estas cifras parecen increíbles, pero ni siquiera ellas agotan el potencial militar de Alemania.

Por consiguiente, a fines de esta semana el emperador se verá frente a frente con fuerzas superiores del enemigo. Y si la semana pasada quiso avanzar, pero no pudo, hoy no tiene posibilidades ni deseos de iniciar la ofensiva. Y que está muy lejos de desconocer las fuerzas del enemigo, lo vemos por una insinuación contenida en una noticia que ha llegado de París, según la cual 250 000 prusianos están concentrados entre Saarlouis y Neuenkirchen. La comunicación de París no dice una palabra acerca de lo que ocurre entre Neuenkirchen y Kaiserslautern. Por ello es posible que la inactividad del ejército francés, inclusive hasta el jueves, se deba en parte a la modificación del plan de la campaña y a que los franceses, en lugar de una ofensiva, traten de quedar en una posición defensiva, para aprovechar las ventajas del extraordinario incremento del potencial de fuego que representan para el ejército —listo para esperar el ataque en una posición fortificada— los fusiles de retrocarga y la artillería estriada. Pero si toman esta resolución, los franceses se llevarán una gran desilusión desde el comienzo de la campaña. Sacrificar la mitad de Lorena y Alsacia sin una batalla es grave para el emperador. Además, dudamos de que para un ejército tan grande se pueda encontrar cerca de la frontera una posición mejor que los alrededores de Metz.

En el caso de que los franceses opten por ese movimiento, los alemanes pondrían en práctica el plan de acciones que hemos expuesto más arriba. Podrían intentar atraer a su adversario a una gran batalla, antes que este llegue a Metz, y adelantarse entre Saarlouis y Metz. De todos modos, intentarán rodear por el flanco la posición fortificada francesa y romper sus comunicaciones con la retaguardia.

Un ejército de 300 000 hombres exige gran cantidad de víveres, y no puede permitir que las vías de acceso de estos queden interrumpidas ni siquiera unos días. En esas condiciones, se verá obligado a abandonar la posición y a aceptar el combate en campo abierto, en cuyo caso perdería las ventajas de la defensa. Sea como fuere, podemos tener la seguridad de que en el plazo más breve ocurrirán serios acontecimientos. Tres tercios de un millón de hombres no pueden quedar concentrados durante largo tiempo en un territorio de 50 millas cuadradas. La imposibilidad de alimentar a una masa tan enorme de tropas obligará a una u otra parte a moverse de su sitio.

Repetiremos, para finalizar, que partimos de la suposición de que los franceses, al igual que los alemanes, han lanzado al frente todos sus efectivos para participar en la primera gran batalla. Y seguimos sosteniendo la opinión de que en ese caso los alemanes contarán con una considerable superioridad numérica, suficiente como para garantizarles la victoria, siempre que no cometan errores muy grandes. Nos convencen de ello todas las comunicaciones oficiales y particulares que se reciben. No obstante, es evidente que todo esto no es fundamento para sustentar una seguridad absoluta. Nos vemos obligados a extraer conclusiones en base a datos que pueden resultar falsos. No sabemos qué situación puede desarrollarse, ni siquiera en el momento en que estamos escribiendo estas líneas; tampoco se puede predecir qué errores cometerá el mando de ambas partes o, por el contrario, qué fuerza genial pondrá en juego.

Nuestras últimas observaciones de hoy se referirán al ataque de la línea de Weissenburg en Alsacia por los alemanes [77]. Por parte de los alemanes participaron en la ofensiva las unidades de los cuerpos 5° y 11° prusianos, y también el 2º cuerpo de Baviera. Aquí tenemos una confirmación directa de que no solo el 11° cuerpo, sino todas las fuerzas principales del Kronprinz se encuentran en el Palatinado. El regimiento mencionado en el parte como «de granaderos de la guardia real» puede ser el 7º o el 2º regimiento de granaderos de Prusia occidental, que integran el 5° cuerpo, al igual que el 50°. El sistema prusiano consiste siempre en llevar al combate, al principio, un cuerpo de ejército completó, y luego añadirle unidades de otro. En el caso dado han sido llevados al combate —que con éxito podría realizar un solo cuerpo— tres cuerpos de prusianos y bávaros. Resulta evidente que la presencia de tres cuerpos que amenazan a Alsacia se debía al propósito de causar impresión a los franceses. Además, junto a Estrasburgo habría sido detenida la ofensiva por el valle del alto Rin, y el movimiento de los flancos a través de los Vosgos habría encontrado bloqueados los pasos por Bitsch, Pfalzburg y Petit Pierre, pequeñas fortalezas que pueden perfectamente detener el movimiento por los grandes caminos. Creemos que mientras tres o cuatro brigadas de estos tres cuerpos alemanes atacaban Weissenburg, las fuerzas principales de estos cuerpos podrían avanzar a través de Landau y Pirmasens hacia Zweibrücken. Si las brigadas en cuestión lograran éxito, varias divisiones de Mac-Mahon se desplazarían en la dirección opuesta hacia el Rin. Allí serían inofensivas, puesto que cualquier invasión por la llanura del lado del Palatinado sería detenida junto a Landau y Germerscheim.

Este combate junto a Weissenburg trascurrió, por lo visto, con tal superioridad numérica, que casi con toda seguridad le garantizaba el éxito. La influencia moral de este primer choque importante durante la guerra debe ser, indudablemente, muy grande, en particular si se tiene en cuenta que el ataque de una posición fortificada simple ha sido considerado como una operación difícil. El hecho de que los alemanes, pese a que los franceses cuentan con cañones de estría, ametralladoras y fusiles de Chassepot, los hayan sacado a la bayoneta de sus líneas fortificadas, ejercerá su influencia en los dos ejércitos.

No cabe duda de que este es el primer caso en que la bayoneta ha operado con éxito contra fusiles de retrocarga; en este sentido, la batalla será memorable.

Por la misma causa, ella desbaratará los planes de Napoleón. Se trata de una noticia que no se puede comunicar al ejército francés, ni siquiera en la forma más atenuada, mientras no se adjunten partes sobre éxitos alcanzados en otros puntos. Por otro lado, tampoco se la puede mantener en secreto durante más de doce horas. Por eso podemos esperar que el emperador haga avanzar sus columnas en búsqueda de ese éxito, y sería asombroso que no recibiéramos en breve comunicaciones acerca de los triunfos franceses. Pero no cabe duda de que al mismo tiempo avanzarán los alemanes, y las unidades de avanzada de las columnas beligerantes entrarán en contacto en varios puntos. Hoy, a más tardar mañana, debe esperarse la primera batalla general.

Escrito por F. Engels en inglés, el 5 de agosto de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 6 de agosto de 1870.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

LAS VICTORIAS PRUSIANAS

La rapidez de las operaciones del III ejercito alemán esclarecen cada vez más los planes de Moltke. La concentración de este ejército en el Palatinado debía haberse realizado por los caminos que atraviesan los puentes de Mannheim y Germerscheim, y, probablemente, por los pontones militares ubicados entre esas ciudades. Antes de emprender la marcha por los caminos a través de Gardt, al oeste de Landau y Neuestadt, las tropas concentradas en el valle del Rin fueron lanzadas a la ofensiva contra el flanco derecho de los franceses. Esa ofensiva con fuerzas superiores, teniendo a Landau cerca de la retaguardia, no representaba riesgo alguno y podía dar grandes resultados. Si, además, se lograba empujar hacia el valle del Rin a una parte considerable de las tropas francesas, apartándolas de sus fuerzas principales, y derrotarlas y cercarlas valle arriba, en dirección a Estrasburgo, esas fuerzas serían eliminadas de la participación en la batalla general, en tanto que el III ejército alemán, ubicado mucho más cerca de las fuerzas principales francesas, conservaría la posibilidad de intervenir en ella. De todos modos, la ofensiva en el flanco derecho de los franceses podría inducir a estos en un error, si el golpe principal de los alemanes, como seguimos suponiendo —pese a la opinión contraria de numerosos militares y de aficionados no militares a conversar sobre las últimas noticias—, fuera dirigido contra el flanco izquierdo de los franceses.

El ataque de sorpresa y con éxito en Weissenburg evidencia que las informaciones de que disponían los alemanes sobre el emplazamiento de los franceses, los indujeron a realizar esa maniobra. Los franceses, ansiosos de tomarse un desquite, se metieron en la trampa sin pensarlo mucho. El mariscal Mac-Mahon comenzó a concentrar inmediatamente sus cuerpos cerca de

Weissenburg; según comunican, para terminar con esta maniobra necesitaba dos días. Pero el Kronprinz no tenía la menor intención de concederle ese plazo. Aprovechó sin pérdida de tiempo su ventaja, y el sábado atacó a los franceses cerca de Woerth, en el río Sauer [78], aproximadamente a 15 millas al suroeste de Weissenburg. Mac-Mahon, según su propia descripción, ocupaba una posición fuerte. No obstante, más o menos a las cinco de la tarde fue sacado de ella y, de acuerdo con las presuposiciones del Kronprinz, se replegó con todas sus unidades hasta Bitsch. De ese modo, habría podido salvar la situación, es decir, no hubiera sido arrojado en forma excéntrica hacia Estrasburgo y seguiría manteniendo contacto con las fuerzas principales del ejército. Sin embargo, por los telegramas franceses posteriores se sabe que en realidad se retiró hacia Nancy, y que ahora su Estado Mayor se encuentra en Saverne.

Dos cuerpos franceses, enviados al encuentro de los alemanes en ofensiva, constaban de siete divisiones de infantería, de las cuales, a nuestro juicio, cinco por lo menos participaron en la batalla. Es posible que todos llegaran gradualmente al campo de batalla, pero ya no estaban en condiciones de restablecer el equilibrio, del mismo modo que no pudieron hacerlo las brigadas austríacas, que aparecieron una tras otra en el campo de batalla de Magenta. En todo caso, podemos decir con seguridad que aquí ha sido derrotada de una quinta a una cuarta parte de todas las tropas francesas. Es probable que las tropas alemanas estuvieran formadas por las mismas unidades cuya vanguardia obtuvo la victoria en Weissenburg, es decir, por los cuerpos 2° de Baviera, el 5° y 11° del norte de Alemania. De ellos, el 5° cuerpo consta de dos regimientos de Poznan, cinco de Silesia y uno de Westfalia, y el 11º cuerpo, de un regimiento de Pomerania, cuatro de Hessenkassel y de Nassau, y tres de Turingia; por lo tanto, participaron en la batalla tropas de las más diversas regiones de Alemania.

En estas operaciones, lo que más nos sorprende es la función estratégica y táctica de cada ejército. Su papel es justamente opuesto a lo que podría esperarse, dada la tradición establecida. Los alemanes están a la ofensiva y los franceses en la defensiva. Los primeros actúan con rapidez vertiginosa y con grandes masas, que maniobran con facilidad; los segundos, por el contrario, reconocen que después de una concentración que duró dos semanas, sus tropas estaban aún tan diseminadas, que para juntar dos cuerpos de ejército fueron necesarios dos días más. A consecuencia de ello, resultaron derrotados por partes. A juzgar por el modo en que los franceses desplazan sus tropas, se los podría tomar por austríacos. ¿Cómo se explica esto? Simplemente como consecuencia inevitable del régimen del II Imperio. El golpe recibido junto a Weissenburg fue suficiente para excitar a todo París, y, sin duda alguna, para privar al ejército de su sangre fría. Era preciso tomarse el desquite: envían enseguida a Mac-Mahon con dos cuerpos para ese desquite; no cabe duda de que fue un paso erróneo, pero de todos modos había que darlo, y así se hizo, con el resultado que ya se conoce. Si el mariscal Mac-Mahon no puede obtener un refuerzo que le permita enfrentarse otra vez con el Kronprinz, este, después de recorrer unas quince millas hacia el sur, podrá apoderarse de la línea férrea Estrasburgo-Nancy, envolviendo con este movimiento cualquier línea de la

defensa que los franceses confiaran conservar delante de Metz. No cabe duda de que este terror a ser envueltos es lo que obliga a los franceses a abandonar la región del Sarre. Y si deja que sus tropas de avanzada persigan a Mac-Mahon, el Kronprinz puede avanzar inmediatamente a la derecha a través de las columnas, hacia Pirmasens y Zweibrücken, para unirse al flanco derecho del ejército del príncipe Federico Carlos. Este último se encontraba durante todo este tiempo en algún lugar entre Maguncia y Saarbrücken, en tanto que los franceses afirman con insistencia que está junto a Tréveris. Por ahora no podemos determinar cómo repercutirá en las acciones del Kronprinz la derrota del cuerno del general Frossard cerca de Forbach [79] después de la cual, por lo visto, se efectuó el avance de ayer de los prusianos hacia Saint-Avolde.

Si después de Weissenburg, el II Imperio necesitaba una victoria a toda costa, en mucho mayor grado le es imprescindible ahora, después de Woerth y Forbach. Si Weissenburg fue suficiente para desbaratar los planes anteriores en cuanto a las operaciones del ala derecha, los combates que tuvieron lugar el sábado echaron por tierra inevitablemente todas las medidas elaboradas para el ejército en su conjunto. El ejército francés se ha visto despojado de toda iniciativa. Sus acciones están impulsadas, no tanto por consideraciones militares como por la necesidad política. Cuando un ejército de 300 000 hombres, acampado casi a la vista del enemigo, debe guiarse en sus actividades por lo que ocurre o puede ocurrir en París, en vez de orientarse por lo que está ocurriendo en el campo adversario, hay que descontar que está semiderrotado. Por supuesto, nadie puede predecir el resultado de la batalla general, que deberá realizarse inevitablemente, si es que no ha comenzado ya; pero sí puede decirse con toda seguridad que si Napoleón III continúa aplicando durante una semana más una estrategia como la que ya ha utilizado, ello será suficiente para aniquilar al mejor y más poderoso ejército del mundo.

Los telegramas del emperador Napoleón solo agravan la impresión que producen los partes prusianos sobre esas batallas. El sábado, a medianoche, solo contenían noticias escuetas: «El mariscal Mac-Mahon perdió la batalla. El general Frossard se vio obligado a replegarse». Tres horas más tarde se recibió la noticia de que se habían interrumpido las comunicaciones con Mac-Mahon. El domingo, a las 6 de la mañana, la gravedad de la derrota del general Frossard fue verificada por el reconocimiento de que dicha derrota se había producido mucho más al oeste de Saarbrücken, en las proximidades de Forbach. El comunicado siguiente reconocía que era imposible detener inmediatamente el avance de los prusianos: «Las tropas, que quedaron divididas, se van concentrando hacia Metz». El telegrama posterior resulta difícil de descifrar: «El repliegue tendrá lugar en completo orden». ¿El repliegue de quién? No puede ser del mariscal Mac-Mahon, por cuanto sigue interrumpida toda comunicación con él. Tampoco del general Frossard, ya que el propio emperador informa: «No hay noticia alguna del general Frossard». Y si a las 8 horas y 25 minutos de la mañana el emperador solo podía hablar en tiempo futuro del inminente repliegue de las tropas, cuya ubicación él desconocía, ¿qué valor puede tener un telegrama despachado ocho horas antes, en el que dice en tiempo presente: «El repliegue se realiza en completo orden»? Todas estas comunicaciones

posteriores mantenían el mismo espíritu que la primera: *Tout peut se rétablir* [«Todo se puede restablecer»]. Las victorias de los prusianos fueron demasiado considerables como para recurrir a la táctica que el emperador, como es natural, hubiera querido aplicar. No podía correr el riesgo de ocultar la verdad, en la confianza de atenuar la impresión que causaría el parte simultáneo sobre la batalla posterior, con otro resultado. Ya era imposible respetar el orgullo del pueblo francés, ocultándole que habían sido derrotados dos ejércitos franceses. Solo quedaba la alternativa de basarse en el apasionado deseo de recuperar lo perdido, deseo que en otros tiempos, y ante desgracias similares, se había encendido en el corazón de los franceses. En telegramas particulares a la emperatriz y a los ministros, se trazaba indudablemente la línea de sus intervenciones públicas, o, lo que es más posible aún, les hacían llegar desde Metz el texto auténtico de los correspondientes llamamientos. De todo ello extraemos la conclusión de que, cualquiera sea el estado de ánimo del pueblo francés, las autoridades, empezando por el emperador, se encuentran en un estado de depresión, lo que por sí mismo ya es extraordinariamente significativo. La declaración del estado de sitio en París indica en forma irrefutable qué otras consecuencias puede traer una nueva victoria de los prusianos, y el llamamiento ministerial termina con las siguientes palabras: «Combatamos con valentía, y Francia será salvada». ¡Salvada! Los franceses podrán preguntarse: ¿salvada de qué? ¿De la invasión de los prusianos, que han recurrido a esa medida para impedir la invasión francesa de Alemania? Si los prusianos hubieran sido derrotados y semejante llamamiento llegara de Berlín, su significado sería claro, ya que cada nueva victoria de las armas francesas implicaría una nueva anexión de territorio alemán a Francia. Pero si el gobierno prusiano es lo bastante prudente, la derrota de los franceses solo significará que los intentos de impedir que Prusia continúe sin obstáculos su política germana ha sufrido un fracaso, y a nosotros nos cuesta creer que la movilización general, respecto de la cual según parece están deliberando los ministros franceses, permitirá realmente restablecer la guerra de ofensiva.

Escrito por F. Engels en inglés, el 7 de agosto de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 8 de agosto de 1870.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

NOTAS SOBRE LA GUERRA – VI

Ahora ya no cabe la menor duda de que nunca se hizo una guerra con tan extremo menosprecio por las reglas comunes de la prudencia, como «el paseo militar a Berlín» de Napoleón. La guerra por el Rin había sido la última y la más segura carta que se jugaba Napoleón; pero al mismo tiempo, un fracaso significaba la caída del II Imperio. En Alemania lo comprendieron muy bien. La constante espera de una guerra contra Francia fue una de las consi-

deraciones principales que obligó a muchos alemanes a conformarse con los cambios acaecidos en 1866. Si, por una parte, Alemania había sido segregada, por otra, se había fortalecido; la organización militar del norte de Alemania proporcionaba muchas más garantías de seguridad que la organización militar más grande; pero floja, de la vieja Confederación [80]. Esta nueva organización militar contaba con poner bajo las armas a 552 000 hombres de tropas de línea y a 205 000 del *Landwehr*, formados en batallones, escuadrones y baterías y, al cabo de dos o tres semanas, a 187 000 hombres más de las tropas de la reserva (*Ersatztruppen*), totalmente preparados para actuar en el frente. Esto no era un secreto. En repetidas ocasiones se publicó todo el plan de división del ejército en distintos cuerpos, con la enumeración de las circunscripciones de las que cada batallón, etc., debería recibir refuerzos. Es más, la movilización de 1866 demostró que esta organización no solo existe sobre el papel. Cada hombre sujeto a la movilización había sido inscrito debidamente; también era bien sabido que en el cuartel de cada jefe de circunscripción del *Landwehr* estaban ya listas las órdenes de reclutamiento para cada hombre, y solo restaba ponerles la fecha. Pero para el emperador francés esas enormes fuerzas solo existían en el papel. Las fuerzas reunidas por él al comienzo de la campaña ascendían, cuando mucho, a 360 000 hombres del ejército del Rin y de 30 000 a 40 000 destinados a la expedición del Báltico; en total, cerca de 400 000 hombres. Ante esa falta de correspondencia y dado el tiempo prolongado que requiere poner a la nuevas formaciones francesas (los cuartos batallones) en disposición de combate, su única esperanza de éxito era la ofensiva por sorpresa mientras los alemanes estuvieran en pleno auge de movilización. Hemos visto cómo se dejó perder esa posibilidad y cómo también fue omitida la segunda probabilidad de éxito, es decir, la ofensiva sobre el Rin; ahora señalaremos otro error.

En momentos de haber sido declarada la guerra las posiciones del ejército francés eran excelentes.. Esto, por lo visto, era parte integrante del plan de la campaña, detalladamente estudiado. Tres cuerpos de Thionville, Saint-Avolde y Bitsch en la primera línea, en la misma frontera; dos cuerpos en Metz y Estrasburgo, en la segunda línea; dos cuerpos en la reserva, cerca de Nancy, y el octavo cuerpo en Belfort. Aprovechando el ferrocarril, se podrían concentrar estas tropas en pocos días para iniciar la ofensiva, ya fuera en dirección a Lorena, a través del Sarre, ya desde Alsacia a través del Rin, y asestar el golpe, de acuerdo con las circunstancias, en dirección norte o este. Pero esas posiciones del ejército servían solo para la ofensiva, y en modo alguno para la defensa. La primera condición para las posiciones de un ejército que está en la defensiva es la siguiente: las unidades de vanguardia deben estar a una distancia de las fuerzas principales que les permita recibir a su debido tiempo los partes acerca de la ofensiva del enemigo y tener tiempo para concentrar las tropas antes de su aparición. Supongamos que las unidades del flanco requieren una marcha de un día para llegar hasta el centro: en ese caso, la vanguardia debe encontrarse, por lo menos, a la distancia de un día de marcha delante del centro. Y en este caso concreto tres cuerpos, el de Ladmireau, de Frossard y de de Faillie, y también parte del cuerpo de Mac-Mahon, estaban

acampados en las inmediaciones de la frontera, con el agravante de que se habían extendido en una línea por lo menos de noventa millas desde Weissenburg hasta Zirke. Para aproximar las unidades del flanco al centro habrían sido necesarios dos días enteros, y no obstante, inclusive cuando se supo que los alemanes se encontraban delante, a pocas millas, no se dio el menor paso para acortar la extensión del frente o para desplazar la vanguardia a una distancia que asegurara la oportuna recepción de los informes acerca de la ofensiva que se preparaba. ¿Cómo puede sorprender, entonces, que varios cuerpos hayan sido derrotados por partes?

Además, fue un error acantonar una división de Mac-Mahon al este de los Vosgos, junto a Weissenburg, en posiciones tentadoras para que atacara el enemigo, quien disponía de fuerzas extraordinarias. La derrota de Douay llevó a Mac-Mahon a cometer otro error, pues trató de reiniciar el combate más al este de los Vosgos, y de este modo alejó más todavía el flanco derecho del centro, dejando sin cubrir sus comunicaciones con él. En tanto el flanco derecho (el cuerpo de Mac-Mahon y, por lo menos, parte de los cuerpos de de Faillie y Canrobert) era derrotado en Woerth, el centro (Frossard y dos divisiones de Bazanine, como se ha aclarado ahora) sufría una cruenta derrota ante Saarbrücken. Las tropas restantes estaban demasiado lejos para acudir en su ayuda. Ladmireau seguía cerca de Bouzonville, restos de las fuerzas de Bazaine y la guardia estaban en las proximidades de Boulet, las fuerzas principales de Canrobert se vieron ante Nancy, parte de las tropas de de Faillie se extravió totalmente, y Felix Douay, según acabamos de enterarnos, se encontraba el 1 de agosto al lado de Altkirch, en la región más meridional de Alsacia, casi a 120 millas del campo de batalla de Woerth, sin disponer, probablemente, de suficientes medios de trasporte ferroviario. Todas las medidas revelan solo vacilación, indecisión, titubeo; ¡y esto ocurre en los momentos más decisivos de la campaña!

¿Qué idea se inculcaba a los soldados acerca de sus enemigos? Es cierto que en el último instante el emperador les dijo que tendrían que enfrentarse con «uno de los mejores ejércitos de Europa»; ¿pero qué importancia podrían tener esas palabras después de que al ejército francés se le había inculcado durante años el desprecio por los prusianos? El capitán Jeannereau, al que ya hemos citado y quien hace solo tres años se ha retirado del ejército, da en *Le Temps* el mejor testimonio al respecto. Había sido hecho prisionero por los prusianos en su «bautismo de fuego» y pasó dos días con ellos, durante los cuales vio a la mayor parte de su octavo cuerpo de ejercito. Se sintió asombrado de ver la diferencia que existía entre la opinión que tenía de ellos y la realidad. He aquí la primera impresión que recibió cuando lo llevaron al campamento:

> En cuanto nos encontramos en el bosque, todo resultó radicalmente distinto. Debajo de los árboles estaban los puestos de centinelas, los batallones se hallaban acantonados a lo largo de las carreteras; y que nadie trate de engañar a la opinión pública con un método que es indigno para nuestro país y para nuestra situación actual: desde los primeros pasos percibí los rasgos típicos de un excelente ejército [*une belle et bonne armée*], y también de una nación pode-

rosamente organizada para la guerra.¿En qué consistían esos rasgos? En todo. La conducta de los soldados. La subordinación de sus menores movimientos a la voluntad de sus jefes, con la presencia de una disciplina mucho más severa que la nuestra, la jovialidad de unos, el aspecto serio y decidido de otros, el patriotismo que revelaba la mayoría de ellos, la diligencia total e inmutable de los oficiales, y demás, cosa que podemos envidiarles, la dignidad moral de los suboficiales: he aquí lo que me sorprendió enseguida y lo que tengo siempre presente desde que pasé dos días entre ese ejército y en ese país, en el que las tablillas con los números de los batallones locales del *Landwehr*, puestas a una determinada distancia, recordaban que en el momento de peligro y de planes ambiciosos, allí son capaces de poner en tensión todas las fuerzas.

Entre los alemanes todo era completamente distinto que entre los franceses. Ellos calculaban en debida forma, por supuesto, la capacidad combativa de los franceses. La concentración de las tropas alemanas se realizó con rapidez, pero con precaución. Todos los hombres aptos para el servicio militar habían sido enviados al frente, y ahora, cuando el primer cuerpo de ejército del norte de Alemania se unió en Saarbrücken con el del príncipe Federico Carlos, es indudable que toda la infantería, toda la caballería, toda la artillería de ese ejército, que cuenta con 550 000 hombres, ya han sido llevados al frente, donde se les deberán sumar las tropas del sur de Alemania. Y los resultados de esta enorme superioridad numérica se reforzaron gracias a la superioridad del mando militar.

Escrito por F. Engels en inglés, el 10 de agosto de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 11 de agosto de 1870.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

LA CRISIS DE LA GUERRA

El emperador abandonó el ejército, pero en él quedó su espíritu del mal, ese espíritu del mal que lo apresuró a declarar la guerra atropelladamente y, cuando eso ya estaba hecho, resultó inepto para obligarlo a tomar alguna decisión. El ejército debía estar listo para iniciar la marcha no más tarde del 20 de julio. Llegó esta fecha, pero nada se había emprendido todavía. El 29, Napoleón III recibió en Metz al mando supremo; entonces todavía se estaba a tiempo para comenzar una ofensiva casi sin obstáculos hasta el mismo Rin; mas el ejército no se movió de su sitio. Parecería inclusive que la vacilación había ido tan lejos, que el emperador no podía decidir si debía iniciar la ofensiva u ocupar una posición defensiva. Las unidades cabeceras de las columnas alemanas ya se estaban concentrando desde todas partes hacia el Palatinado, y cada día podía esperarse su ofensiva. Pese a ello, los franceses seguían en la frontera, en sus posiciones destinadas a la ofensiva, que no llegó a realizarse,

en posiciones totalmente inútiles para la defensa, y que pronto llegaron a ser su única salida. La irresolución, que se prolongó desde el 29 de julio hasta el 5 de agosto, fue característica para toda la campaña. El ejército francés, acampado en la misma frontera, no contaba con unidades avanzadas a la distancia necesaria de sus fuerzas principales, y ese error solo podía enmendarse de dos modos: bien adelantando las unidades de vanguardia hacia el territorio enemigo, bien dejándolas en las posiciones fronterizas en que se hallaban, y ocupando con las fuerzas principales una posición más concentrada, retirándolas a la distancia de un día de marcha. Pero el primer plan suponía choques con el enemigo en condiciones que en nada dependían del emperador, en tanto que el segundo tropezaba con la imposibilidad política de replegarse antes de haberse realizado la primera batalla. Por lo tanto, las vacilaciones continuaban, y seguía sin hacerse nada; como si se contara con que el enemigo se contagiaría de la indecisión y rehusaría también a iniciar la ofensiva. Pero el enemigo la inició. Justamente un día antes de que todas sus unidades llegaran al frente, el 4 de agosto, había decidido aprovechar las ventajas que le brindaba la errónea disposición de los franceses. El combate de Weissenburg alejó aún más a todas las unidades de los cuerpos de Mac-Mahon y de de Faillie del centro de las posiciones francesas, y el 6 de agosto, cuando los alemanes estaban en plena formación de combate, su III ejército infligió una derrota a seis divisiones de Mac-Mahon junto a Woerth, rechazándolas a través de Saverne hacia Luneville, junto con dos divisiones de de Faillie, que habían quedado. Al mismo tiempo, las unidades de avanzada del I y II ejércitos alemanes derrotaron a las tropas de Frossard y a una parte de las tropas de Bazaine cerca de Spichern, arrojando a todo el centro y parte del ala izquierda de los franceses hacia atrás, en dirección de Metz. Así, pues, toda Lorena se vio entre dos ejércitos franceses en retirada; en esa amplia brecha irrumpió la caballería alemana y, en pos de ella la infantería, para aprovechar lo mejor posible el éxito alcanzado. Se ha censurado al Kronprinz por no haber perseguido al ejército destrozado de Mac-Mahon hasta Saverne y más allá. Pero después de Woerth la persecución se realizó con perfecta corrección. Tan pronto las tropas derrotadas fueron alejadas hacia el sur lo bastante como para que su unión con el resto del ejército francés solo pudiera lograrse haciendo un rodeo, los perseguidores, dirigiéndose hacia Nancy, avanzaron todo el tiempo entre dos ejércitos. Este modo de persecución (el mismo que empleó Napoleón después de Jena) es, según lo han mostrado ahora los resultados, por lo menos tan eficaz como el avance directo tras las tropas del enemigo que se retiran con rapidez. Lo que quedaba de esas ocho divisiones estaba cortado de las fuerzas principales, o bien se había unido a ellas en un estado de completo desorden.

Estas son las consecuencias de la indecisión que determinó el comienzo de la campaña. Después de ello se podía esperar, por supuesto, que jamás se repitiera el error. El emperador entregó el mando supremo al mariscal Bazaine, y este debía saber que el enemigo, actuara o no, no le dejaría en modo alguno detenerse durante largo tiempo en el mismo lugar.

La distancia desde Forbach hasta Metz no llega a 50 millas.

La mayoría de los cuerpos debían recorrer menos de 30 millas. Durante tres días habrían podido llegar todos ellos sin obstáculos hasta Metz, aprovechar esa defensa, y al cuarto día hubiesen podido comenzar la retirada hacia Verdún y Châlons, porque ya no podía quedar duda alguna respecto de la necesidad de ese repliegue. Era indudable que las ocho divisiones del mariscal Mac-Mahon y las dos que quedaban del general Douay (más de un tercio de todo el ejército), no podían reunirse con Bazaine en un punto más próximo que Châlons. Bazaine contaba con doce divisiones, incluyendo la guardia del emperador; por lo tanto, inclusive después de habérsele sumado las tres divisiones de Canrobert, la composición numérica de su ejército, junto con la caballería y la artillería, no podía superar los 180 000 hombres; por lo demás, se trataba de fuerzas insuficientes para enfrentarse con el enemigo en el campo de batalla. Por eso, si no tenía la intención de ofrecerle toda Francia al enemigo que la había invadido, ni permitir que lo encerraran en un lugar donde el hambre lo obligaría rápidamente a entregarse o a entrar en combate en las condiciones que le impusiera el enemigo, parecería que no debía dudar ni un instante en cuanto a la necesidad de retirarse de Metz sin pérdida de tiempo. No obstante, no se mueve de su sitio. El 11 de agosto la caballería alemana se encuentra ya en Luneville, y él no exterioriza el menor síntoma de movimiento. El 12, la caballería cruza el Mosela, hace requisiciones en Nancy, destruye el ferrocarril entre Metz y Frouard y aparece en Pont-à-Mousson. El 13 de agosto la infantería alemana ocupa Pont-à-Mousson, y desde ese momento los alemanes se convierten en los dueños de ambas orillas del Mosela. Por último, el domingo 14, Bazaine comienza a desplazar a sus tropas a la margen izquierda del río. Se entabla un combate junto a Pange, a resultas del cual la retirada, indudablemente, vuelve a aplazarse; es de suponer que la verdadera retirada hacia Châlons comenzó el lunes, cuando se enviaron convoyes pesados y artillería. Pero el mismo día la caballería alemana cruzó el Mosa en Commercy y se encontraba en Vignole, a la distancia de 10 millas de la línea de retirada de los franceses. No podemos decir cuánta tropa se retiró el lunes y el martes en las primeras horas de la mañana, pero debe considerarse indudable que las fuerzas principales estaban todavía atrás cuando el 3º cuerpo alemán y la caballería de la reserva atacaron a las columnas en movimiento cerca de Mars-la-Tour el martes 16 de agosto, cerca de las 9 de la mañana. El resultado ya se conoce: se detuvo totalmente la retirada de Bazaine; sus propios telegramas del 17 muestran que apenas consiguió retener las posiciones, en tanto que su único deseo era dejarlas a sus espaldas.

Por lo que se ve, el miércoles 18 de agosto los dos ejércitos tuvieron una tregua, pero el jueves todas las esperanzas que podía cifrar Bazaine en una retirada feliz se desmoronaron por completo. Esa mañana los prusianos lo atacaron, y al cabo de un combate de nueve horas «el ejército francés estaba totalmente destruido, cortadas sus comunicaciones con París y arrojado hacia atrás, en dirección a Metz». Esa misma tarde o al día siguiente, el ejército del Rin se vio obligado a volver a la fortaleza, que había abandonado al comenzar la semana. Los alemanes pueden cortar con facilidad todo suministro al ejército encerrado allí, tanto más cuanto que la localidad ya está completamente

devastada por la prolongada permanencia de las tropas en ella, y el ejército bloqueador acaparará sin duda todo lo que se pueda conseguir. Por lo tanto, el hambre deberá muy pronto obligar a Bazaine a replegarse; solo es difícil determinar en qué dirección. El movimiento hacia el oeste será interceptado por las fuerzas superiores del enemigo; el movimiento hacia el norte es en extremo peligroso; el movimiento hacia el sureste podría tener éxito en parte, pero en modo alguno daría resultados inmediatos. Aunque lograra, con el ejército desordenado, llegar a Belfort o Besanzón, no podría ejercer una influencia significativa en el destino de la campaña. Esta es la situación a que ha llevado al ejército francés la indecisión en el segundo período de la campaña. No cabe duda de que el gobierno en París conoce esto perfectamente. Lo demuestra el hecho de que las fuerzas móviles de Bazaine hayan sido llamadas a París. Desde el instante en que las fuerzas principales de Bazaine se vieron cortadas, la situación de Châlons, que no había sido otra cosa que un lugar de concentración de tropas, había perdido su significado. El punto más cercano para concentrar todas las fuerzas es París, y hacia allí deben dirigirse de ahora en adelante. No obstante, ahora no hay fuerzas capaces de enfrentar al III ejército alemán, que en la actualidad debe estar avanzando hacia la capital. Los franceses se convencerán en breve, por experiencia propia, si las fortificaciones de París justifican los gastos invertidos en ellas.

Aunque la amenaza de esta catástrofe final era evidente ya desde hacía varios días, es difícil imaginarse que ocurra en realidad. Hace dos semanas los ingleses hacían suposiciones acerca de las consecuencias que implicaría el hecho de que el ejercito francés ganara la primera gran batalla. El peligro que más temían era que Napoleón III convirtiese su éxito inicial en pretexto para concertar una paz apresurada a costa de Bélgica. Pero en ese sentido se han tranquilizado rápidamente. Las batallas de Woerth y Forbach demostraron que las armas francesas ya no pueden contar con efectos teatrales. Este hecho, que revelaba que Alemania no tenía por qué temer a Francia, parecería prometer una rápida terminación de la guerra. Se suponía que debería llegar en breve un momento en que los franceses reconocerían que sus intentos de oponerse a la unificación de Alemania bajo la supremacía de Prusia se habían frustrado, y que, por consiguiente, no tenían porqué hacer la guerra; además, que era poco probable que los alemanes continuaran esa conflagración arriesgada y dudosa después de haber conseguido el reconocimiento que exigían. Durante los primeros cinco días de esta semana toda la situación volvió a modificarse. El potencial militar de Francia, por lo visto, está totalmente destruido y, según parece, no existen límites para la ambición de los alemanes, a no ser la moderación de los mismos alemanes, sumamente dudosa. Todavía no es posible apreciar los resultados políticos de esta enorme catástrofe. Solo podemos asombrarnos de su magnitud y de su carácter inesperado, y maravillarnos de cómo la soportaron las tropas francesas. El hecho de que al cabo de cuatro días de combates casi ininterrumpidos, en condiciones tan adversas como sea posible imaginar, hayan podido resistir al quinto día, durante nueve horas, la ofensiva del enemigo, numéricamente superior, las hace merecedoras del más grande honor a su valentía y estoicismo. Jamás, ni siquiera en las

épocas de las campañas más victoriosas, se había cubierto el ejército francés de una gloria tan merecida como en su catastrófico repliegue de Metz.

Escrito por F. Engels en inglés, el 19 de agosto de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 20 de agosto de 1870.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

NOTAS SOBRE LA GUERRA - XI

Aunque aún desconocemos todos los detalles sobre las cruentas batallas desarrolladas la semana pasada en torno de Metz, estamos lo bastante informados ahora como para hablar un claro informe de lo que ocurrió en realidad.

La batalla que tuvo lugar el domingo 14 de agosto fue iniciada por los alemanes a fin de detener la retirada de los franceses hacia Verdún. El domingo, después de mediodía, se advirtió que los restos del cuerpo de Frossard habían cruzado el Mosela y se dirigían a Longwy; también se observaban síntomas de movimiento entre las tropas acampadas al este de Metz. El 1º cuerpo de ejército (de Prusia oriental) y el 7º (de Westfalia y Hannover) recibieron la orden de iniciar la ofensiva. Persiguieron a los franceses hasta que se encontraron ellos mismos en la zona de fuego de los fuertes; pero los franceses, previendo ese avance, concentraron con antelación poderosas fuerzas en las posiciones fortificadas en el valle del Mosela y en una quebrada estrecha, por la que pasa un riachuelo de Oriente a Occidente, y desemboca al norte de Metz. Esta masa de tropas se abalanzó inesperadamente sobre el flanco derecho de los alemanes, que ya estaban sufriendo pérdidas producidas por el fuego de los fuertes y, según dicen, las hizo retroceder en desorden. Después de lo cual los franceses probablemente volvieron a retirarse, ya que es sabido que los alemanes retuvieron la parte del campo de batalla que está fuera del alcance del fuego de los fuertes, y volvieron a sus vivaques anteriores solo después del amanecer. Conocemos esto por cartas particulares de personas que participaron en el combate, y también por la carta del corresponsal de *Manchester Guardian*, publicada el lunes, quien visitó el campo el lunes por la mañana y lo halló ocupado por los prusianos, que prestaban ayuda a los heridos franceses abandonados allí. Las dos partes pueden considerar, hasta cierto punto, que han logrado los objetivos que se habían planteado en ese combate: los franceses atrajeron a los alemanes a una emboscada y les causaron crueles pérdidas; los alemanes, por su parte, detuvieron la retirada de los franceses hasta tanto el príncipe Federico Carlos llegara a la línea por la que esa retirada debía pasar. Por parte de los alemanes participaron en el combate dos cuerpos, o cuatro divisiones; por parte de los franceses, el cuerpo de Décant, Ladmireau y parte de la guardia, es decir, más de siete divisiones. Por lo tanto en este combate los franceses contaban con una gran superioridad numérica. También se considera que la posición de los franceses había sido considerablemente re-

forzada con nidos de tiradores y trincheras, desde los cuales disparaban con más sangre fría que de costumbre.

Hasta el martes 16 de agosto, la retirada del ejército del Rin hacia Verdún no se había iniciado en lo esencial. Para ese momento las cabezas de las columnas del príncipe Federico Carlos —el 3º cuerpo de ejército (de Brandeburgo)— acababan de llegar a las proximidades de Mars-la-Tour. De inmediato atacaron a los franceses y durante seis horas paralizaron al ejército francés. Apoyados después por el 10º cuerpo de ejército (de Hannover y de Westfalia) y por las unidades del 8º (del Rin) y el 9º (de Schleswig-Holstein), no solo retuvieron su posición, sino que hicieron retroceder al adversario, se apoderaron de dos estandartes, siete cañones y más de dos mil prisioneros. Las fuerzas que actuaban contra ellos constaban de los cuerpos de Décant, Ladmireau, Frossard, y por lo menos de una parte del cuerpo de Canrobert (llegaron a Metz de Châlons en los últimos días, mientras estaba aún abierto el ferrocarril hacia Frouard) y la guardia, un total de 14 a 15 divisiones. Por lo tanto, 8 divisiones alemanas se enfrentaban de nuevo con tropas numéricamente superiores, aunque en ese combate no participaran todas las tropas de Bazaine, lo cual es muy probable. Esto debe tenerse en cuenta, ya que las informaciones francesas continúan explicando todos los fracasos por la permanente superioridad numérica del enemigo. Del hecho de que ellos mismos hablen de los combates en la retaguardia, qué tuvieron lugar en Gravelotte el 17, a más de 5 millas atrás de las posiciones que ocuparon el 16, puede verse que el repliegue de los franceses fue realmente detenido. Al mismo tiempo, la circunstancia de que el martes los alemanes pudieran incorporar al combate solo cuatro cuerpos demuestra que el éxito logrado por ellos era incompleto. El capitán Jeannereau, que el 17 llegó de Brie a Conflent, encontró allí a dos regimientos de caballería de la guardia francesa, en completo desorden y dispuesto a huir en retirada al solo grito de «¡llegan los prusianos!» Esto demuestra que si el 16 por la tarde el camino a través de Étienne no estaba ocupado por los alemanes, estos se encontraban tan cerca que era imposible replegarse por él sin afrontar un nuevo combate. Pero sin duda Bazaine había abandonado toda idea de retirarse, una vez fortificado en la sólida posición de Gravelotte, y allí esperó el ataque de los alemanes, que se produjo el 18.

La meseta, por la que pasa la carretera de Mars-la-Tour a través de Gravelotte hacia Metz, está cortada por una serie de profundas quebradas, formadas por riachuelos que van de norte a sur hacia el Mosela. Una de esas quebradas está inmediatamente delante de Gravelotte (al oeste), otras dos pasan paralelas detrás de la primera. Cada una forma una posición defensiva muy fuerte, que fue consolidaba más aún con fortificaciones de tierra, barricadas y troneras en los patios de las granjas y en las aldeas, ubicadas en puntos importantes en el aspecto táctico. Por lo que se ve, a Bazaine solo le quedaba la esperanza de recibir al enemigo en una posición sólidamente fortificada, permitirle destrozarse contra ella, hacerlo retroceder con una poderosa contraofensiva y, de ese modo, dejar despejada la carretera a Verdún. Pero el ataque se realizó con tantas fuerzas y con tal energía, que el enemigo se apoderaba de una posición tras otra, y el ejército del Rin fue repelido hasta los mismos cañones de

Metz. Frente a catorce o quince divisiones francesas actuaban doce divisiones alemanas y otras cuatro quedaban en la reserva. El número de efectivos que se incorporaron al combate por ambas partes era casi igual, con una pequeña superioridad numérica del lado alemán, ya que cuatro o seis de sus cuerpos estaban casi intactos; pero esa insignificante superioridad numérica no podía nivelar en medida alguna, la fuerza de las posiciones francesas.

La opinión pública francesa no se decide todavía a reconocer la gravedad de la situación que se le ha creado a Bazaine y a su ejército, semejante a aquella en que el general Bonaparte colocó a Wurmser en Mantua, en 1796, y a Mack en Ulm, en 1805. Que el brillante ejército del Rin, la esperanza y la fuerza de Francia, se vea después de una campaña de dos semanas, ante la alternativa de tratar de abrirse paso, en las condiciones más funestas, a través del frente enemigo o capitular, supera todo lo que los franceses puedan obligarse a creer. Buscan toda clase de explicación. Una de las teorías afirma que Bazaine, por decirlo así, se sacrifica para permitir que Mac-Mahon y París ganen tiempo. Mientras Bazaine detiene a dos de los tres ejércitos alemanes junto a Metz, París puede organizar su defensa, y Mac-Mahon tendrá tiempo para crear un nuevo ejército. Bazaine, por consiguiente, no se queda en Metz porque no tenga otra salida, sino porque lo exigen los intereses de Francia. Pero cabe preguntarse: ¿dónde están las unidades que constituirán el ejército de Mac-Mahon? Su propio ejército, que cuenta ahora con unos 15 000 hombres; los restos de las tropas de de Faillie, desordenadas y diseminadas por la larga retirada en rodeo —dicen que llegó a Vitry-le-François solo con 7000 u 8000 hombres—; quizás una de las divisiones de Canrobert; dos divisiones del cuerpo de Félix Douay, las cuales, por lo visto, nadie sabe dónde se encuentran. En total, aproximadamente 40 000 hombres, incluyendo la infantería de marina, que forma parte de la expedición báltica que se planeaba. En este número están comprendidos todos los batallones y escuadrones que le quedaron a Francia de su antiguo ejército, fuera de Metz. Pueden sumársele cuatro batallones. Parece que están llegando ahora a París en cantidad bastante numerosa, pero reforzados en gran medida por reclutas. El número total de estas tropas puede ascender, aproximadamente, a 130 000 y aun a 150 000 hombres; pero este ejército nuevo no puede compararse por su calidad al viejo ejército del Rin. Sus antiguos regimientos están muy desmoralizados. Los nuevos batallones se han formado con apresuramiento, cuentan en sus efectivos con muchos reclutas y no pueden ser completados por una oficialidad como la del viejo ejército. Por lo que parece, la proporción de caballería y artillería no es muy grande; la masa fundamental de caballería se encuentra en Metz, y en algunos casos, las reservas necesarias para formar nuevas baterías, arneses, etc., existen solo sobre el papel. En el número del domingo de *Le Temps*, Jeannereau cita un ejemplo de ello. En cuanto a la guardia móvil, después de haber sido nuevamente trasladada de Châlons a Saint-Maur, en las proximidades de París, parece que se ha dispersado por completo debido a la insuficiencia de provisiones. Y a fin de ganar tiempo para crear fuerzas semejantes, Francia deberá sacrificar todo su mejor ejercito. En efecto, este ejército ha sido sacrificado, si es cierto que se halla encerrado en Metz. Si Bazaine ha colocado inten-

cionalmente su ejército en la situación en que ahora se encuentra, cometió un error, en comparación con el cual todos los que se han cometido en esta guerra nada significan. En cuanto a los rumores de que Bazaine se ha retirado de Metz y se ha reunido con Mac-Mahon en Montmedi, lanzados ayer por el diario *Standard*, el resumen militar que publica esta mañana el mismo diario los refuta suficientemente. Si algunos destacamentos de las tropas de Bazaine han logrado inclusive escapar hacia el norte durante los últimos combates junto a Mars-la-Tour, o después de ellos, la masa fundamental de su ejército sigue encerrada en Metz.

Escrito por F. Engels en inglés, el 23 de agosto de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 24 de agosto de 1870.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

NOTAS SOBRE LA GUERRA - XII

Los dos últimos acontecimientos de la guerra son los siguientes: el Kronprinz avanza hacia Châlons, y Mac-Mahon ha retirado todo su ejército de Reims, pero no se sabe exactamente hacia dónde. Según los informes franceses, Mac-Mahon considera que la guerra se está desarrollando con demasiada lentitud; para acelerar su desenlace, según dicen, salió de Reims en apoyo de Bazaine. Ello, en efecto, aceleraría la marcha de los acontecimientos, inclusive hasta la crisis final.

En nuestro artículo del miércoles [81] determinamos que el número de las tropas de Mac-Mahon oscilaría entre 130 000 y 150 000 hombres, suponiendo que se le habían sumado todas las tropas de París. Nuestras suposiciones fueron justas en cuanto a que en Châlons habían quedado tropas de sus propias unidades y de las de Faillie, y que también allí estaban dos divisiones del cuerpo de Douay, que, como ahora se sabe, llegó hasta allí haciendo un rodeo por vía férrea, a través de París, así como la infantería de marina y otras unidades del cuerpo del Báltico. Pero ahora nos enteramos de que en los fuertes que rodean a París se encuentran todavía las tropas de línea, que parte de las unidades de Mac-Mahon y de Frossard, principalmente la caballería, han vuelto a París para su nueva formación, y que en el campamento de Mac-Mahon solo quedaron 80 000 hombres pertenecientes a las tropas regulares. Por eso podemos restar de nuestra cuenta a 25 000 hombres y establecer que el número máximo de las tropas de Mac-Mahon asciende a 110 000 ó 120 000 hombres, una tercera parte de los cuales son reclutas sin instrucción. Y con ejército de esa índole salió de Metz, como dicen, para acudir en ayuda de Bazaine.

En la actualidad, el enemigo más inmediato y directo de Mac-Mahon es el ejército del Kronprinz. El 24 de agosto sus unidades de vanguardia ocupaban el excampamento de Châlons, como nos han comunicado por telégrafo desde Bar-le-Duc. De lo cual podemos deducir que en esos momentos el Estado

Mayor se encontraba en dicha ciudad. El camino más próximo de Mac-Mahon hasta Metz pasa por Verdún. Desde Reims hasta Verdún hay 70 millas exactas por un camino vecinal casi recto; por la gran carretera de Sainte Menehould son más de 80 millas; esta ultima cruza, además, por el campamento de Châlons, es decir, por las posiciones de los alemanes. La distancia de Bar-le-Duc hasta Verdún no llega a 49 millas.

Por lo tanto, el ejército del Kronprinz no solo puede asestar un golpe al flanco de Mac-Mahon durante la marcha, si aprovecha uno de los mencionados caminos a Verdún, sino que puede cruzar el Mosa y reunirse con los otros dos ejércitos germanos, entre Verdún y Metz, mucho antes de que Mac-Mahon alcance a salir de Verdún a la orilla derecha del Mosa. Si el Kronprinz avanzara hasta Vitry-le-François, o si necesitase un día más para concentrar sus tropas extendidas a lo largo del frente, tampoco cambiaría nada, tan grande es la diferencia de distancia a su favor.

En estas condiciones, es de dudar que Mac-Mahon utilice uno de los caminos señalados; ¿no querrá salir enseguida de la esfera de operaciones del ejército del Kronprinz y elegir el camino desde Reims, a través de Vouziers, Grand Pré y Varennes, hacia Verdún, o a través de Vouziers hasta Stenay, donde cruzaría el Mosa, y luego se encaminaría hacia el sureste, hacia Metz? Pero ello solo le garantizaría una ventaja breve, duplicando las posibilidades de una derrota definitiva. Estos dos caminos hacen un rodeo más grande y le proporcionarían al Kronprinz más tiempo para reunir sus fuerzas con las que se encuentran junto a Metz, a fin de enfrentar a Mac-Mahon, y también a Bazaine, con una superioridad numérica aplastante.

Así, pues, cualquiera sea el camino que elija Mac-Mahon para salir de Metz, no podrá eludir al Kronprinz, quien, además, no puede dejar de elegir entre atacar al enemigo solo con sus fuerzas o uniéndose a otros ejércitos alemanes. De lo cual queda claro que el movimiento de Mac-Mahon en ayuda de Bazaine sería un enorme error, mientras no se quite de encima definitivamente al Kronprinz. Para él, el camino más corto, rápido y seguro hacia Metz pasa a través del III ejército alemán. Si avanzara directamente hacia él, si lo atacara donde lo encontrase, le infligiría una derrota y lo perseguiría durante varios días en dirección sureste, abriendo una cuña, con su ejército triunfante, entre aquel y los dos ejércitos alemanes (del mismo modo que ya en una oportunidad se lo enseñó el Kronprinz); y entonces, y no antes, tendría probabilidades de llegar a Metz y liberar a Bazaine. Pero podemos tener la seguridad de que si se hubiera sentido con las fuerzas suficientes para ello, lo habría hecho en el acto. Así, pues, la salida de Reims adquiere otro carácter. No se trata tanto de un movimiento en ayuda de Bazaine contra Steinmetz y Federico Carlos, como de un intento de Mac-Mahon de desembarazarse del Kronprinz. Y desde ese punto de vista no se podía haber hecho nada peor. Como resultado de ello, todas las informaciones directas de París se trasmiten íntegras a manos del enemigo; se retiran todos los efectivos de Francia desde el centro hacia la periferia, e intencionadamente se emplazan a una distancia del centro, mucho mayor que la que separa al enemigo del centro en este momento concreto. Si ese movimiento se realizara contando con una superioridad con-

siderable de fuerzas, estaría justificado; pero en este caso se emprendió con fuerzas desesperadamente pequeñas, con la perspectiva de una derrota casi segura. ¿A qué conducirá esa derrota? Ocurra donde ocurriere, rechazará los restos del ejército destrozado más lejos de París, hacia la frontera del norte, donde pueden ser encerrados en un territorio neutral u obligados a capitular. Si Mac-Mahon emprendió realmente ese movimiento en la dirección indicada, coloca de intento a su ejército en la misma situación en que Napoleón puso en 1806 al ejército alemán en Jena con un movimiento de flanco en torno del territorio del bosque de Turingia. Para un ejército numérica y moralmente más débil se crea de manera permitida una situación en la cual el único camino de retirada, en caso de derrota, será una estrecha franja de terreno que conduce a un territorio neutral o al mar. Napoleón obligó a los prusianos a capitular nada más que por haber llegado a Stettin antes que ellos. Las tropas de Mac-Mahon tendrán, quizá, que entregarse en esa estrecha franja de territorio francés que se incrusta en Bélgica entre Mezières y Charlemont: en Givet [82]. En el mejor de los casos podrán salvarse replegándose a las fortalezas del norte: Valenciennes, Lille, etc., donde en cualquier circunstancia serán puestos fuera de peligro. Entonces Francia se verá en poder de los conquistadores.

Todo el plan parece tan demencial, que solo se lo puede explicar por la necesidad política. Se parece más a un acto de desesperación [*coup de désespoir*] que a otra cosa. Surge la impresión de que tratan de hacer algo, correr algún riesgo antes de permitir que París adquiera plena conciencia de la verdadera situación. No se trata del plan de un estratega, sino del de un «argelino», acostumbrado a combatir contra tropas irregulares; no del plan de un soldado, sino del de un aventurero político y militar, de los que gobernaron en Francia durante los últimos diecinueve años. Con ello están en consonancia las palabras que se le atribuyen a Mac-Mahon y que supuestamente pronunció para justificar esa resolución: «¿Qué dirían si» él no hubiera acudido en ayuda de Bazaine? En efecto, ¿pero «qué dirían si» él se ubicara en una situación peor que la del mismo Bazaine? He aquí al II Imperio en todo su esplendor. Mantener las apariencias, ocultar la derrota: esto es lo que tiene más importancia. Napoleón se jugó todo a una carta, y la perdió; y ahora Mac-Mahon, cuando tiene una probabilidad contra diez de ganar, piensa nuevamente jugarlo todo a *va banque*. Cuanto antes se desembarace Francia de semejantes hombres, mejor para ella. En ello reside su única esperanza.

Escrito por Engels en inglés, el 25 de agosto de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 26 de agosto de 1870.

K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

NOTAS SOBRE LA GUERRA - XV

El 26 de agosto, cuando toda la prensa sin excepción estaba tan ocupada deliberando acerca de la enorme importancia de la marcha «decisiva» del Kronprinz a París, y no le quedaba tiempo para dedicárselo a Mac-Mahon, nos atrevimos a señalar que la maniobra realmente importante en la actualidad, como nos informan, es la que emprendió Mac-Mahon para liberar a Metz. Habíamos dicho que en caso de una derrota «las tropas de Mac-Mahon tendrían quizá que entregarse en esa estrecha franja de territorio francés que se incrusta en Bélgica entre Mezières y Charlemont: en Givet».

Lo que habíamos supuesto entonces, ahora ya casi se cumplió. Mac-Mahon cuenta con: los cuerpos 1º (el suyo propio), el 5º (antes de de Faillie, ahora de Wimpfen), el 7º (de Douay) y el 13º (de Lebrun), y también con las tropas qué hasta el 29 de agosto podían haberle llegado de París, incluyendo las fuerzas móviles insurrectas de Saint-Maur; además, con la caballería del cuerpo de Canrobert, dejada en Châlons. Quizá todo el ejército abarque 150 000 hombres, de los cuales es poco probable que la mitad sean tropas veteranas; el resto, los cuartos batallones y los móviles, casi en igual número. Dicen que este ejército está bien pertrechado de artillería, pero la mayor parte de esta última consta, probablemente, de baterías de reciente formación; también se sabe que esa caballería es muy débil. Aun suponiendo que este ejército fuera numéricamente más poderoso de lo que creemos, el resto tendría que consistir en soldados de las nuevas levas y no aumentaría su poderío, que es improbable sea igual al de un ejército de 100 000 buenos soldados.

Mac-Mahon salió de Reims hacia Rethel y el Mosa, el 22 por la noche, pero el 13º cuerpo fue enviado de París el 28 y el 29, y como la vía ferroviaria directa a Rethel por Reims estaba en esos momentos amenazada por el enemigo, hubo que mandar a esas tropas por el ferrocarril francés del norte, haciendo un rodeo a través de Saint-Quentin, Avene e Hirson. El traslado de las tropas no podía terminar antes del 30 o el 31, cuando ya había comenzado una seria batalla, de modo que las tropas que esperaba Mac-Mahon no se encontraban en su lugar en el momento preciso, porque mientras este perdía tiempo entre Rethel, Mezières y Stenay, los alemanes confluían desde todas direcciones. El 27 de agosto una de sus brigadas de caballería de vanguardia sufría una derrota en Buzançais; el 28 pasó a manos de los alemanes Vouziers, importante nudo ferroviario en Argona; dos escuadrones prusianos atacaron el pueblo de Vrizy y lo ocuparon; la infantería que allí se hallaba se vio obligada a entregarse, hazaña de la que, por otra parte, se registra un solo ejemplo en el pasado: la ocupación de Demby Wielkie por la caballería polaca en 1831, localidad ocupada por la infantería y la caballería rusas. El 29 no había llegado información alguna de fuente fidedigna acerca de los combates, pero el 30 (martes) los ale-

manes, después de concentrar fuerzas suficientes, atacaron a Mac-Mahon y lo derrotaron. Los partes alemanes hablan de un combate cerca de Beaumont y de choques cerca de Noirt (en la ruta de Stenay hacia Buzançais), y los partes franceses mencionan los combates en la orilla derecha del Mosa, entre Mousson y Carignan [83]. Pueden confrontarse fácilmente las dos informaciones, y si se supone que los telegramas belgas son correctos en lo esencial, el IV ejército alemán (4º y 12º cuerpos de la guardia) tendría el 4º y 12º cuerpos en la orilla izquierda del Mosela, donde se les había reunido el 1º cuerpo bávaro y la primera unidad del III ejército que llegaba del sur. En Beaumont encontraron a las fuerzas principales de Mac-Mahon, que evidentemente avanzaba en dirección de Mezières-Stenay; estas fueron atacadas, y una parte de las tropas, quizá los bávaros, atacó y rodeó el flanco derecho, rechazando a los franceses del camino recto de repliegue hacia el Mosa, cerca de Mousson, donde las dificultades y la demora durante el cruce del puente motivaron sus enormes pérdidas en prisioneros, artillería y provisiones. Mientras todo esto ocurría, la vanguardia del 12º cuerpo alemán, enviado aparentemente en otra dirección, encontró al 5º cuerpo francés (de Wimpfen); lo más probable es que se dirigiera hacia el flanco de los alemanes por la carretera Les Chaines Populaires, el valle del Var, y a través de Buzançais. El enfrentamiento se produjo en Noirt, a 7 millas aproximadamente al sur de Beaumont, y resultó exitoso para los alemanes; es decir, estos lograron detener el movimiento de flanco de Wimpfen durante el combate de Beaumont. La tercera parte de las fuerzas de Mac-Mahon, según informaciones belgas, avanzaba probablemente por la orilla derecha del Mosa, donde, según rumores, la noche anterior había acampado cerca de Vaux, entre Carignan y Mousson, pero este cuerpo fue también atacado por los alemanes (seguramente por la guardia), destrozado totalmente y, según afirman, perdió cuatro ametralladoras.

Estos tres combates, en su conjunto (si seguimos considerando justos en lo esencial los informes belgas), significan la derrota total de Mac-Mahon, que habíamos previsto en varias oportunidades. Los cuatro cuerpos alemanes que lo enfrentan cuentan en la actualidad con unos 100 000 hombres, pero es dudoso que todos hayan participado en el combate. Las tropas de Mac-Mahon, como ya hemos dicho, contaban aproximadamente con el mismo número de buenos soldados. Su resistencia no se parecía en absoluto a la del viejo ejército del Rin; ello lo indica el telegrama oficial alemán, al decir que «nuestras pérdidas son insignificantes», y también el número de prisioneros que se ha tomado. Pero es prematuro tratar de criticar las disposiciones tácticas de Mac-Mahon, tanto en el período de preparación como durante el combate, dado que casi las desconocemos, pero su estrategia es digna de la más severa censura. Él rechazó todas las posibilidades de salvación que se le presentaron. Su ubicación entre Rethel y Mezières le permitía entablar el combate de modo que le asegurase la retirada hacia Laon y Soissons, y, de ese modo, volver a llegar a París o Francia occidental. En lugar de ello, combatió como si no tuviera otra vía de repliegue que Mezières, y como si Bélgica le perteneciera. Dicen que se encuentra en Sedán; los alemanes vencedores ocuparán en el ínterin toda la línea de la orilla izquierda del Mosa, no solo ante esa fortaleza, sino

también ante Mezières, desde donde en los próximos días su flanco izquierdo se extenderá hasta la frontera belga junto a Rocroi, y entonces Mac-Mahon se verá encerrado en esa franja estrecha de territorio que hemos señalado hace seis días.

Pero ya que se ha visto en esa situación, le resta una elección muy pequeña. Lo cercan cuatro fortalezas —Sedán, Mezières, Rocroi y Charlemont—; pero en un territorio de 12 millas cuadradas, teniendo frente a sí fuerzas aplastantes, y en la retaguardia un país neutral, no puede sacar provecho de ese rectángulo; lo obligarán a capitular por hambre o lo sacarán de allí, y se verá forzado a rendirse a los prusianos o a los belgas. Pero Mac-Mahon tiene abierto otro camino. Acabamos de decir que procedió como si Bélgica le perteneciera. ¿Y si en efecto pensara así? ¿Y si todo el secreto en que se basa esta estrategia inexplicable consistiera en la firme decisión de utilizar el territorio belga como si perteneciera a Francia? De Charlemont existe un camino recto que pasa por territorio belga, a través de Phillippville hacia la frontera francesa en Maubeuge. Esta carretera representa solo la mitad de la distancia desde Mezières hacia Maubeuge por territorio francés. ¿Qué pasaría si Mac-Mahon hubiese tenido la intención, en última instancia, de utilizar ese camino para la retirada? Puede contar con que los belgas no estén en condiciones de ofrecer una resistencia eficaz a un ejército tan poderoso como el que tiene a su mando; pero si los alemanes, como es de suponer, persiguen a Mac-Mahon por territorio belga, y si los belgas no pueden detenerlo, surgirán nuevas complicaciones políticas posibles de mejorar, pero no de empeorar la situación actual de Francia. Además, si Mac-Mahon logra atraer a territorio belga aunque solo sea una patrulla alemana, con ese hecho se establecerá una violación de la neutralidad, y justificará para sus perseguidores la violación de los derechos de Bélgica [84]. Esas ideas habrían podido ocurrírsele a ese viejo argelino: corresponden a los métodos africanos de conducción de la guerra, y quizá solo de esa manera se pueda justificar la estrategia que está poniendo en práctica. Pero aun esta posibilidad puede fallarle: si el Kronprinz actúa con la rapidez que le es característica, puede llegar a Monthermé y a la confluencia de los ríos Semoy y Mosa antes que Mac-Mahon, y entonces este se verá encerrado entre el río Semoy y Sedán, en una superficie aproximadamente igual a la que necesitan sus tropas para acampar, y perderá la posibilidad de cruzar el territorio neutral por el camino más corto.

Escrito por Engels en inglés, el 1 de septiembre de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 2 de septiembre de 1870.

LAS DERROTAS FRANCESAS

Un ejército grande, colocado en una situación sin salida, no se rinde en el acto. Ante todo fueron necesarias tres batallas para que las tropas de Bazaine comprendieran que estaban en realidad encerradas en Metz, y después fue menester un combate desesperado de 36 horas, durante día y noche, el miércoles y jueves pasados, para convencerlas (si en realidad eso las ha convencido) de que no tenían salida alguna de la trampa en la que las habían atrapado los prusianos [85]. Tampoco fue suficiente el combate que tuvo lugar el martes, para obligar a Mac-Mahon a entregarse. Fue necesaria una batalla más el jueves —sin duda la de mayor envergadura y la más cruenta-—, y que Mac-Mahon resultara herido para que comprendiera su situación real. El primer parte sobre el combate en las cercanías de Beaumont y Carignan resultó exacto en lo esencial, a excepción, quizá, de que el camino de retirada de los cuerpos franceses que habían combatido en Beaumont, que pasa por la orilla izquierda del Mosa hacia Sedán, no estaba aún totalmente cortado. Parte de estas tropas se replegó probablemente por la orilla izquierda hacia Sedán; por lo menos el jueves en esa misma margen se desarrolló otro combate. Además, surgen ciertas dudas acerca de la fecha del combate de Noirt, el que, según opina el Estado Mayor en Berlín, tuvo lugar el lunes. Esta fecha permite, por supuesto, coordinar mejor los telegramas alemanes, y si es así en realidad, no ha tenido lugar el movimiento envolvente que se le adjudica al 5º cuerpo francés.

El resultado del combate librado el martes fue catastrófico para los cuerpos franceses que participaron en él. Más de 20 cañones, 11 ametralladoras y 7000 prisioneros equivalen casi a los resultados de la batalla de Woerth, pero han sido alcanzados con mucha mayor facilidad y muchas menos pérdidas.

En ambas orillas del Mosa los franceses fueron rechazados hasta las mismas cercanías de Sedán. Después del combate, tienen a su disposición en la orilla izquierda: al oeste el río Var y el canal de Ardenas, que corren por el mismo valle y desembocan en el Mosa Junto a Villere, entre Sedán y Mezières; al este, una quebrada y un riachuelo que corre de Rocourd y desemboca en el Mosa junto a Remilly. Las fuerzas principales francesas, asegurados de ese modo los dos flancos, ocuparon probablemente la meseta intermedia, dispuestas a recibir la ofensiva desde cualquier lado. En la orilla derecha del Mosa los franceses, seguramente después del combate del martes, cruzaron el Chiers, que desemboca en el Mosa, junto a Remilly, a cuatro millas de Sedán. En esa localidad hay tres quebradas, que corren paralelas de norte a sur desde la frontera belga; la primera y la segunda en dirección del río Chiers; la tercera y más grande de ellas, por delante mismo de Sedán, hacia el Mosa. Junto a la segunda quebrada, cerca de su curso superior, se halla la aldea Semay; junto a

la tercera, donde la corta el camino que lleva a Boullon, a Bélgica, está Givonne; y más al sur, donde el camino hacia Stenay y Montmedi cruza la quebrada, se encuentra Bazeille. Estas tres quebradas debían convertirse, durante el combate del jueves, en líneas defensivas consecutivas para los franceses, quienes, naturalmente, retenían con la mayor tenacidad la última y más fuerte de ellas. Esta parte del campo de batalla recuerda en cierta medida el de Gravelotte, pero mientras en aquel las quebradas podían ser rodeadas por la meseta de la que salen, como en realidad se hizo, aquí la cercanía de la frontera belga hacía muy arriesgado el intento de realizar el rodeo y casi obligaba a una ofensiva frontal directa.

En tanto los franceses se afianzaban en esas posiciones e iban concentrando las fuerzas que no habían participado en el combate del martes (entre ellas estaba probablemente el 12º cuerpo, incluyendo las tropas móviles de París), los alemanes tenían un solo día para concentrar sus ejércitos; y cuando iniciaron la ofensiva, el jueves, tenían en ese punto a todo el IV ejército (la guardia, los cuerpos 4º y 12º) y tres cuerpos (el 5º, 11º y uno bávaro) del III ejército, fuerzas moral si no numéricamente superiores a las del Mac-Mahon. La batalla comenzó a las siete y media de la mañana, y aún continuaba a las cuatro y cuarto, cuando el rey prusiano envió el telegrama, y los alemanes atacaban con éxito desde todas partes. Según informaciones belgas, las aldeas Bazeille, Remilly y Sernay estaban incendiadas, y la capilla de Givonne en manos de los alemanes, Esto indica que ambas aldeas de la orilla izquierda del Mosa, donde se habrían encontrado los dos flancos de los franceses en caso de repliegue, estaban ocupadas, o convertidas en posiciones inaptas para la defensa; entre tanto, la primera y segunda línea de defensa en la orilla derecha estaban ocupadas por los alemanes, y los franceses estaban a punto de abandonar de un momento a otro la tercera, entre Bazeille y Givonne. No cabe la menor duda de que en esas circunstancias, al llegar la noche, los alemanes serán los vencedores y los franceses se verán rechazados hacia Sedán. Ello, en efecto, es confirmado por los telegramas de Bélgica; estos comunican que Mac-Mahon está totalmente cercado y que miles de tropas francesas cruzan la frontera y se desarman.

En estas circunstancias a Mac-Mahon le quedaba solo una alternativa: capitular o introducirse en el territorio belga. El ejército destrozado, encerrado en Sedán y en sus alrededores, es decir, en el mejor de los casos en un sector no mayor que el necesario para acampar, no puede sostenerse; y si estuviera en condiciones de mantener comunicaciones con Mezières, que está aproximadamente a 10 millas al oeste, también habría sido cercado en una franja muy limitada de territorio y sería incapaz de oponer resistencia. Por lo tanto, Mac-Mahon, incapacitado para pasar con su ejército a través del emplazamiento enemigo, deberá pasar al territorio belga o rendirse. Las circunstancias hicieron que Mac-Mahon, agotado por las heridas, quedara liberado de tomar esa tremenda decisión. Correspondió al general Wimpfen declarar que el ejército francés se entregaba.

Si llegáramos a suponer que el ejército de Mac-Mahon podía tener noticias de la tenaz resistencia ofrecida por Bazaine en sus intentos de salir de

Metz, esos informes no habrían podido evitar que se acelerara la capitulación en Sedán.

Los alemanes previeron las intenciones de Bazaine y estaban listos para ofrecerle resistencia en cualquier punto. No solo Steinmetz, sino también el príncipe Federico Carlos (esto se hace evidente por la mención del 1º y 9º cuerpos) estaban alertas, y la segunda red de trincheras reforzaba mucho más aún la barrera que cercaba a Metz.

Escrito por F. Engels en inglés, el 2 de septiembre de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 3 de septiembre de 1870.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

NOTAS SOBRE LA GUERRA - XVI

La capitulación de Sedán [86] decide la suerte del ejercito activo francés. Decide al mismo tiempo la de Metz y del ejército de Bazaine; ahora ni se puede hablar de la liberación de este ejército; también tendrá que capitular, quizás en esta semana, por lo menos no más tarde de la próxima.

Queda todavía un gran campamento fortificado —París—, la última esperanza de Francia. Las fortificaciones de París representan el conjunto más grande en su género jamás construidas, pero no han sido sometidas a prueba una sola vez, y por ello las opiniones acerca de su importancia no solo divergen, sino que son totalmente opuestas. Analicemos los hechos reales, referentes a esta cuestión, y entonces podremos disponer de una base sólida para nuestras deducciones.

Montalembert, oficial de caballería francés y al mismo tiempo notable ingeniero militar, y quizás un genio que no tenga otro que lo iguale, fue el primero en proponer y elaborar en la segunda mitad del siglo XVIII que las fortalezas fuesen rodeadas de fuertes aislados, a una distancia tal, que estos pudieran defender la fortaleza de los bombardeos. Hasta él, las fortificaciones externas —ciudadelas, lunetas, etc.— estaban en mayor o menor medida relacionadas con la muralla o la explanada de tierra de la fortaleza dada, encontrándose a una distancia de la misma apenas mayor que el pie del glacis. Propuso crear fuertes grandes y suficientemente poderosos, capaces de resistir por sí solos un sitio, que distaran de seiscientas hasta mil doscientas yardas y aun más, de las explanadas de tierra de la fortaleza de la ciudad. En Francia tuvieron durante muchos años una actitud despectiva hacia esa nueva teoría, en tanto que en Alemania, donde después de 1815 se fortificó la línea del Rin, encontró celosos adeptos. Colonia, Coblenza, Maguncia y después Ulm, Rastatt y Germerscheim fueron rodeadas por fuertes separados. Además, Aster y otros introdujeron pequeñas modificaciones en los planes de Montalembert, y de este modo surgió un nuevo sistema de fortificaciones, conocido con el nombre de escuela alemana. Poco a poco los franceses comenzaron a comprender

el provecho de los fuertes aislados, y durante los trabajos para la fortificación de París se hizo evidente enseguida que era inútil rodear la ciudad con un enorme cinturón de explanadas fortificadas, si no se las cubría con fuertes aislados, pues de lo contrario la brecha abierta en un lugar de la explanada de la fortaleza provocaría la caída de esta.

Los métodos modernos de conducción de la guerra demostraron con muchos ejemplos el valor de semejantes campamentos fortificados, rodeados de un cinturón de fuertes separados, con una fortaleza principal como núcleo. Mantua, por su posición, era un campamento fortificado; en 1807 otro semejante, en mayor o menor medida, fue Danzig, y estas fueron las únicas fortalezas que detuvieron a Napoleón I. En 1813 Danzig ya estaba otra vez en condiciones de ofrecer una prolongada resistencia, debido a sus fuertes aislados, integrados en lo fundamental por fortificaciones de campaña. Toda la campaña de Radetzky en 1849, en Lombardía, dependió del campamento fortificado de Verona, que era a su vez el núcleo del célebre rectángulo de fortalezas. Del mismo modo, la marcha de toda la guerra de Crimea dependió del destino del campamento fortificado de Sebastopol, que pudo sostenerse tanto tiempo solo gracias a que los aliados no estaban en condiciones de tomarlo por todos los costados e impedir que los sitiados recibieran provisiones y refuerzos.

En el ejemplo de Sebastopol podemos ilustrar nuestro pensamiento mejor que en cualquier otro, ya que las magnitudes de su área fortificada eran mayores que en todos los casos anteriores. Pero la superficie fortificada de París es mucho mayor que la de Sebastopol. La línea de sus fuertes tiene una extensión aproximada de 24 millas. ¿Crece en proporción el poderío de la fortaleza?

Las fortificaciones, por sí solas, son ejemplares. Son extraordinariamente sencillas: la muralla de la fortaleza está compuesta por baluartes, sin un solo revellín delante de las cortinas; fuertes, en su mayoría cuadrangulares o pentagonales, sin revellín alguno u otras fortificaciones exteriores; en algunos lugares se han construido barbacanas para cubrir los sectores externos más elevados. Estas fortificaciones no solo están adaptadas para la defensa pasiva, sino también para la activa. Se supone que la guarnición de París saldrá al campo, aprovechará los fuertes como puntos de apoyo para sus flancos, y las permanentes escaramuzas en amplia escala harán imposible situar a cualquier grupo de dos o tres fuertes, aunque se pretenda hacerlo de acuerdo con todas las reglas. De este modo, los fuertes defienden a la guarnición de la ciudad de la excesiva aproximación del enemigo; la guarnición, por su parte, debe defender a los fuertes de las baterías que los sitian; tiene que destruir permanentemente el trabajo de los sitiadores. Añadamos que la distancia entre los fuertes y las explanadas de la fortaleza elimina la posibilidad de bombardear con éxito la ciudad, mientras no sean tomados, por lo menos, dos o tres fuertes. Hay que añadir aun que la ubicación de la ciudad en la confluencia del Sena y el Marne, a consecuencia de los numerosos meandros de la corriente de ambos ríos y de la considerable cadena de colinas en la parte más peligrosas del noroeste, representa una gran ventaja natural, que fue aprovechada del mejor modo cuando se planificó la fortaleza.

Si las condiciones indicadas pueden ser cumplidas y la población de dos millones de seres recibe provisiones en forma regular, París se convertirá sin duda en una fortaleza poderosísima. No es demasiado arduo proveer de víveres a los habitantes, si ello se comienza a tiempo y se realiza sistemáticamente. Es de dudar que tal cosa se haya hecho en este caso. Lo que ha realizado el gobierno anterior reviste el carácter de un trabajo convulsivo e incluso sin sentido. La acumulación de reservas de ganado en pie sin forrajes para el mismo, era evidentemente absurda. Es de suponer que si los alemanes se ponen en acción con la decisión que les es característica, encontrarán que París está insuficientemente abastecida para resistir un sitio prolongado.

¿Qué se puede decir de la condición principal: de la defensa activa, durante la cual la guarnición, sale de la fortaleza para atacar al enemigo, en lugar de atacarlo desde las explanadas? Para utilizar todo el poderío de sus fortificaciones e impedir que el enemigo aproveche la parte débil de la fortaleza —la ausencia de fortificaciones exteriores que la cubran junto a los fosos principales—, París debe contar entre sus defensores con un ejército regular. Esta fue la idea esencial de los que elaboraron el plan de estas fortificaciones. Ellos calculaban que en cuanto se hubiera visto que el ejército francés destrozado era incapaz de mantenerse en el campo de batalla, debería retirarse hacia París y participar en la defensa de la capital, ya en forma directa, como guarnición lo bastante fuerte para impedir con sus ataques permanentes el sitio en toda la regla, e inclusive el cerco total de la fortaleza, ya en forma indirecta, ocupando posiciones detrás del Loira, reforzando allí sus fuerzas para luego, en cuanto se diera una probabilidad favorable, atacar los puntos débiles de los sitiadores, que existirán inevitablemente, dado que la línea del cerco estaría muy extendida.

No obstante, toda la conducta del mando francés en esta guerra contribuyó a privar a París de esta única condición esencial para su defensa. Del ejército francés solo se conservaron las tropas que quedaron en París y el cuerpo del general Vinoy (el 12º, primeramente de Trochu), en total quizá sean 50 000 hombres, compuesto fundamentalmente, si no en su totalidad, por los cuartos batallones y la guardia móvil. Quizá se les pueda añadir otros 20 000 ó 30 000 hombres de los cuartos batallones, y una cantidad indefinida de tropas móviles de las provincias, reclutas sin instrucción, totalmente ineptos para las operaciones de campaña. En Sedán ya vimos el valor militar insignificante de dichas tropas. No cabe duda de que serían más seguras si contaran con fuertes hacia los que pudieran retirarse, y varias semanas de adiestramiento, disciplina y combates elevarían, por supuesto, su capacidad combativa. Pero la defensa activa de una fortaleza tan grande como París requiere que se maniobre con grandes fuerzas en campo abierto, que se realicen combates en toda la regla a una determinada distancia delante de los fuertes cubiertos, e intentos de romper el frente a través de la línea del cerco, o impedir que esta se junte. Sin embargo, es dudoso que la actual guarnición de París esté hoy preparada como para atacar a un enemigo más poderoso, para lo cual es preciso poner en juego la rapidez y el empuje, y las tropas deben estar excelentemente adiestradas para este fin.

Suponemos que la fusión del III y IV ejércitos alemanes, que cuentan con 180 000 hombres, aparecerá frente a París la semana que viene, la cercará con destacamentos volantes, destrozará las vías férreas, y con ello todas las probabilidades de continuar abasteciéndola en forma uniforme, y preparará el cerco total, que será establecido tan pronto lleguen el I y II ejércitos, después de la caída de Metz. Además, a los alemanes les quedarán suficientes fuerzas para enviarlas más allá del Loira, limpiar esa región e impedir todo intento de crear un nuevo ejército francés. Si París no se entrega, comenzará el sitio en toda la regla, el cual, siempre que no exista una defensa activa, terminará relativamente pronto. Tal sería el curso normal de los acontecimientos, si se toman en cuenta solo las consideraciones militares; pero la situación ha adquirido ya tal desarrollo, que puede ser totalmente modificada por acontecimientos políticos, y no es nuestro objeto predecirlos.

Escrito por F. Engels en inglés, el 6 de septiembre de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 7 de septiembre de 1870.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

FLORECIMIENTO Y DECADENCIA DE LOS EJÉRCITOS

Cuando, apoyándose en los votos de los campesinos y en las bayonetas de sus hijos —los soldados del ejército—, Luis Napoleón fundó el Imperio, «que significaba la paz», ese ejército no ocupaba en Europa una situación de especial relieve, aunque así se lo considerara por tradición. Desde 1815 comenzó un período de paz, alterado para algunos ejércitos desde los acontecimientos de 1848 y 1849. Los austríacos realizaron una campaña exitosa en Italia y otra fracasada en Hungría; ni Rusia en Hungría, ni Prusia en el sur de Alemania conquistaron laureles dignos de ser mencionados; Rusia desarrollaba una guerra ininterrumpida en el Cáucaso, y Francia en Argelia.

Pero desde 1815 no se había dado el caso de que dos grandes ejércitos se enfrentaran en el campo de batalla. Luis Felipe dejó al ejército francés en un estado en modo alguno brillante; es cierto que se daba mucho mejor a las tropas argelinas, en especial a sus unidades predilectas, creadas en cierta medida para las guerras africanas —los tiradores de a pie, los zuavos, turcos, tiradores africanos a caballo—, pero la masa fundamental de infantería, caballería y la parte material estaban en Francia en un plano inferior. Durante la república no mejoró la situación del ejército. Pero apareció un Imperio que significaba la paz y —*si vis pacem, para bellum* [si quieres paz, prepárate para la guerra]— el ejército se convirtió muy pronto en un objeto de sus especiales atenciones. En aquella época Francia contaba con un número relativamente considerable de jóvenes oficiales, que ocupaban altos cargos en África cuando allí se desarro-

llaban aún serios combates. Es indudable que las tropas argelinas especiales no tenían parangón en Europa. Entre los numerosos sustitutos mercenarios de los reclutas, Francia tenía muchos más soldados profesionales, auténticos veteranos, fogueados en combates, que cualquier otra potencia continental. Solo era menester elevar en todo lo que fuera posible a la masa fundamental de tropas hasta el nivel de las unidades especiales. Ello fue logrado en gran medida. El «paso gimnástico» («corrido» entre los ingleses), que hasta entonces solo se aplicaba en las tropas especiales, se hizo obligatorio para toda la infantería, y de ese modo se logró la rapidez en la maniobra, desconocida hasta la fecha en los ejércitos. Se proveyó a la caballería de los mejores caballos posibles; los pertrechos de todo el ejército fueron revisados y completados. Por último, comenzó la guerra de Crimea. El ejército francés reveló tener grandes ventajas frente al inglés; gracias a la correlación numérica de los ejércitos aliados, gran parte de la gloria —de cualquier índole que esta fuera— le correspondió naturalmente a los franceses; el carácter mismo de la guerra, en la que tuvo un papel de importancia el sitio de una gran fortaleza, puso de manifiesto el talento matemático propio de los franceses, aplicado por sus ingenieros militares. Como resultado de ello, la guerra de Crimea volvió a llevar al ejército francés al nivel de primer ejército de Europa.

Después llegó el período del fusil y del cañón rayados. La superioridad incomparable del fusil de estría sobre el fuego del de cañón liso hizo que se suprimiera este, y en algunos casos que se rehiciera totalmente para convertirlo en fusil de estría. Prusia los remplazó en menos de un año; Inglaterra pertrechó poco a poco a su infantería con fusiles Enfield y Austria con excelentes fusiles de pequeño calibre (de Lorenz). Solo Francia conservó sus viejos fusiles de caño liso, y los de cañón rayado seguían destinándose solo a las unidades especiales. Mientras la masa fundamental de su artillería conservaba las piezas de cañón corto de 12 libras —invento predilecto del emperador, que sin embargo cedía en potencia a la vieja artillería en virtud del menor peso de la carga—, se fue formando cierto número de baterías con cañones rayados de 4 libras, que se mantenían listos para caso de guerra. Su construcción no era perfecta, porque desde que en el siglo XV comenzaron a fabricarse armas de fuego, esos fueron los primeros cañones rayados; pero su acción era considerablemente superior a la de cualquier pieza de campaña de cañón liso que existiera entonces.

Tal era la situación cuando estalló la guerra de Italia. El ejército austríaco estaba acostumbrado a actuar con negligencia; rara vez conseguía ejercer una fuerte presión; en esencia era un ejército numeroso, pero nada más. Contaba entre sus jefes a algunos de los mejores generales de la época, y a muchos de los peores. La mayor parte de los últimos había sido promovida a los altos cargos de mando gracias a sus influencias palaciegas. Los errores de los generales austríacos, sumados a una mayor ambición del soldado francés, proporcionaron al ejército francés la victoria lograda con muy poca facilidad. Magenta no deparó trofeo alguno; Solferino muy pocos; y en virtud de los acontecimientos políticos cayó el telón antes de que saliera a escena la verdadera dificultad de la guerra: la lucha por el rectángulo de las fortalezas.

Después de esa campaña, en Europa el ejército francés fue considerado ejemplar. Si después de la guerra de Crimea el *beau idéal* [«el ideal»] del soldado de infantería eran los tiradores franceses de a pie, ahora esa admiración se hacía extensiva a todo el ejército francés en su conjunto. Se estudiaban sus instituciones; sus campamentos se convirtieron en escuelas de instrucción para los oficiales de todas las naciones. Casi toda Europa estaba decididamente convencida de la invencibilidad del ejército francés. Mientras tanto, Francia reconstruyó sus viejos fusiles de caño liso para convertirlos en rayados, y armó a toda su artillería con cañones de estría.

Sin embargo, esa misma campaña que llevó al ejército francés al primer lugar de Europa, impulsó aspiraciones que al principio dieron como resultado la aparición de un rival, y después de un vencedor. Desde 1815 hasta 1850 el ejército prusiano pasó por el mismo proceso de debilitamiento por inactividad, que todas las demás tropas europeas; pero en Prusia este «moho» de tiempos de paz dañó su mecanismo combativo más que en cualquier otro país. De acuerdo con el sistema prusiano de aquella época, a cada brigada se había unido un cuerpo de línea y otro del *Landwehr*; de este modo en caso de movilización tendría que volver a formarse la mitad de las tropas de campaña. Los armamentos de las tropas de línea y del *Landwehr* resultaron insuficientes; entre las personas responsables se observaron casos frecuentes de pequeñas dilapidaciones. En fin, cuando en 1851 el conflicto con Austria obligó a Prusia a efectuar la movilización, todo el sistema se derrumbó del modo más penoso, y a Prusia le correspondió pasar por las «horcas caudinas» [87]. A costa de grandes inversiones fue remplazado en el acto todo el armamento, se revisó toda la organización del ejército, pero ello solo afectó algunos aspectos de detalle. Cuando en 1859 la guerra italiana provocó una nueva movilización, el armamento ya estaba en mejores condiciones, aunque todavía no era completo, y el *Landwehr*, cuyo estado de ánimo era excelente en lo referente a una guerra nacional, resultó ser totalmente indisciplinado para una demostración bélica que podría llevar a la guerra contra uno u otro de los países beligerantes. Se decidió reorganizar el ejército.

Esta reorganización, llevada a cabo a espaldas del parlamento, mantenía bajo las armas a los treinta y dos regimientos de infantería del *Landwehr*, completando paulatinamente sus filas con el incremento del número de reclutas; por último los reorganizaba en regimientos de línea, cuyo número crecía de 40 a 72. Conforme con ello aumentaba la artillería, y también la caballería, pero en menor grado. Ese crecimiento del ejército era aproximadamente proporcional al incremento de la población de Prusia, que de 1815 a 1860 había aumentado de 10,5 millones de personas a 18,5 millones. Pese a la oposición de la segunda cámara, esta reorganización quedó en pie. Además, el ejército adquirió más capacidad combativa en todos los aspectos. Era el primer ejército en que toda la infantería estaba armada de fusiles. El fusil de aguja, de retrocarga, con el que hasta entonces solo se había pertrechado a una parte de la infantería, se introducía en todas las unidades; además, se preparó una reserva de los mismos. Habían terminado las pruebas de los cañones rayados, y los modelos admitidos sustituyeron gradualmente a las piezas de cañón liso.

El adiestramiento con excesiva ostentación, propia de los desfiles, heredado del viejo y ceremonioso Federico Guillermo III, cedía cada vez más lugar a un mejor sistema de preparación en el que se practicaba, fundamentalmente, el servicio de custodia y las acciones en líneas de tiradores, poniéndose en ambos casos de ejemplo, en primer término, a las tropas francesas argelinas. Para los batallones que actuaban aislados fue admitida la columna de compañía, como principal formación de combate. Se prestó gran atención al tiro al blanco, y se lograron excelentes resultados. Se perfeccionó también considerablemente la caballería. Durante muchos años se dedicó seria atención a la cría de caballos, especialmente en Prusia oriental, país de grandes criadores; se trajeron muchos sementales árabes de pura sangre, y los resultados fueron magníficos. El caballo de Prusia oriental, más bajo y menos veloz que el de la caballería inglesa, lo supera en mucho como caballo militar y es cinco veces más resistente en campaña. La enseñanza especial de los oficiales, que durante un prolongado período fue tenida en el mayor abandono, fue nuevamente elevada hasta el nivel requerido, y en general el ejército prusiano cambió por completo. La guerra de Dinamarca fue suficiente para demostrar, a todo el que estuviera en condiciones de comprenderlo, que las cosas eran realmente así; pero la gente no lo quería comprender. Entonces estalló el trueno de 1866, y se hizo imposible dejar de entenderlo. A continuación el sistema prusiano fue admitido en el ejército del norte de Alemania y, en general, también por los ejércitos del sur de Alemania; los resultados demostraron con cuánta sencillez podía introducirse este sistema. Luego llegó el año 1870.

Pero en 1870 el ejército francés ya no era el mismo que en 1859. Las dilapidaciones, la especulación y los abusos generales de la posición social en aras de los intereses personales —todo lo que constituía la base del sistema del II Imperio—, se posesionó del ejército. Si Osman y su banda se embolsaron millones en el *affaire* francés, si todo el departamento de trabajos públicos, si cada tratado, concertado por el gobierno, cada cargo civil, se convertían abierta y descaradamente en un medio de saquear al pueblo, ¿cómo era posible que solo siguiera siendo virtuoso el ejército al que Luis Napoleón le debía todo, el ejército mandado por hombres que amaban la riqueza igual que los parásitos civiles de palacio? Y cuando se supo que el gobierno recibía, de los ciudadanos que debían enrolarse en el servicio militar, un rescate en dinero y no lo invertía en reclutar a reemplazantes —hecho notorio sin duda para cada oficial de filas—; cuando comenzó la dilapidación del dinero del fisco a fin de juntar los fondos que el ministerio de Guerra pagaba en secreto al emperador; cuando a raíz de ello los cargos más altos del ejército quedaban en manos de los que estaban en el secreto y por esa razón no se los podía destituir, hicieran lo que hicieren, aunque descuidaran sus obligaciones; entonces la desmoralización se extendió a los oficiales de filas. Estamos lejos de afirmar que el despilfarro de la riqueza pública fuera un fenómeno corriente entre ellos, pero el desprecio por sus jefes, las faltas al servicio y el debilitamiento de la disciplina eran las consecuencias inevitables. Si los jefes hubiesen inspirado confianza, ¿acaso los oficiales se habrían atrevido, como se hacía con frecuencia, a viajar en coche durante la campaña? Todo el sistema está podrido hasta la médula;

la atmósfera de corrupción en que vivió el II Imperio impregnó por último a su pilar fundamental, el ejército; y en la hora de prueba, ese ejército solo pudo oponer al enemigo sus gloriosas tradiciones y la valentía innata de los soldados, lo cual, por sí solo, es insuficiente para que el ejército siga siendo de primera clase.

Escrito por F. Engels en inglés, el 9 de septiembre de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 10 de septiembre de 1870.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

ZARAGOZA-PARÍS

Para hacerse una idea justa de lo que es una operación tan grandiosa como el sitio y la defensa de París, es preciso echar una mirada retrospectiva a la historia militar, para encontrar en ella alguno de los sitios de gran envergadura, que en cierta medida sirva de ejemplo de lo que probablemente seremos testigos. Ese ejemplo podría ser Sebastopol, si la defensa de París trascurriera en condiciones normales, es decir, si se tratara de un ejército de campaña, capaz de acudir en ayuda de París o de reforzar su guarnición, como ocurrió en Sebastopol. Pero París se defiende en condiciones totalmente anormales: no tiene una guarnición capaz de desarrollar una defensa activa y combates fuera de las fortificaciones, ni siquiera una seria esperanza de contar con apoyo desde afuera. Por lo tanto, el sitio más grande de la historia —el de Sebastopol, que por su magnitud solo es menor a aquel cuyo comienzo presenciaremos en breve—, no ofrece una idea correcta de lo que ocurrirá en París; y solo en etapas posteriores del sitio, en especial mediante la confrontación se podrá recurrir a la comparación con el curso de la guerra de Crimea.

Los sitios durante la guerra norteamericana tampoco ofrecen ejemplos adecuados. Tuvieron lugar en un período de la lucha en que no solo el ejército del sur, sino también en pos de él las tropas del norte ya habían perdido los rasgos característicos de las milicias sin adiestrar, para adquirir el carácter de tropas regulares. Durante todos estos sitios se llevó a cabo una defensa sumamente activa. Junto a Vicksburg tanto como en Richmond, tuvieron lugar previos combates prolongados por la dominación de un territorio en el que solo se podría ubicar a las baterías de sitio, y siempre, salvo en el último asedio de Richmond por Grant, se intentó prestar ayuda a los sitiados [88]. Pero aquí en París, solo tenemos una guarnición de reclutas, recientemente incorporados a filas, débilmente apoyados por reclutas iguales dispersados fuera de la ciudad, contra los que se bate un ejército regular, que usa todos los medios de la guerra contemporánea. Para encontrar un ejemplo adecuado debemos volver a esa última guerra en la que el pueblo armado tuvo que combatir contra un ejército regular —y realmente luchó en gran escala—, es decir, a la guerra

en la península pirenaica. Aquí encontramos un ejemplo notable, que, como veremos, es apropiado en muchos sentidos: se trata de Zaragoza [89].

Zaragoza solo tiene un tercio del diámetro y una décima parte de la superficie de París, pero sus fortificaciones, aunque levantadas a la ligera y sin fuertes aislados, eran semejantes, por su poderío defensivo general, a las fortificaciones de París. La ciudad fue ocupada por una guarnición de 25 000 soldados españoles, que encontraron allí un refugio después de la derrota de Tudela. No serían más de 10 000 soldados de unidades de línea; el resto eran reclutas. Además, allí estaban los campesinos y la población local armada, que elevaban la guarnición al número de 40 000 hombres. En la ciudad se habían emplazado 160 cañones. Fuera de la misma, en las provincias vecinas, se reclutaron hasta 30 000 hombres para prestarle ayuda. Por la otra parte, el mariscal francés Suchet contaba con unos 26 000 hombres para cercar la fortaleza por los dos lados del río Ebro, y además 9000 que cubrían el sitio de Calatayud. Así, pues, la correlación numérica era casi igual a la de los ejércitos que se enfrentan ahora en París y en sus alrededores: los asediados son casi el doble de los sitiadores. Sin embargo, los zaragozanos, así como ahora los parisienses, no estaban en condiciones de salir al encuentro de los sitiadores en campo abierto. Los españoles que se encontraban fuera de la ciudad sitiada, tampoco pudieron poner una sola vez serios obstáculos a los asediadores.

El 19 de octubre de 1808 se terminó el cerco de la ciudad, el primer foso paralelo pudo ser cavado el 29 a una distancia de solo 350 yardas de la explanada principal de la fortaleza. El 2 de enero de 1809 se abrió el segundo foso a una distancia de 100 yardas de las fortificaciones; el 11 ya se habían abierto brechas y todo el frente atacado fue tomado por asalto. Pero en este caso, allí donde terminaba la resistencia de una fortaleza común con una guarnición compuesta por tropas regulares, solo comenzaba la resistencia de la defensa popular. La parte de la explanada de la fortaleza que habían asaltado los franceses estaba cortada del resto de la ciudad por fortificaciones recientemente erigidas. A través de todas las calles que conducían a la explanada, y también a determinada distancia en la retaguardia se habían alzado fortificaciones de tierra cubiertas por la artillería. Las casas, edificios, al estilo macizo de la zona calurosa del sur de Europa, con muros extraordinariamente gruesos, en los que se abrieron troneras, servían de fortificación para la infantería. Los franceses hacían un fuego ininterrumpido, pero como disponían de pocos morteros pesados, sus acciones contra la ciudad no tuvieron consecuencias decisivas. No obstante, el bombardeo continuó sin interrupción durante cuarenta y un días. Para obligar a la ciudad a entregarse, para ocupar una casa tras otra, los franceses debieron recurrir al método más lento, o sea, a la colocación de minas. Por último, después de que la tercera parte de los edificios de la ciudad quedó destruida y el resto inservible para vivienda, Zaragoza se entregó el 20 de febrero. De las 100 000 personas que se encontraban en la ciudad al comenzar el sitio, perecieron 54 000.

En su estilo, esta defensa es clásica y digna de la notoriedad que ha adquirido. Pese a todo, la ciudad se defendió, en total, solo 63 días. Para cercarla fueron necesarios 10 días: rara sitiar la fortaleza, 14; para el sitio de las fortificaciones

internas y la lucha por la ocupación de las casas, 39. El número de víctimas no responde en modo alguno a la duración de la defensa, ni a los resultados positivos alcanzados. Si Zaragoza hubiera sido defendida por 20 000 buenos y emprendedores soldados, que en todo momento realizaran escaramuzas, Suchet no hubiera podido continuar el sitio con sus fuerzas, y la fortaleza habría podido quedar en manos de los españoles hasta el final de la guerra austríaca de 1809.

Por supuesto, no pensamos que París resulta una segunda Zaragoza. Las casas de París, por muy sólidas que sean, no pueden compararse por su construcción con las casas macizas de la ciudad española; no tenemos fundamento alguno para suponer que la población de París revele el fanatismo de los españoles en 1809, o que la mitad de los habitantes se resigne pacientemente a sucumbir en el combate o por enfermedad. Sin embargo, esta fase de la lucha, que comenzó en Zaragoza en las calles, casas y monasterios de la ciudad, después del asalto de la explanada de la fortaleza, hasta cierto punto puede repetirse en las aldeas fortificadas y en las fortificaciones de tierra situadas entre los fuertes de París y el cinturón de baluartes. Como hemos dicho ayer en nuestro artículo XXIV de la serie *Notas sobre la guerra* [90] ahí está el centro de gravedad de la defensa. Allí las fuerzas móviles jóvenes pueden enfrentar al enemigo que inicie la ofensiva casi en iguales condiciones, obligarlo a actuar en forma más sistemática de lo que calculaba el Estado Mayor de Berlín, que no hace mucho confiaba en obligar a la ciudad a rendirse a los 12 ó 14 días después de que las baterías de sitio abrieron fuego. La lucha contra los que se defienden exigirá un fuego tan intenso de morteros y cañones por parte de los que emprenden la ofensiva, que inclusive el bombardeo parcial de la ciudad, por lo menos en gran escala, puede frustrarse durante cierto tiempo. En todo caso habrá que sacrificar las aldeas que se encuentran fuera del cinturón de fortificaciones, cualquiera sea el lugar entre el frente alemán de ofensiva y el francés de la defensa. Si al sacrificarlas se puede salvar la ciudad, mucho mejor para la defensa.

No podemos ni aproximadamente decir cuánto tiempo puede durar la defensa del territorio situado fuera del cinturón de las fortificaciones. Ello dependerá de la solidez de las mismas, del estado de ánimo de los defensores y también del método de ataque. Si la confrontación se hace grave, los alemanes, para proteger a sus fuerzas, confiarán principalmente en el fuego de su artillería. Sea como fuere, teniendo en cuenta el terrible poderío del fuego de artillería que están en condiciones de concentrar en cualquier punto, es probable que no necesiten más de dos o tres semanas para llegar hasta el cinturón de la fortaleza. Destruirlo y tomarlo ya será cosa de algunos días. Pero aun entonces los defensores no se verán ante la necesidad absoluta de dejar de ofrecer resistencia; pero mejor será que aplacemos el estudio de estas posibilidades hasta que su surgimiento sea más probable. Hasta ese instante, nos permitimos también omitir el examen de los méritos y los defensores de las barricadas de la ciudad de Rochefort. En general, suponemos que si las nuevas fortificaciones entre los fuertes y el muro de la fortaleza contribuyen a ofrecer una seria y real resistencia, el ataque se limitará en lo posible (en gran medida

ello depende de la energía de quienes se defienden) al fuego de artillería por elevación y raso, y también al intento de tomar París por hambre.

Escrito por F. Engels en inglés, el 21 de octubre de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 22 de octubre de 1870.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

APOLOGÍA DEL EMPERADOR

Igual que otros grandes hombres caídos en desgracia, Luis Napoleón tiene conciencia, según parece, de que su obligación es explicar al pueblo las causas que lo llevaron, en gran medida contra su voluntad, desde Saarbrücken hasta Sedán, y como resultado de ello hemos recibido lo que debe considerarse su explicación. Como no hay fundamento externo ni interno para sospechar que este documento sea falso, sino muy por el contrario, en el caso dado lo consideraremos auténtico. En efecto, casi estamos obligados a proceder así por simple amabilidad, porque si ha existido alguna vez un documento que confirmara en su totalidad y en los detalles el punto de vista de *Pall Mall Gazette* [91] acerca de esta guerra, es precisamente la autojustificación del emperador.

Luis Napoleón nos comunica que estaba perfectamente informado de la gran superioridad numérica de los alemanes, que confiaba en contrarrestarla con una rápida invasión del sur de Alemania, para obligar a esa región a mantenerse neutral y, con el primer éxito, asegurarse la alianza con Austria e Italia. Para ese fin, 150 000 hombres debían ser concentrados en Metz, 100 000 en Estrasburgo y 50 000 en Châlons. Con los dos primeros ejércitos rápidamente concentrados se pretendía cruzar el Rin cerca de Karlsruhe. Al mismo tiempo, 50 000 hombres debían avanzar desde Châlons hasta Metz para contrarrestar el posible movimiento enemigo contra los flancos y la retaguardia de los ejércitos en ofensiva. Pero ese plan se vino abajo en cuanto el emperador llegó a Metz. Encontró allí solo a 100 000 hombres, en Estrasburgo no había más de 40 000, en tanto que las reservas de Canrobert estaban en cualquier lugar, menos en Châlons, que era donde debían encontrarse. Las tropas no estaban abastecidas para la marcha con los elementos de primera necesidad: mochilas, tiendas, cocinas y marmitas de campaña. Además, no se sabía nada acerca del lugar en que se encontraba el enemigo. En efecto, una ofensiva audaz y rápida desde el comienzo se hubiera convertido en una defensa muy modesta.

Dudamos de que el lector de *Pall Mall Gazette* encuentre en todo esto algo nuevo. En nuestras *Notas sobre la guerra* el plan de ataque mencionado más arriba ya había sido expuesto como el más racional para los franceses, y además se habían manifestado las causas por las que hubo que rechazarlo. Pero existe un hecho, que fue la causa más inmediata de las primeras derrotas, y ello no lo explica el emperador: ¿para qué puso a varios de sus cuerpos en una situación falsa cerca de la frontera, supuestamente para la ofensiva, cuando

ya hacía tiempo había rechazado la idea de realizarla? En cuanto a sus cifras, las someteremos a un análisis crítico consecuente.

El emperador considera que las causas de la derrota de la dirección militar residen en «los defectos de nuestra organización en sus últimos 50 años de existencia». Pero es notorio que esa organización no era la primera vez que se sometía a prueba. Y respondió bastante bien a su misión en la guerra de Crimea. Había dado excelentes resultados al comienzo de la guerra italiana, cuando en Inglaterra, y también en Alemania la organización militar francesa era considerada ejemplar para un ejército. Es indudable que también en aquellos tiempos se habían descubierto en ella una serie de defectos. Pero hay una diferencia entre lo que fue en aquella época y lo que es ahora: entonces funcionaba, ahora se niega a servir. Mas el emperador no quiere explicar los motivos de estos cambios, aunque precisamente de ello tendría que hablar, porque ese es el lado débil del II Imperio, que frenó la tarea de esa organización con todos los métodos de soborno y concusión.

Cuando el ejército en repliegue llegó a Metz, «sus efectivos, después de llegar el mariscal Canrobert con dos divisiones y la reserva, ascendían a 140 000 hombres». Esta afirmación, en comparación con el número de las tropas que acaban de deponer las armas en Metz, nos obliga a analizar con más detenimiento las cifras del emperador. El ejército de Estrasburgo se suponía formado con los cuerpos de Mac-Mahon, de Faillie y Douay. En total, de diez divisiones, cuyo número ascendía a 100 000 hombres; pero ahora dicen que no pasaba de 40 000. Dejando totalmente a un lado las tres divisiones del cuerpo de Douay, aunque una de ellas acudió en ayuda de Mac-Mahon durante el combate de Woerth, y después de él, nos daría no menos de 6000 hombres por división (13 batallones), o solo 430 hombres por batallón, inclusive si consideramos que en ese mismo número no se incluye un solo soldado de caballería o artillero. Y he aquí que con toda la confianza que estamos inclinados a otorgar al II Imperio, cuando se trata de concusión o despilfarro del fisco, no podemos obligarnos a creer que luego de veinte días de reclutamiento de los reservistas y los dados de baja no hubiera en el ejército más de 90 batallones, que tenían, término medio, 430 hombres, en lugar de 900. En lo que se refiere al ejército de Metz, contaba en la guardia y en las diez divisiones de línea con 161 batallones; y si se considera que 100 000 hombres, indicados en el folleto, eran solo de infantería, y no quedaba nada para la caballería y la artillería, ello representará no más de 620 hombres por batallón, cifra indudablemente inferior a la real. Es aun más asombroso que al haber retrocedido de Metz, este ejército haya aumentado 140 000 hombres después de llegar las dos divisiones de Canrobert y las reservas. El nuevo refuerzo constaba, por lo tanto, de 40 000 hombres. Y bien, como las «reservas» llegadas a Metz después de Spichern solo podían estar formadas por caballería y artillería, ya que la guardia había llegado allá mucho antes, su número no podría superar los 20 000 hombres. En consecuencia, quedan 20 000 para las dos divisiones de Canrobert, lo que para 25 batallones representa 800 hombres por cada uno, o sea, que según este cálculo, los batallones de Canrobert, los más incompletos de todos, resultan más fuertes que los concentrados y preparados con anterioridad. Pero si

antes de las batallas del 14, 16 y 18 de agosto el ejército de Metz solo contaba con 140 000 hombres, ¿cómo pudo ocurrir que después de las pérdidas, que por supuesto ascendieron en esos tres días a no menos de 50 000 hombres, después de las pérdidas sufridas en las escaramuzas posteriores y producidas por la muerte de los enfermos, Bazaine haya podido, pese a todo, entregar a los prusianos 173 000 prisioneros? Nos ocupamos de estas cifras solo para demostrar cómo se contradicen entre sí y con todos los hechos conocidos de la campaña. Se las puede desechar en el acto como totalmente falsas.

Además de la organización del ejército, existían otras circunstancias que impidieron el vuelo de águila del emperador al encuentro de la victoria. Fueron, en primer lugar, «el mal tiempo»; después, las «dificultades con los convoyes» y por último «la falta absoluta de conocimiento acerca del lugar y de las fuerzas de los ejércitos enemigos». En efecto, son tres circunstancias muy desagradables. Pero el mal tiempo fue igual para las dos partes, porque contodas las piadosas remisiones del rey Guillermo a la providencia, no mencionó una sola vez que el sol resplandeciera sobre las posiciones alemanas, en tanto las lluvias mojaban a los franceses. ¿Acaso los alemanes no tuvieron dificultades con los convoyes? En cuanto al desconocimiento del lugar en que se encontraba el enemigo, existe una carta de Napoleón I a su hermano José, que se quejaba en España de la misma dificultad; es una carta nada elogiosa para los generales que se desahogan con semejantes quejas. Señala que si los generales no saben dónde se encuentra el enemigo, es solo culpa de ellos y evidencia que no conocen su misión. Al leer las justificaciones de un mando tan malo, se llega a dudar de que el folleto esté realmente escrito para personas mayores.

La descripción del papel desempeñado por Luis Napoleón en persona no agradará mucho a sus amigos. Después de las batallas de Woerth y de Spichern «decidió retirar las tropas hacia el campamento de Châlons». Mas aunque ese plan había sido aprobado al principio por el consejo de ministros, dos días más tarde se consideraba «que podría causar una impresión desagradable en la opinión pública», y es desechado por el emperador al recibir una carta en ese sentido, del señor E. Olivier (!). Conduce su ejército a la orilla izquierda del Mosela, y después «sin prever una batalla general y confiando solo en choques aislados», la abandona y se marcha a Châlons. Acto seguido, luego de su marcha, tuvieron lugar los combates del 16 y 18, a raíz de los cuales Bazaine se vio encerrado en Metz. En ese tiempo, la emperatriz y el gabinete abusaron de su poder y a espaldas del emperador convocaron la Cámara, y con la convocatoria de este cuerpo legislativo extraordinariamente autoritario, compuesto por inocentes de Arcadia, quedó decidida la suerte del Imperio. La oposición, que como se sabe consta de veinticinco miembros, se convirtió en todopoderosa y «paralizó el patriotismo de la mayoría y la labor fecunda del gobierno», el cual, como todos recordamos, no era el gobierno del elocuente Olivier, sino del grosero Palikao [92].

«Desde ese instante parecería que los ministros temían pronunciar el nombre del emperador; y él mismo, que había abandonado el ejército y rechazado el mando solo para retomar las riendas de la dirección, descubrió

de pronto que le sería imposible desempeñar hasta el fin el papel que le correspondía». En efecto, le dieron a entender que en esencia estaba depuesto, que ya no era necesario. En semejantes circunstancias muchos hombres con amor propio habrían renunciado al trono. Pero ni mucho menos; su indecisión, para decirlo con palabras medidas, continuó; va en pos del ejército de Mac-Mahon, constituyéndose simplemente en un estorbo, ya que no puede dar ningún provecho, sino, por el contrario, causar daño. El gobierno en París insiste en que Mac-Mahon acuda en ayuda de Bazaine. Mac-Mahon se niega, porque ello supondría exponer su ejército a una destrucción segura; Palikao insiste. «En cuanto al emperador, no se oponía a nada. No entraba en sus planes resistirse a las indicaciones del gobierno y de la emperatriz-regente, que había revelado tanta inteligencia y energía en circunstancias de grandiosas dificultades». Nos asombramos de la sumisión de este hombre, que durante veinte años había afirmado que la subordinación a su voluntad individual fue el único camino de salvación para Francia y que ahora, cuando «desde París le imponen un plan de campaña que contradice las reglas más elementales del arte militar», ¡no ofrece ya resistencia alguna porque, supuestamente, jamás entraba en sus intenciones oponerse a las indicaciones de la emperatriz-regente, que etc., etc.!

La descripción del estado del ejército con que se emprendió esa marcha fatal es, en todos sus detalles, la perfecta confirmación de la apreciación que habíamos hecho a su debido tiempo. Solo hay un detalle atenuante. Durante su repliegue en marcha forzada, el cuerpo de ejército de de Faillie se las ingenió para perder sin combate «todo su convoy»; pero el cuerpo sin duda no valoró toda la ventaja que ello suponía.

El ejército se dirigió a Reims el 21 de agosto. El 23 había llegado hasta el río Suippes, junto a Betinville, en el camino recto hacia Verdún y Metz. Pero las dificultades del suministro obligaron a Mac-Mahon a volver enseguida a la línea de ferrocarril; a consecuencia de ello, el 24 se emprendió un movimiento a la izquierda y se llegó a Rethel. Todo el día 25 trascurrió allí distribuyendo víveres a la tropa. El 26, el Estado Mayor pasa a Tourteron, veinte millas más lejos, al este; el 27, a Les Chaines Populaires, otras seis millas más. Aquí, al enterarse de que ocho cuerpos de ejército alemanes se proponen cercarlo, Mac-Mahon da la orden de volver a retroceder al oeste; pero esa noche llegaron de París instrucciones insistentes de encaminarse a Metz. «No cabe duda de que el emperador podía anular esa orden, pero decidió no oponerse a la decisión de la regencia». Esa virtuosa renuncia al poder obligó a Mac-Mahon a subordinarse; de ese modo, el 28 llegó a Stonne, a 6 millas más lejos al este. Sin embargo, «esas órdenes y contraórdenes hicieron detener el avance». Al mismo tiempo, «el ejército prusiano avanzaba a marchas forzadas, en tanto que nosotros, cargados con los convoyes (¡otra vez!) y con las tropas cansadas, tardamos seis días para recorrer 25 leguas». Después llegaron los combates del 30 y 31 de agosto, y el 1º de septiembre, y tuvo lugar la catástrofe, descrita muy ampliamente, pero sin detalle alguno. Y sigue la moraleja que sé puede extraer de ello: «Naturalmente, la lucha fue desigual, pero habría sido más

prolongada y con menos fracasos para nuestro ejército, si las operaciones militares no se hubieran subordinado siempre a las consideraciones políticas».

La caída del II Imperio, y todo lo relacionado con él, no provocó las lamentaciones de nadie: ese es su destino. No se hace extensiva a él, en medida alguna, la condolencia, es decir, lo menos que cae en suerte por lo general a los que han sufrido una gran desgracia. Ni siquiera puede decirse ahora, en francés, *honneur au courage malheureuse* sin cierto dejo de ironía; al II Imperio ni siquiera se le concede ese «honor a los héroes vencidos». Dudamos de que Napoleón consiga en estas circunstancias sacar gran provecho del documento, según el cual su notable intuición estratégica se convierte continuamente en cero, debido a las órdenes absurdas, dictadas por consideraciones políticas del gobierno de París, en tanto que su poder para anularlas es también igual a cero, en virtud de su respeto ilimitado a la regencia de la emperatriz. Lo mejor que se puede decir de este folleto, pobre en extremo, es que reconoce los malos ratos que hay que pasar en la guerra cuando «las operaciones militares se subordinan siempre a las consideraciones políticas».

Escrito por F. Engels en inglés, el 4 de noviembre de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 5 de noviembre de 1870.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

LOS COMBATES EN FRANCIA

Durante las primeras seis semanas de guerra, cuando las victorias de los alemanes se sucedían una tras otra, cuando la capacidad de ocupación del enemigo invasor no se había aprovechado íntegramente y cuando en los campos de batalla todavía había ejércitos franceses capaces de ofrecerle resistencia, la lucha, dicho en términos generales, se circunscribía a los ejércitos. La población de las regiones ocupadas solo tenía una participación insignificante en los combates. Es cierto que una decena de campesinos de Alsacia fueron condenados por el tribunal militar y fusilados por participar en los combates o por martirizar a los heridos; pero tragedias como la que ocurrió en Bazeille fueron una rara excepción. Lo que mejor lo evidencia es la enorme impresión que causó y la apasionada polémica que se desarrolló en la prensa respecto de si las acciones de los alemanes merecían ser justificadas o repudiadas. Si valiera la pena reanudar esta polémica, podríamos demostrar, en base a las declaraciones de testigos intachables, que los habitantes de Bazeille atacaron en efecto a los heridos bávaros, los martirizaron y los arrojaron a las llamas de las casas incendiadas por las bombas; a raíz de ello el general von der Tann dio orden de aniquilar toda la aldea, orden absurda y bárbara sobre todo porque, de acuerdo con ella, correspondía incendiar las casas en las que yacían centenares de sus propios heridos. Pero sea como fuere, Bazeille fue destruida en el fuego del combate y en una lucha, que más que cualquier otra, es capaz

de llevar a la exaltación —más exactamente, en los choques producidos en las casas y en las calles—, cuando se debe actuar sin dilación al recibir un parte y adoptar una decisión urgente, y cuando no hay tiempo para comprobar las declaraciones y escuchar la opinión de las partes.

Durante las últimas seis semanas se produjo un cambio notable en el carácter de esta guerra. Desaparecieron los ejércitos regulares franceses; la lucha está a cargo de los reclutas, que por su falta de experiencia son, en mayor o menor medida, fuerzas irregulares. Son derrotados con facilidad toda vez que intentar salir en masa a un lugar descubierto, pero cuando luchan al cubierto de las ciudades y aldeas, con barricadas, pueden ofrecer una gran resistencia. Este tipo de combate, las ofensivas nocturnas por sorpresa y otras acciones guerrilleras son estimuladas en los llamamientos y en las disposiciones del gobierno, que también recomienda a la población de las regiones en que operan los guerrilleros que les presten toda clase de colaboración. Si el enemigo dispusiera de las suficientes fuerzas como para ocupar todo el país, esa resistencia seria quebrantada con facilidad. Pero hasta la entrega de Metz no disponía de ellas. Las fuerzas de los atacantes fueron desgastadas antes que estos llegaran a Amiens, Ruán, Le Mans, Blois, Tours, Bourges, por una parte, y Besanzón y Lyon por otra. El hecho de que las fuerzas del enemigo se agotaran tan rápido, se explica en gran medida, por la creciente resistencia del medio circundante. Los inevitables «cuatro ulanos» ya no pueden ahora irrumpir en una aldea o ciudad ubicada lejos de sus líneas del frente y lograr el sometimiento absoluto a sus órdenes, sin correr el riesgo de ser apresados o muertos. Para acompañar a los destacamentos de requisición hacen falta fuerzas imponentes, y las compañías o escuadrones aislados, cuando están alojados en una aldea, deben tomar extraordinarias precauciones contra los ataques nocturnos por sorpresa, así como contra los ataques desde emboscadas durante la marcha. En torno de las posiciones alemanas hay una franja de territorio en disputa y es aquí donde la resistencia popular se hace sentir más. Para aplastarla, los alemanes recurren a un método de guerra tan antiguo como bárbaro. Han convertido en regla la de que toda ciudad o aldea donde uno o varios habitantes participen en la defensa, disparen contra sus tropas o en general ayuden a los franceses, deben ser incendiadas; toda persona capturada con un arma en la mano y que, según ellos, no sea un soldado del ejército regular, debe ser fusilada en el acto; y en todas partes donde existan fundamentos para suponer que una parte de la población, por insignificante que sea, es culpable de tales hechos, los hombres físicamente aptos deben ser ejecutados inmediatamente. Este sistema se lleva a cabo en forma despiadada, ya desde hace seis semanas, y está en vigor en todo su apogeo hasta la fecha. No se puede abrir un diario alemán sin tropezar con media docena de comunicaciones sobre ejecuciones militares de esta índole, que se realizan como si fuese lo más natural del mundo, como medidas corrientes de justicia militar, efectuadas con la bienhechora severidad por los «honrados soldados», contra los «canallas asesinos y bandoleros». No existe el menor desorden, ninguna violencia contra las mujeres, no hay violación alguna de las órdenes. Ni mucho menos. Todo se hace en forma sistemática y de acuerdo

con la orden: cercan la aldea condenada, sacan a los habitantes, se apoderan de los víveres e incendian las casas, y los culpables verdaderos o sospechosos comparecen ante el tribunal militar de campaña, donde sin trámite alguno los espera con seguridad una media docena de balas. En Ablis, una aldea de 900 habitantes ubicada en el camino a Chartres, un escuadrón del 16º regimiento de húsares (de Schleswig-Holstein) fue atacado de noche por sorpresa por los guerrilleros franceses y perdió la mitad de sus hombres; en castigo por ese atrevimiento, toda la brigada de caballería se lanzó sobre Ablis e incendió la aldea; dos comunicaciones distintas —ambas procedentes de los participantes en el drama— afirman que entre los vecinos se eligió a todos los hombres sanos, y todos ellos sin excepción, fueron fusilados o pasados por las bayonetas. Pero este es solo un hecho de entre muchos. Un oficial bávaro, en las cercanías de Orleáns, escribe que su destacamento incendió cinco aldeas en doce días; podemos afirmar sin exagerar que en todas partes del centro de Francia por donde pasan los destacamentos volantes alemanes, su camino queda señalado con excesiva frecuencia por el fuego y la sangre.

Ahora, en 1870, quizá no baste una declaración que explique que este es un método legal de conducir la guerra, y que la intervención de la población civil o de los hombres que oficialmente no son reconocidos como soldados equivale al bandidaje y puede ser sofocada a sangre y espada. Todo ello podría aplicarse en la época de Luis XIV y Federico II, cuando solo combatían los ejércitos, pero a partir de la guerra americana por la independencia, inclusive hasta la guerra civil en Norteamericana, la participación de la población en la guerra se ha convertido —tanto en Europa como en América—, no en una excepción, sino en una regla. En todas partes en que el pueblo consentía en ser subyugado por el solo hecho de que sus ejércitos no habían sido capaces de ofrecer resistencia, se observaba hacia él una actitud de desprecio, se lo consideraba una nación de cobardes; y en todas partes donde el pueblo desarrolló una enérgica lucha guerrillera, el enemigo se convenció rápidamente de que era imposible guiarse por el viejo código de la sangre y el fuego. Los ingleses en América, los franceses en España bajo Napoleón, los austríacos en 1848 en Italia y Hungría, se vieron muy pronto obligados a tomar en consideración la resistencia popular, como si se tratara de un fenómeno totalmente legítimo, teniendo las represiones a sus propios prisioneros de guerra. Inclusive los prusianos en 1849, en Baden, y el Papa después de Mentana [93], no se resolvieron a fusilar a los prisioneros de guerra sin un análisis previo, pese a que se trataba de guerrilleros e «insurrectos». Solo existen dos ejemplos contemporáneos de la aplicación despiadada de esta anticuada ley de «erradicación»: cuando los ingleses sofocaron la insurrección de los cipayos en la India, y los métodos adoptados por Bazaine y sus tropas francesas en México.

Este modo de proceder corresponde menos al prusiano que a cualquier otro ejército del mundo. En 1806 Prusia estaba derrotada por el solo hecho de que en el país no existía el menor vestigio de ese espíritu de resistencia nacional. Para reavivarlo, los reorganizadores del gobierno y del ejército hicieron después de 1807 todo lo que estaba en sus manos por hacer. En esa época, España ofreció un glorioso ejemplo de cómo el pueblo puede resistir

a un ejército invasor. Todos los dirigentes militares de Prusia señalaron a sus conciudadanos ese ejemplo, como digno de ser imitado. Scharnhorst, Gneisenau, Clausewitz, compartían la misma opinión al respecto; Gneisenau fue personalmente a España para combatir contra Napoleón. Todo el nuevo sistema militar, introducido entonces en Prusia, fue un intento de organizar la resistencia popular contra el enemigo, por lo menos en la escala en que fuera posible bajo una monarquía absoluta. No solo todos los hombres físicamente aptos debían recibir instrucción militar en el ejército y servicio después en el *Landwehr* hasta los cuarenta años de edad, sino que además los jóvenes desde los diecisiete hasta los veinte años y los hombres de los cuarenta a los sesenta debían incorporarse al *Landsturm* o *levée en masse* [milicia de todo el pueblo], para organizar la insurrección en la retaguardia y en los flancos del enemigo, obstruir sus movimientos, apoderarse de sus abastecimientos y de sus correos, utilizar todas las armas que se pudieran conseguir, aplicar sin la menor dilación todos los medios que estuvieran a su alcance para alarmar al enemigo —«cuanto más eficientes sean esos medios, mejor»— y, lo que era fundamental, «no usar uniforme alguno, para que los hombres del *Landsturm* puedan en cualquier momento aparecer como ciudadanos particulares y no caer en sospecha del enemigo». Todo este «Reglamento sobre el Landsturm», como se denominó la ley publicada en 1813 y cuyo autor no fue otro que Scharnhorst, organizador del ejército prusiano, estaba escrito en el espíritu de la resistencia popular intransigente, para la cual son aptos todos los medios, y cuanto más eficaces, mejor. Ahora bien, todo ello lo aplicaban entonces los prusianos contra los franceses, pero si son estos quienes practican esas mismas acciones contra los prusianos, las cosas cambian. Lo que en un caso se consideraba patriotismo, en el otro resulta un canallesco asesinato y bandidaje.

El caso es que el gobierno prusiano actual se avergüenza del viejo «Reglamento sobre el Landsturm» prerrevolucionario, y con su conducta en Francia trata de hacerlo olvidar. Pero cada acto de crueldad desenfrenada cometido en Francia por ellos, nos recordará más y más ese «Reglamento»; y la justificación de semejante método vergonzoso de conducción de la guerra demuestra que si desde el período de Jena el ejército prusiano creció incalculablemente, el propio gobierno prusiano está creando con rapidez la misma situación que hizo posible llegar a Jena.

Escrito por F. Engels en inglés, el 10 de noviembre de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 11 de noviembre de 1870.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

LAS PROBABILIDADES DE LA GUERRA

La última derrota del ejército francés del Loira y la retirada de Dueros al otro lado del Marne (suponiendo que ese repliegue haya tenido el carácter decisivo

que se comunicaba el sábado [94]) definen la suerte de la primera operación combinada emprendida para la liberación de París [95]. Esta ha fracasado por completo y la opinión pública vuelve a preguntarse si la nueva serie de reveses no prueba la incapacidad de los franceses para seguir resistiendo con fortuna y si no sería mejor suspender de golpe el juego, entregar París y firmar la cesión de Alsacia y Lorena.

Sucede que la gente ha perdido toda idea de lo que significa una verdadera guerra. La de Crimea, la de Italia y la austro-prusiana fueron simplemente guerras comunes, de gobiernos que firmaban la paz en cuanto su mecanismo militar era destruido o resultaba desgastado. Una verdadera guerra, en la que participe la nación misma, no se ha visto en el centro de Europa durante varias generaciones. La hemos visto en el Cáucaso, en Argelia, donde la lucha continuó durante más de veinte años casi sin interrupción; la hubiéramos podido ver en Turquía, si los turcos hubiesen recibido la autorización de sus aliados para defenderse con sus propios y primitivos medios. Pero el hecho es que nuestros convencionalismos conceden el derecho de una efectiva autodefensa solo a los bárbaros; consideramos que los Estados civilizados deben batirse según las reglas de etiqueta y que una nación auténtica no puede responsabilizarse de un hecho tan descortés como es el de continuar la lucha cuando la nación oficial ya se ha visto obligada a entregarse.

Y en este momento los franceses cometen una descortesía de este tipo. Para disgusto de los prusianos que se consideran los mejores conocedores de la etiqueta militar, los franceses continúan batiéndose resueltamente desde hace tres meses, después que el ejército oficial francés ha sido eliminado del campo de batalla: han hecho inclusive lo que su ejército oficial nunca pudo hacer durante esta guerra. Han logrado un éxito grande y muchos otros menores: capturaron al enemigo cañones, convoyes, y prisioneros. Verdad es que acaban de sufrir una serie de rudas derrotas; pero estas nada son si se las compara con las que solía infligir ese mismo enemigo a su ejército oficial. Es cierto que el primer intento de romper el bloqueo de París mediante una ofensiva simultánea desde dentro y desde fuera ha sufrido un completo fracaso, ¿pero debe deducirse de ello, inexcusablemente, que no les han quedado posibilidades para hacer un segundo intento?

Ambos ejércitos franceses, tanto el de París como el del Loira, según testimonio de los propios alemanes, se han batido bien. Es cierto que fueron derrotados por fuerzas numéricamente inferiores, pero había que esperar eso de tropas bisoñas, que acababan de ser organizadas y que se enfrentaban con tropas veteranas. Sus movimientos tácticos bajo el fuego, según palabras del corresponsal del *Daily News*, que sabe lo que dice, fueron rápidos y seguros: les faltó precisión, pero este es un defecto común a muchos ejércitos franceses victoriosos. Lo indudable es que estos ejércitos han demostrado ser verdaderos ejércitos, a los que sus enemigos deberán tratar con el debido respeto. Evidentemente están formados de los elementos más heterogéneos. Hay batallones de línea con diferente número de soldados veteranos; fuerzas móviles de diverso valor combativo, desde batallones instruidos y armados que cuentan con sus correspondientes oficiales, hasta batallones de reclutas

bisoños, que aún carecen de una instrucción militar elemental; hay guerrilleros de toda clase, buenos, malos y regulares; la mayoría de ellos pertenecen probablemente a esta última categoría. Pero en todo caso hay un núcleo de buenos batallones fogueados, en tomo de los cuales pueden agruparse los restantes; si durante un mes toman parte en diferentes combates, y evitan grandes derrotas, todos ellos resultarán excelentes soldados. También ahora podrían tener éxito, con una mejor estrategia, y la única imprescindible en el momento actual es aplazar toda batalla decisiva, lo que creemos que puede ser conseguido.

Pero las tropas concentradas en Le Mans y cerca del Loira no son, ni mucho menos, todas las fuerzas armadas de Francia. Hay además por lo menos 200 ó 300 mil hombres, con los que se están formando destacamentos en puntos más alejados de la retaguardia. Cada día aumenta su capacidad combativa. Al menos durante cierto tiempo, cada día debe dar al frente una cantidad incesantemente creciente de soldados frescos. Tras ellos existe ya una multitud de hombres dispuestos a ocupar el lugar de los primeros. A diario llegan armas y municiones en grandes cantidades;, con las modernas fábricas de cañones y de fundición, con el telégrafo y los barcos, y si se tiene el dominio en el mar, no debe temerse la falta de todo eso. En el plazo de un mes se producirá también un enorme cambio en la capacidad combativa de esos hombres; y si se les diera dos meses, constituirían un ejército capaz de perturbar intensamente la tranquilidad de Moltke.

Además de estas fuerzas más o menos regulares, existe una nutrida milicia nacional, la masa del pueblo, llevada por los prusianos hasta la guerra defensiva, que, según palabras del padre del rey Guillermo, legitima todos los medios. Cuando «Fritz» avanzaba de Metz a Reims, de allí a Sedán y luego a París, no se mencionaba para nada la insurrección del pueblo. Las derrotas de los ejércitos imperiales eran recibidas con peculiar indiferencia; veinte años de régimen imperial habían habituado a las masas populares a una subordinación obtusa y pasiva a la dirección oficial. En algunos lugares se encontraban campesinos que participaban en combates efectivos, como en Bazeille, pero eran excepciones. Sin embargo, en cuanto los prusianos se situaron en torno de París y sometieron a las localidades circundantes al sistema devastador de las requisas, efectuadas sin consideración alguna, en cuanto comenzaron a fusilar a los guerrilleros y a quemar las aldeas que les prestaban ayuda, en cuanto rechazaron las propuestas de paz de los franceses y proclamaron su propósito de llevar a cabo una guerra de conquista, todo cambió. Por todas partes estalló a su alrededor la guerra de guerrillas, provocada por sus propias atrocidades, y ahora basta que penetren en un departamento para que se ponga en pie la milicia nacional. Quien lea en los periódicos alemanes las informaciones acerca del avance del ejército del duque de Mecklenburgo y del príncipe Federico Carlos, advertirá enseguida la extraordinaria influencia que ha tenido en su movimiento de avance esa insurrección del pueblo, inasible, que tan pronto desaparece como vuelve a aparecer, siempre amenazante. Hasta la numerosa caballería, a la que los franceses no tienen casi con qué

enfrentar, ha sido neutralizada en considerable medida por esa hostilidad general, activa y pasiva, de la población.

Examinemos ahora la situación de los prusianos. De las diecisiete divisiones situadas ante París, no pueden, naturalmente, distraer una sola, mientras Troch pueda repetir en cualquier momento sus salidas en masa. Las cuatro divisiones de Manteuffel en Norman día y Picardía tendrán todavía durante algún tiempo tanta tarea, que apenas podrán realizarla; además es posible que las retiren de allí. Las dos divisiones y media de Werder quizá pueden avanzar más allá de Dijón solo mediante incursiones, y así seguirán las cosas hasta que Belfort se vea obligado a entregarse. No es posible distraer un solo soldado de las unidades encargadas de custodiar la larga y estrecha línea de comunicaciones: el ferrocarril Nancy-París. El 7º cuerpo tiene bastante con abastecer de guarniciones a la fortaleza de Lorena y mantener el cerco de Longwy y Montmedi. Quedan once divisiones de infantería de Federico Carlos y del duque de Mecklenburgo, seguramente no más de 150 000 hombres, incluida la caballería, para realizar las operaciones de campaña contra la mayor parte de la Francia central,y meridional. Por consiguiente, los prusianos tienen en acción cerca de veintiséis divisiones para ocupar Alsacia y Lorena, asegurar las dos largas líneas de comunicación hasta París y Dijón y mantener el sitio de París, y sin embargo, tal vez dominan en forma directa inclusive menos de una octava parte de Francia, e indirectamente quizá no más de una cuarta parte de su territorio. Para el resto del país les quedan quince divisiones, de las cuales cuatro se hallan bajo el mando de Manteuffel.

La profundidad a que puedan penetrar en el país depende por entero de la energía de la resistencia popular que encuentren. Pero dado que todas sus comunicaciones atraviesan Versalles —pues la campaña de Federico Carlos no abrió una nueva línea a través de Troyes— y que pasan por un país insurreccionado, estas tropas tendrán que desperdigar sus fuerzas en un amplio frente, dejar en la retaguardia destacamentos para proteger las carreteras y mantener sometida a la población; como resultado, llegarán con rapidez al límite en que sus fuerzas comiencen a debilitarse hasta resultar equilibradas por las que les oponen los franceses, cuyas probabilidades volverán entonces a ser favorables; o bien esos ejércitos alemanes deberán actuar con grandes columnas móviles, que se desplacen a todo lo largo y ancho del país, pero sin ocuparlo definitivamente. En tal caso, las tropas regulares francesas si durante cierto tiempo se repliegan ante ellos, pueden encontrar después suficientes oportunidades para atacarlos por los flancos y por la retaguardia.

Unos cuantos destacamentos volantes, como los que envió en 1813 el general Blücher para envolver los flancos franceses, serían muy útiles para destruir la línea de comunicación de los alemanes. Esta es vulnerable en casi toda su extensión desde París hasta Nancy. Varios destacamentos, con uno o dos escuadrones de caballería y cierto número de buenos tiradores en cada uno de ellos, que atacaran esta línea, destruyeran los rieles, los túneles y los puentes, asaltaran los trenes, etcétera, obligarían a traer a la caballería alemana desde el frente, donde es particularmente peligrosa, aunque los franceses no poseen por cierto el verdadero «arrojo de los húsares».

Decimos todo esto en el supuesto de que París continúe manteniéndose. Hasta ahora, a excepción del hambre, nada hay que pueda obligar a París a entregarse. Pero si la información publicada en el número de ayer del *Daily News*, enviada por su corresponsal en esa ciudad, es verídica, disipa muchos temores. Todavía se dispone allí de 25 000 caballos (además de los pertenecientes al ejército de París), cuyo peso puede calcularse en 500 kilogramos por animal, lo que daría 6 ¼ kg, o 14 libras de carne por habitante; es decir, casi ¼ de libra de carne diaria durante dos meses. Si se tiene en cuenta esto, así como hay pan y vino *ad libitum* y que existe una considerable cantidad de tasajo y otras vituallas, París puede resistir perfectamente hasta comienzos de febrero. Y eso daría a Francia dos meses, lapso que ahora tiene más importancia para ella que dos años en tiempos de paz. Con una dirección tanto central como local más o menos inteligente y enérgica, Francia estaría, pues, para entonces en condiciones de liberar a París y de reponer sus fuerzas.

¿Y si cae París? Tendremos tiempo suficiente para examinar esta posibilidad, cuando sea más probable. Sea como fuere, Francia ha podido hacer frente a los acontecimientos sin París durante más de dos meses y puede continuar batiéndose sin él. Naturalmente, la caída de París puede quebrantar el espíritu de resistencia de los franceses, pero la misma influencia pueden ejercer también ahora las noticias sobre los reveses de los últimos siete días. Ni lo uno ni lo otro debe tener obligatoriamente esas consecuencias. Si los franceses refuerzan un tanto algunas de sus buenas posiciones de maniobra, como Nevers, ubicada en la confluencia del Loira y el Allier; si levantan fuertes alrededor de Lyon para hacer de esta una plaza tan fuerte como París, la guerra puede llevarse a cabo inclusive después de la caída de París; pero todavía no es oportuno hablar de ello.

Así pues, nos atrevemos a declarar que si no se debilita el espíritu de resistencia del pueblo, la posición de los franceses, aun después de las recientes derrotas, es todavía muy fuerte. Con el dominio en el mar para traer armas, con suficiente cantidad de hombres que pueden ser convertidos en soldados, después de haber realizado durante tres meses —los primeros y más difíciles tres meses— un trabajo de organización, con posibilidades de disponer de un mes más de tregua, acaso de dos, cuando los prusianos manifiestan ya síntomas de agotamiento, rendirse en tales condiciones sería una evidente traición. ¿Y quién sabe qué contingencias pueden producirse, qué complicaciones pueden surgir en Europa durante ese período? Los franceses deben continuar la lucha a toda costa.

Escrito por Engels en inglés, el 7 de diciembre de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 8 de diciembre de 1870.

K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

LOS GUERRILLEROS PRUSIANOS

En los últimos tiempos los informes acerca de los incendios de aldeas francesas por los prusianos casi han desaparecido de la prensa. Comenzábamos a confiar en que las autoridades prusianas habían comprendido su error y cesado semejante modo de conducta, en interés de sus propias tropas. Pero nos habíamos equivocado. Los diarios vuelven a estar plagados de noticias sobre los fusilamientos de prisioneros y la destrucción de aldeas. El *Börsen Courier* de Berlín informa desde Versalles, el 20 de noviembre:

> «Ayer llegaron los primeros heridos y prisioneros después del combate de Dreux, que tuvo lugar el 17. La represalia contra los guerrilleros fue breve y debía haber servido de buen ejemplo: fueron puestos en filas y uno tras otros recibieron un tiro en la sien. Se publicó una orden general para el ejército, que prohíbe terminantemente capturar prisioneros y que propone fusilarlos en el acto por un tribunal militar de campaña, cualquiera sea el lugar donde aparezcan. Con respecto a estos bandoleros y malhechores viles, se ha hecho absolutamente indispensable aplicar estos procedimientos».

Luego, *Tagespresse* de Viena, de la misma fecha, comunica que «la semana pasada, ustedes podían haber visto en el bosque de Villeneuve, a cuatro guerrilleros ahorcados por haber disparado contra los ulanos».

El parte oficial de Versalles, fechado el 26 de noviembre, comprueba que toda la población rural en torno de Orleáns, incitada a la lucha por los sacerdotes, quienes habían recibido del obispo Dupanloup la orden de predicar una cruzada, comenzó a hacer la lucha de guerrillas contra los alemanes. Disparan contra las patrullas de caballería; los campesinos, fingiendo trabajar en el campo, matan a los oficiales que llevan las órdenes. En venganza por esos asesinatos, todos los que llevan armas y no son militares son fusilados en el acto. No son pocos los sacerdotes que esperan ser juzgados: setenta y siete hombres.

Estos son solo algunos ejemplos; su número podría llevarse hasta el infinito; de este modo, los prusianos, sin duda, tienen la firme intención de continuar esas ferocidades hasta el fin de la guerra. En virtud de ello, puede ser aleccionador prestar otra vez atención a ciertos hechos de la historia más reciente de Prusia.

El actual rey de Prusia *[96] puede recordar perfectamente los tiempos de más profunda humillación de su país, la batalla de Jena, la prolongada huida hacia el Oder, la capitulación gradual de casi todas las tropas prusianas, el repliegue de las restantes más allá del Vístula, el desmoronamiento total del sistema militar y político del país. Y entonces, al cubierto de una de las forta-

lezas de Pomerania, la iniciativa y el patriotismo de individuos particulares inició una nueva resistencia activa al enemigo. El simple corneta de dragones Schill comenzó a formar en Kölberg destacamentos de voluntarios (en francés francotiradores), con los cuales y mediante el apoyo de la población, atacaba por sorpresa a las patrullas de caballería, a los destacamentos, puestos de campaña, se apoderaba de dinero del fisco, de materiales militares y víveres. Tomó prisionero al general francés Víctor, preparó la insurrección general en la retaguardia de los franceses y en sus líneas de comunicaciones, y, en general, realizó todo aquello de lo cual ahora se inculpa a los guerrilleros franceses, a quienes los prusianos aplican el mote de bandoleros y malhechores, premiando a los prisioneros inermes con «un tiro en la sien». El padre del rey prusiano actual [97] aprobó totalmente las operaciones de Schill y le concedió el ascenso. Es notorio que en 1809 ese mismo Schill, cuando en Prusia reinaba la paz y Austria combatía contra Francia, condujo a su regimiento para luchar contra Napoleón pon su cuenta y riesgo, del mismo modo que Garibaldi; fue muerto en Stralsund, y sus soldados hechos prisioneros. De acuerdo con las leyes marciales prusianas, Napoleón estaba en pleno derecho de fusilarlos a todos, pero en Wezel solo fusiló a once oficiales. El padre del actual rey prusiano, contra su voluntad, pero presionado por la opinión pública en el ejército y fuera de él, hubo de erigir un monumento en su honor sobre esas once tumbas guerrilleras.

Tan pronto como comenzaron a crearse en Prusia destacamentos de guerrilleros, los prusianos, como corresponde a un pueblo de pensadores, comenzaron a sistematizarlo y a elaborar su teoría. Teórico de los guerrilleros, gran filósofo en ese ámbito fue ni más ni menos que el conde Augusto Gneisenau, quien fue durante un tiempo mariscal de campo al servicio de su majestad el rey de Prusia. Gneisenau defendió a Kölberg en 1807; a su mando tenía a cierta parte de los guerrilleros de Schill; en la defensa le prestó gran apoyo la población local, que no podía aspirar al título de guardia nacional, móvil o local, y que por ese motivo, acorde con los últimos conceptos prusianos, merecía ser «fusilada en el acto». Pero los inmensos recursos que extrae el país conquistado de la enérgica resistencia popular causaron una impresión tan grande en Gneisenau, que durante varios años estudió cómo organizar mejor esa resistencia. La guerra de guerrillas en España, las insurrecciones de los campesinos rusos en el camino de retirada de los franceses de Moscú, le proporcionaron nuevos ejemplos, y en 1813 pudo comenzar a aplicar su teoría en la práctica.

Ya en agosto de 1811 Gneisenau elaboró el plan para preparar la insurrección popular. Las milicias debían ser organizadas sin uniforme, salvo el gorro militar (en francés *képi*), el cinturón blanquinegro y quizás un capote militar; es decir, casi el mismo uniforme que ahora usan los guerrilleros franceses. «Al aparecer fuerzas superiores del enemigo, las armas, el *képi* y los cinturones deben esconderse, y los milicianos se convierten en simples habitantes del país». Esto es precisamente lo que los prusianos consideran ahora un crimen, que castigan con una bala o con la cuerda. Estas tropas milicianas deben hostigar al enemigo, cortar sus comunicaciones, apoderarse de sus convoyes

con provisiones o destruirlos, evitar combates serios y marcharse al bosque o al pantano en cuanto aparece una masa de tropas regulares. «El clero de todos los rangos debe recibir la orden de predicar la insurrección en cuanto comience la guerra, describir en los términos más sombríos el cuadro de la subyugación que implantan los franceses, recordar al pueblo de los hebreos en los tiempos de los macabeos y exhortarlo a seguir su ejemplo [...] Cada sacerdote debe hacer prestar juramento a sus fieles, para que no entreguen víveres al enemigo, ni armas, etc., hasta que no los obliguen a ello por la fuerza», es decir, que en realidad los sacerdotes alemanes debían predicar la misma cruzada que el obispo de Orleáns ordenó a los suyos predicar, y por cuyo motivo muchos sacerdotes franceses están ahora esperando el juicio.

Quien tenga en sus manos el segundo tomo del libro del profesor Pertz *La vida de Gneisenau* verá en la primera página una cita del fragmento mencionado más arriba como facsímil de Gneisenau. A su lado, en el margen, esta acotación de puño y letra del rey Federico Guillermo: «Cuando un solo sacerdote sea fusilado, todo esto terminará». Es evidente que el rey no confiaba mucho en el heroísmo de su clero. Lo cual no le impidió dar su sanción especial a los planes de Gneisenau; tampoco impidió que al cabo de varios años, cuando esos mismos hombres que expulsaron a los franceses fueron arrestados y perseguidos como «demagogos», uno de los ilustrados cazadores de demagogos de aquella época, en cuyas manos cayó el original de ese documento, entablara un juicio contra el autor desconocido, ¡acusándolo de que incitaba al pueblo a fusilar al clero!

Hasta 1813 inclusive, Gneisenau preparaba no solo el ejército regular, sino también la insurrección popular como medio para derrocar el yugo francés. Cuando por fin comenzó la guerra, no se hicieron esperar las insurrecciones, la resistencia campesina y los pronunciamientos de guerrilleros. En la localidad entre Weser y el Elba la insurrección armada comenzó en abril; poco más tarde se desencadenó la insurrección armada junto a Magdeburgo; Gneisenau escribió una carta, publicada por Pertz, a sus amigos en Franconia, llamando a organizar la insurrección a lo largo de la línea de comunicaciones del adversario. Entonces apareció, por fin, el reconocimiento oficial de esa guerra popular: la ley del *Landsturm* del 21 abril de 1813 (publicada solo en julio), de acuerdo con la cual se llamaba a cada hombre físicamente sano, no incorporado a las filas de las tropas de líneas o del *Landwehr*, a ingresar en su batallón del *Landsturm*, a fin de prepararse para la lucha sagrada de la autodefensa, en la que todos los medios se justifican. El *Landstrum* debe hostigar al enemigo, tanto durante su avance en el repliegue, tenerlo en permanente estado de alarma, atacar sus convoyes de municiones y víveres, a sus mensajeros, reclutas y hospitales, atacarlo por sorpresa de noche, eliminar a los soldados retrasados y a los pequeños destacamentos, paralizar al adversario y lograr que todos sus movimientos sean inseguros; por otra parte, el *Landsturm* tiene la obligación de ayudar al ejército prusiano, custodiar los traslados de dinero, provisiones, municiones, prisioneros, etc. Esta ley puede en realidad ser considerada una verdadera guía del guerrillero, y como es obra de un experto

estratega, es tan aplicable en la actualidad en Francia como en su tiempo lo fue en Alemania.

Por suerte para Napoleón I, esa ley apenas se cumplía. El rey estaba asustado de su propia obra. No correspondía en absoluto al espíritu prusiano permitir que el propio pueblo combatiese al margen de las órdenes reales. Gneisenau se enfureció, pero al final tuvo que arreglárselas sin el *Landsturm*. Si viviera ahora, teniendo a sus espaldas la experiencia de Prusia, vería probablemente en los guerrilleros franceses la realización de su hermoso ideal de la resistencia popular, si no plena, al menos aproximada. Porque Gneisenau era, además, un hombre genial.

Escrito por F. Engels en inglés, el 8 de diciembre de 1870.
Publicado por primera vez en *Pall Mall Gazette*, el 9 de diciembre de 1870.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II.

ARTÍCULOS SOBRE ASUNTOS MILITARES (DÉCADAS 70 AL 90 DEL SIGLO XIX)

MOLTKE, GRITÓN RETICENTE DEL ESTADO MAYOR, Y SU RECIENTE CORRESPONSAL EN LEIPZIG

El patriotismo fanfarrón de cierto burgués cebado de Leipzig fue, por lo visto, afectado desagradablemente en lo más vivo por el hecho de que los franceses, hasta Metz, no hubieran perdido cañones; en cambio, esas pérdidas las tuvieron los alemanes. Poseído de un febril estado cañonero, pide explicaciones al pregonado semidiós Moltke, que en respuesta inserta en *Leipziger Tageblatt* una de sus divertidas sentencias de oráculo, cuyo sentido es tal, que aunque algunos generales franceses, durante el proceso de Bazaine [98] dieron datos inexactos sobre la captura de cañones por una y otra parte, debe no obstante reconocerse que los alemanes lograron el 16 de agosto apoderarse solo de un cañón de los franceses, y estos se apoderaron el 18 de dos cañones alemanes. Con ello ya se decía bastante. Pero el taciturno Moltke tuvo además que pronunciar una conferencia, no podía dejar de hacerlo. Así, pues, les cuenta a los venerables imbéciles que, de acuerdo con la «táctica moderna», la artillería debe combatir en las primeras filas; he ahí por qué los alemanes perdieron dos cañones. De sus palabras se desprende que si los franceses hubiesen rendido pleitesía a esa su «táctica moderna», habrían perdido muchos más cañones y hubiesen merecido su alabanza; porque, según sus propias palabras, la infantería austríaca, apoyada por la artillería en la línea más avanzada del frente, perdió «con la mayor honra» 160 cañones. La artillería austríaca, como él mismo sentencia, maniobró así porque la infantería austríaca estaba retrasada en su armamento respecto de la alemana. Y como los Chassepot franceses superaban a los fusiles prusianos con ignición por aguja, ello sirvió de fundamento para que la artillería *alemana* convirtiera la necesidad en virtud, así como lo había hecho la artillería austríaca en Königgrätz; pero la artillería francesa no tenía necesidad alguna de permitir que la enemiga, superior por su construcción rayada y movilidad, disparara sobre ella *inútil-*

mente. Para Moltke, naturalmente, debe representar una gran incomodidad la circunstancia de que en tres días, el 14, 16 y 18 de agosto de 1870, fueran muertos y heridos 40 000 alemanes, pese a que la artillería francesa era mandada, a su juicio, de un modo tan insensato, que aun ahora declara: «‹Puede quedar abierta la cuestión de si en esas condiciones la falta de pérdidas o la pérdida de un solo cañón evidencia la maestría de la artillería francesa o su estoicismo en el combate».

Pero no crean —aunque los pueda inducir a ello la carta poco elocuente de Moltke—, que la artillería francesa procedía en aquellos días de un modo inadecuado, aunque sea comparándola con la alemana. Nos expresaremos galantemente con los términos de Moltke: «no corresponde en modo alguno a la realidad» el afirmar, como lo hace él valientemente, que la artillería francesa «era en su mayor parte un enemigo fácil de eliminar». Si a alguien le interesa conocer más detalles, puede leer el libro *Die deutsche Artillerie in den Schlachten bei Metz* («La artillería alemana en los combates de Metz»), de Hoffbauer, capitán y jefe de batería del 1º regimiento de artillería prusiana oriental, profesor de la escuela unificada de artillería e ingeniería, Berlín, 1872, Mittler e hijo. ¡El libro, por lo tanto, es oficioso! Moltke sabe que quien plantea preguntas tan tontas como nuestro burgués de Leipzig, no lee o no entiende esos libros, y los que lean con conocimiento de causa, según cálculos de Moltke, «se callarán la boca».

Las peroraciones de Moltke sobre el «nuevo» modo de emplear la artillería no valen ni el papel en que fueron escritas. No solo las pérdidas de la artillería y de caballos, sino también los gastos de municiones son en esos casos tan inmensos, que en un plazo breve es imposible resarcirlas con hombres, caballos y obuses. Además, como resultado de la «nueva táctica» de Moltke, la artillería alemana, para gloria de la ciencia, fusila a sus propios compatriotas con mucha mayor frecuencia de la que sería de desear. Esto ocurrió el 14, 16 y 18 de agosto de 1870. La «nueva táctica» provocó una descarga de artillería tan científicamente enredada, que hubo que enviar contraórdenes para interrumpir esa traidora demencia: el fuego contra las tropas alemanas (ver en Hoffbauer).

Por de pronto, como dice el mismo capitán Hoffbauer, caballero de la orden de la cruz de hierro de *primer* grado e indudable devoto de sus jefes, las operaciones de la artillería alemana en aquellos días revestían un «carácter improvisado». Moltke se apresura a decir que se trata de cumplir las «exigencias de la táctica moderna», la cual «aconseja que la artillería no se atreva a temer [este es el estilo de Moltke] introducirse en las líneas más avanzadas de las tropas beligerantes o que, al defenderse de un ataque del enemigo, resista hasta el último instante y defienda a las otras armas». Pero semejantes exigencias ya se habían planteado a la artillería mucho antes de Moltke. Nada se puede establecer con exactitud en cuanto a la «táctica moderna». Hasta 1815 no se había escrito al respecto nada digno de atención; desde 1815 la artillería alemana comenzó a descomponerse por la inactividad, y sus oficiales no se dedicaban a otra cosa que a reñir unos con otros. Desde 1866 los prusianos *suponían* que habían asimilado la gran sabiduría del cañón, porque casual-

mente resultaron ser dueños de un cañón mejor que el de algunos vecinos. Durante la guerra francesa solo comenzaron a probar a tientas una táctica para su artillería, que, como es evidente para las personas más sencillas, debe modificarse junto con cada perfeccionamiento notable de las armas.

Solo la filantropía puede inducir a dedicarse a ridiculizar y cubrir de oprobio las sentencias de oráculo de Moltke y sus lacayos, tan ingenuas como propias de un anciano presuntuoso, con las que tienen el descaro de pronunciarse en libros, diarios, discursos y cartas.

Escrito por F. Engels en alemán, el 13 de marzo de 1874.
Publicado por primera vez en el diario *Der Volksstaat* el 25 de marzo de 1874.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XV.

DE LA INTRODUCCIÓN AL FOLLETO DE BORKHEIM «EN MEMORIA DE LOS FURIBUNDOS PATRIOTAS DE 1806-1807»

...Los «patriotas fanfarrones» aparecieron en *Volksstaat* inmediatamente después de la guerra franco-prusiana, y poco más tarde, en una copia aparte. Resultaron ser un excelente contraveneno para la embriaguez superpatriótica de la victoria, en que había caído y continúa estando la Alemania oficial y burguesa. En efecto, no hubo medio mejor para desemborracharse que recordar aquellos tiempos en que Prusia, elevada ahora hasta los cielos, fue demolida en medio del mayor oprobio por la ofensiva de los mismos franceses a quienes ahora desprecia por ser los vencidos. Y ese medio debía haber surtido tanto mayor efecto, cuanto que fue posible reproducir los relatos sobre esos hechos fatales de un libro en el que un general prusiano, antiguo director de la escuela militar, reflejó esa época vergonzosa mediante documentos oficiales prusianos, y es preciso reconocer que con toda objetividad y sin retoque alguno. Un gran ejército, como cualquier otra organización social poderosa, después de una gran derrota no puede hacer nada mejor que examinarse por dentro y confesar sus errores anteriores. En esta situación se encontraron los prusianos después de Jena, y aun después de 1850. En ese período, por cierto, no sufrieron grandes derrotas, pero sin embargo se hizo evidente —tanto para ellos como para todo el mundo— su absoluta insignificancia militar en toda una serie de pequeñas campañas en Dinamarca y Alemania del sur, así como durante la primera gran movilización de 1850, cuando lograron evitar una auténtica derrota al precio de la vergüenza política de Olmütz y Varsoria [99]. Se vieron obligados a someter a una despiadada crítica su pasado, para aprender a corregir sus errores. Su literatura militar, que en la persona de Clausewitz creó una estrella de primera magnitud, descendió en gran medida de nivel

desde entonces, y volvió a elevarlo solo gracias a la necesidad de poner a prueba sus fuerzas. Uno de los frutos de este autocontrol fue el libro de Höpfner [100], del que Borkheim extrae material para su folleto.

Aun ahora es preciso recordar permanentemente esa época de vanidad y derrotas, de incapacidad de la realeza, de la torne astucia de los diplomáticos prusianos, enredados en su propia hipocresía; la jactancia de los oficiales nobles, que revelaron la traición más pusilánime; recordar la época del derrumbe total del régimen estatal, absolutamente ajeno al pueblo, basado en la falsedad y el engaño. Los alemanes limitados (entre los que también se incluyen los nobles y los príncipes), aun ahora, cuando se da el caso, manifiestan mayor jactancia y chovinismo del que revelaron en aquella época; la diplomacia se comporta con mucho mayor descaro, pero ha conservado su antigua hipocresía; por medios naturales y artificiales, los oficiales de la nobleza han crecido considerablemente en número, para ocupar otra vez su antigua posición predominante en el ejército, y el Estado se vuelve cada vez más ajeno a los intereses de las amplias capas populares y se convierte en un consorcio de agrarios, bolsistas y grandes industriales para la explotación del pueblo. Claro que si las cosas llegan otra vez a una guerra, el ejército prusiano-alemán, por el solo hecho de servir de ejemplo de organización para todos los demás, tendrá grandes ventajas ante sus enemigos y aliados. Pero jamás gozará de las ventajas de que disfrutó en las dos últimas guerras. Por ejemplo, es dudoso que vuelva a repetirse en la misma forma la unidad del mando supremo, que tuvo lugar entonces gracias a felices circunstancias especiales, y la correspondiente subordinación incondicional de la oficialidad subalterna. El nepotismo que reina actualmente en las relaciones de negocios entre la nobleza agraria y la militar —inclusive hasta los ayudantes imperiales— y los corredores de la bolsa, puede fácilmente resultar fatal para el abastecimiento del ejército en el teatro de operaciones. Alemania tendrá aliados, pero estos la traicionarán en la primera ocasión propicia. Y, por último, para Prusia-Alemania no hay posibilidad de hacer otra guerra que no sea la mundial. Y sería una guerra mundial de magnitud desconocida hasta ahora, de una potencia inusitada. De ocho a diez millones de soldados se aniquilarán mutuamente y, además, se engullirán toda Europa, dejándola tan devastada, como jamás lo habían hecho las nubes de langosta. La devastación producida por la guerra de los Treinta Años condensada en tres o cuatro años y extendida a todo el continente; el hambre, las epidemias, el embrutecimiento de las tropas y también de las masas populares, provocados por la aguda necesidad, el desquiciamiento insalvable de nuestro mecanismo artificial en el comercio, la industria y el crédito; todo esto termina con la bancarrota general; el derrumbe de los viejos Estados y de su sabiduría estatal rutinaria —una quiebra de tal magnitud, que las coronas estarán tiradas a docenas por el pavimento y no se encontrará a nadie que las levante—; una imposibilidad absoluta de prever cómo terminará todo esto y quién saldrá vencedor de la lucha. Solo un resultado no deja lugar a dudas: el agotamiento total y la creación de las condiciones para la victoria definitiva de la clase obrera.

Esta es la perspectiva, si el sistema de competencia en los armamentos bélicos, llevado a su extremo, produce por último los frutos inevitables. Mirad, señores reyes y hombres de Estado, hasta dónde ha llevado vuestra sabiduría a la vieja Europa. Y si no os queda otra cosa que iniciar el último gran baile militar, no nos echaremos a llorar. Que la guerra nos lance por cierto tiempo a una etapa ya pasada, que nos quite algunas de las posiciones ya conquistadas. Pero si desencadenáis las fuerzas que no podréis después dominar, cualquiera sea la forma que adopten los acontecimientos, al final de la tragedia quedaréis convertidos en una ruina, y la victoria del proletariado ya habrá sido conquistada o, de todos modos, será inevitable [101].

Escrito por F. Engels en alemán, el 15 de diciembre de 1887.
Publicado por primera vez en el folleto de Segismundo Borkheim *Zur erinnerung für die deutschen Mordspatrioten 1806-1807*. Göttinberg-Zurich, 1888.
Marx y Engels contra la reacción en Alemania, 1944.

CON MOTIVO DEL 20° ANIVERSARIO DE LA COMUNA DE PARÍS (Carta a la Redacción del diario *Le Socialiste*)

Ciudadanas y ciudadanos:

Hace exactamente veinte años el París obrero se alzó como un solo hombre contra el criminal atentado de los burgueses y los rurales [*des ruraux*] [102] dirigidos por Thiers. Estos enemigos del proletariado temblaban de espanto al ver a los obreros parisienses armados y organizados para defender sus intereses. Thiers trató de sustraerles las armas que habían utilizado con tanta gloria contra la invasión extranjera, y que más tarde volvieron con mayor gloria aun contra el ataque de los mercenarios de Versalles. Para doblegar al París insurrecto, los rurales y la burguesía imploraron la ayuda de los prusianos, que se la concedieron. Después de una lucha heroica, París fue aplastado por las fuerzas del enemigo y desarmado.

Hace ya veinte años que los obreros de París no tienen armas. Así están las cosas en todas partes; en todos los grandes países civilizados el proletariado está privado de los medios de defensa material. Por doquier la masa de fuerzas armadas está en manos de los enemigos y explotadores de la clase obrera.

¿Pero a qué condujo esto?

A que ahora, cuando cada hombre sano pasa por las filas del ejército, ese ejército comienza a reflejar cada vez más el estado de ánimo y los pensamientos del pueblo; ese ejército, gran instrumento de opresión, se hace menos seguro de día en día. Los dirigentes de todas las grandes potencias ya prevén con horror el día en que los soldados que se encuentren bajo las armas se nie-

guen a asesinar a sus hermanos y padres. Lo hemos visto en París, cuando el tonkinés [103] se atrevió a pretender el puesto de presidente de la República Francesa; lo vemos ahora en Berlín, donde el sucesor de Bismarck [104] exige al *Reichstag* fondos para fortalecer la subordinación en el ejército con ayuda, de los suboficiales, comprados con dinero, ¡porque entre estos han aparecido demasiados socialistas!

Si ocurre algo semejante, si ya en el ejército nace la aurora, ello significa que el fin del viejo mundo no está tan lejano.

¡Que se produzca lo inevitable! ¡Que la burguesía, que ha llegado a la decadencia, rechace el poder o se extinga, y que viva el proletariado! ¡Viva la revolución social internacional!

Escrito por F. Engels en francés, el 17 de marzo de 1891.
Publicado por primera vez en el diario *Le Socialiste* el 25 de marzo de 1891.
K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XVI, p. II.

DE LA INTRODUCCIÓN AL TRABAJO DE MARX «LA LUCHA DE CLASES EN FRANCIA DE 1848 A 1850»

[...] Pues también en este terreno habían cambiado sustancialmente las condiciones de la lucha. La rebelión al viejo estilo, la lucha en las calles con barricadas, que hasta 1848 había sido la decisiva en todas partes, estaba considerablemente anticuada.

No hay que hacerse ilusiones: una victoria efectiva de la insurrección sobre las tropas en la lucha de calles, una victoria como en el combate entre dos ejércitos, es una de las mayores rarezas. Pero es verdad que también los insurrectos habían contado muy rara vez con esta victoria. Lo único que perseguían era hacer flaquear a las tropas mediante factores morales que en la lucha entre los ejércitos de dos países beligerantes no entran nunca en juego, o entran en un grado mucho menor. Si se consigue este objetivo, la tropa se niega a disparar, o los que mandan pierden la cabeza; y la insurrección vence. Si no se consigue, incluso cuando las tropas sean inferiores en número, se impone la ventaja del mejor armamento y de la instrucción, de la unidad de dirección, del empleo de las fuerzas con arreglo a un plan y de la disciplina. Lo más a que puede llegar la insurrección en una acción verdaderamente táctica es a levantar y defender una sola barricada con sujeción a todas las reglas del arte. Apoyo mutuo, organización y empleo de las reservas, en una palabra, la cooperación y la trabazón de los distintos destacamentos, indispensables ya para la defensa de un barrio y no digamos de una gran ciudad, solo se pueden conseguir de un modo muy defectuoso y, en la mayoría de los casos, no se

pueden conseguir de modo alguno. De la concentración de las fuerzas sobre un punto decisivo, no cabe ni hablar. Así, la defensa pasiva es la forma predominante de lucha; la ofensiva se producirá a duras penas, aquí o allá, siempre excepcionalmente, en salidas y ataques de flanco esporádicos, pero, por regla general, se limitará a la ocupación de las posiciones abandonadas por las tropas en retirada. A esto hay que añadir que las tropas disponen de artillería y de fuerzas de ingenieros bien equipadas e instruidas, medios de lucha de que los insurgentes carecen por completo casi siempre. Por eso no hay que maravillarse de que hasta las luchas de barricadas libradas con el mayor heroísmo —las de París en junio de 1848, las de Viena en octubre del mismo año y las de Dresde en mayo de 1849—, terminasen con la derrota de la insurrección, tan pronto como los jefes atacantes, a quienes no frenaba ningún miramiento político, obraron ateniéndose a puntos de vista puramente militares y los soldados les permanecieron fieles.

Los numerosos éxitos conseguidos por los insurrectos hasta 1848 se deben a múltiples causas. En París, en julio de 1830 y en febrero de 1848, como en la mayoría de las luchas callejeras en España, entre los insurrectos y las tropas se interponía una guardia cívica que, o se ponía directamente al lado de la insurrección o bien, con su actitud tibia e indecisa, hacía vacilar asimismo a las tropas y, por añadidura, suministraba armas a la insurrección. Allí donde esta guardia cívica se colocaba desde el primer momento frente a la insurrección, como ocurrió en París en junio de 1848, esta era vencida. En Berlín, en 1848, venció el pueblo, en parte por los considerables refuerzos recibidos durante la noche del 18 y la mañana del 19, en parte a causa del agotamiento de las tropas y, en parte, finalmente, por la acción paralizadora de las órdenes del mando. Pero en todos los casos se alcanzó la victoria porque no respondieron las tropas, porque al mando le faltó decisión o porque se encontró con las manos atadas.

Por tanto, hasta en la época clásica de las luchas callejeras la barricada tenía más eficacia moral que material. Era un medio para quebrantar la firmeza de las tropas. Si se sostenía hasta la consecución de este objetivo, se alcanzaba la victoria; si no, venía la derrota. Este es el aspecto principal de la cuestión y no hay que perderlo de vista tampoco cuando se investiguen las posibilidades de las luchas callejeras que se puedan presentar en el futuro.

Por lo demás, las posibilidades eran ya en 1849 bastante escasas. La burguesía se había colocado en todas partes al lado de los gobiernos, «la cultura y la propiedad» saludaban y obsequiaban a las tropas enviadas contra las insurrecciones. La barricada había perdido su encanto; el soldado ya no veía detrás de ella al «pueblo», sino a rebeldes, a agitadores, a saqueadores, a partidarios del reparto, a la hez de la sociedad; con el tiempo, el oficial se había ido entrenando en las formas tácticas de la lucha de calles: ya no se lanzaba de frente y a pecho descubierto hacia el parapeto improvisado, sino que lo flanqueaba a través de huertas, de patios y de casas. Y, con alguna pericia, esto se conseguía ahora en el noventa por ciento de los casos.

Además, desde entonces, han cambiado muchísimas cosas, y todas a favor de las tropas. Si las grandes ciudades han crecido considerablemente, todavía

han crecido más los ejércitos. París y Berlín no se han cuadruplicado desde 1848, pero sus guarniciones se han elevado a más del cuádruplo. Por medio de los ferrocarriles, estas guarniciones pueden duplicarse y más que duplicarse en 24 horas, y en 48 horas convertirse en ejércitos formidables. El armamento de estas tropas, tan enormemente acrecentadas, es hoy incomparablemente más eficaz. En 1848 llevaban el fusil liso de percusión y antecarga; hoy llevan el fusil de repetición, de retrocarga y pequeño calibre, que tiene cuatro veces más alcance, diez veces más precisión y diez veces más rapidez de tiro que aquel. Entonces la artillería disponía de granadas macizas, proyectiles y metralla de efecto relativamente débil; hoy, de las granadas explosivas, una de las cuales basta para hacer añicos la mejor barricada. Entonces se empleaba la piqueta de los zapadores para romper las medianerías, hoy se emplean los cartuchos de dinamita.

En cambio, del lado de los insurrectos todas las condiciones han empeorado. Una insurrección con la que simpaticen todas las capas del pueblo se da ya difícilmente; en la lucha de clases, probablemente ya nunca se agruparán las capas medias en tomo del proletariado de un modo tan exclusivo, que el partido de la reacción que se congrega en torno de la burguesía constituya, en comparación con aquellas, una minoría insignificante. El «pueblo» aparecerá pues, siempre dividido, con lo cual faltará una formidable palanca, que en 1848 fue de una eficacia extrema. Y cuantos más soldados licenciados se unan a los insurgentes, más difícil se hará el equiparlos de armamentos. Las escopetas de caza y las carabinas de lujo de las armerías —aun suponiendo que, por orden de la policía, no se inutilicen de antemano, quitándoles una pieza del cerrojo— no se pueden comparar ni remotamente, incluso para la lucha desde cerca, con el fusil de repetición del soldado. Hasta 1848, era posible fabricarse la munición necesaria con pólvora y plomo; hoy, cada fusil requiere un cartucho distinto y solo en un punto coinciden todos: en que son un producto complicado de la gran industria y no pueden, por consiguiente, improvisarse; por tanto, la mayoría de los fusiles son inútiles si no se tiene la munición adecuada para ellos. Finalmente, las barriadas de las grandes ciudades construidas desde 1848 fueron levantadas sobre calles largas, rectas y anchas, como de encargo para la eficacia de los nuevos cañones y fusiles. Tendría que estar loco el revolucionario que eligiese él mismo para una lucha de barricadas los nuevos distritos obreros del Norte y el Este de Berlín.

¿Quiere decir esto que en el futuro los combates callejeros no desempeñen ya papel alguno? Nada de eso. Quiere decir únicamente que, desde 1848, las condiciones se han hecho mucho más desfavorables para los combatientes civiles y mucho más ventajosas para las tropas. Por tanto, una futura lucha de calles solo podrá vencer si esta desventaja de la situación se compensa con otros factores. Por eso se producirá con menos frecuencia en los comienzos de una gran revolución, que en el trascurso ulterior de esta, y deberá emprenderse con fuerzas más considerables, y estas deberán, indudablemente, como ocurrió en toda la Gran Revolución francesa, así como el 4 de septiembre y el 31 de octubre de 1870 en París [105], preferir el ataque abierto a la táctica pasiva de barricadas [106].

¿Comprende el lector, ahora, por qué los poderes imperantes nos quieren llevar a todo trance allí donde disparan los fusiles y dan tajos los sables? ¿Por qué hoy nos acusan de cobardía cuando no nos lanzamos sin más a la calle, donde de antemano sabemos que nos aguarda la derrota? ¿Por qué nos suplican tan encarecidamente que juguemos, al fin, una vez, a ser carne de cañón?

Esos señores malgastan lamentablemente sus súplicas y sus retos. No somos tan necios como todo eso. Es como si pidieran a su enemigo en la próxima guerra que se les enfrentase en la formación de líneas del viejo Fritz [107], o en columnas de divisiones enteras a lo Wagram y Waterloo y, además, empuñando el fusil de chispa. Si han cambiado las condiciones de la guerra entre naciones, no menos han cambiado las de la lucha de clases. La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una trasformación completa de la organización social, tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida. Esto nos lo ha enseñado la historia de los últimos cincuenta años. Y para que las masas comprendan lo que hay que hacer, hace falta una labor larga y perseverante. Esta labor es precisamente la que estamos realizando ahora, y con un éxito que sume en la desesperación a nuestros adversarios.

Escrito por F. Engels en alemán, el 6 de marzo de 1895.
Publicado por primera vez (extractado) en la revista *Die Neue Zeit*, 1894-1895. B. I, H. 10.
Marx y Engels, *Obras escogidas*, ed. Cartago, Buenos Aires, 1957, págs. 81-84.

DEL LEGADO MANUSCRITO DE ENGELS

SOBRE EL EJÉRCITO PRUSIANO [108]

El *ejército prusiano*, el hambriento de todos los tiempos. Höpfner sobre el período comprendido entre 1788 y 1806. Agotamiento del tesoro fiscal bajo Federico Guillermo III. La estafa (venta de capotes en 1842 a los [regimientos] 1 y 9 de artillería). Trastos viejos en los arsenales. Federico Guillermo III es capaz de manifestar hasta amor por la paz; si es necesario, en caso de guerra, convocar cada vez a las *clases*. 1. Punto de viraje: 1848, Waldersee y el fusil de aguja. 2. Punto de viraje: la movilización de 1852 [109] y, por fin, la guerra italiana, la organización del ejército y el rechazo de la rutina.

A partir de 1864, autocrítica seria y enfoque práctico. De todos modos, una incomprensión total del carácter de la organización del ejército prusiano.

Conflicto tragicómico: el Estado prusiano *se ha visto obligado* a una guerra política en nombre de intereses que están lejos de ser los del pueblo, que jamás despertarán entusiasmo nacional; y, sin embargo, este es necesario para un ejército apropiado solo para la defensa nacional y vinculado directamente con esta ofensiva de carácter defensivo (1814 y 1870).

En este conflicto serán derrotados tanto el Estado como el ejército prusianos, lo que ocurrirá evidentemente también en la guerra contra Rusia, guerra que puede prolongarse cuatro años y que reportará a Prusia solo malestares y huesos rotos.

Escrito por F. Engels en alemán, en 1874.
Se publicó por primera vez en ruso en la recopilación *Marx y Engels contra la reacción en Alemania*, 1944.
Archivo de Marx y Engels, t. X, 1948.

ÍNDICE DE NOMBRES

A

Aster, Ernest Ludwig (1778-1855). General prusiano, ingeniero militar, autor de varios libros sobre fortificaciones.

Auerswald, Rudolf von (1795-1866). Estadista prusiano, liberal, primer ministro y ministro de Relaciones Exteriores de junio a septiembre de 1848.

B

Bakunin, Mijaíl (1814-1876). Uno de los ideólogos del anarquismo; enemigo del marxismo; llevó a cabo una lucha encarnizada contra el Consejo General de la I Internacional, dirigido por Marx; en el Congreso de La Haya de la I Internacional (1872) fue excluido.

Bassermann, Friedrich Daniel (1811-1855). Político de Baden, liberal moderado, diputado de la Asamblea Nacional de Fráncfort de 1848 a 1849.

Bataille, Henri Jules (1815-1882). General francés, participó en la guerra franco-prusiana de 1870- 1871.

Bazaine, François, Achille (1811-1888). Mariscal francés, bonapartista, participó en la guerra de Crimea (1853-1856), en la guerra italiana de 1859, en la aventura colonial de Francia en México de 1867 y en la guerra franco-prusiana de 1870-1871.

Beauregard, Pierre Gustave (1818- 1893). General norteamericano, comandante en jefe de las fuerzas armadas de los Estados esclavistas del Sur (1861-1862) en la guerra de Secesión de Estados Unidos.

Bébutov, Basili Ósipovich, príncipe (1791-1858). General ruso; durante la guerra de Crimea de 1853-1856 mandó un cuerpo del ejército en el Cáucaso.

Benedek, Ludwig August (1804-1881). General austríaco, participó en la guerra italiana de 1859, comandante en jefe del ejército austríaco durante la guerra austro-prusiana de 1866.

Birney, David Bell (1825-1864). General norteamericano, participó en la guerra civil de Estados Unidos de 1861 a 1865 junto a los Estados del Norte.

Bismarck, Otto von (1815-1898). Estadista prusiano, monárquico extremo, primer canciller del Imperio alemán (1871-1890).

Bixio, Nino (1821-1873). General italiano, participó en las expediciones de Garibaldi en Sicilia y Calabria en 1860.

Blücher, Gebhard Leberecht, príncipe de Waldstadt (1742-1819). Mariscal de campo prusiano, participante de las guerras contra Napoleón I.

Bodenstedt, Friedrich von (1819-1892).Escritor alemán, autor de descripciones del Cáucaso y de Asia Menor.

Bonaparte (véase Napoleón III).

Bonaparte, Jerôme (junior). (véase Napoleón, príncipe).

Bonaparte, José (1768-1844). Hermano mayor de Napoleón I; rey de Nápoles y España de 1808 a 1813.

Borkheim, Segismundo Ludwig (1826-1886). Demócrata alemán, publicista, participante de la revolución de 1848- 1849 en Alemania; más tarde emigró a Suiza y a Inglaterra.

Bosco. General napolitano, partícipe de las acciones bélicas de las tropas contrarrevolucionarias contra el movimiento italiano de liberación nacional del siglo XIX.

Bosquet, Pierre François Joseph (1810-1861). General francés, mariscal de Francia, participó en la guerra de Crimea de 1853-1856.

Brentano, Lorenz Peter (1813- 1891). Político de Baden, liberal, durante la revolución de 1848-1849 en Alemania fue miembro de la Asamblea Nacional de Fráncfort; en mayo de 1849, jefe de gobierno provisional de Baden.

Briganti. General napolitano; participó en las acciones militares de los ejércitos contrarrevolucionarios contra el movimiento italiano de liberación nacional del siglo XIX.

Buchanan, James (1791-1868). Presidente de EE.UU. de 1857 a 1860; realizó una política en favor de los intereses de los esclavistas de los Estados del Sur.

Buell, don Carlos (1818-1898). General norteamericano, participó en la guerra civil de EE.UU. de 1861-1865, junto a los nordistas.

C

Camphausen, Ludolf (1803-1890). Uno de los líderes de la burguesía liberal renana; ministro-presidente de Prusia en marzo-junio de 1848.

Canning Stratford, vizconde Stratford de Radcliffe (1786-1880). Diplomático inglés, embajador en Constantinopla (1841-1858), uno de los inspiradores de la política agresiva de Inglaterra en el Cercano Oriente.

Canrobert, François (1809-1895). Mariscal francés, bonapartista, comandante en jefe de los ejércitos franceses en la guerra de Crimea de 1853-1856 (desde el otoño de 1854 hasta la primavera de 1855); participó en la guerra italiana de 1859 y franco-prusiana de 1870-1871.

Caprivi, Leo (1831-1899). Político reaccionario alemán, canciller del Imperio de 1890 a 1894.

Carlos (1771-1847). Archiduque austríaco, comandante en jefe del ejército austríaco en las guerras contra la Francia napoleónica.

Catón, Marco Porcio (95-46 a. n. e.) Estadista romano.

Cavaignac, Louis Eugéne (1802-1857). General francés; se destacó por su crueldad en las guerras coloniales en África; en junio de 1848 aplastó sangrientamente el levantamiento del proletariado de París.

Chassepot, Antoine Alphonse (1833- 1886). Obrero francés, inventor del fusil que lleva su nombre.

Chernishev, Alexander, príncipe (1786-1857). Estadista, diplomático y general ruso; participó en la guerra contra Napoleón I; ministro de Guerra de 1832 a 1852.

Cialdini, Enrico (1813-1892). General italiano, participó en la guerra de Crimea de 1853-1856, en la italiana de 1859 y en la guerra contra Austria en 1866.

Clam-Gallas, Eduard (1805-1891). General austríaco, participó en la campaña italiana de 1848-1849, en la guerra italiana de 1859 y en la austro-prusiana de 1866.

Clausewitz, Karl von (1780-1831). General prusiano, teórico militar, filósofo idealista.

Colomb, Friedrich August (1775-1854). General prusiano, participó en el movimiento de guerrillas contra el ejército de Napoleón y en las campañas militares de 1813-1814 contra la Francia napoleónica.

Gosenz, Enrico (1820-1898). General italiano, participó en la campaña de Garibaldi de 1860.

Cristina (1806-1878). Reina de España de 1833 a 1840.

Cucciari, Domenico (1806-1900). General italiano, participó en la guerra italiana de 1859 y en la austro-italiana de 1866.

Curgon. Viajero inglés en el Cáucaso.

Cutcart, George (1794-1854). General inglés, participó en la guerra de Crimea de 1853-1856.

D

Damesme, Leonard Adolphe Marie Deodat (1807-1848). General francés, jefe de las guardias móviles, participó en la represión del levantamiento de junio de 1848.

Danton, Georges Jacques (1759- 1794). Uno de los más destacados dirigentes de la Revolución francesa, líder del ala derecha de los jacobinos.

Davis, Jefferson (1808-1889). Político reaccionario norteamericano, presidente de la Confederación de los Estados esclavistas sureños de 1861 a 1865.

Décant, Claude Théodore (1811- 1870). General francés, participó en la guerra de Crimea de 1853-1856, en la italiana de 1859 y en la franco-prusiana de 1870-1871.

De Flotte, Paul Louis François (1817-1860). Político francés; partidario de Fourier; actuó en el movimiento italiano de liberación nacional y en la campaña de Garibaldi de 1860.

Della Rocca (véase Morozzo della Rocca, Enrico).

Denn. Participante de la campaña de Garibaldi de 1860.

Douay, Félix (1817-1879). General francés, bonapartista.

Ducros, Auguste (1817-1882). General francés, participó en la guerra franco-prusiana de 1870- 1871.

Dühring, Eugen (1833-1921). Filósofo alemán pequeñoburgués, ecléctico y vulgar, representante del socialismo «igualitario», reaccionario.

Dundas, James Wheatley (1785-1862). Almirante inglés, comandante en jefe de la flota inglesa de 1854 a 1856 durante la guerra de Crimea.

Dupanloup, Félix Antoine (1802-1878). Obispo de Orleans.

Durando, Giovanni (1804-1869). General italiano, participó en la guerra italiana de liberación nacional de 1848; en la italiana de 1859 y en la guerra contra Austria en 1866.

Duvivier, Franciade Fleurus (1794-1848). General francés, escritor militar, comandante de la guardia móvil, participó en la represión del levantamiento de junio de los obreros de París en 1848.

E

Eber. General italiano, participó en la expedición napolitana de Garibaldi en 1860.

Edelsheim, Gyulai Leopold Wilhelm, barón (1826-1898). General austríaco, participó en la guerra austro-prusiana de 1866.

Enrique LXXII Reiss-Lobenstein (1797-1853). Jefe de uno de los principados alemanes miniatura.

Ernest (1824-1899). Archiduque austríaco, participó en la guerra austro-prusiana de 1866.

Eugenio de Saboya (1663-1736). Jefe militar y diplomático austríaco.

F

Faillie, Pierre Louis Charles de (1810-1892). General francés, bonapartista, participó en la guerra franco-prusiana de 1870-1871.

Federico II (1712-1786). Rey de Prusia de 1740 a 1786.

Federico Carlos (1828-1885). Príncipe de Prusia, general-mariscal de campo: participó en la guerra austro-prusiana de 1866 y en la franco-prusiana de 1870-1871.

Federico Francisco II (1823-1883). Duque de Mecklenburgo.

Federico Guillermo (1831-1888). Kronprinz de Prusia, participó en la guerra austro-prusiana de 1866 y en la franco-prusiana de 1870- 1871; rey de Prusia y emperador de Alemania bajo el nombre de Federico III, desde el 9-3-1888 hasta el 15-6-1888,

Federico Guillermo III (1770-1840). Rey de Prusia de 1797 a 1840.

Federico Guillermo IV (1796-1861). Rey de Prusia de 1840 a 1861.

Fernando II (1810-1859). Rey de ambas Sicilias de 1830 a 1859; reprimió con crueldad el movimiento revolucionario de 1848-1849; sometió a bárbaro bombardeo las ciudades de Palermo y Messina, por lo que recibió el apodo de «rey-Bomba».

Ferry, Jules (1832-1893). Político francés, republicano burgués, primer ministro de 1880 a 1881, de 1833 a 1885.

Fliess. General prusiano; participó en la guerra austro-prusiana de 1866.

Flores. General napolitano.

Flotte (véase De Flotte).

Floyd, John Buchanan (1805-1863). Político norteamericano, participó en la guerra civil de EE.UU. de 1861-1865 de parte de los Estados esclavistas del Sur.

Frossard, Charles (1807-1875). General francés, participó en la guerra franco-prusiana de 1870- 1871.

G

Gablenz, Ludwig (1814-1874). General austríaco, participó en la guerra austro-prusiana de 1866.

Garibaldi, Giuseppe (1807-1882). Demócrata revolucionario italiano, destacado general, jefe del movimiento de liberación nacional de Italia en el período de la lucha por su reunificación.

Gneisenau, August Wilhelm Antón, conde de (1760-1831). Mariscal de campo y político prusiano, monárquico, partidario de reformas moderadas, participó en las guerras contra la Francia napoleónica.

Grammont, Antoine Alfred (1819-1880). Estadista francés, ministro de Relaciones Exteriores de mayo a agosto de 1870.

Grant Simpson, Ulysses (1822-1885). General y político norteamericano, comandante en jefe de las fuerzas armadas del Norte de 1864 a 1865, durante la guerra de Secesión. Presidente de EE.UU. de 1869 a 1877.

Gribeauval, Jean Baptiste (1715- 1789). General de artillería francés, desempeñó un gran papel en la reorganización de la artillería francesa.

Guillermo I (1797-1888). Rey de Prusia de 1861 a 1888 y emperador de Alemania de 1871 a 1888.

H

Halleck, Henry Wedger (1815- 1872). General norteamericano, comandante en jefe de los ejércitos de los Estados del Norte (1862-1864) durante la guerra de Secesión.

Hampden, John (1594-1643). Destacado activista de la revolución burguesa inglesa de mediados del siglo XVII, jefe de la oposición parlamentaria al gobierno del rey.

Heinzelman, Samuel Peter (1805- 1880). General norteamericano, participó en la guerra de Secesión de 1861-1865 de parte de los nordistas.

Herbardt von Bittenfeld, Karl Eberhard (1796-1884). General-mariscal de campo prusiano, participó en la guerra austro-prusiana de 1866.

Hessen-Darmstadt, Alejandro, príncipe (1823-1888). Mariscal de campo austríaco, participó en la guerra italiana de 1859 y en la franco-prusiana de 1866.

Hoffbauer, Ernst (1836-1905). General de artillería prusiano, escritor de temas militares: autor de trabajos sobre artillería.

Höpfner, Eduard (1797-1858). General prusiano, escritor de temas militares.

J

Jameson, Charles Davis (1827-1862). General norteamericano, participó en la guerra civil de EE.UU. de 1861-1865 en el bando de los Estados del Norte.

Jeannereau, Claude Charles (n. 1832). Oficial francés, publicista, corresponsal de guerra del Temps durante la guerra franco-prusiana de 1870-1871.

K

Kearny, Philipp (1815-1862). General norteamericano, participó en la guerra de Secesión de parte de los Estados del Norte.

Kersausie, Joaquín René Théophile (1798-1874). Oficial francés, revolucionario; en la década del 30 fue miembro de la sociedad clandestina «Por los Derechos del Hombre»; autor del plan militar del levantamiento de junio de 1848 en París.

Kmety, Georg (1810-1865). General húngaro, participó en la revolución húngara de 1848-1849, después de cuya represión pasó a servir en el ejército turco.

Kórsakov (ver Rimski-Kórsakov).

Kotze, Friedrich (más exactamente, Gotze) (1739-1799). Mariscal de campo austríaco, participó en la guerra contra Francia.

Kronprinz (véase Federico Guillermo).

L

Ladmireau, Louis René Paúl (1808-1898).General y estadista francés, participó en la guerra italiana de 1859 y en la franco-prusiana de 1870-1871; uno de los verdugos de la Comuna de París de 1871.

Lamarque, Maximilien (1770-1832). General francés, político liberal; su entierro fue aprovechado por los republicanos burgueses y pequeñoburgueses para la acción del 5 y 6 de junio de 1832 contra la monarquía de julio.

Lamoricière, Cristophe Louis Leon (1806-1865). General y político francés, republicano burgués; ministro de Guerra en 1842; participó en la represión del movimiento del proletariado de París en junio de 1848.

Landi. General napolitano, participó en las acciones bélicas contrarrevolucionarias contra el movimiento de liberación nacional italiano del siglo XIX.

La Rochejaquelin, Henri Auguste Georges du Vergier (1805-1867). Monárquico legitimista francés, miembro de la Asamblea Constituyente y la Asamblea Legislativa (1848-1851), senador durante el reinado de Napoleón III.

Lebrun, Barthélemy Louis Joseph (1809-1889). General francés, participó en la guerra de Crimea de 1853-1856, en la italiana de 1859 y en la franco-prusiana de 1870-1871.

Lecourbe, Claude Jacques (1760-1815). General francés, participó en las guerras napoleónicas.

Liprandi, Pavel (1796-1854). General ruso, participó en la guerra ruso-turca de 1828-1829 y en la de Crimea de 1853-1856.

Luis XIV (1638-1715). Rey de Francia de 1643 a 1715.

Luis Felipe (1773-1850). Rey de Francia de 1830 a 1848.

Lützow, Adolf Wilhelm, barón (1782-1834). Oficial prusiano, uno de los organizadores del movimiento de guerrillas en Prusia contra Napoleón I.

Lyons, Edmund, barón (1790-1858). Almirante inglés, participó en la guerra de Crimea de 1853-1856.

M

Mack, Karl (1752-1828). Mariscal de campo austríaco, participó en las guerras contra la Francia napoleónica.

Mac-Mahon, Marie Edme Patrice Maurice (1808-1893). Mariscal francés, bonapartista, participó en las guerras del II Imperio; uno de los verdugos de la Comuna de París; presidente de la República de 1873-1897.

Manteuffel, Edwin, barón (1809-1883). Mariscal de campo prusiano, partícipe de la guerra austro-prusiana de 1866 y la franco-prusiana de 1870-1871; gobernador general de Alsacia y Lorena a partir de 1879.

Marlborough, John Churchill, duque de (1650-1722). Jefe militar inglés, estadista; comandante de las tropas inglesas contra Francia en la guerra por la sucesión española de 1701-1703.

Masséna, André, duque de Rívoli (1758-1817). General francés, mariscal de Francia a partir de 1804, participó en las campañas napoleónicas.

Maurer, Georg Ludwig (1790-1872). Historiador alemán burgués, investigador del régimen social de la Alemania antigua y medieval.

McClellan, George Brinton (1826-1885). General norteamericano, comandante en jefe del ejercito de los nordistas (1861-1862) durante la guerra de Secesión de EE.UU. contra los esclavistas del Sur.

Mecklenburgo, duque de (véase Federico Francisco II).

Médici, Giacomo, marqués del Vascello (1817-1882). General italiano, participó en la campaña siciliana de Garibaldi de 1860.

Melendes. General napolitano; participó en las acciones bélicas de los ejércitos contrarrevolucionarios contra el movimiento de liberación nacional italiano del siglo XIX.

Ménshikov, Alexander, príncipe (1789-1869). General ruso, comandante en jefe del ejército ruso en Crimea de 1853 a 1855, durante la guerra de Crimea de 1853-1856.

Missori, Giuseppe (1829-1911). Oficial italiano, participó de la campaña de Garibaldi de 1860.

Moltke, Helmut Karl Bernhart, conde (1800-1891). Mariscal de campo y escritor de temas militares prusiano, conservador; dirigió las acciones del ejército prusiano durante las guerras austro-prusiana de 1866 y franco-prusiana de 1870-1871.

Montalembert, Marc René, marqués (1714-1800). General francés, ingeniero militar.

Montauban, Charles, conde de Palikao (1796-1878). General francés, bonapartista; en 1860 dirigió la expedición militar contra China; ministro de Guerra en 1870.

Morozzo della Rocca, Enrico (1807-1897). General italiano, participó en la guerra italiana de 1859 y en la de 1866 contra Austria.

N

Napier, William Francis Patrick (1785-1860). General e historiador militar inglés.

Napoleón I Bonaparte (1769-1821). Emperador de Francia de 1804 a 1814 y en 1815.

Napoleón III (1808-1873). Emperador de Francia de 1852 a 1870.

Napoleón, príncipe (1822-1891). Primo de Napoleón III, conocido en la década del 50 con el nombre de Jerôme Bonaparte (junior) y con el apodo de Plon-Plon; general de división en el período de la guerra de Crimea.

Niel, Adolphe (1802-1869). Mariscal francés, ingeniero militar; participó en la guerra de Crimea de 1853-1856 y en la italiana de 1859, ministro de Guerra de 1866 a 1869.

O

Olivier, Émile (1825-1913). Político francés, líder de los republicanos moderados en el período del II Imperio; primer ministro en enero-agosto de 1870.

Omer Pasha (1806-1871). Comandante en jefe del ejército turco en la guerra de Crimea de 1853-1856.

Osman, George Eugène (1809-1891). Político francés, bonapartista, prefecto del departamento del Sena durante el II Imperio.

P

Palikao (véase Montauban).

Perrot, Benjamín Pierre (1791-1865). General francés, participó en la represión del levantamiento del proletariado de París en junio de 1848; estaba al mando de la Guardia Nacional en 1849.

Pertz, George Heinrich (1795-1876) Historiador burgués alemán.

Plinio el Viejo (23-79). Escritor romano.

Pulz, Ludwig, barón (1822-1881). General austríaco, participó en la guerra italiana de 1859 y en la austro-prusiana de 1866.

R

Radcliffe (véase Canning Stratford).

Radetzky, Johann Joseph Wenzel, conde (1766-1858). Mariscal de campo austríaco, comandante en jefe del ejercito austríaco en Italia desde 1831; reprimió cruelmente el movimiento de liberación nacional de Italia en 1848-1849.

Raglan, Fitzroy James Henry, barón (1788-1855). General inglés, comandante en jefe del ejército inglés de 1853-1855, durante la guerra de Crimea.

Ramming, Wilhelm (1815-1876). General austríaco a partir de 1859; teniente mariscal de campo, jefe del Estado Mayor del ejército austríaco en la campaña italiana de 1849; participó en la guerra italiana de 1859 y en la austro-prusiana de 1866.

Raspail, François Vincent (1794-1878). Médico y naturalista francés, publicista republicano de izquierda y demócrata, participó en las revoluciones de 1830 y 1848 en Francia; más tarde, radical de izquierda.

Rimski-Kórsakov, Alexandr (1753-1840). General ruso; participó en las guerras ruso-turcas de fines del siglo XVIII y en las guerras contra Francia.

Rouher, Eugéne (1814-1884). Estadista francés, bonapartista, ministro del Interior de 1863 a 1870.

S

Saint-Arnaud, Jacques Leroy de (1798-1854). Mariscal de Francia, bonapartista, ministro de Guerra de 1851 a 1854; comandante en jefe de los ejércitos franceses (hasta el otoño de 1854) durante la guerra de Crimea de 1853-1856.

Scharnhorst, Gerhard Johann David von (1755-1813). General prusiano, escritor de asuntos militares, realizó reforma militar en Prusia después de la derrota infligida a su ejército en Jena y Auerstädt por Napoleón I.

Schill, Ferdinand (1776-1809). Oficial prusiano, organizador de un destacamento de guerrilleros que luchó contra el ejército francés en 1807-1809.

Senard, Antoine Marie Jules (1800-1885). Abogado y político francés, presidente de la Asamblea Constituyente en 1848, ministro del Interior; participó activamente en la represión del levantamiento de junio de los obreros de París.

Seoccio. Participante de las campañas de Garibaldi de 1860.

Siegel, Franz (1824-1902). Demócrata alemán, comandante en jefe de los ejércitos revolucionarios de Baden en 1849.

Steinmetz, Karl (1796-1877). Mariscal de campo prusiano, participó en la guerra franco-prusiana de 1870-1871.

Stone, Charles Pomeroy (1824-1887). General norteamericano; participó en la guerra de Secesión de EE. UU. de 1861-1865 de parte de los Estados del Norte; fue arrestado por sus vinculaciones con los esclavistas de los Estados del Sur.

Suchet, Louis Gabriel, duque d'Albufaire (1770-1826). Mariscal de Francia; participó en las guerras napoleónicas.

Suvórov, Alexandr (1730-1800). General ruso.

T

Tann, Ludwig, von der (1815-1881). General alemán, participó en la guerra franco-prusiana de 1870- 1871.

Thiers, Adolphe (1797-1877). Político reaccionario francés, monárquico, verdugo de la Comuna de París, presidente de la República de 1871 a 1873.

Trochu, Louis Jules (1815-1896). General francés, participó en la guerra italiana de 1859 y en la franco-prusiana de 1870-1871 al mando del ejército que defendía a París; fue jefe del Gobierno de Defensa Nacional de 1870 a 1871; uno de los verdugos sanguinarios de la Comuna de París.

Turr, Stefan (1825-1908). Ingeniero y político húngaro, participó en las expediciones siciliana y napolitana de Garibaldi en 1860.

V

Vaillant, Jean Baptiste Philibert (1790-1872). Mariscal francés, ministro de Guerra de 1854 a 1859.

Vauban, Sébastién (1633-1707). Mariscal francés; ingeniero militar y economista.

Viale. General napolitano; participó en las acciones bélicas de las tropas contrarrevolucionarias contra el movimiento de liberación nacional italiano del siglo XIX.

Víctor, Claude Perrin (1766-1841.) General francés, más tarde mariscal, participó en las guerras napoleónicas.

Víctor Manuel II (1820-1878). Rey de Cerdeña y Piamonte de 1849 a 1861, rey de Italia de 1861 a 1878.

Vinoy, Joseph (1800-1880). General francés, reaccionario; participó en la guerra austro-italiana de 1859, la franco-prusiana de 1870-1871; en 1871 estuvo al mando de las fuerzas armadas de Versalles; uno de los verdugos de la Comuna de París.

Vogt, Karl (1817-1895). Demócrata burgués alemán; durante la revolución de 1848-1849 fue miembro de la Asamblea Nacional de Fráncfort; después, furibundo enemigo del movimiento obrero; bonapartista y agente de Napoleón III.

W

Waldersee, Friedrich, conde (1795-1864). General prusiano; escritor de temas militares; ministro de Guerra de Prusia de 1854 a 1858.

Werder, August (1808-1887). General prusiano; participó en la guerra franco-prusiana de 1870- 1871. 248.

Williams, William (1800-1883). General inglés, comisario británico adjunto al ejército turco del Cáucaso durante la guerra de Crimea.

Wimpfen, Emmanuel Félix (1811-1884). General francés; participó en la guerra austro-italiana de 1859 y la franco-prusiana del 1870-1871.

Wolff, Wilhelm (1809-1864). Revolucionario proletario alemán, miembro de la Liga de los Comunistas; participó en la revolución de 1848-1849 en Alemania, miembro de la redacción de la *Nueva Gaceta Renana*, amigo íntimo y colaborador de Marx y Engels.

Wrangel, Friedrich Heinrich Ernst (1784-1877). Mariscal de campo prusiano, participó en el golpe contrarrevolucionario de Berlín y en la disolución de la Asamblea Constituyente de Prusia en 1848.

Wurmser, Dagobert (1724-1797) Mariscal de campo austríaco, participó en las guerras contra la Francia revolucionaria.

Z

Zollicofer, Félix Kirk (1812-1862). General norteamericano; participó en la guerra civil de EE.UU. de 1861-1865 junto a los Estados esclavistas del Sur.

ÍNDICE GEOGRÁFICO

A

Ablis, localidad de Francia central.
Adigio, río de Italia septentrional.
Ajaltsij (Ajaltsije), fortaleza y ciudad de Georgia.
Alabama, uno de los Estados surorientales de EE.UU.
Alcamo, ciudad al oeste de Sicilia.
Alejandro, fuerte (véase Sebastopol).
Alla-Fiumare — Torre Dell-Cavallo, fortificación de Italia meridional.
Allier, río de Francia central, afluente izquierdo del Loira.
Alma, río de Crimea; lugar de la batalla entre el ejército ruso y el aliado franco-anglo-turco, el 20 de septiembre de 1854 durante la guerra de Crimea.
Alpes, sistema montañoso de Europa occidental.
Alpes Julianos, cadena de montañas en el límite de Italia con Eslovenia.
Alsacia, región de Francia oriental.
Altkirch, localidad de Francia oriental (Alsacia).
Amiens, ciudad septentrional de Francia a orillas del río Somme.
Apulia, región de Italia meridional.
Aquisgrán, ciudad de Alemania occidental, de la región de Renania septentrional-Westfalia.
Arax, río de la meseta armenia.
Arcadia, región montañosa del Peloponeso central (Grecia).
Ardagán, ciudad de Turquía nororiental, antigua población georgiana.
Ardes, Canal de, canal de Francia septentrional que une los ríos Aisne y Mosa.
Argona, elevación de Francia oriental.
Arkansas, Estado de EE.UU.
Aspurn, ciudad de Austria, al este de Viena, a la orilla izquierda del Danubio, donde el 21-22 de mayo de 1809 tuvo lugar la batalla entre los ejércitos franceses de Napoleón y los ejércitos austríacos.
Aspromonte, cadena de montañas de Italia suroccidental (Calabria).
Atenas, Estado de la Grecia antigua.
Atlanta, ciudad en el Estado de Georgia (EE.UU.).
Auerstädt, localidad de Alemania suroriental (Sajonia), lugar de la batalla entre franceses y prusianos el 14 de octubre de 1806.
Auleta, ciudad de Italia meridional.
Avellino, ciudad de Italia meridional (Campania).

Avene (Avene-la-Sec), localidad de Francia septentrional.

B

Baden (Alemania suroriental).
Bagnara, localidad de Italia meridional (Calabria).
Baiazet, ciudad de la Armenia turca.
Bajchisarai, ciudad de Crimea.
Balaklava, ciudad y bahía de Crimea; lugar de la batalla entre los ejércitos ruso y anglo-turco el 13 de octubre de 1854 durante la guerra de Crimea.
Ball's Bluf, localidad a orillas del río Potomac, en el Estado de Virginia (EE. UU.); lugar de la batalla entre los ejércitos de los Estados del Norte y los del Sur durante el 21 de octubre de 1861, en la guerra civil de 1861-1865.
Baltimore, ciudad del Estado de Maryland (EE.UU..).
Bar-Le-Duc, localidad de Francia oriental, cerca de Verdún.
Basilicata, provincia de Italia meridional.
Batum (Batumi), ciudad y uno de los puertos más importantes del mar Negro (Georgia).
Bazeille, ciudad de Francia occidental.
Beaumont, localidad del noreste de Francia.
Belfort, ciudad y fortaleza de Francia oriental.
Besanzón, ciudad de Francia oriental.
Betinville, localidad de Francia oriental.
Bitsch, fortaleza en Alsacia.
Blois, ciudad de Francia central, a orillas del Loira.
Bomarzund, fortaleza en las islas Aland, en el mar Báltico.
Borgoña, antigua provincia en el centro de Francia oriental; ducado en la Edad Media.
Borodinó, aldea a 12 km al oeste de Mozhaisk; escenario de una de las más grandes batallas de la historia entre los ejércitos rusos y los de Napoleón I, la que tuvo lugar el 26 de agosto (7 de septiembre) de 1812, durante la Guerra Patria de 1812.
Bouillon, ciudad de Bélgica.
Boulet, localidad de Francia oriental.
Bourges, ciudad de Francia central.
Bouzonville, ciudad de Francia nororiental.
Bowling Green, ciudad del Estado de Kentucky (EE.UU.).
Braila, ciudad de Rumanía, sobre el Danubio.
Brandeburgo, ciudad oriental de Alemania.
Bremen, ciudad de Alemania septentrional.
Breslau (Wroclaw), ciudad de Silesia (Polonia).
Brie, ciudad y fortaleza antigua de Francia nororiental.
Bronte, ciudad de Sicilia (Italia).

Bull Run, río de EE.UU., afluente del Potomac; lugar de las batallas del 21 de julio de 1861 y del 29-30 de agosto de 1862 entre los ejércitos de los Estados del Norte y los del Sur (las batallas de Manassas) durante la guerra de Secesión.
Bussolengo, localidad de Italia septentrional.
Buzançais, localidad de Francia oriental, 30 km al sur de Sedán.

C

Cairo, ciudad de Kentucky (EE. UU.).
Calabria, región de Italia meridional.
Calatafimi, localidad de Sicilia; lugar de la batalla victoriosa de los garibaldinos con los ejércitos napolitanos, el 15 de mayo de 1860.
Calatayud, ciudad de España nororiental.
Campobasso, ciudad de Italia meridional.
Carignan, localidad de Francia nororiental.
Carletto-Perticara, localidad de Italia meridional.
Carolina del Norte y Carolina del Sur, Estados de EE.UU.
Castiglione, ciudad del norte de Italia.
Celenza, ciudad de Italia meridional.
Cerdeña, isla del Mediterráneo, provincia de Italia.
Châlons, ciudad de Francia oriental, a orillas del Saona.
Charlemont, ciudad de Francia septentrional.
Chartres, ciudad de Francia central.
Chattanooga, ciudad del Estado de Tennessee (EE.UU.).
Chesapeake, bahía en la costa atlántica de EE.UU. (Estados de Virginia y Maryland).
Chiers, río de Francia nororiental.
Chórnaia, pequeño río de Crimea; lugar de la batalla entre el ejército ruso y el de la coalición Inglaterra-Francia-Turquía-Piamonte el 4 (16) de agosto de 1855, durante la guerra de Crimea.
Cincinnati, ciudad del Estado de Ohio (EE.UU.).
Cité, isla del Sena, en París.
Clarkville, ciudad del Estado de Kentucky (EE.UU.).
Coblenza, ciudad sobre el Rin, parte occidental de Alemania.
Col Di Cadibone, ciudad de Suiza.
Colonia, ciudad a orillas del Rin, Alemania.
Columbus, ciudad y fuerte en el Estado de Kentucky (EE.UU.).
Commercy, ciudad de Francia nororiental.
Conca de Aro, valle cerca de Palermo (Sicilia).
Conflent, localidad de Francia nororiental.
Constantino, fuerte de (Sebastopol).
Corinto, ciudad de Grecia, en el istmo de Corinto.
Corinto, ciudad del Estado de Mississippi (EE.UU.).
Corleone, ciudad de Sicilia (Italia).

Cuarentena, bahía de la (en Sebastopol).
Custozza, localidad de Italia septentrional; lugar de la batalla entre los ejércitos austríaco y piamontés el 24 de julio de 1848 y de la batalla de junio de 1866 entre los ejércitos austríaco e italiano.

D

Dalton, ciudad del Estado de Mississippi (EE.UU.).
Dannewirgk, línea de fortificaciones en Schleswig-Holstein, construida por los daneses durante las guerras contra Prusia.
Danubio, gran río de Europa occidental.
Danzig (Gdansk), ciudad y puerto del Báltico (Polonia).
Darmstadt, ciudad occidental de Alemania.
Degli Arinci, golfo.
Dego, localidad de Italia septentrional.
Demby Wielkie (Demblin), ciudad a orillas del Vístula, Polonia.
Deveboyunu, montañas del Transcáucaso, al este del Erzerum.
Dijón, ciudad de Francia central.
Donnelson, fuerte en el río Cumberland, en el Estado de Tennessee (EE.UU.).
Dresde, ciudad de Alemania suroriental.
Dreux, ciudad de Francia central.
Du Temple, suburbio de París.

E

Ebro, río de España.
Egina, isla en el golfo de Egina (Salónica), Grecia suroriental.
Ehrenbreitstein, ciudad occidental de Alemania.
Eiffel, localidad montañosa de Alemania occidental.
Eisenach, ciudad de Alemania central.
Elba, isla del Mediterráneo situada entre la península itálica y la isla de Córcega.
Elba o Laba, uno de los ríos más grandes de Europa central.
Erzerum, ciudad del Transcáucaso (Armenia turca).
Estrasburgo, ciudad de Francia oriental, capital de Alsacia.
Étienne, localidad de Francia nororiental.
Eupatoria, ciudad de Crimea.
Eylau o Preussisch Eylau, ciudad de la ex Prusia oriental (hoy Bagratión, oblast de Kaliningrado), cerca de la cual tuvo lugar la batalla entre las tropas de Napoleón y el ejército ruso el 26 y 27 de enero (7-8 de febrero) de 1807.

F

Faro, localidad de Sicilia.
Filadelfia, ciudad del Estado de Pensilvania (EE.UU.).
Flandes, región de Bélgica.
Fleurus, localidad de Bélgica meridional, lugar de la victoriosa batalla del ejército revolucionario francés, con las tropas austríacas, el 26 de junio de 1794.
Florence, localidad del Estado de Alabama (EE.UU.).
Florida, Estado en el sureste de EE. UU.
Foggia, ciudad de Italia meridional.
Forbach, ciudad de Lorena (Francia oriental).
Fráncfort (Fráncfort del Meno), ciudad occidental de Alemania.
Franconia, región occidental de Alemania.
Frouard, localidad de Francia oriental.

G

Gallípoli, ciudad y puerto en el estrecho de los Dardanelos (península de Gallípoli).
Garda, lago de Italia septentrional.
Génova, ciudad y puerto de Italia septentrional.
Georgia, Estado de EE.UU.
Germerscheim, ciudad occidental de Alemania.
Givet, fortaleza de Francia occidental, cerca de la frontera belga.
Givonne, localidad de Francia septentrional, en los alrededores de Sedán.
Glatz, nombre alemán de la ciudad polaca de Bystrzyca Klodzka (Silesia).
Glogau, nombre alemán de la ciudad polaca de Glogow, a orillas del río Oder.
Goito, localidad de Italia septentrional.
Gordon, ciudad del Estado de Georgia (EE.UU.).
Görlitz, ciudad oriental de Alemania.
Grand Pré, localidad de Francia nororiental.
Grandson, ciudad de Suiza, en el cantón del Vaud, lugar de la batalla de 1476 entre el ejército burgundio y los suizos.
Graubünden, cantón de Suiza suroriental.
Gravelotte, localidad de Lorena (Francia nororiental), cerca de la fortaleza de Metz.
Gumri (Alexandropol), fortaleza del Cáucaso, cerca de la frontera turca.

H

Hannover, región de Alemania noroccidental.
Henry, fuerte, fortificación en el Estado de Tennessee.
Hessen-Darmstadt, Alemania suroccidental.
Hirson, población de Francia noreste.
Hirschberg (Doksi), ciudad de Bohemia septentrional.
Holstein, Alemania septentrional.
Hulcin (Hultschin), ciudad de Bohemia septentrional.

I

Ipel, río de Hungría, afluente izquierdo del Danubio.
Isère, río de Francia, afluente izquierdo del Ródano.

J

Jemmapes, ciudad de Bélgica; batalla del 6 de noviembre de 1792 entre el ejercito revolucionario francés y los ejércitos austríacos.
Jena, ciudad de Alemania (Turingia); lugar de la batalla entre el ejército francés de Napoleón I y el ejército prusiano el 14 de octubre de 1806.
Jersonés, cabo de la costa suroccidental de Crimea, cerca de Sebastopol.
Jersonés Heracliano (véase Jersonés).

K

Kacha, río de Crimea.
Kaiserslautern, ciudad de Alemania suroccidental.
Karlsruhe, ciudad de Alemania meridional.
Kars-Chai, río de Turquía nororiental, a cuyas orillas se levanta la fortaleza de Kars.
Kentucky, Estado central de EE. UU.
Kerch, ciudad de Crimea, a orillas del golfo del mismo nombre.
Kinburn, vieja fortaleza en la lengua de tierra de Kinburn, entre los deltas del Dniéper y del Bug y el mar Negro.
Kölberg (Kolobrzeg), ciudad y fortaleza de Pomerania (hoy Polonia).

Königgrätz (Hradec-Králové), ciudad de Bohemia; lugar de la batalla entre los ejércitos prusiano y austríaco el 3 de julio de 1866 durante la guerra austro-prusiana.
Königsberg, ciudad de Alemania nororiental (Schleswig).
Kutaísi (Kutaís), ciudad de Georgia (Cáucaso).

L

La Chapelle, suburbio de París.
Lagna, río de Italia meridional.
Landau, ciudad y fortaleza de Alemania meridional (Baviera).
Laon, ciudad de Francia septentrional.
La Villette, barrio de París.
Les Chaines-Populaires, localidad de Francia oriental.
Leganago, ciudad y fortaleza de Italia septentrional.
Leipzig, ciudad oriental de Alemania; lugar de la batalla entre el ejército sueco de Gustavo Adolfo y las tropas del emperador germano el 17 de septiembre de 1631, así como de la batalla del 4-7 (16- 19) de octubre de 1813 entre las tropas de los ejércitos aliados ruso-austro-prusianos y el ejército de Napoleón.
Le Mans, ciudad de Francia noroccidental.
Ligny, localidad de Bélgica.
Lille, ciudad de Francia septentrional.
Lobau, ciudad de Alemania suroriental.
Loira, río de Francia.
Lombardía, región de Italia septentrional.
Lonato, localidad de Italia septentrional, al sudoeste del lago Garda.
Longwy, ciudad de Francia noreste.
Lorena, región de Francia oriental.
Luisiana, Estado en el sur de EE. UU.
Louisville, ciudad del Estado de Kentucky (EE.UU.).
Luneville, ciudad de Francia nororiental.
Lyon, ciudad de Francia meridional.

M

Macon, ciudad del Estado de Georgia (EE.UU.).
Magdeburgo, ciudad oriental de Alemania.
Magenta, localidad de Italia septentrional, al oeste de Milán; lugar de la batalla entre las tropas franco-piamontesas y el ejército austríaco, el 4 de junio de 1859 durante la guerra de Austria contra Francia y el Piamonte.
Maguncia, ciudad occidental de Alemania.
Maine, Estado de EE.UU.

Manassas, ciudad y nudo ferroviario del Estado de Virginia (EE.UU.), cerca de Washington; el 21 de julio de 1861 y del 29 al 30 de agosto de 1862, allí, a orillas del río Bull Run tuvieron lugar las batallas entre las tropas de los Estados del Norte y los del Sur, durante la guerra civil de 1861- 1865.

Mannheim, ciudad de Alemania suroccidental, a orillas del Rin.

Mantua, ciudad y fortaleza de Italia septentrional.

Marengo, localidad de Italia septentrional; lugar de la batalla entre los ejércitos austríaco y francés el 14 de junio de 1800.

Marne, río de Francia, afluente derecho del Sena.

Marsala, ciudad y puerto de la costa occidental de Sicilia.

Mars-La-Tour, localidad a 22 km al oeste de Metz; lugar de la batalla de agosto de 1870 entre los ejércitos francés y prusiano, durante la guerra franco-prusiana.

Maubeuge, ciudad y puerto de Francia.

Meca, ciudad de la península Arábiga.

Melazzo, ciudad del norte de Sicilia.

Melita, localidad de Italia meridional.

Memphis, ciudad del Estado de Tennessee, (EE.UU.).

Meno, río de la parte occidental de Alemania, afluente derecho del Rin.

Mentana, localidad de Italia, cerca de Roma.

Messina, ciudad y puerto en la costa oriental de Sicilia.

Messina, estrecho de (El Faro), golfo entre Italia y Sicilia.

Metz, ciudad y fortaleza de Lorena (Francia oriental).

Mezières, ciudad y fortaleza de Francia septentrional.

Milán, ciudad de Italia septentrional.

Milazzo, ciudad en la costa septentrional de Sicilia.

Milledgeville, ciudad del Estado de Georgia.

Millessino, localidad de Italia septentrional.

Mill Spring, localidad del Estado de Kentucky; lugar de la batalla entre las tropas de los Estados del Norte y los del Sur el 18 de enero de 1862, durante la guerra civil de EE.UU.

Minco, río de Italia septentrional, afluente izquierdo del Po, nace en el lago Garda.

Minden, ciudad occidental de Alemania.

Mingrelia, región de Georgia (Cáucaso).

Misilmeri, localidad de Sicilia septentrional.

Mississippi, Estado de EE.UU.

Mississippi, río de EE.UU.

Missouri, río y Estado de EE.UU.

Moldava, nombre alemán del río Vltava, afluente izquierdo del Elba (Bohemia-Checoslovaquia).

Molise, nombre de una de las provincias del reino de Nápoles, hoy región de Abruzzo y Molise, en Italia.

Monreale, ciudad de Sicilia septentrional.

Monte Cerraro, montaña de Sicilia occidental, entre Marsala y Catalafimi.

Monte di Pianto Romano, parte de la montaña de Monte Cerraro, en Sicilia occidental.
Montenotte, localidad de Italia septentrional.
Montes de los Gigantes, la parte más elevada de los Sudetes, en la frontera de Checoslovaquia con la República Checa.
Monthermé, localidad de Francia septentrional.
Montmartre, suburbio de París.
Montmedi, ciudad y fortaleza de Francia septentrional.
Morat (véase Murtan).
Morgarten, montaña de Suiza en el cantón de Zug; lugar de la batalla entre las tropas del duque austríaco Leopoldo y las milicias campesinas de los cantones suizos sublevados, el 15 de noviembre de 1315.
Mosa, río de Francia septentrional y de Bélgica.
Mosela, río, afluente izquierdo del Rin.
Mousson, localidad de Francia nororiental.
Münchengrätz, nombre alemán de la ciudad Mnichovo Hradiste de Bohemia, al noreste de Praga.
Murtan, ciudad de Suiza, en el lago Friburgo; lugar de la batalla entre las tropas burgundas del duque Carlos el Temerario y los suizos, el 22 de junio de 1476.

N

Nachod, ciudad de Bohemia nororiental.
Nancy, ciudad de Francia nororiental.
Nashville, ciudad del Estado de Tennessee (EE.UU.).
Nesse (Nysa), río de Silesia.
Neuenkirchen, ciudad occidental de Alemania.
Neuestadt, ciudad de Alemania meridional.
Nevers, ciudad de Francia central.
Nid, río de Lorena.
Noirt, localidad de Francia nororiental.
Normandía, región de Francia septentrional.
Nueva Orleans, ciudad y puerto en el estuario del Mississippi, Estado de Luisiana (EE.UU.).
Núremberg, ciudad de Alemania meridional (Baviera).

O

Oberselk, localidad de Alemania septentrional (Schleswig).
Oder, río en la frontera entre Alemania y Polonia.
Ohio, río y Estado de EE.UU.

Olmütz (Olomouc), ciudad de Checoslovaquia central.
Orleans, ciudad de Francia central.

P

Palatinado, territorio de Alemania occidental, en la orilla izquierda del Rin.
Palatinado Bávaro, región occidental de Alemania; en el siglo XIX perteneció a Baviera.
Palermo, ciudad de la costa septentrional de Sicilia.
Palmi, localidad de Italia meridional.
Pange, localidad de Lorena.
Parco, localidad de Sicilia septentrional.
Pardubice, ciudad de Bohemia.
Pertenico, localidad de Sicilia septentrional.
Penjab (Punjab), región de Pakistán occidental e India noroccidental.
Pensilvania, Estado de EE. UU.
Persia (actual Irán).
Peschiera, localidad y fortaleza de la costa suroriental del lago Garda, Italia septentrional.
Petit-Pierre, fortaleza de Alsacia (Francia oriental).
Pezzo, fuerte costero al norte de Reggio, en la península de Calabria, Italia meridional.
Pfalzburg, fortaleza de Alsacia (Francia oriental).
Phillippville, ciudad de Bélgica meridional.
Piana, localidad de Sicilia septentrional.
Picardía, comarca de Francia.
Pirmasens, ciudad de Alemania suroccidental.
Po, río de Italia septentrional.
Poissonnière, suburbio de París.
Poitiers, ciudad de Francia occidental; lugar de las batallas entre los francos, al mando de Carlos Martel, y los árabes en 732; y entre las tropas francesas e inglesas en 1356 durante la guerra de los Cien Años.
Polessela, localidad de Italia septentrional.
Policastro, golfo de Italia meridional.
Pont-À-Mousson, localidad de Lorena (Francia oriental).
Ponte Lagoscuro, localidad de Italia septentrional.
Potenza, ciudad de Italia meridional.
Potomac, río de EE.UU., desemboca en el Atlántico.
Poznan, ciudad y región de Polonia occidental.
Prusia renana, provincia de Prusia.
Punta di Pezzo, fortín de Italia meridional.

R

Rastatt, ciudad de Alemania suroccidental (cerca de Karlsruhe); lugar de la batalla entre el ejército revolucionario de Pfalz-Baden y los ejércitos prusianos, el 29 de junio de 1849.

Ratibor (Racibórz), ciudad a orillas del Oder, en Polonia (Silesia).

Reggio (Reggio di Calabria), ciudad de Italia meridional.

Reichenberg, nombre alemán de la ciudad de Liberec, Bohemia.

Reims, ciudad de Francia septentrional.

Remilly, localidad de Lorena (Francia oriental), cerca de Sedán.

Rethel, ciudad de Francia nororiental.

Reuss, río de Suiza.

Richmond, ciudad del Estado de Virginia (EE.UU.).

Rin, río de Europa occidental.

Rioni (Rion), río de Georgia (Cáucaso).

Rívoli, ciudad de Italia noroccidental.

Rocourd, localidad de Lorena (Francia oriental), cerca de Sedán.

Rocroi, ciudad y fortaleza de Francia septentrional.

Rochechouart, suburbio de París.

Rochefort, ciudad de Francia.

Ruán, ciudad de Francia septentrional.

S

Saarbrücken, ciudad de la región del Sarre, Alemania suroccidental.

Saarburg, ciudad de la región del Sarre, Alemania suroccidental.

Saarlouis, ciudad de Alemania suroccidental.

Saint Antoine, suburbio de París.

Saint-Avolde, localidad de Lorena (Francia oriental).

Saint Denis, suburbio de París.

Saint Jacques, suburbio de París.

Saint Louis, ciudad del Estado de Missouri (EE.UU.).

Saint Marceau, suburbio de París.

Saint Martín, suburbio de París.

Saint-Maur, localidad de los alrededores de París.

Saint Privat, fuerte en los alrededores de Metz (Francia).

Saint-Quentin, ciudad de Francia septentrional.

Sainte Menehould, localidad en Francia oriental.

Sajonia, territorio oriental de Alemania.

Salemi, localidad de Sicilia noroccidental.

Salerno, ciudad de Italia meridional.

Salicio, localidad de Italia meridional.

Saliongo, localidad de Italia septentrional.
Salzburgo, ciudad de Austria.
San Gotardo, paso montañoso de los Alpes.
Santa Giustina, localidad de Italia septentrional.
Saona, río de Francia oriental.
Sarre, región del, en Alemania suroccidental.
Sarre, río de Francia oriental y Alemania occidental, afluente derecho del Mosela.
Sauer, río de Francia nororiental.
Saverne (Zabern), ciudad de Alsacia.
Schleswig, región de Alemania septentrional.
Scilla, localidad de Italia meridional.
Scutari, parte de la ciudad de Estambul (Turquía), sobre la costa asiática del Bósforo.
Sebastopol, ciudad de Crimea, puerto y fortaleza a orillas del mar Negro; heroicamente defendida por el ejercito ruso durante once meses, en 1854-1855, contra las tropas de la coalición Inglaterra-Francia-Turquía-Cerdeña, durante la guerra de Crimea.
Sedán, ciudad de Francia nororiental junto a la cual tuvo lugar una de las batallas más grandes de la guerra franco-prusiana el 2 de septiembre de 1870.
Semoy, río de Bélgica meridional y Francia septentrional.
Sempach, localidad de Suiza, en cuyas proximidades tuvo lugar la batalla del 9 de junio de 1386 entre el ejército austríaco y los suizos.
Sena, río de Francia septentrional.
Sernay, localidad de Francia nororiental, en los alrededores de Sedán.
Sheffield, ciudad de Inglaterra septentrional.
Silesia, región de Europa oriental, en la cuenca del río Oder y del alto Vístula; poblada en la antigüedad por eslavos; en la Edad Media perteneció a Polonia, después a Bohemia; a mediados del siglo XVII fue anexada por Prusia. Actualmente pertenece a Polonia y la República Checa.
Silistra, ciudad y fortaleza de Bulgaria.
Simferópol, ciudad de Crimea.
Smolensk, una de las ciudades rusas más antiguas; lugar de la heroica defensa de los ejércitos rusos contra los de Napoleón en la Guerra Patria de 1812.
Soissons, ciudad de Francia septentrional.
Solferino, localidad de Italia septentrional; en sus alrededores tuvo lugar la batalla del 24 de junio de 1859 entre las tropas austríacas y franco-piamontesas durante la guerra de Austria contra Francia y el Piamonte.
Somerset, ciudad en el Estado de Kentucky (EE.UU.).
Somma Campagna, localidad de Italia septentrional situada en la región de las batallas de Custozza entre los ejércitos austríaco y piamontés, en julio de 1848 y junio de 1866.
Spartivento, cabo y localidad de Italia meridional.
Spichern, localidad de Francia nororiental.
Stenay, localidad de Francia nororiental.
Stettin (Szczezecin), ciudad a orillas del Oder (Polonia).

Stralsund, ciudad y puerto a orillas del Báltico, en Alemania septentrional.
Sudetes, cadena montañosa de Europa central.
Suippes, río de Francia nororiental.
Sujum-Kalé (véase Sujumi).
Sujumi, ciudad y puerto del Cáucaso, en la costa del mar Negro.

T

Talamona, localidad de Italia central.
Taormina, ciudad de Sicilia nororiental.
Temple (véase Du Temple).
Tennessee, Estado de EE.UU.
Tennessee, río en el Estado del mismo nombre.
Termini, ciudad de Sicilia septentrional.
Texas, Estado de EE.UU.
Thionville, ciudad de Francia nororiental.
Ticino, río de Italia septentrional.
Tiflís (Tbilisi).
Tione, pequeño río de Italia septentrional.
Tirol, región montañosa en las estribaciones septentrionales y meridionales de los Alpes orientales.
Torgau, ciudad oriental de Alemania (Sajonia).
Tours, ciudad de Francia occidental.
Tourteron, localidad de Francia nororiental.
Trabisonda (Trabzon), ciudad y puerto de Asia Menor nororiental, a orillas del mar Negro.
Trapani, ciudad y puerto de Sicilia nororiental.
Trautenau, nombre alemán de la ciudad de Trutnov de Bohemia nororiental.
Tréveris, ciudad occidental de Alemania.
Troyes, ciudad de Francia nororiental.
Trubau, nombre alemán de la ciudad de Trebovac, situada entre Bohemia y Moravia.
Tudela, ciudad de España nororiental.
Turingia, bosque de, montañas de Alemania central.
Turnau, nombre alemán de la ciudad de Tumov, de Bohemia septentrional.

U

Ulm, ciudad de Alemania meridional; lugar de la batalla entre los ejércitos napoleónico y austríaco el 17 de octubre de 1805.

V

Valeggio, localidad de Italia septentrional.
Valenciennes, ciudad y fortaleza de Francia septentrional.
Var, río de Francia. 210, 214. Varennes, poblado de Francia oriental.
Varna, fortaleza y puerto de Bulgaria, a orillas del mar Negro.
Vaux, localidad de Francia nororiental.
Velezzia, ciudad de Italia central.
Verdún, ciudad y fortaleza de Francia nororiental.
Verona, ciudad y fortaleza de Italia septentrional.
Versalles, ciudad de Francia, cerca de París.
Via Mala, desfiladero en los Alpes.
Vicksburg, ciudad del Estado de Mississippi.
Vignole, localidad de Francia nororiental.
Villeneuve, localidad de Francia suroriental.
Villere, localidad de Francia nororiental.
Virginia, Estado de EE.UU.
Vístula, río de la cuenca del Báltico, nace en Polonia.
Vitry-le-François, ciudad de Francia oriental.
Vosgos, montañas de Francia nororiental.
Vouziers, localidad de Francia nororiental.
Vrizy, población de Francia noreste.

W

Wagram, población a 18 km al noreste de Viena; lugar de la batalla entre los ejércitos francés y austríaco, del 5 al 6 de julio de 1809.
Waldenburg, ciudad oriental de Alemania (Sajonia).
Waterloo, localidad de Bélgica; lugar de la batalla entre los ejércitos de Napoleón y los ejércitos aliados anglo-holando-prusiano el 18 de junio de 1815.
Weissenburg, ciudad de Alsacia; lugar de la batalla entre los ejércitos francés y prusiano el 4 de agosto de 1870, en la guerra franco-prusiana.
Wesel, ciudad occidental de Alemania, sobre el Rin.
Weser, río al noroeste de Alemania. 253.
Westfalia, región occidental de Alemania.
Wetzlar, ciudad occidental de Alemania (Renania).
Williamsburg, localidad del Estado de Nueva York (EE.UU.), forma parte del distrito de Brooklyn.
Woerth, ciudad de Alsacia (Francia oriental); lugar de la batalla entre los ejércitos francés y alemán el 6 de agosto de 1870, durante la guerra franco-prusiana.
Würzburg, ciudad occidental de Alemania (Baviera).

Y

Yorktown, ciudad al este de EE.UU.

Z

Zaragoza, ciudad de España nororiental.
Zeitz, ciudad de Alemania oriental (Sajonia), al sur de Leipzig.
Zirke, localidad en la frontera entre Francia y Alemania.
Zorndorf, localidad situada al norte de la confluencia del río Warta y el Oder; lugar de la batalla entre los ejércitos prusiano y ruso el 14 (25) de agosto de 1758 durante la guerra de los Siete Años.
Zurich, ciudad de Suiza.
Zweibrücken, ciudad occidental de Alemania.

NOTAS

[1] Con este título se incluyen en esta edición tres capítulos correspondientes al libro de Friedrich Engels *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring* o *Anti-Dühring* (publicado por primera vez como serie de artículos en 1877-1878 y como libro, en 1878). Contienen una crítica a la «teoría de la violencia» de Dühring, filósofo pequeñoburgués, ecléctico y vulgar, y se exponen en ellos —en oposición a la teoría de Dühring— las tesis fundamentales del materialismo histórico.

Desde las posiciones del materialismo dialéctico e histórico, Engels pone de manifiesto en estos capítulos, el vínculo entre la economía y la política, y muestra el papel determinante de la primera, así como la activa influencia inversa de la superestructura política sobre la base económica. Esclarece de qué manera el ejército y la flota dependen de las condiciones económicas y analiza las bases materiales en que se apoya el desarrollo de las fuerzas armadas y la táctica militar.

Su reseña del desarrollo del arte militar, desde la Edad Media hasta la década del 70 del siglo XIX, constituye una profunda generalización de la historia de las guerras, una síntesis de los más importantes resultados alcanzados en aquella época por la ciencia marxista en ese aspecto.

Se ha incluido este trabajo para encabezar las otras obras militares de F. Engels que figuran en esta compilación.

[2] Véase, *El capital*, t. I, ed. Cartago, 1973, traducción Floreal Mazía, pág. 558. (*Ed.*)

[3] Habitante de las ciudades (burgos) en Europa occidental. (*Ed.*)

[4] Se refiere a la guerra revolucionaria de liberación, por la independencia de las 13 colonias norteamericanas de Inglaterra, que se prolongó de 1775 a 1783. La causa fundamental de la contienda fue la aspiración de independencia de la nación burguesa norteamericana en formación, su tendencia a eliminar las barreras que la dependencia colonial de Inglaterra interponía al desarrollo del capitalismo. Durante los primeros años, el curso de la guerra favoreció a los ingleses, pero la victoria de las tropas norteamericanas, en Saratoga, en octubre de 1777, imprimió un viraje a la marcha de las operaciones bélicas. Las contradicciones entre Inglaterra y algunas potencias europeas fueron un factor propicio para las colonias. En 1778 Francia declaró la guerra a aquella; España hizo lo propio en 1779, y más tarde también Holanda. La política de Rusia favoreció a las colonias norteamericanas, pues en 1780 proclamó el principio de defensa armada de los barcos mercantes neutrales que navegaban hacia los puertos de los países que combatían contra Inglaterra, y concertó con Holanda, Dinamarca, Suecia, Prusia, Austria y otros Estados acuerdos para apoyar la neutralidad armada. El 19 de octubre de 1781, las fuerzas principales de los ingleses capitularon en Yorktown, y poco después Inglaterra tuvo que firmar el tratado de paz (definitivamente en septiembre de 1783, en Versalles), reconociendo la independencia de sus antiguas colonias, las que constituyeron un nuevo Estado: Estados Unidos de América.

En la guerra por la independencia desempañaron un papel decisivo las amplias capas de granjeros, obreros y pequéña burguesía urbana que formaban el núcleo fundamental de las milicias norteamericanas, mal instruidas y poco organizadas al principio, pero muy superiores al ejército inglés (integrado en gran parte por mercenarios reclutados en los principados alemanes) en cuanto a su moral y táctica. No obstante, los frutos de la victoria correspondieron a los dueños de las plantaciones y a la gran burguesía, quienes implantaron en EE.UU. un régimen de despiadada

explotación de los trabajadores y conservaron la esclavitud de los negros en los Estados del sur.

[5] La Revolución francesa de fines del siglo XVIII derivó en un conflicto entre la Francia revolucionaria y los Estados absolutistas feudales de Europa. La aristocracia y la gran burguesía inglesas fueron el enemigo más acerbo de la Revolución francesa. En 1791, con el apoyo de Inglaterra y de la Rusia zarista, se formó la coalición contrarrevolucionaria de Prusia y Austria que, en la primavera de 1792, declaró la guerra a Francia. En 1793, Inglaterra, Holanda, España, Nápoles, Cerdeña y otros pequeños Estados germanos e italianos se unieron abiertamente a esa coalición. Junto con la invasión de Francia por los ejércitos de la coalición se produjeron complots e insurrecciones internos contra la República. La lucha contra los intervencionistas y la contrarrevolución interna elevó enormemente el espíritu patriótico y revolucionario de las masas populares en Francia. El 23 de agosto de 1793, por decreto de la Convención Nacional, se implantó el servicio militar obligatorio, con lo que quedaba sentado el principio de creación de un sistema burgués de fuerzas armadas masivas. Entre 1793 y 1794, los ejércitos revolucionarios, en los que predominaban los voluntarios impulsados por la idea de defender a la patria, lograron asestar varios golpes demoledores al adversario y, en algunos sectores del frente, desplazar la guerra al territorio enemigo.

Cuando en el verano de 1794 cayó el gobierno revolucionario de los jacobinos y el poder pasó a manos de la gran burguesía, las guerras de la República Francesa, que hasta entonces eran guerras justas, de liberación, pasaron a ser guerras de conquista, destinadas a subyugar a otros pueblos de Europa, hecho que se puso de manifiesto en particular después del golpe contrarrevolucionario del general Napoleón Bonaparte, en 1799. Este aprovechó las modificiones progresistas que la revolución había introducido en la organización de las fuerzas armadas, la estrategia y la táctica, y las puso al servicio de la política de conquista de la gran burguesía.

[6] En sus obras militares Engels subraya permanentemente el gran papel que cupo a la Revolución francesa de fines del siglo XVIII en el desarrollo de los ejércitos burgueses y del arte militar burgués. «El sistema contemporáneo de conducción de la guerra —dice en 1851, en su trabajo inconcluso *Posibilidades y premisas de la guerra de la Santa Alianza contra Francia en 1852*— es un resultado natural de la Revolución francesa; su premisa reside en la emancipación social y política de la *burguesía y el pequeño campesinado*. La burguesía facilita el dinero; los campesinos, lós soldados; la emancipación de ambas clases de las trabas feudales y de las corporaciones es condición imprescindible para el surgimiento de los colosales ejércitos modernos; por otra parte, hace falta el nivel de riquezas e instrucción inherente a la etapa actual del desarrollo social, para garantizar a esos ejércitos la. cantidad indispensable de armamento, pertrechos, víveres, etc., para formar los oficiales instruidos necesarios y lograr un grado de desarrollo de los propios soldados, acorde con las nuevas exigencias militares. (Marx y Engels, *Obras*, t. VIII, ed. rusa, págs. 456-457.) Engels consideraba que los ejércitos burgueses, formados en el período de la revolución burguesa en Francia y de las guerras napoleónicas, se caracterizaban por su composición de masas y por una movilidad más elevada que la de los ejércitos prerrevolucionarios de los Estados absolutistas feudales, cuya falta de movilidad «... es un fiel reflejo del régimen feudal» (ídem, pág. 458). «Sus dos *pivots* [ejes] —escribía,

refiriéndose al sistema militar francés— son: las magnitudes masivas de sus medios de ofensiva, encarnados en hombres, caballos y cañones, por una parte, y por otra, la movilidad de ese aparato de ofensiva» (ídem, pág. 457).

[7] Este juicio se refiere a las perspectivas inmediatas de desarrollo del arte militar después de la terminación de la guerra franco-prusiana, y no debe ser considerado como una negación de que más adelante pudieran surgir nuevos medios de lucha armada. En las décadas del 80 y 90 del siglo XIX, Engels vio con claridad el peligro de que surgieran nuevas guerras, y de mucha mayor magnitud que la franco-prusiana, antes que la revolución proletaria mundial terminase con el militarismo. En relación con ello, señaló la tendencia de la técnica militar a un posterior desarrollo, aunque, como es natural, no podía prever plenamente la envergadura que alcanzaría este en la época del imperialismo. En 1893, en su trabajo: ¿E*s posible él desarme de Europa?*, escribe: «Extraña paradoja: nuestros altos círculos militares son en su mayor parte en extremo conservadores, precisamente en lo que concierne a su especialidad, cuando sería difícil encontrar un ámbito tan revolucionario como el militar. Parecería que han pasado siglos entre el obús liso de seis o siete libras, que manejaba en mis tiempos en Kupfergraben, y los modernos cañones rayados de retrocarga; entre los fusiles lisos de gran calibre de entonces y el moderno fusil de repetición de cinco milímetros; pero esto está lejos de ser el límite; cada día la técnica desecha lo que un tiempo antes había adoptado. Ahora ha desplazado hasta el romántico humo de la pólvora, con lo que da a la batalla un carácter totalmente distinto e inicia un rumbo absolutamente imposible de prever. Y esa revolucionarización incesante de las bases técnicas del arte militar nos obligará cada vez más a tener en cuenta magnitudes no sujetas a control alguno» (K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XVI, parte II, págs. 343-344).

[8] En el Estado Mayor prusiano también lo saben muy bien. «La base fundamental del arte de la guerra es, en primer término, el régimen *económico* de vida de los pueblos», dice el señor Max Jähns, capitán de Estado Mayor, en un informe científico (*Kölnische Zeitung*, 20 de abril de 1876, hoja tercera). [*Nota de Engels*].

[9] Se trata del quintal alemán (50 kg, o sea la mitad del quintal métrico). (*Ed.*)

[10] En 1872, en Rusia fue botado el acorazado «Pedro el Grande» —construido según proyectos del almirante A. Popov—, que contaba con extraordinarias cualidades de navegación y un poderoso blindaje. La creación de esa nave demostró la elevada maestría de los constructores de barcos rusos. Pero debido al atraso económico de la Rusia zarista, los adelantos científicos y técnicos, tanto en este terreno como en muchos otros, se llevaban a cabo con suma lentitud.

[11] El perfeccionamiento del torpedo automático, último artículo de la gran industria que trabaja para los asientos navales, parece destinado a demostrarlo; si la invención llega a perfeccionarse, el más pequeño torpedero superará al más gigantesco acorazado (por lo demás, me permito recordar al lector que lo que antecede fue escrito en 1878). [Nota de Engels].

[12] 7 En los *cuatro días de junio* (del 23 al 26 de junio de 1848), jornadas en las que París fue escenario de una poderosa insurrección del proletariado, se desarrolló una grandiosa batalla de clases entre la burguesía y los obreros, durante la revolución de 1848. «[...] la primera gran guerra civil entre el proletariado y la. burguesía» —así definió Lenin la importancia dée la insurrección de junio (Lenin, *Obras*

completas t. XXIX, Ed. Cartago, Buenos Aires, 1960, pág. 303). El descontento de los obreros franceses con el régimen de la república burguesa proclamada en 1848 y su protesta por los constantes intentos de la burguesía de anular las pequeñas conquistas logradas por el proletariado durante el derrocamiento de la monarquía provocaron la insurrección. El pretexto inmediato para el levantamiento armado fue el cierre de los Talleres nacionales —creados por el gobierno provisional burgués en marzo de 1848—, a raíz del cual decenas de miles de obreros quedaron en la calle. Todos los partidos burgueses proclamaron la consigna de «defensa del orden» y se unieron contra los obreros insurrectos. El general Cavaignac, a quien la Asamblea Constituyente había otorgado poder dictatorial, lanzó contra los insurrectos a las tropas de línea, a la guardia nacional burguesa y a la denominada guardia móvil formada a fines de febrero de 1848 e integrada por el lumpenproletariado. Las causas fundamentales a que se debió la derrota de los obreros fueron: falta de una clara conciencia social y de un partido revolucionario consecuente, el aislamiento del proletariado parisiense, respecto de los obreros de otras ciudades y la ausencia de unión con el campesinado.

[13] Sector en torno a la cárcel de Saint Lazare (parte norte de París), anteriormente vallado. (*Ed.*)

[14] Antiguo Palais Royal. (*Ed.*)

[15] *Nueva Gaceta Renana (Neue Rheinische Zeitung)*, el órgano de prensa democrático-revolucionario más consecuente en Alemania durante la revolución democrático-burguesa de 1848-1849; representaba los intereses de la clase obrera en el movimiento democrático general. Apareció diariamente en Colonia, desde el 1 de junio de 1848 hasta el 19 de mayo de 1949; Marx fue su director y Engels miembro de su consejo de Redacción. El diario constituyó el centro de cohesión de las mejores fuerzas proletarias y democráticas alrededor de un programa revolucionario consecuente, cuyo punto fundamental era la lucha por una república democrática alemana única. La *Nueva Gaceta Renana* defendió decididamente a los participantes de la insurrección proletaria de junio en París y, abogando por los principios del internacionalismo proletario, apoyó la lucha de liberación nacional de los pueblos polaco, húngaro, italiano y otros.

[16] Se refiere a la Alcaldía, centro de muchas revoluciones parisienses. Las autoridades contrarrevolucionarias de París temían que los obreros ocuparan la Alcaldía. (*E.d.*)

[17] Engels se refiere a la activa participación del general Cavaignac en las guerras de conquista que desde 1830 llevaron a cabo los colonizadores franceses en Argelia para sojuzgar a ese país. La invasión de los franceses provocó una prolongada y tenaz resistencia de la población árabe, que se alzó una y otra vez contra los conquistadores. Los franceses cometieron, en esa guerra increíbles crueldades. Regiones enteras quedaron devastadas, incendiaron aldeas, les cortaban las orejas a los prisioneros árabes, las mujeres y niños árabes eran vendidos en subastas. Cavaignac, verdugo de la insurrección de junio de los obreros parisienses, fue enviado a Argelia a comienzos de la década del 30 con el grado de capitán; hizo allí una gran carrera y en 1847 llegó a gobernador de una de las provincias. Después de la revolución burguesa de febrero de 1848, fue designado gobernador de toda Argelia, y ascendido a general de división.

[18] El 13 vendimiario, según el calendario republicano (4 de octubre) de 1795, los conspiradores monárquicos se sublevaron contra el gobierno burgués de la República francesa. Se encomendó a Napoleón Bonaparte la defensa de la Convención Nacional, principal baluarte político de la gran burguesía que había ocupado el poder después de la caída del gobierno revolucionario de los jacobinos en 1794. Para aplastar ese levantamiento, Napoleón empleó en amplia escala la artillería, con la que dispersó a los destacamentos de insurrección.

[19] Engels escribió el artículo inmediatamente después de los sucesos de París, motivo por el cual no podía disponer de datos precisos acerca del destino de Kersausie, quien tuvo la dicha de salvarse del fusilamiento. Kersausie, autor del plan militar de la insurrección de junio, participó después en el movimiento revolucionario de Francia y en la lucha por la unificación de Italia.

[20] Insinuación a la guardia monárquica municipal, que defendió el trono de Luis Felipe durante la insurrección de París en febrero de 1848. Después del triunfo de la sublevación fue disuelta. (***Ed***.)

[21] *Lazzaroni*, mote despectivo con el que se denominaba en el reino de las dos Sicilias (o reino napolitano) a los elementos desclasados del lumpenproletariado, utilizados en repetidas ocasiones por los círculos monárquicos reaccionarios para combatir al movimiento democrático y liberal. En este caso se refiere a la participación de los *lazzaroni* en el aplastamiento de la insurrección popular del 15 de mayo de 1848 en Nápoles, en oposición a la ofensiva contrarrevolucionaria del rey Femando II y su camarilla contra la constitución.

[22] Se refiere a dos revoluciones burguesas en Francia: la de julio de 1830 y la de febrero de 1848. La primera derribó la monarquía de los Borbones, restaurada en 1815, que se apoyaba en los grandes terratenientes. Como resultado de la misma, se implantó un régimen de monarquía burguesa constitucional (la denominada monarquía de julio), encabezado por la dinastía de Orleáns, y cuya base era la burguesía financiera. La revolución de febrero de 1848 sustituyó la monarquía de julio por la república burguesa (la denominada segunda república), que dio acceso al poder a los representantes de todas las capas de la burguesía.

[23] Los títulos de estos artículos se deben a la hija de Marx, Eleonora, quien los puso en la primera edición de *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, por ella preparada, que apareció en Londres en 1896. (*Ed*.)

[24] El 6 de octubre de 1848 estalló en Viena una insurrección popular, provocada por los intentos de la camarilla monárquica contrarrevolucionaria, apoyada por la gran burguesía, de liquidar todas las conquistas logradas por la Revolución de marzo de 1848 en Austria y restablecer el régimen absolutista. El pretexto para el levantamiento revolucionario fue el decreto imperial por el que se enviaban tropas de la guarnición de Viena a una expedición punitiva contra Hungría, que había enarbolado la bandera de la lucha por la libertad y la independencia. Los insubordinados: obreros, artesanos, comerciantes, la Legión estudiantil académica y la guardia nacional de Viena, lograron impedir que partiera y obligaron al emperador y a la corte a huir de la ciudad. El poder pasó allí a manos de los insurrectos. Pero su falta de unidad (condicionada por su heterogénea composición de clase), las vacilaciones de los dirigentes pequeñoburgueses de la insurrección y la debilidad del movimiento en apoyo de Viena —por la traición de la burguesía de los Estados germanos— per-

mitieron a la camarilla imperial concentrar importantes fuerzas armadas en tomo de la ciudad. Después de encarnizados combates, que se prolongaron desde el 24 de octubre hasta el 1 de noviembre de 1848, Viena fue tomada, y el levantamiento ahogado en sangre. Esta insurrección fue el punto culminante en el desarrollo de la revolución democrático-burguesa en Austria y Alemania.

[25] En vísperas de la revolución burguesa del siglo XVII en Inglaterra, John Hampden, uno de los líderes de la burguesía y de la «nueva» nobleza aburguesada, rehusó pagar los impuestos no refrendados por el Parlamento. El proceso de Hampden en 1637, provocado por esa negativa, contribuyó a acentuar la oposición de las amplias capas de la sociedad inglesa al absolutismo.

La guerra por la independencia en las colonias norteamericanas de Inglaterra (véase nota 4). fue prologada por las protestas de los americanos contra los impuestos y tarifas aduaneras arbitrarios que el gobierno inglés aplicaba en las colonias, las negativas a pagar la recaudación del fisco, el boicot a las mercancías inglesas, etc.

[26] La Asamblea Nacional se inauguró el 18 de mayo de 1848 en Fráncfort del Meno. El objetivo principal de su convocación fue liquidar el desmembramiento político del país y elaborar una Constitución para toda Alemania. Pero la Asamblea no llegó a ser un verdadero organismo de unificación revolucionaria del país. La cobardía y la vacilación de la mayoría liberal existente en ella, la indecisión e inconsecuencia de los elementos pequeñoburgueses de izquierda, convirtieron a la Asamblea de Fráncfort en un simple club de discusiones, cuya verbosidad parlamentaria distraía a las masas de la lucha revolucionaria. Careció de poder efectivo, ya que se negó a formar las fuerzas armadas de toda Alemania. Los gobiernos de los Estados germanos hacían poco caso de la Asamblea y del gobierno central creado por ella y encabezado por el archiduque Juan de Austria, un contrarrevolucionario, proclamado «gobernador imperial» de toda Alemania. Esta Asamblea reveló al máximo su debilidad durante la ofensiva de las fuerzas contrarrevolucionarias, ya que se limitó al triste papel de intermediaria, al envío de delegados (por ejemplo, al emperador de Austria en Olmütz durante el aplastamiento de la insurrección de octubre en Viena) para lograr un acuerdo con los círculos de la monarquía. Solo algunos representantes de la minoría de izquierda habían participado en los combates revolucionarios. La Asamblea de Fráncfort dejó de existir en el verano de 1849.

[27] A fines de marzo de 1849 la Asamblea Nacional de Fráncfort terminó de redactar la Constitución imperial de toda Alemania, que conservaba en su régimen estatal muchos rasgos de particularismo y la forma monárquica de gobierno (el Estado debía estar encabezado por el «emperador de los germanos»). No obstante, esa Constitución fue un paso hacia la unificación del país. Se ofreció la corona del imperio al rey de Prusia, pero este la rechazó, negándose a reconocer la Constitución. Otros monarcas alemanes siguieron su ejemplo. Cuando el conflicto entre la Asamblea de Fráncfort y el campo monárquico contrarrevolucionario estaba en su apogeo, estallaron insurrecciones populares en Sajonia, en la región del Rin, Baden y el Palatinado. Los insurrectos proclamaron el lema de defensa de la Constitución imperial y, pese a los deseos de la mayoría de los miembros de la Asamblea, dieron a la lucha por la aprobación de aquella un carácter revolucionario. La lucha por la Constitución imperial, que terminó con la derrota de los insurrectos, fue la última etapa de la revolución democrático-burguesa de 1848-1849 en Alemania.

[28] Los conceptos que Engels desarrolla aquí son las tesis fundamentales del marxismo sobre la táctica del partido revolucionario en la insurrección armada. Los oportunistas las habían olvidado. Lenin, fundador y jefe del Partido Comunista de la Unión Soviética, al defender la doctrina revolucionaria de Marx y Engels frente a la vulgarización y tergiversación a que pretendían someterla los «teóricos» de la II Internacional, hizo que volvieran a cobrar fuerza las valiosas ideas del marxismo en cuanto a que la insurrección armada debe ser considerada un arte. En sus trabajos dedicados a este tema —*Las enseñanzas de la insurrección de Moscú* (1906), *El marxismo y la insurrección* (septiembre de 1917), *Consejos de un ausente* (octubre de 1917) y otros—, el genial estratega de la revolución ofreció un ejemplo de desarrollo creador de esas ideas, en base a un exhaustivo análisis de las nuevas condiciones de la lucha armada en la época del imperialismo y a la generalización de la experiencia del movimiento revolucionario ruso e internacional, en particular de la riquísima experiencia extraída en los combates revolucionarios del proletariado y los campesinos rusos en 1905-1907 y en 1917. El Partido Comunista, guiándose por la doctrina marxista-leninista, encabezó en octubre de 1917 la insurrección del proletariado y de los pobres del campo contra el poder de los terratenientes y los capitalistas, dio un magnífico ejemplo de cómo se aplicaban las teorías clásicas del marxismo-leninismo sobre la insurrección armada, y aseguró la victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre.

[29] Los artículos de Engels sobre la guerra de Crimea incluidos en esta compilación corresponden a la segunda etapa de la misma, es decir, a la lucha directa de Rusia contra Inglaterra, Francia, Cerdeña y Turquía. En la primera etapa, Turquía y Rusia combatieron en los teatros de operaciones de los Balcanes y el Cáucaso.

La guerra de Crimea (1853-1856) surgió a raíz de que en el Cercano Oriente y en los Balcanes, las aspiraciones de conquista de Inglaterra y Francia chocaron con las del zarismo ruso. Los círculos gobernantes de Inglaterra y Francia tendían a desplazar a Rusia de las costas del mar Negro, arrebatarle el Cáucaso y Crimea, debilitar sus posiciones en el Báltico y el Lejano Oriente, y subordinar totalmente a Turquía. El zarismo trató de garantizar el régimen de navegación en los canales del mar Negro, ventajoso para sus terratenientes y comerciantes, y de afianzar su posición entre la población eslava de las provincias balcánicas de Turquía. En febrero de 1853, Nicolás I envió a Constantinopla una misión extraordinaria, encabezada por Ménshikov, para que resolviera el conflicto por medios pacíficos. Pero este no obtuvo una respuesta satisfactoria, y anunció la ruptura de las relaciones ruso-turcas. En febrero de 1853, Inglaterra y Francia concertaron un acuerdo secreto sobre acciones conjuntas contra Rusia, y en mayo dirigieron sus escuadras a los Dardanelos. Por su parte, Nicolás I, calculando influir sobre Turquía, ordenó el 14 de junio a las tropas rusas que penetraran en Moldavia y en Valaquia. Pero Turquía, a pedido de Inglaterra y Francia, no hizo concesión alguna. El 27 de septiembre el sultán instó a despejar los «principados del Danubio», y el 4 de octubre de 1853 declaró la guerra a Rusia. Los primeros combates revelaron la debilidad militar de Turquía. El 18 (30) de noviembre de 1853 la escuadra del mar Negro, al mando de P. Najímov, aniquiló la flota turca en la bahía de Sinop. Ello desbarató los cálculos de los ingleses y franceses, quienes pensaban hacer la guerra contra Rusia con manos ajenas; Turquía ya no les servía para ese fin. En diciembre de 1853, sin previa declaración de guerra a

Rusia (fue declarada el 15-16 de marzo de 1854), el gobierno inglés y el francés mandaron sus flotas hacia el mar Negro, en tanto comenzaban a concentrar fuerzas de tierra en Varna, para desembocarías en Crimea. Con una enorme superioridad de fuerzas marítimas (más de la mitad de los barcos de la flota anglo-francesa eran de vapor con motores de hélice, en tanto que la flota rusa del mar Negro solo contaba con varias fragatas), el ejército anglo-francés-turco de setenta mil hombres desembarcó en Eupatoria, el 2-5 de septiembre de 1854, y emprendió la marcha en dirección a Sebastópol. La primera batalla de magnitud tuvo lugar en el río Alma (descrita por Engels en el artículo *La campaña de Crimea*). Por primera vez se empleaba en gran escala el arma rayada que, en comparación con la lisa, con la cual estaba en lo fundamental pertrechado el ejército ruso, disparaba a mayor distancia. Pese a que los aliados contaban con la superioridad numérica, fueron tan ingentes sus bajas, a consecuencia de los numerosos contrataques de los rusos, que no pudieron impedir el repliegue del ejército ruso hacia Bajchisarai, con lo que las tropas aliadas se veían ante la real amenaza de ser atacadas por el flanco. Pero el jefe supremo Ménshikov no aprovechó esa oportunidad durante el avance del ejército anglo-francés hacia Sebastópol. Solo con la decisión y energía de los comandantes navales V. Kornílov, P. Najímov y V. Istomin, y el patriotismo de los marinos y habitantes de la ciudad pudo prepararse a Sebastópol para una defensa por tierra, de la que antes carecía. La heroica defensa de la ciudad durante 349 días desbarató los planes del enemigo que preveían una rápida victoria en Crimea, retuvo allí a sus fuerzas principales y contribuyó de ese modo a que fracasaran los planes de conquista anglo-franceses en el Báltico, el mar Blanco y en el Pacífico.

[30] El 13 (25) de octubre de 1854 las tropas rusas asestaron un rudo golpe de flanco a las anglo-turcas, en *Balaklava*. Las unidades rusas, al mando del general Liprandi hicieron salir a los turcos de los reductos junto a la aldea Kadikia y rechazaron un contrataque de grandes fuerzas aliadas. Más del 70 por ciento de la caballería inglesa quedó inutilizada. Pero el mando supremo ruso no tomó medidas para ampliar ese éxito táctico.

[31] Engels no poseía fuentes que reflejaran de un modo más objetivo las acciones del ejército ruso, fuera de la prensa de Europa occidental. Ello explica el hecho de que en este artículo valore en forma inexacta a la infantería rusa y a las unidades de cosacos. Los acontecimientos militares de Crimea, y, en particular la defensa de Sebastopol, demostraron que los soldados rusos actuaban con éxito tanto en formación cerrada como en grupos y secciones pequeños.

[32] La batalla de Zorndorf, entre los ejércitos prusiano y ruso, del 14 (25) de agosto de 1758 fue uno de los grandes combates de la guerra de los Siete Años (1756-1763), motivada por las aspiraciones de conquista de las potencias feudales absolutistas europeas, Prusia en particular, y la rivalidad colonial entre Francia e Inglaterra. Esta, junto con Prusia, se pronunció contra la coalición de Austria, Francia y Rusia, a la que se habían sumado Suecia y Sajonia. En 1756 y 1757, las tropas del rey prusiano Federico II infligieron graves derrotas a los austríacos y franceses, pero la entrada de las tropas rusas en Prusia oriental en 1757 y su avance posterior anularon todos los resultados de las victorias prusianas. En el verano de 1758, Federico II con fuerzas superiores en número a las del ejército ruso, le presentó batalla junto a la aldea Zomdorf (cerca de Küstrin). Los numerosos ataques de las tropas prusianas

se estrellaron contra la resistencia del ejército ruso, que causó cuantiosas bajas al enemigo mediante contrataques y fuego de artillería. La batalla de Zomdorf, y sobre todo las victorias del ejército ruso en Prusia durante los siguientes años, 1759 y 1760, elevaron en gran medida el prestigio militar de Rusia y, como debilitaron a Prusia, hicieron fracasar los ambiciosos planes de conquista de Federico II.

En la batalla de Eylau (Prusia oriental), que tuvo lugar el 26-27 de enero de 1807, el ejército ruso, que acudía en ayuda de los prusianos derrotados por Napoleón en la campaña de 1806, se enfrentó con el ejército francés. Las tropas rusas, según lo reconocieron sus adversarios, revelaron un estoicismo singular, y en cruenta batalla (ambas partes perdieron hasta 25 000 hombres) dispersaron a un cuerpo de ejército francés y causaron bajas a otras unidades del enemigo. Los rusos emplearon con éxito la caballería (actuaron con tres grupos tácticos) y la artillería; las reservas tácticas creadas por su mando ejercieron considerable influencia en el desarrollo de la batalla. Como resultado, se detuvo el avance del ejército francés y este no pudo aislar al ruso de sus propias fronteras.

La batalla en la aldea de *Borodinó* (a 110 km de Moscú) es uno de los combates más notables de la Guerra Patria de 1812. Tuvo lugar el 26 de agosto (7 de septiembre) de 1812 entre el ejército ruso y el de Napoleón. Fue la primera batalla general perdida por Napoleón. Su resultado imprimió al curso de la guerra un giro favorable al ejército ruso y preparó la derrota de las fuerzas napoleónicas, pese a que aquel, después de encarnizados combates debió abandonar Moscú, lo cual era conveniente en aquellas condiciones. El ejército francés sufrió en esa batalla bajas enormes e irrecuperables (58 000 soldados y 47 generales; los rusos perdieron, entre heridos y muertos, 44 000 soldados y 23 generales), y su espíritu combativo quedó quebrantado. Al mismo tiempo, la batalla de Borodinó demostró la creciente capacidad de resistencia del ejército y del pueblo rusos frente al invasor. Las elevadas cualidades morales y combativas de las tropas rusas, su capacidad para sostener un defensa tenaz y asestar el contragolpe, su habilidad para combatir el combate de fuego con el de cuerpo a cuerpo y para maniobrar durante la batalla. La batalla de Borodinó puso de relieve la extraordinaria capacidad militar del genial general ruso M. Kutúzov.

[33] *Tribune*, o *New York Daily Tribune*, diario burgués norteamericano, que se editó de 1841 a 1924. Hasta comienzos de la década del 60 reflejaba las opiniones de los círculos democráticos de la burguesía de los Estados norteños, que se pronunciaban contra la oligarquía de los esclavistas dueños de plantaciones. Desde 1851 hasta marzo de 1862, se publicaron en él artículos y correspondencias de Marx y de Engels. Desde la década del 60 comenzó a perder su carácter democrático, para convertirse poco después en tribuna de la burguesía reaccionaria y agresiva.

[34] Además de los teatros de operaciones del mar Negro y del Cáucaso, durante la guerra de Crimea se combatía también en el Báltico y en el Lejano Oriente. En el Báltico, los anglo-franceses se habían propuesto destruir Kronstadt e invadir Petersburgo. En julio de 1854, el mando inglés decidió iniciar el sitio de Bomarzund, fortaleza rusa a medio construir en las islas de Aland. Para apoderarse de esa fortaleza, que contaba con una guarnición de dos mil hombres y 112 cañones, la flota aliada anglo-francesa necesitó cerca de un mes. Se lanzaron contra ella 120 000 obuses, desembarcaron once mil hombres, y la toma de Bomarzund dejó como saldo cuantiosas bajas. Este éxito táctico no ejerció, sin embargo, una influencia notoria en la

marcha de las operaciones del Báltico, que en su conjunto no dieron resultado a las fuerzas marítimas aliadas.

[35] Trinchera con parapeto. (***Ed***.)

[36] *Condestable*: comandante en jefe en el ejercito francés antes de la revolución burguesa de fines del s. XVIII. (*Ed*.)

[37] Engels se refiere a la participación de Wellington en 1808-1813, como jefe supremo de las fuerzas expedicionarias inglesas, en la guerra contra las tropas francesas de Napoleón I, en Portugal y en España. En noviembre de 1807 los franceses trataron de apoderarse de la península pirenaica y de incluirla en su sistema de bloqueo continental a Inglaterra, para lo cual invadieron Portugal; y en 1808 Napoleón irrumpió con sus tropas en toda España y puso en el trono español a su hermano José. El pueblo español se alzó en armas por su independencia. Las tropas francesas se vieron en España ante una situación harto difícil, lo que permitió a los ingleses afianzarse en Portugal y realizar allí operaciones exitosas. Los fracasos de Napoleón en Rusia en 1812 y el creciente movimiento de liberación del pueblo español fueron factores decisivos, que determinaron la derrota de los franceses en 1813 en el teatro de operaciones español y un resultado favorable a los ingleses en la guerra de los Pirineos. Cuando Engels menciona aquí la influencia que sobre esa contienda ejercieron circunstancias causales y secundarias (como los vínculos familiares de Wellington en el ministerio inglés), no les adjudica una importancia fundamental y solo las cita como dato ilustrativo que caracteriza el sistema corrompido vigente en la dirección militar británica. Como se desprende en su carta a Marx, fechada el 11 de abril de 1851, Engels, que siempre combatía la exageración idealista del papel que desempeñan los jefes militares —como en general la del papel de la personalidad en la historia—, emite un juicio bastante discreto acerca del arte militar de Wellington, con lo que disipa la leyenda creada por la historiografía chovinista burguesa inglesa que lo presenta como un genio.

[38] Intendencia. (*Ed*.)

[39] El 18 brumario (9 de noviembre) de 1799, Napoleón Bonaparte y sus partidarios dieron el golpe de Estado que constituía la meta del proceso de la contrarrevolución burguesa en Francia, iniciado después del derrocamiento del gobierno revolucionario de los jacobinos, en 1794. Como consecuencia de ese golpe se implantó la dictadura de Bonaparte. Esta sofocó el movimiento revolucionario y, de las conquistas logradas por la revolución burguesa, solo dejó en pie las que favorecían a la gran burguesía. Bonaparte, proclamado primer cónsul, trató de consolidar su poder dictatorial con éxitos bélicos contra la coalición antifrancesa creada en 1798 por Inglaterra, Austria, Rusia, España, Nápoles y Turquía. El 14 de junio de 1800, en Lombardía (norte de Italia), el ejército de Napoleón derrotó a las tropas austríacas del general Melas junto a *Marengo*, Esta victoria, así como las operaciones afortunadas de otro ejército francés contra los austríacos que había invadido Suabia y Baviera, desmoronó la coalición hostil a Napoleón (el emperador ruso Pablo I había aprobado el golpe contrarrevolucionario del 18 brumario, pero indignado por las pérfidas actitudes de los aliados ingleses y austríacos con respecto a Rusia, prácticamente se retiró de la coalición en el otoño de 1800). Las posiciones de Napoleón en Francia se habían consolidado, y en 1804 fue proclamado emperador.

Cuando Engels habla de la «segunda edición del 18 brumario», se refiere al golpe de Estado contrarrevolucionario del 2 de diciembre de 1851, a raíz del cual, el 2 de diciembre de 1852, se implantó en Francia el régimen bonapartista del III Imperio, encabezado por Napoleón III.

[40] En francés, en el original. (*Ed.*)

[41] Golpe de mano. (*Ed.*)

[42] En la región de *Aspern* (pueblo situado a 8 km al este de Viena) y en Essling, el 21-22 de mayo de 1809 tuvo lugar una de las grandes batallas de la guerra austro-francesa de 1809. Originó ese conflicto la aspiración de la gran burguesía francesa de convertir el Imperio austríaco en un Estado dependiente y secundario, y de consolidar su posición dominante en el centro de Europa. Al comenzar la campaña, el ejército austríaco se vio obligado a retroceder hasta Viena, abandonar la ciudad y pasar a la orilla izquierda del Danubio. No obstante, conservó su capacidad de combate, y en la batalla de Aspern a los franceses (estos perdieron 37 000 hombres, y aquellos 20 000). Para evitar que sus tropas fueran aniquiladas, Napoleón tuvo que hacerlas retirar nuevamente a la margen derecha. En las operaciones del ejército austríaco no podía dejar de reflejarse el creciente movimiento de liberación nacional de los pueblos de Europa contra el yugo napoleónico. Pero el mando austríaco (archiduque Carlos) desaprovechó los resultados de su éxito en Aspern. Napoleón ganó tiempo, concentró fuerzas, y el 5-6 de julio derrotó a los austríacos en Wagram. La corte austríaca, sin haber agotado las posibilidades de resistir, concertó con Napoleón, el 14 de octubre de 1809, la paz de Schönbrunn, por la cual Austria perdía parte de su territorio y se veía obligada a unirse al bloqueo continental.

[43] La derrota del ejército napoleónico en Rusia ejerció una influencia decisiva en la caída del imperio de Napoleón. La heroica resistencia del ejército y del pueblo rusos a la invasión, las hábiles maniobras y contraofensivas de sus tropas, que lograron liquidar el inmenso ejército francés y expulsar a los ocupantes más allá de las fronteras rusas, no solo ocasionaron ingentes pérdidas materiales al ejército napoleónico, sino que echaron por tierra su prestigio militar. Los pueblos sometidos por Napoleón vieron en la heroica lucha de los rusos un inspirador ejemplo de valerosa defensa de la patria contra los ocupantes extranjeros. Se esfumó el mito de que el ejército napoleónico era invencible. La campaña de 1812 demostró que la sabia estrategia del gran capitán Kutúzov y la táctica del ejército ruso superaban a la estrategia y la táctica de los franceses, que adolecían de muchos defectos (aventurerismo, subestimación de las fuerzas del enemigo, etc.).

[44] *La batalla de Leipzig* fue decisiva para la campaña de 1813, en la guerra de los Estados europeos (Rusia, Austria, Prusia y Suecia) contra la Francia napoleónica. Del lado de Francia participaron en las acciones tropas francesas, polacas, holandesas, belgas e italianas. A pesar de que las tropas napoleónicas lograron algunos éxitos en la primavera y el verano de 1813, los ejércitos aliados las cercaban cada vez más. En la batalla general junto a Leipzig que duró cuatro días, del 4 al 7 de octubre de 1813, el ejército de Napoleón fue derrotado y a duras penas logró salir del cerco, después de perder 60 000 hombres, entre muertos y heridos. Las bajas de los aliados fueron también enormes. El victorioso resultado de la batalla se debió, en gran parte, a las operaciones coordinadas de las tropas rusas, que lograron hacer fracasar los planes

de Napoleón, consistentes en derrotar a los aliados por partes. La victoria de Leipzig permitió que Alemania y Holanda se liberaran del dominio francés.

[45] Con la toma de la fortaleza de Kars el 16 de noviembre de 1855 culmina una serie de victoriosas acciones de las tropas rusas contra el ejército turco, en el teatro caucásico de operaciones, durante la guerra de Crimea. Habían fracasado los intentos de los turcos de invadir Georgia en julio de 1854 y Armenia en agosto del mismo año. Las tropas rusas ocuparon Baiazet y en julio de 1855 cercaron Kars, a la que los turcos, con ayuda de los ingleses, habían convertido en plaza de armas fortificada para invadir Trascaucasia. Un ejército turco de 90 mil hombres, a las órdenes de Omer Pasha, desembarcó en la región del actual Sujumi para ayudar a la guarnición turca sitiada. Pero sus operaciones contra los rusos fueron infructuosas. En el otoño de 1855 cayó Kars, y ello constituyó el último acontecimiento notable de la guerra de Crimea. El agotamiento de las fuerzas, la falta de perspectivas para las operaciones bélicas siguientes, las fricciones internas en el campo de los aliados, obligaron a los franceses e ingleses a optar por las negociaciones de paz; estas tuvieron lugar en París en febrero y marzo de 1856. En el Congreso de París la diplomacia rusa supo aprovechar las contradicciones entre Francia e Inglaterra y atenuar en gran medida las exigencias que planteaban a Rusia. No obstante, por la paz de París Rusia perdía el estuario del Danubio, el derecho a mantener fuerzas navales en el mar Negro (punto anulado en 1870) y debía devolver Kars a Turquía. La derrota de la Rusia zarista se debió a su régimen feudal, a su atraso económico y técnico.

[46] *Varna*, *Braila* y *Silistra*, lugares en que el ejército ruso realizó operaciones contra las tropas turcas durante la guerra ruso-turca de 1828-1829. Esta guerra, a cuyo desencadenamiento contribuyeron las aspiraciones de conquista del zarismo ruso (el afán de establecer su hegemonía en los Balcanes), fue al mismo tiempo un factor importante en la liberación de los rumanos, servios y griegos del yugo turco y en el cumplimiento de la misión liberadora del pueblo ruso con respeoto a los pueblos de la península balcánica. Gracias a las victorias de las tropas rusas se aceleró la emancipación de las tierras georgianas tradicionales y se inició la liberación de Armenia de los ocupantes turcos. Durante la campaña de 1828-1829 en los Balcanes, los principales obstáculos para el avance del ejército ruso eran las fortalezas de Braila en Rumania (en la margen izquierda del Danubio), de Varna en Bulgaria (en la costa del mar Negro), de Silistra, también en Bulgaria (en la orilla derecha del Danubio), y otras, bien fortificadas y armadas por los turcos con ayuda de las potencias occidentales. El sitio de Braila comenzó a fines de abril de 1828, y ya el 6 (18) de junio la guarnición de la fortaleza había capitulado. Varna fue bloqueada por tierra y por mar en julio de 1828, y pese a que las tropas rusas sitiadoras fueron atacadas por un cuerpo de ejército turco compuesto por treinta mil hombres, enviado en ayuda de la fortaleza, esta fue obligada a rendirse el 29 de septiembre (11 de octubre) de 1828. Las operaciones en la región de Silistra comenzaron a desarrollarse en junio de 1828, pero én el otoño de ese mismo año fueron interrumpidas por el mando ruso debido a la falta de proyectiles. En mayo de 1829 las tropas rusas reiniciaron el asedio de la fortaleza. El 30 de mayo (11 de junio) de 1829, en esa región, en la aldea Kulevche fue totalmente exterminado el ejército turco de campaña, y el 18 (30) de junio la fortaleza capituló. La heroica marcha del ejército ruso por los Balcanes, la ocupación de Adrianópolis y la llegada hasta los accesos de Constantinopla urgie-

ron al gobierno turco a firmar la paz de Adrianópolis. Rusia recobra el estuario del Danubio y parte del territorio de Trascaucasia; Turquía debía reconocer la autonomía de Grecia y ampliar la de Moldavia, Valaquia y Servia.

[47] Se refiere al conflicto entre Prusia y la república de Suiza por el cantón de Neuchâtel (o Neuenburg) a fines de 1856 y comienzos de 1857. Ya a principios del siglo XVIII, los Hohenzollern de Prusia habían logrado, mediante intrigas, ser proclamados príncipes de Neuchâtel. Pero en 1815 ese principado pasó a formar parte de la Federación suiza con derechos de cantón independiente, y en 1848 se implantó en él la constitución republicana. En septiembre de 1856 los elementos monárquicos, apoyados por el rey prusiano Federico Guillermo IV, trataron de dar un golpe de Estado en Neuchâtel. Cuando fueron arrestados por los poderes republicanos surgió la amenaza de una invasión por parte de Prusia, que ya había iniciado los aprestos bélicos. El 16 de enero de 1857, el gobierno suizo puso en libertad a los conspiradores monárquicos, pero solo en mayo de 1857 se llegó a una solución definitiva del conflicto, con la mediación de Napoleón III. Federico Guillermo IV tuvo que renunciar a sus pretensiones dinásticas sobre Neuchâtel.

[48] Nombre francés de la ciudad suiza Murtan. (*Ed.*)

[49] Las batallas enumeradas corresponden al período de las victoriosas guerras de liberación del pueblo suizo contra los feudales austríacos (siglo XVI) y el ducado de Borgoña (segunda mitad del siglo XV). En la batalla de *Morgarten* (15 de noviembre de 1315) la infantería suiza, compuesta por campesinos libres, derrotó totalmente a la tropa de caballeros del duque austríaco Leopoldo de Habsburgo, interceptándoles el camino en un trecho paso junto al monte Borganten y atacándolos por los flancos. Fue la primera victoria decisiva de los suizos, alzados contra el poder de los Habsburgo. El 9 de junio de 1386, en Sempach (cantón suizo de Lucerna), derrotaron a los caballeros austríacos a pie y los hicieron batir en retirada. En Grandson (cantón de Vaud), el 2 de marzo de 1476, los infantes suizos, armados con picas largas y alabardas, rechazaron a los caballeros montados de Carlos el Temerario, duque de Borgoña, quien trató de conquistar las tierras de la Federación suiza. El 22 de junio de 1476, volvieron a infligir una derrota a las tropas de Carlos el Temerario en *Morat* (ciudad en el cantón de Friburgo). Estas victorias minaron el poderío del ducado de Borgoña y condujeron a su desintegración total en 1477, bajo la embestida de las fuerzas francesas, suizas, lorenesas y alemanas.

[50] La célebre marcha del ejército ruso a través de Suiza, al mando de A. Suvórov, fue un ejemplo de valentía y heroísmo de sus soldados, expresión del brillante arte militar del gran general ruso. Después de la triunfante campaña de la primavera y el verano de 1799 en el norte de Italia, durante la cual las tropas rusas al mando de Suvórov limpiaron de franceses esa región, el ejército fue enviado a Suiza a instancias del gobierno austríaco que, preocupado por los rotundos éxitos de su aliada Rusia, confiaba íntimamente en que allí serían derrotados. La finalidad de esa marcha era reunirse con el cuerpo ruso de Rimski-Kórsakov, al que los austríacos habían abandonado en Suiza a un incierto destino. Después de haber pasado entre heroicos combates por San Gotardo y de haberse abierto paso desde el lago de Lucerna hasta el valle de Muttenz, a través de los picos de Rothstock, el ejército de Suvórov quedó sin cañones ni obuses, cercado por un enemigo cuatro veces superior en número, que poco tiempo atrás había derrotado al cuerpo de Kórsakov. No obstante, gracias

al extraordinario heroísmo de las tropas rusas y a las hábiles maniobras de Suvórov, los franceses fueron rechazados, y el ejército ruso, después de hacer otro cruce brillante a través del desfiladero de Panixer, salió de Suiza, al valle del alto Rin. En esos momentos se anuló el pacto militar con Austria y las tropas de Suvórov regresaron a su patria.

Engels asignó extraordinario valor a esa marcha de las tropas rusas, ejemplo clásico de operaciones militares en un teatro de guerra de montaña. En su obra *El Po y el Rin* (1859), escribió lo siguiente sobre esa marcha de 1799: «En septiembre del mismo año siguió la marcha de Suvórov, en la que, según una elocuente y ruda expresión de ese viejo soldado, ‹la bayoneta rusa se abrió paso a través de los Alpes›. Envió mayor parte de su artillería a través de Splügen, despachó una columna de rodeo por el valle Bienio, hacia Lukmanier (paso transitable a 5948 pies de altura) y desde allí, por el monte Thun (cerca de 6500 pies) al valle del alto Reuss; al tiempo que él pasaba por San Gotardo por un camino de ruedas apenas transitable entonces (altura: 6594 pies). Del 24 al 26 de septiembre tomó por asalto los parapetos cercanos al puente del Diablo; pero al llegar a Altdorf se vio ante un lago y rodeado por lo franceses; no le quedó otra alternativa que ascender por el valle de Schächern y cruzar el paso Kinzig hasta el valle del río Muota. Ya en ese lugar, y después de haber dejado su artillería y los convoyes en el valle del Reuss, volvió a ver frente a sí a fuerzas francesas superiores, en tanto que Lecourbe seguía pisándole los talones. Entonces Suvórov cruzó por Pragel al valle del río Klön, para llegar por ese camino a la llanura del Rin. En el desfiladero de Näfels volvió a chocar con la inquebrantable resistencia del enemigo, por lo que su única salida para llegar al valle del alto Rin y restablecer sus comunicaciones con Splügen era el paso de Panixer, a 8000 pies de altura. La marcha comenzó el 6 de octubre, y el 10 su cuartel general ya se encontraba en Ilanz. Esta marcha fue el más notable de todos los cruces contemporáneos por los Alpes». (K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XI, parte II, pág. 13, ed. rusa).

[51] En la campaña de 1796-1797 el general Bonaparte, a la cabeza del ejército destinado a invadir el norte de Italia, infligió una derrota decisiva a las tropas aliadas austríacas y piamontesas (de Cerdeña). En abril de 1796, las tropas de Bonaparte asestaron varios golpes a los austríacos y luego, ya diezmado el ejército piamontés, obligaron al rey de Cerdeña a concertar un armisticio. Después de ello, Bonaparte lanzó todas sus fuerzas contra los austríacos. En mayo de 1796, los franceses ocuparon Milán y obligaron a los austríacos a replegarse de Lombardía. El curso posterior de la guerra, durante el otoño de 1796 y la primavera de 1797, hizo que los austríacos perdieran otras batallas y entregaran una de las mejores fortificaciones, la de Mantua, en tanto que los ejércitos de Bonaparte avanzaban hacia Viena a través de los Alpes Julianos. El gobierno austríaco hubo de comenzar las negociaciones de paz y firmar la paz de Campo Formio, impuesta por Bonaparte. Las victorias de los ejércitos de Bonaparte en Italia impulsaron al gobierno burgués de Francia (el Directorio) a enviarlo en 1798 al frente de una expedición para conquistar Egipto. Pero en el otoño de 1798 se concretó una nueva coalición contra Francia, integrada por Inglaterra, Austria, Rusia y otros Estados. La derrota que las tropas de Suvórov infligieron a los ejércitos franceses en el norte de Italia invalidó todas las victorias de Bonaparte en la campaña de 1796-1797. Este abandonó a su ejército en Egipto y volvió a Francia. La tensa situación interna y exterior les resultó propicia a él y sus cómplices para

dar un golpe de Estado que derribó al Directorio. En su condición de Primer Cónsul inició más tarde una nueva campaña contra los austríacos en el norte de Italia (véase nota 26).

[52] Literalmente «agarrar al toro por las cuernos» («*taking the bull by the horns*»). (*Ed.*)

[53] Se trata de la insurrección de los campesinos tiroleses, encabezados por Andreas Hofer, y de la guerra de liberación contra las tropas napoleónicas en 1809, así como la lucha de guerrillas del pueblo español contra los ocupantes franceses en 1808-1813 (véase nota 37), cuyo foco principal fueron las regiones montañosas de los Pirineos. La guerra en el Tirol —región arrebatada a Austria, en 1805, por Napoleón, quien la anexionó a Baviera, vasalla suya— culminó en agosto-octubre de 1809 con la victoria de los insurrectos, pero la derrota de los austríacos en la guerra austro-francesa de 1809 obligó a la corona austríaca a reconocer nuevamente el protectorado francés sobre el Tirol. Los intentos de Hofer de organizar una nueva rebelión fracasaron. Cayó prisionero y fue fusilado. Tirol fue devuelto a Austria en 1814, después de la caída de Napoleón.

[54] La sublevación carlista de España fue iniciada en 1833 por elementos absolutistas reaccionarios del clero católico, terratenientes y oficiales del ejercito, agrupados en tomo de don Carlos, pretendiente al trono de España. Los carlistas trataron de derrocar a la regente María Cristina, quien gobernaba en nombre de su hija, la reina Isabel, menor de edad, y de derogar las reformas realizadas en interés de la burguesía y los terratenientes liberales. Se apoyaban en los elementos feudales de las regiones económicamente atrasadas de España, en especial de las localidades montañosas de las provincias, en especial de las localidades montañosas de las provincias Vascongadas y de Navarra. En 1839, una parte importante de los carlistas capituló, y en 1840 su sublevación fue totalmente liquidada.

A fines de la década del 20 del siglo XIX, los partidarios del muridismo, la más fanática y belicosa de las corrientes reaccionarias del islam, desencadenaron la guerra de los montañeses del Cáucaso del norte contra la Rusia zarista. Con el apoyo del clero musulmán y de una parte de la nobleza feudal local, los muridas aprovecharon el descontento de los montañeses por la política colonial del zarismo y lograron reunir poderosas fuerzas contra las tropas de este. En la década del 30 crearon en Daguestán y en Chechenia su organización estatal-militar encabezada por Shamil, y apoyaron activamente a Turquía y a Inglaterra, que ansiaban separar el Cáucaso de Rusia. La lucha contra Shamil, fortificado en las ciudadelas montañesas, implicaba grandes dificultades y se prolongó durante varios decenios. Pero en el curso de esa contienda las tropas rusas dieron ejemplo de operaciones existosas en las montañas (la mención que hace Engels más abajo acerca de que las tropas rusas no estaban adaptadas para combatir en las montañas se basa en fuentes inexactas). Derrotaron repetidas veces a las fuerzas de Shamil; en 1839 ocuparon su principal fortificación en Ajulgo y frustraron todos sus intentos de invadir Chechenia y Daguestán y otras regiones del Cáucaso, en particular Georgia (durante la guerra de Crimea). Finalizada la guerra de Crimea, las tropas rusas comenzaron a infligir una derrota tras otra a las de Shamil, y en agosto de 1859 se apoderaron de su último refugio, la fortificación de Gunib. La derrota de Shamil contribuyó a que la población montañesa se apartara de él.

[55] La marcha de 1860 de los patriotas italianos encabezados por Garibaldi, desde Sicilia hasta el sur de Italia (marcha en que participaron también voluntarios de otros países), descrita por Engels, fue la etapa más importante en la lucha popular para unificar a Italia por vías revolucionarias. En esta campaña se revelaron con especial claridad las dotes de Garibaldi como capitán demócrata de la revolución. Sicilia, teatro de frecuentes insurrecciones campesinas y de una guerra de guerrillas ininterrumpidas contra el yugo de los Borbones napolitanos, fue elegida por Garibaldi como punto de partida para las operaciones bélicas tendientes a liberar el sur de Italia. Los garibaldinos ocuparon Sicilia en mayo de 1860, en agosto del mismo año desembarcaron en Calabria y el 7 de septiembre ya entraban en Nápoles. Mas como político Garibaldi resultó ser menos perspicaz y decidido que como general. Se dejó presionar por las intrigas de la camarilla monárquica de Piamonte (reino de Cerdeña), se alió al gobierno piamontés —en aras del concepto falso en esas circunstancias, de preservar los intereses de la unificación del país—, y tanto él como otros jefes del movimiento garibaldino permitieron la anexión del sur de Italia a Piamonte, en lugar de proclamar la república. Después de ello, los liberales piamonteses se apresuraron a desarmar al heroico ejército de Garibaldi y enviar a su jefe a un honroso exilio. La monarquía de Cerdeña rechazó por las armas los posteriores intentos de Garibaldi de liberar el territorio de Roma del poder papal y de los franceses que lo ocupaban desde 1849. La unificación de Italia terminó de realizarse solo en 1870, cuando las tropas italianas ocuparon Roma. De este modo, la oamarilla de terratenientes y burgueses, que impuso a Italia un régimen monárquico encabezado por la dinastía contrarrevolucionaria de Saboya, se aprovechó del movimiento revolucionario de las masas que condujo a la unificación del país.

[56] Se refiere a las operaciones del destacamento de Garibaldi contra el ejército napolitano durante la defensa de la República de Roma en la primavera de 1849. El destacamento de voluntarios, encabezado por Garibaldi, luego de rechazar el 30 de abril el ataque de los franceses y de obligarlos a retirarse de Roma, fue enviado por el gobierno de la República contra el ejército napolitano que operaba en el sur. El 6-7 de mayo los garibaldinos derrotaron en Palestrina a la vanguardia de ese ejército, que contaba con 5000 hombres, liquidando así la amenaza de una ofensiva contra Roma. Las tropas de Garibaldi, con audaces maniobras y ataques impetuosos en la región de Valletri, pusieron en fuga al ejército napolitano y lo rechazaron hasta la frontera. Después de esa victoria, Garibaldi fue llamado por el gobierno de la República a Roma, nuevamente amenazada por los franceses.

[57] El rey napolitano Femando II. (*Ed.*)

[58] Fusil de cañón liso. (*Ed.*)

[59] *La guerra civil* entre los Estados del norte de EE. UU. y los del sur esclavistas que se alzaron en rebelión, se prolongó desde abril de 1861 hasta junio de 1865. Sus verdaderos motivos, como señala Marx, fueron la lucha entre dos sistemas sociales: el capitalista del trabajo asalariado, que se había implantado en los Estados del norte, y el sistema de esclavitud que imperaba en el sur, y que constituía una supervivencia del modo de producción feudal en América del Norte. Por parte de los Estados septentrionales, la guerra revestía un carácter progresista y —gracias a que en ella participaban activamente los obreros, los granjeros y los negros esclavos— también un carácter revolucionario. Pero la gran burguesía del Norte impidió

durante un largo período la aplicación de los métodos revolucionarios de lucha y aplazó la solución del problema de la liberación de los negros. Solo bajo la presión de las masas y de los fracasos en los frentes contra los insurrectos, fueron tomadas medidas más enérgicas. El 1 de enero de 1863, se promulgó el acta de la liberación de los esclavos negros sin concesión de tierras, que pertenecían a los dueños de plantaciones partícipes de la insurrección. Un régimen social más progresista y una considerable superioridad de recursos económicos y humanos, así como la ventaja en cuanto a la moral del ejército, determinaron la victoria de los Estados del norte, hecho que desbrozó el camino para el impetuoso desarrollo del capitalismo en Estados Unidos. Pero, por otra parte, la situación de los trabajadores, en especial de los negros que formalmente habían sido declarados libres, Siguió siendo en extremo penosa después de la guerra. Se intensificó el yugo del gran capital, de las sociedades anónimas, de los bancos. La población negra y otros sectores del sur siguieron bajo la despiadada explotación de los antiguos esclavistas y sometidos a la más bárbara discriminación racial. La guerra civil impulsó el desarrollo de las técnicas de guerra y de nuevos medios de lucha armada. Durante la misma se emplearon barcos blindados, y el trasporte ferroviario y el telégrafo fueron ampliamente utilizados con fines bélicos.

[60] *Federales o unionistas* (adeptos a la Unión), se denominaban durante la guerra civil los partidarios de los Estados norteños, en oposición a los confederados o secesionistas (escisionistas), partidarios de la confederación de los Estados esclavistas del sur. (*Ed.*)

[61] Se refiere a la guerra anglo-norteamericana que tuvo lugar entre 1812 y 1814, y a la guerra entre Estados Unidos y México de 1846-1848. Esta última fue provocada porque en 1845, EE.UU. se anexionó Texas, que pertenecía a México, y por las pretensiones de los dueños de esclavos y plantaciones norteamericanos y la gran burguesía de conquistar otros territorios mexicanos. Como resultado de esta guerra, EE.UU., aprovechándose del atraso económico y la débil capacidad militar de México, así como de las querellas existentes en la camarilla gobernante de terratenientes, alto clero y funcionarios de ese país, ocuparon casi la mitad de su territorio, incluidas Texas, California septentrional, Nueva México y otras tierras. La guerra de conquista contra México constituye uno de los ejemplos de expansión colonial de EE.UU.

[62] En el río *Bull Run*, región de Manassas (a 30 km de Wáshington), el 21 de julio de 1861 tuvo lugar una de las grandes batallas de la guerra civil de EE.UU., en la cual el ejército de treinta mil hombres del sur derrotó a las tropas del norte. En el aspecto militar la batalla reveló serias fallas en la organización y la táctica de ambos ejércitos, especialmente en el del norte.

[63] *Jemmapes* (ciudad de Bélgica), el 6 de noviembre de 1792, el ejército revolucionario derrotó a las tropas austríacas. En *Fleurus* (cerca de Charleroi), el 26 de junio de 1794, destrozó a las fuerzas de la coalición antifrancesa al mando del duque de Coburgo, asestando de ese modo un rudo golpe al bloque contrarrevolucionario de Estados europeos (Inglaterra, Austria, Prusia y otros). La seguridad de las fronteras de la República francesa estaba garantizada, y el ejército revolucionario tenía abierto el camino hacia el interior de los Países Bajos austríacos y Holanda. En ambas batallas se reveló la superioridad táctica y el alto nivel moral del nuevo ejército revolucionario, que defendía las conquistas de la revolución burguesa. En el

logro de la victoria desempeñó un gran papel la enérgica actividad organizativa y la labor de educación política realizada en el ejército por los jacobinos, comisarios de la Convención. En la batalla de Fleurus, el ejército francés también aplicó con éxito algunas innovaciones técnicas en la artillería y utilizó aeróstatos para observación desde el aire.

[64] En la organización de las fuerzas armadas de los Estados del norte y en las operaciones bélicas contra los ejércitos de los sudistas esclavistas desempeñaron un gran papel los emigrados revolucionarios, llegados de países europeos, que habían participado en los acontecimientos revolucionarios de 1848-1849, y que, después de su derrota, se vieron obligados a emigrar a América. Algunos de ellos ocuparon puestos de oficiales y generales en los ejércitos nordistas (por ejemplo J. Weidemeyer, amigo y colaborador de Marx y Engels, fue coronel, participante de la insurrección de 1849 en Baden; A. Willich, general de brigada, etc.). Las unidades de los nordistas, formadas con obreros emigrantes incorporados voluntariamente al ejército, se distinguieron por su elevada capacidad combativa.

[65] Flancos de hierro, literalmente. Acorazados. (Ed.)

[66] Canción popular de EE.UU. (Ed.)

[67] *La batalla de Smolensk* del 4 y 5 (16-17) de agosto de 1812, durante la Guerra Patria del pueblo ruso, que rechazó la invasión napoleónica, revistió un carácter defensivo por parte del ejército ruso. Fue un ejemplo de cómo sus tropas aprovecharon una localidad para agotar y desangrar al enemigo invasor y preservar sus fuerzas principales destinadas a las acciones posteriores contra el mismo. El ejército de Napoleón, después de sufrir importantes bajas, no pudo lograr su objetivo: destrozar al ejército ruso; este último, sin enfrentar la batalla general, continuó retirándose hacia oriente. Sobre la *batalla de Borodinó*, véase la nota 32.

[68] La serie de artículos *Notas sobre la guerra de Alemania*, fue escrita por Engels a medida que recibía información sobre la marcha de la contienda entre Austria y Prusia (junio-julio 1866). En esta, Prusia venció a su rival, eliminando de este modo el más poderoso obstáculo en el camino hacia la unificación de Alemania bajo su hegemonía. Del lado de Austria, participaron en la guerra varios Estados germanos (Hannover, Sajonia, Baviera y otros), cuya resistencia fue rápidamente quebrantada por Prusia. Aliada de Prusia fue Italia, que pese a los fracasos militares en tierra (en Custozza, el 24 de junio de 1866) y en el mar (en la isla Lissa, el 20 de junio), logró recuperar el territorio de Venecia como resultado de la victoria de Prusia sobre Austria en el teatro principal de operaciones (Bohemia). En la marcha de las operaciones bélicas, el mando prusiano cometió varios errores graves (deficiente organización de la administración y de las comunicaciones entre los ejércitos desplegados en un amplio frente, débil empleo de la artillería, incomprensión de la necesidad de modificar la táctica del combate en virtud del amplio empleo del arma rayada). Sin embargo, el mando y el ejército austríaco, resultaron ser aun más débiles, por lo que Austria perdió rápidamente la guerra.

En los primeros artículos de esta serie, Engels expresó la suposición, que no llegó a justificarse, de una posible victoria militar de los austríacos, pero la rechazó en cuanto los partes de las operaciones militares le permitieron formarse una idea más exacta de la verdadera correlación de fuerzas. Además, debe tenerse en cuenta que su pronóstico, se basaba en los intereses de la unificación de Alemania por vía

revolucionaria y en la consideración de que la derrota militar de la Prusia militarista y de los junkers podría provocar una revolución en Alemania, cuyo resultado sería la caída del régimen contrarrevolucionario monárquico, tanto en Prusia como en Austria, y la creación de una república alemana. No obstante, el triunfo de Prusia en la guerra austro-prusiana predeterminó la unificación de Alemania desde arriba, por vía antirrevolucionaria.

[69] Referencia al rectángulo de fortificaciones: Peschiera, Verona, Mantua y Legnano. (*Ed.*)

[70] La *guerra de Dinamarca* —de Prusia y Austria contra Dinamarca— en 1866, fue la etapa preparatoria para la unificación de Alemania bajo la hegemonía de la Prusia contrarrevolucionaria. El objetivo del gobierno de los junkers encabezado por Bismarck, era anexar a Prusia los ducados de Schleswig y Holstein, sometidos a la corona danesa, intensificar la influencia de Prusia en Alemania, doblegar a la oposición liberal mediante victorias militares. Bismarck necesitaba la participación de Austria en esa guerra para encubrir sus planes, que eliminarían a esta en el futuro de la solución de los problemas germanos. Por su parte, Austria se apresuró a intervenir en las acciones bélicas, temerosa de que Prusia aprovechara sola los frutos de la victoria. Las operaciones se prolongaron, con algunos intervalos, desde el 1 de febrero hasta el 16 de julio de 1864, y, pese a la tenaz resistencia que en algunos casos ofreció el ejército danés y a los éxitos de estos en el mar, terminaron con la derrota total de Dinamarca. Schleswig y Holstein fueron proclamadas condominio de Austria y Prusia; en el primero de estos ducados se implantó la administración prusiana, en el segundo, la austríaca. Con este complejo sistema, Bismarck creaba intencionadamente el pretexto para un futuro conflicto con Austria, cuya derrota, según sus cálculos, debería garantizar, además de muchas otras ventajas para Prusia, el paso de ambos ducados a su poder (como en realidad ocurrió a raíz de la guerra austro-prusiana de 1866). En la guerra contra Dinamarca el ejército prusiano empleó por primera vez el fusil de aguja.

[71] Engels se refiere a la batalla decisiva de la guerra austro-prusiana, que tuvo lugar el 3 de julio junto a la ciudad de Königgrätz (nombre correcto en checo Hradec-Králové), cerca de la aldea Sadowa. En la historia esta batalla se registra con dos nombres: de Kóniggrátz y de Sadowa.

[72] Sobre las batallas de *Jena*, *Waterloo* y *Ligny*, véanse las notas de «Infantería» y «Caballería» en *Selección de temas militares*, ed. rusa, 1957. (*Ed.*)

[73] *Confederación del Norte de Alemania*. Estado unificado alemán, fundado en agosto de 1866 después de la victoria de Prusia en la guerra austro-prusiana, que sustituyó a la Alianza de Alemania, ya disuelta, y que solo había constituido una forma débil y poco estable de vinculación entre los Estados alemanes. En 1867 se aprobó la constitución de la Confederación del Norte. La integraban 22 Estados alemanes, y quedaban fuera, de ella Baviera, Baden, Wurtemburgo y Hessen-Darmstadt. Prusia ocupaba en la Confederación un lugar predominante. El rey prusiano fue declarado Presidente de la Confederación y jefe supremo de sus fuerzas armadas. Su formación fue una importante etapa para la unificación de Alemania bajo la supremacía de Prusia, proceso que finalizó en 1871, cuando después de las victorias logradas en la guerra franco-prusiana, las clases gobernantes de Prusia proclama-

ron, el 18 de enero de 1871, en Versalles, la fundación del Imperio alemán, del que también pasaron a formar parte los Estados del Sur.

[74] Juego de palabras, que lo presenta como conquistador. (*Ed.*)

[75] *Mitrailleuse*, arma de tiro rápido de varios cañones, colocada sobre una cureña pesada. Los primeros modelos estaban constituidos por diez cañones de fusil sobre una cureña de artillería. Después de la guerra franco-prusiana las *mitrailleuses* fueron retiradas del armamento, pero luego los principios en que se basaba esta arma fueron aplicados para la creación de las ametralladoras.

[76] Nombre no oficial de las tropas de tiradores en las guerras coloniales francesas, formadas por africanos. (*Ed.*)

[77] En Weissenburg (Alsacia), el 4 de agosto de 1870, la división francesa de Deaux (que integraba el primer cuerpo de Mac-Mahon) fue atacada por tres cuerpos del ejército prusiano. Durante cruentos ataques a las posiciones fortificadas de Weissenburg los prusianos perdieron 1551 hombres, entre muertos y heridos. Los combates de Weissenburg pusieron de manifiesto el creciente poderío de las ciudadelas fortificadas de campaña. Al mismo tiempo, las operaciones demostraron que el mando francés no supo realizar la movilización oportuna y asegurar el correcto despliegue de sus ejércitos, factores que, en gran medida, condicionaron el éxito de los prusianos en el período de los combates fronterizos, durante la primera etapa de la guerra franco-prusiana.

[78] La *batalla de Woerth*, el 6 de agosto de 1870, fue una gran contraofensiva en el primer período de la guerra franco-prusiana de 1870-1871, que culminó con la derrota del cuerpo francés de Mac-Mahon. La batalla comenzó por iniciativa de los jefes de unidades y se distinguió por la dispersión de las operaciones, la falta de una dirección común, la incapacidad del mando prusiano de organizar una persecución decisiva. La batalla de Woerth confirmó la necesidad de renunciar a la formación en columnas, común en aquellos tiempos para la infantería, pues con el empleo de las armas rayadas de tiro rápido sufrían grandes bajas.

[79] Cerca de Forbach (Lorena, a 9 km de Saarbrücken) las tropas prusianas derrotaron el 6 de agosto al cuerpo francés del general Frossard; el 7 de agosto tomaron la ciudad de Forbach. En las publicaciones históricas esta batalla se conoce más como la de Spichern.

[80] Se refiere a la Alianza del norte de Alemania (1815-1866), compuesta por 38 Estados alemanes. (*Ed.*)

[81] Se trata del anterior, Notas sobre la guerra — XI. (*Ed.*)

[82] En base a un profundo análisis de la situación militar, Engels no solo predijo la posibilidad de que el ejército de Mac-Mahon capitulara —lo que ocurrió 7 u 8 días más tarde—, sino que inclusive determinó con bastante precisión dónde debería ocurrir. Los acontecimientos de Sedán tuvieron lugar solo a 20 km del lugar indicado por Engels.

[83] Se refiere a la batalla de Beaumont (ciudad en las cercanías del río Mosa, al sureste de Sedán), el 30 de agosto de 1870, entre las tropas de Mac-Mahon, que acudían en ayuda de Metz sitiada, y las unidades de los ejércitos 3º y 4º prusianos, que avanzaban cortando el paso al ejercito de Mac-Mahon. Pese a su tenaz resistencia, los franceses fueron derrotados y tuvieron que retroceder hasta Sedán. Inmediatamente después de esta batalla la ciudad capituló.

[84] En su folleto *El Po y el Rin* (1859) Engels previó la posibilidad de que se violara la neutralidad de Bélgica durante los grandes choques bélicos de los Estados capitalistas europeos: «...la práctica histórica deberá aún demostrar que esa neutralidad durante cualquier guerra europea es algo más que un trozo de papel...» (Marx y Engels, *Obras*, t. XI, parte II, ed. rusa, pág. 42). Durante la guerra franco-prusiana las partes beligerantes no llegaron a utilizar el territorio belga, pero el curso de la historia demostró que la previsión de Engels era justa. En 1914, la Alemania imperialista, repudiando los acuerdos internacionales, trató a la neutralidad de Bélgica como a «un trozo de papel». En 1940, la Alemania hitleriana volvió a violar la neutralidad de esa nación y ocupó su territorio.

[85] Cuando Engels habla de las tres batallas en la región de Metz se refiere a la de Colomb-Nouillie (pasó a la historia también como batalla de Bomie) del 14 de agosto de 1870, la de Mars-la-Tours del 16 de agosto de 1870 y la de Gravelotte (conocida también con el nombre de Saint-Privat) del 18 de agosto de 1870, como resultado de las cuales el ejército de Bazaine vio cortado el camino de retirada al oeste y fue encerrado en Metz. Las tres batallas fueron descritas por Engels en los artículos anteriores de la serie *Notas sobre la guerra*. «El combate desesperado de 36 horas» es la batalla en la región de Metz, que se produjo el 31 de agosto y 1 de septiembre, en la que el ejército de Bazaine intentó infructuosamente abrirse paso desde Metz en dirección a Trionville.

[86] La *derrota de Sedán*, así como otras tantas del ejército francés fueron el resultado directo de la crisis y descomposición del régimen bonapartista. La noticia de la catástrofe de Sedán provocó el 4 de septiembre de 1870 una sublevación popular en París. Cayó el II Imperio. Pero el monárquico Trochu, que encabezó el llamado gobierno de la «defensa nacional», así como los emprendedores burgueses Jules Favre, Jules Ferry y otros, compartían el profundo terror de la burguesía ante las masas y su disposición a capitular ante el enemigo exterior en aras de aplastar el movimiento revolucionario proletario. El gobierno de la «defensa nacional» se condujo como un gobierno de la traición nacional, pues entró en negociaciones con el enemigo a espaldas del pueblo. No obstante la derrota del II Imperio y la implantación de la república introdujeron una modificación cardinal en el carácter de la guerra, iniciada por la camarilla bonapartista para impedir la unificación de Alemania. Por parte del pueblo francés, la guerra revistió el carácter de una lucha por la defensa de la independencia nacional y la integridad territorial de Francia, contra la que atentaban los junkers prusianos y los capitalistas alemanes. Estos eran tan culpables como el gobierno bonapartista del desencadenamiento de la guerra, y ya en su primer período, cuando Alemania libraba una guerra defensiva, manifestaron su aspiración a anexar Alsacia y Lorena. Después de Sedán se intensificaron las pretensiones conquistadoras de la camarilla gobernante alemana y de los chovinistas germanos, embriagados por las victorias militares. Bismarck rechazó las proposiciones francesas de paz, y presentó a Francia exigencias expoliadoras. Las tropas prusianas se conducían como descarados conquistadores, oprimían a la población pacífica y reprimían cruelmente a los guerrilleros (los francotiradores). Por parte de Prusia la guerra comenzó a revestir un carácter puramente conquistador y agresivo.

La Asociación Internacional de los Trabajadores (I Internacional) que encabezaban Marx y Engels —y sus representantes en Alemania, A. Bebel y G. Liebknecht,

dirigentes de la clase obrera alemana—, se pronunció resueltamente contra las acciones de conquista de la camarilla gobernante prusiana y exigió la inmediata concertación de una paz honrosa con la República francesa. Marx y Engels consideraban que la misión de los patriotas franceses era organizar la más amplia resistencia popular a los ocupantes alemanes. La posición que adoptó la I Internacional durante la guerra desempeñó un importante papel en la educación de los obreros franceses y alemanes en el espíritu del internacionalismo proletario.

[87] Engels se refiere a la capitulación de Prusia durante el conflicto austro-prusiano de 1850, originado en los intentos de aquella de unificar Alemania bajo su dirección. Con ese fin y a iniciativa de Prusia fue creada la Confederación de 26 Estados germanos, llamada «Unión de Alemania». Pero las pretensiones de Prusia chocaron contra la oposición enérgica de Austria y de Rusia. El emperador Nicolás I, llamó a Varsovia al ministro presidente de Prusia y al canciller de Austria para negociar el conflicto, y dio a entender al primero que en caso de guerra, Rusia prestaría ayuda a Austria. Los círculos gobernantes prusianos se vieron obligados a renunciar transitoriamente a sus planes. Con la mediación del embajador ruso en Austria, se firmó en noviembre de 1850, en Olmütz (ciudad de Olomouc en Moravia) el acuerdo austro-prusiano, según el cual Prusia reconocía la inamovilidad del orden establecido en Alemania en 1815, con lo que se garantizaba una influencia ventajosa para Austria. La «Unión de Alemania» fue liquidada poco después. La movilización que se llevó a cabo en Prusia (se prolongó hasta 1851) durante el conflicto, reveló el estado insatisfactorio de su ejército.

Engels compara con ironía esta derrota diplomática de Prusia con la de los romanos en el desfiladero de Caudio, en 321, a. n. e. durante la segunda guerra samnita. Según la leyenda, después de la batalla, los samnitas obligaron a las legiones romanas que capitulaban a pasar debajo de un yugo, en señal de aprobio.

[88] Se refiere a las operaciones militares de los Estados del norte en el período de la guerra civil en EE.UU. (1861-1865) con el fin de apoderarse de dos importantes puntos de apoyo de los esclavistas del sur: *Vicksburg* (en la orilla del Mississippi) y *Richmond* (capital de la confederación del sur). Los sudistas, dada la importancia militar de Vicksburg, mejoraron sus fortificaciones, erigieron baterías de costa e instalaron artillería de campaña. El ejército de los Estados del norte durante 1862-1863 trató en varias oportunidades de apoderarse de esa ciudad. El 1 de julio de 1863, después de un cruel bombardeo, los nordistas ocuparon uno de los reductos del sur. El 3 de julio la guarnición de la fortaleza se entregó. Durante las operaciones los nordistas organizaron la interacción entre las tropas de tierra y una gran flotilla, que incluía acorazados. La dominación de Vicksburg afianzó considerablemente las posiciones de los ejércitos de los Estados del norte en la cuenca del Mississippi.

El primer intento de conquistar Richmond fue emprendido en abril de 1862 por el ejército de nordistas a las órdenes de McClellan. Pero sus tropas fueron derrotadas en las inmediaciones de esa ciudad el 26 de junio, y el 2 de julio de 1862 se dieron a la fuga en desbandada. El ejército del sur, al mando de Lee, emprendió una maniobra de rodeo a fin de cercar Washington. Salvaron la situación los regimientos de voluntarios, que con sus golpes decisivos, detuvieron la ofensiva del enemigo.

El segundo ataque a Richmond fue organizado durante la ofensiva general de todos los ejércitos del norte, iniciada en mayo de 1864. Pero ante Richmond encontra-

ron un serio obstáculo: el campamento sólidamente fortificado de los sudistas, que los obligó a destacar una tropa numéricamente importante. Para apartar de Richmond a las fuerzas de los Estados del norte a fines de junio de 1864, Lee emprendió la ofensiva contra Washington, pero fue derrotado el 19 de septiembre junto a Winchester. Los ejércitos nordistas, desarrollando su ofensiva, comenzaron a atenazar en todos los frentes a las tropas de los Estados del sur, y el 3 de abril de 1865 las fuerzas del general Grant ocuparon Richmond.

[89] Se trata de la heroica defensa de Zaragoza durante la lucha de liberación nacional del pueblo español contra las tropas napoleónicas. En junio de 1808, después de un intento fallido de ocupar Zaragoza, los conquistadores franceses comenzaron el sitio, que pese a todo, no tuvo éxito. La situación de la ciudad empeoró cuando en diciembre de 1808 las tropas francesas ocuparon Madrid, y el 20 de diciembre comenzaron el segundo asedio de Zaragoza con fuerzas mucho más considerables (más adelante Engels lo describe). El 20 de febrero de 1809 cayó Zaragoza. La defensa, que pese a sus efímeras fortificaciones duró dos meses, demostró la elevada moral de las masas populares que luchaban por la independencia nacional.

[90] Véase K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. XIII, p. II, ed. rusa, págs. 146-150. (*Ed.*)

[91] *Pall Mall Gazette* (*Pall Mall*, nombre de una calle de Londres, conocida por el gran número de clubes que hay en ella), vespertino inglés de tendencia conservadora; se publicó en Londres de 1865 a 1927 (desde 1921 modificó algo su título). Pese al carácter aristocrático del periódico, Marx consideraba posible mantener durante algún tiempo relaciones comerciales con su directorio, ya que, según sus palabras, era «*el único diario no venal* de Londres» (Marx y Engels, *Obras*, t. XXIV, ed. rusa, pág. 371). Durante la guerra franco-prusiana *Pall Mall Gazette* publicó una serie de artículos de Engels, «Notas sobre la guerra», que atrajo la atención de amplios círculos de lectores por la profundidad con que analizaba las operaciones militares y la exactitud de sus previsiones científicas.

[92] En enero de 1870, Napoleón III, quien debido al creciente descontento originado por el régimen del II Imperio, tuvo que coquetear con el antiguo líder de la oposición republicana Emile Olivier. Pero después de las primeras derrotas en la guerra franco-prusiana, el «ministerio liberal» fue sustituido, el 9 de agosto de 1870, por un gabinete militar y designado Primer Ministro y ministro de Guerra el general Montauban (conde de Palikao), bonapartista declarado.

[93] Engels se refiere al aplastamiento de la insurrección en Baden y en el Palatinado por las tropas contrarrevolucionarias prusianas en mayo-julio de 1849 (véase el artículo de Engels de la serie *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, en esta recopilación), así como a la derrota de los destamentos de voluntarios de Garibaldi en Mentana (población de la región de Roma) el 3 de noviembre de 1867, durante el combate contra las tropas del Papa y los intervencionistas franceses. A raíz de esa derrota fracasó el intento de liberar la región de Roma, emprendido por Garibaldi en el otoño de 1867. Explica este fracaso la considerable superioridad numérica y el mejor armamento de las tropas adversarias (los franceses empleaban contra las fuerzas garibaldinas un nuevo tipo de arma rayada: el fusil de retrocarga de Chassepot), así como la infame actitud del gobierno real italiano para con Garibaldi, contra quien envió sus tropas en el momento decisivo. Por orden del rey Víctor Manuel, después de Mentana, Garibaldi fue encarcelado y exiliado a la isla de Caprera. En

la región de Roma el gobierno de Pío IX intensificó más aún el régimen de reacción y terror.

[94] Véase *Notas sobre la guerra —XXX*, K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. II, p. II, ed. rusa, págs. 198-201. (*Ed.*)

[95] Se trata de las operaciones de los ejércitos del Loira y de París tendientes a levantar el sitio de París, a fines de noviembre y principios de diciembre de 1870. Las unidades del ejército del Loira fueron derrotadas el 28 de noviembre en Beaune-la-Rolande, y diezmadas el 2 de diciembre en Lagny-Poupry, después de lo cual debieron retirarse hacia el sur. Las tropas del príncipe Federico Carlos reocuparon Orleáns el 4 de diciembre, introduciendo una cuña entre los flancos derecho e izquierdo del ejército de Loira. Este se dividió en dos ejércitos al mando de Bourbaki y Chanzy. Al mismo tiempo que se producían los fracasos del ejército del Loira del 30 de noviembre y el 2 de diciembre, Ducros hizo varias escaramuzas infructuosas desde París, y las unidades del ejército de París emprendieron operaciones militares en el Marne. Oficialmente se proclamaba que la finalidad de estas acciones era lograr la unión con el ejército del Loira y seguir luchando por la liberación de la capital. No obstante, Trochu y otros generales que encabezaban la guarnición de París, procuraban deliberadamente que las escaramuzas fracasaran, contando con que las pérdidas inútiles quebrantarían la voluntad de resistencia de los defensores proletarios de la ciudad y se crearían las condiciones propicias para capitular ante los prusianos, en lo que los círculos reaccionarios veían un medio para evitar la amenaza de la revolución.

[96] Guillermo I. (*Ed.*)

[97] Federico Guillermo III. (*Ed.*)

[98] El mariscal Bazaine fue juzgado en 1872 por sus actos de traición durante la defensa y la entrega de Metz, y condenado en diciembre de 1873 a la pena capital. Pero Mac-Mahon, presidente de la República francesa, sustituyó la pena de muerte por la de prisión en la isla de Santa Margarita (Mediterráneo), de donde Bazaine huyó en 1874, para encontrar asilo poco después en la España monárquica.

[99] Véase la nota 87.

[100] Höpfner, Ed. *Der Krieg von 1806 und 1807* («La guerra de 1806- 1807»). Bd. 1-4, Berlín, 1855. (*Ed.*)

[101] En su artículo *Palabras proféticas*, Lenin definió esta previsión de Engels como genial, basada en un análisis científico de clase, claro y preciso. «Algunas de las cosas anticipadas por Engels —escribe— ocurrieron de un modo distinto, pues el mundo y el capitalismo debían sufrir cambios en los últimos treinta años, como consecuencia de la desenfrenada rapidez del desarrollo del imperialismo. Pero lo más asombroso es que una gran parte de lo pronosticado por Engels se está cumpliendo ‹al pie de la letra›» (Lenin, *ob. cit.*, t. XXVII, pág. 484). En esas manifestaciones de Engels sobre la futura guerra, Lenin apreciaba en especial su fe optimista e inquebrantable en la victoria final de la clase obrera y en el triunfo del socialismo. Lenin contraponía a la desconfianza, la inercia y la desesperación de las personas acostumbradas a ser lacayos de la burguesía y que se dejaban atemorizar por esta, las previsiones científicas de Engels, quien había predicho que la guerra desatada por la burguesía mundial, pese a todas las destrucciones y a las incontables víctí-

mas que causaría a la humanidad, solo podría acelerar la bancarrota del régimen de explotación.

[102] Se trata de los terratenientes monárquicos y otros elementos reaccionarios de las provincias, que predominaban en la Asamblea Nacional en 1871: «asamblea de los rurales» o «cámara de terratenientes», como la llamaban. (*Ed.*)

[103] Jules Ferry, primer ministro de Francia (1880-1881, 1883-1885), organizador de la guerra colonial de conquista de Tonkín (Indochina) (*Ed.*)

[104] El canciller alemán Caprivi. (*Ed.*)

[105] Se refiere al 4 de septiembre de 1870, día en que fue derribado el gobierno de Luis Bonaparte y proclamada la República, así como al fracaso de la sublevación de los blanquistas contra el gobierno de la «Defensa nacional», el 31 de octubre del mismo año. (*Ed.*)

[106] Los dirigentes de la socialdemocracia alemana insistieron en que se omitiera este párrafo al publicarse la *Introducción*, en 1895; pero se lo ha vuelto a restituir según el manuscrito de Engels. (*Ed.*)

[107] Se refiere a Federico II de Prusia. (*Ed.*)

[108] Fragmento del manuscrito de Engels Notas sobre Alemania. (*Ed.*)

[109] Es evidente que en la fecha se ha deslizado un error: se trata de la movilización del ejército prusiano del año 1850. (*Ed.*)

AL LECTOR

La Editorial quedará muy agradecida si le comunica su opinión de este libro que le ofrecemos, informa de erratas, problemas en la traducción, presentación o de algún aspecto técnico, así como cualquier sugerencia que pudiera tener para futuras publicaciones.

Recopilación de textos de Engels en la que analiza el apartado militar diferentes acontecimientos de su época desde las Revoluciones de 1848, pasando por las guerras austro-prusianas de mediados del s. XIX, la guerra de Crimea, las diferentes guerras en Italia, incluidas las realizadas por Garibaldi, la Guerra Civil Estadounidense, la guerra franco-prusiana de 1870-1871, La Comuna de París, etc.

Los análisis no solo tratan el apartado técnico, sino que también dedican una parte importante a aspectos como la moral de las tropas o los intereses de las clases en conflicto.

Además en estos escritos Engels, aunque no de una manera sistematizada, expone su teoría militar y cómo llevar a cabo determinadas tácticas y estrategias.